

RAE CARSON

SI TE GUSTÓ  
LA PRINCESA PROMETIDA  
NO DEJES  
DE LEER ESTA NOVELA

La chica de  
fuego  
y espino



Lectulandia

Elisa es la elegida. También es la menor de dos princesas, la que nunca ha hecho nada importante, la que no sabe cómo logrará hacerlo. Ahora que ha cumplido dieciséis años, se ha casado en secreto con un apuesto rey. Un rey de un país convulsionado, un rey que necesita que ella sea la elegida y no una princesa inútil. Pero él no es el único que se ha fijado en ella: hay siniestros enemigos que quieren atraparla y un revolucionario idealista que piensa que ella es la única que podría salvar a su pueblo. Pronto no sólo su vida, sino también su corazón estarán en juego. Elisa podría serlo todo para aquellos que la necesitan. Si la profecía se cumple. Si encuentra el poder que reside en su interior. Si no muere joven, como casi todos los elegidos.

**Lectulandia**

Rae Carson

# **La chica de fuego y espino**

**Fuego y espino - 1**

ePub r1.0

Titivillus 01.06.18

Título original: *The Girl of Fire and Thorns*  
Rae Carson, 2011  
Traducción: Emma Fondevila & Emilio G. Muñiz

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Hannah Elise*

# Parte I

Velas de oración relucen en mi aposento. *La Sagrada Escritura* yace abandonada sobre mi cama, con las páginas arrugadas. Tengo cardenales en las rodillas de tanto estar arrodillada en el suelo, y la Piedra Divina incrustada en mi ombligo late con fuerza. He estado rezando —más bien rogando— para que el rey Alejandro de Vega, mi futuro esposo, sea feo, viejo y gordo.

Hoy es el día de mi boda y además coincide con que cumpla los dieciséis años.

Suelo evitar los espejos, pero un día tan trascendental como el de hoy merece que haga una excepción. No veo muy bien; el cristal emplomado riela, me duele la cabeza y el hambre me produce mareos. No obstante, pese a lo borroso de la imagen, el traje de boda es hermoso. Está hecho de una seda que parece agua, con diminutas cuentas de cristal que brillan a cada movimiento. El ruedo tiene rosas bordadas, lo mismo que los puños acampanados de las mangas. Teniendo en cuenta lo rápida que fue su confección, es una obra maestra.

No obstante, sé que la belleza del traje quedará muy mermada cuando esté abotonado.

Suspiro y hago señas para pedir ayuda. El aya Ximena y *lady Aneaxi* se aproximan a mí de rodillas, provistas de abrochadores y con sonrisas de disculpa.

—Respira hondo, cielo mío —me indica Ximena—. Ahora suelta el aire, todo el aire, cariño.

Suelto el aire de los pulmones, poco a poco, hasta que la cabeza empieza a darme vueltas. Las damas entran en acción moviendo frenéticamente sus abrochadores; el traje se ajusta. En el espejo, el corpiño forma pequeños pliegues; además, se me clava en la piel por encima de las caderas. Siento un dolor punzante en el costado, como la puntada que me atraviesa cuando subo la escalera.

—Ya casi está, Elisa —me tranquiliza Aneaxi.

Pero yo tengo la terrible corazonada de que, cuando vuelva a respirar, la presión del traje sobre mis pulmones será mortal. Quiero arrancármelo. No quiero casarme.

—¡Listo! —anuncian al unísono, y dan un paso atrás, una a cada lado, para admirar su obra.

—¿Qué te parece? —pregunta Aneaxi con vocecita titubeante.

El traje apenas me permite respirar superficialmente y a pequeñas inspiraciones.

—Creo que... —Mareada, me miro los pechos. El escote me marca un pliegue carnoso en la piel—. ¡Cuatro! —digo con una risita ansiosa—. ¡Cuatro pechos!

A mi aya se le pone una expresión cómica, atragantada. El año pasado, cuando mis pechos despuntaron, fue la propia Ximena la que me dijo que los hombres los encontrarían irresistibles.

—Es un traje precioso —asegura Aneaxi, echando una mirada deliberada a la

falda.

—Parezco un embutido —digo jadeante y meneando la cabeza—. Una salchicha grande e hinchada dentro de un envoltorio de seda blanca.

Me entran ganas de llorar. O de reír. No es fácil decidirse.

La risa está a punto de triunfar, pero mis dos damas me rodean con expresión preocupada, como dos gallinas madres, maduras, llenas de compasión, empeñadas en tranquilizarme.

—¡No, no, eres una novia encantadora! —dice Aneaxi—. Lo que sucede es que has dado otro estirón. ¡Y qué ojos tan bonitos! El rey Alejandro ni siquiera se va a fijar en que el traje es un poco ceñido.

Por fin me largo a llorar, porque si hay algo que no soporto es la compasión y porque Ximena no se atreve a mirarme a los ojos mientras Aneaxi dice sus bienintencionadas mentiras. Sin embargo, después de un momento, las lágrimas tienen un motivo diferente: no quiero ponerme el traje, por nada del mundo.

Mientras respiro agitada e intento tragar saliva, Aneaxi me besa en la cabeza y Ximena me enjuga las lágrimas.

Para llorar hay que respirar, respirar profundamente, aspirar una gran cantidad de aire. La seda se ve sometida a una gran tensión, los pliegues se me clavan en la cintura, la tela se rasga. Los botones de cristal repiquetean sobre el suelo esmaltado cuando el aire entra con fuerza en mis famélicos pulmones. Mi estómago responde con un rugido furioso.

Mis damas se dejan caer al suelo y pasan los dedos entre el pelo de las alfombras de piel de oveja, recorren las juntas de las baldosas, en busca de los botones liberados.

—Necesito otra semana —musita Ximena desde el suelo—. Sólo una semana para adaptártelo debidamente. ¡Una boda real debe planificarse con cierta antelación!

A mí también me asusta tanta prisa.

Ahora, el corpiño está lo bastante suelto y puedo llegar a la espalda para desabrochar los botones que quedan. Saco los brazos de las mangas y empiezo a bajarme el vestido hasta debajo de la cadera, pero la tela se desgarrá otra vez y decido sacármelo por la cabeza. Arrojo el vestido a un lado, sin prestar atención al hecho de que cae al suelo y no sobre la cama. Me pongo una tosca túnica de lana. Me rasca la piel, pero es enorme e informe, lo que la hace realmente cómoda.

Les doy la espalda a las damas, que siguen con su búsqueda, y bajo la escalera hacia las cocinas. Si el traje no me va a servir, por lo menos podré evitar que la cabeza me dé vueltas y acallar el rugido de mi estómago con un trozo caliente de pastel.

Mi hermana mayor, Juana-Alodia, alza la vista cuando entro. Confío en que por lo menos me desee un feliz cumpleaños, pero se limita a poner mala cara al ver mi atuendo y se sienta al borde del hogar, con la espalda contra la bóveda del horno. Con las piernas elegantemente cruzadas, balancea su torneado tobillo adelante y atrás



mientras mordisquea un trozo de pan.

¿Por qué no es ella la que se casa hoy?

Al verme, el maestro de cocina sonrío bajo el bigote lleno de harina y me alarga un plato. El pastel es dorado y de hojaldre, cubierto de trocitos de pistacho y miel. La boca se me hace agua y le digo que voy a necesitar dos porciones.

Me acomodo al lado de Alodia, evitando los utensilios de bronce que me rozan la cabeza. Alodia mira mi plato con desaprobación. No pone los ojos en blanco, pero para mí es como si lo hiciera. La miro con rabia.

—Elisa... —empieza, pero no sabe qué decir y yo hago como si no la viera mientras me meto en la boca la pasta crujiente. El dolor de cabeza cede casi de inmediato.

Mi hermana me odia. Hace años que lo sé. El aya Ximena dice que es porque Dios me eligió a mí y no a ella para un Acto de Servicio. Dios debería haberla escogido a ella, que es atlética y sensata, elegante y fuerte. Mejor que dos hijos varones, dice papá. La estudio mientras me como mi pastel: su pelo negro reluciente y sus pómulos finamente cincelados, las cejas arqueadas que sirven de marco a la mirada segura. Yo también la odio.

Cuando papá muera, ella será reina de Orovalle. Quiere gobernar y yo no, por lo cual es irónico que, al casarme con el rey Alejandro, me convierta en reina de un país el doble de grande y el doble de rico. No sé por qué soy yo la que se casa. El rey de Joya del Desierto debería haber escogido a la hija hermosa, a la de porte real. La boca se me paraliza a mitad de un bocado al darme cuenta de que probablemente lo haya hecho.

Yo soy la contraoferta.

Las lágrimas pugnan por salir una vez más. Aprieto las mandíbulas hasta que me duele la cara, porque preferiría que me pasara por encima un caballo antes que llorar delante de mi hermana. Imagino lo que habrán dicho para que él accediera a esta boda. «Elisa fue elegida para el Servicio. No, no, todavía no ha pasado nada, pero no tardará mucho, estamos seguros. Sí, habla con fluidez la Lengua Antigua. No, no es hermosa, pero es inteligente. Los sirvientes la adoran, y es capaz de bordar un caballo con gran delicadeza».

Seguramente, a estas alturas ya habrá oído cosas más ciertas. Ya sabrá que me aburro con facilidad, que mis vestidos aumentan de tamaño con cada prueba, que sudo como un animal durante el verano del desierto. Confío en que por azar podamos coincidir en algo. Puede que él haya tenido la varicela cuando era pequeño. A lo mejor apenas puede andar. Quiero un motivo para que no me importe cuando aparte la vista disgustado.

Alodia se ha acabado su pan. Se pone de pie y se estira, haciendo ostentación de su gracia y su estatura. Me echa una extraña mirada —sospecho que una mirada piadosa— y dice:

—Espero que me avises si hoy necesitas ayuda para prepararte. —Y sale a toda

prisa antes de que pueda responderle.

El segundo pastel que me como ya no me sabe a nada, pero es una forma de pasar el tiempo.

Horas más tarde estoy con papá a las puertas de la basílica, cobrando fuerzas para mi paseo nupcial. Las puertas en arco de medio punto se ciernen sobre mí; el sol de la casa de Riqueza tallado en el centro parpadea torvamente. Al otro lado de las puertas, la sala de audiencias es un hervidero. Me sorprende que haya podido asistir tanta gente habiéndoles avisado con tan poca antelación. Claro que es posible que la urgencia de todo este asunto sea precisamente lo que lo hace irresistible. Sugiere secretos y desesperación, princesas embarazadas o tratados clandestinos. Nada de esto me importa, únicamente que el rey Alejandro sea feo.

Papá y yo aguardamos una señal del heraldo. A papá ni se le ha ocurrido desearme feliz cumpleaños. Me sorprende ver que se le llenan los ojos de lágrimas. A lo mejor le entristece verme marchar, o puede que se sienta culpable.

Doy un respingo de sorpresa cuando me atrae hacia sí y me abraza con fuerza. Resulta sofocante, pero le devuelvo con ilusión el abrazo poco habitual. Papá es alto y delgado como Juana-Alodia. Sé que no puede notar mis costillas, pero yo sí siento las suyas. No ha comido demasiado desde que Invierno empezó a hostigar nuestras fronteras.

—Recuerdo el día de tu consagración —susurra papá. He oído la historia cien veces, pero nunca de sus labios—. Estabas en tu cuna, envuelta en seda blanca y cintas rojas. El sumo sacerdote se inclinó sobre ti con un cuenco de agua bendita, dispuesto a verterla sobre tu frente y llamarte Juana-Anica.

»Pero en ese momento, la luz celestial inundó el salón, y el sacerdote derramó el agua sobre la manta. Supe que era luz celestial porque era blanca, no amarillenta como la de las antorchas, y porque era suave y cálida. Me dieron ganas de reír y de rezar al mismo tiempo. —El recuerdo lo hacía sonreír. Lo noto en su voz; también noto orgullo, y siento una opresión en el pecho—. Se concentró en un rayo que iluminó tu cuna, y te reíste. —Me da una palmadita en la cabeza y luego acaricia el lienzo de mi velo; se me escapa un suspiro—. Sólo tenías siete días, pero reías y reías.

»Juana-Alodia fue la primera en ponerse en movimiento cuando hubo desaparecido. Tu hermana retiró la ropa humedecida, y vimos la Piedra Divina alojada en tu ombligo, cálida y palpitante, pero azul y facetada, dura como un diamante. Ése fue el motivo por el que decidimos llamarte Lucero-Elisa —*Luz celestial, elegida de Dios*.

Sus palabras me producen tanto sofoco como su abrazo. Toda mi vida me han recordado que estoy destinada al Servicio.

El sonido de las trompetas llega amortiguado por las puertas. Papá me suelta y me

coloca el velo sobre la cabeza. Agradezco que lo haga; no quiero que nadie vea mi expresión de terror ni el sudor que perla mi labio superior. Las puertas se abren hacia afuera, dejando ver la enorme nave y el techo abovedado de adobe pintado. Huele a rosas y a incienso. Cientos de figuras se ponen de pie junto a sus bancos, ataviadas con brillantes colores nupciales. Vistas a través de mi velo, se parecen al jardín de flores de mamá: buganvillas anaranjadas salpicadas de trompetas de oro e hibiscos rosados.

—¡Su majestad, Hitzedar de Riqueza, rey de Orovalle! ¡Su alteza, Lucero-Elisa de Riqueza, princesa de Orovalle! —anuncia el heraldo.

Papá me coge la mano y la sostiene a la altura del hombro. La suya está tan húmeda y temblorosa como la mía, pero conseguimos ponernos en movimiento mientras un cuarteto de músicos ejecuta la marcha nupcial con sus vihuelas. Hay un hombre de pie en el otro extremo de la nave. Veo su forma borrosa, pero no es ni bajo ni encorvado. Tampoco es gordo.

Avanzamos en medio de las columnas de piedra y los bancos de roble. Por el rabillo del ojo veo a una dama, o más bien una mancha de tela azul. Me llama la atención porque se inclina y susurra algo a mi paso. Su acompañante suelta una risita nerviosa. Siento que se me suben los colores. Para cuando llego a donde está mi prometido, alto y firme, ruego que al menos tenga marcas de viruela.

Papá le entrega mi sudorosa mano al hombre de negro. Éste tiene una mano grande, más grande que la de papá, y la cierra con una confianza indiferente, como si la mía no pareciera un pez muerto y resbaladizo dentro de la suya. Quiero zafar mis dedos de un tirón, tal vez para secarlos en el vestido.

A mis espaldas se oye un sollozo ahogado; seguro que es *lady* Aneaxi, ya que ha sido presa de una nostalgia llorosa desde el momento en que se anunció la boda. Delante de mí, el sacerdote farfulla un discurso acerca del matrimonio en la Lengua Antigua. Me encanta esa lengua por sus vocales poéticas y por la forma en que resuena contra mis dientes, pero soy incapaz de prestar atención.

Hay cosas que me he negado a considerar en los días transcurridos desde el anuncio. Cosas que he enterrado en lo más hondo junto con el estudio, el bordado y los pasteles. Y de repente ahora, aquí ataviada con mi traje de boda, con mi mano férreamente apretada por este desconocido de elevada estatura, me da por pensar en ellas y el corazón se me dispara.

Mañana parto hacia Joya del Desierto para convertirme en su reina. Atrás quedan los jacarandás que crecen junto a la ventana de mis aposentos y que abrirán sin mí sus flores de color lila. Dejo mis paredes de adobe pintado y las fuentes cantarinas por un milenario castillo de piedra. Dejo una nación joven, llena de vida, por un país brutalmente grande, calcinado por el sol y anquilosado en rancias tradiciones que fueron el principal motivo por el que mis antepasados lo dejaron. No he tenido el valor de preguntarles a papá ni a Alodia por qué. Tengo miedo de enterarme de que están encantados con librarse de mí.

Pero lo más aterrador de todo es que estoy a punto de convertirme en la esposa de alguien.

A pesar de que hablo tres idiomas, de que me he aprendido de memoria casi la totalidad de la *Belleza de la guerra* y de la *Sagrada Escritura* y de que soy capaz de bordar el ruedo de un traje en dos días, me siento como una niña pequeña.

Juana-Alodia se ha ocupado siempre de los asuntos de palacio. Es ella la que asiste a las reuniones de Estado junto con nuestro padre y la que cautiva a la nobleza. Yo no sé nada de estas actividades de adulto, de las obligaciones de una esposa. Y esta noche... todavía no puedo pensar en ello.

Desearía que mi madre estuviera viva.

El sacerdote anuncia que ya estamos casados, ante Dios, ante el rey de Orovalle y ante la Nobleza de Oro. Nos rocía con agua bendita extraída de una fuente profunda y a continuación nos indica que nos miremos al tiempo que dice algo sobre mi velo. Me vuelvo hacia mi flamante esposo. Siento que me arden las mejillas; sé que estarán enrojecidas y brillantes de sudor cuando él aparte ese escudo que me cubre la cara.

Me suelta la mano. La cierro con fuerza para no enjugarla en el vestido. Veo sus dedos en el borde de mi velo. Son morenos y gruesos, con las uñas cortas y limpias. No son las manos de un erudito, como las del maestro Geraldo. Levanta el velo, y parpadeo al sentir un aire más fresco sobre mis mejillas. Miro tímidamente la cara de mi esposo, su pelo negro peinado hacia atrás que se curva sobre el cuello, sus ojos pardos más cálidos que la canela y una boca tan enérgica como sus dedos.

Algo atraviesa fugazmente su cara: ¿nerviosismo?, ¿decepción? Pero de pronto me sonrío, y no es una sonrisa compasiva, ni de deseo, sino amistosa. Doy un pequeño respingo, y una irrefrenable sensación cálida me inunda el corazón.

El rey Alejandro de Vega es la persona más hermosa que haya visto jamás.

Debería devolverle la sonrisa, pero mis mejillas se niegan a obedecer. Se inclina hacia adelante y roza mis labios con los suyos, un beso dulce y casto. Con el lateral del pulgar me acaricia la mejilla y en un susurro, de modo que sólo yo pueda oírlo, me dice:

—Me alegro de conocerte, Lucero-Elisa.

La larga mesa se halla cubierta de bandejas de comida. Estamos sentados uno junto al otro en el banco, y por fin tengo algo que hacer además de evitar su mirada. Nuestros hombros se rozan cuando estiro la mano para alcanzar los calamares rebozados y una copa de vino. Mastico rápidamente mientras sopeso la siguiente opción: ¿pimientos verdes rellenos de queso o cerdo en tiras con salsa de nueces? Ante nosotros, varios peldaños por debajo del estrado, la Nobleza de Oro se arremolina, con copas en la mano. Juana-Alodia circula entre ellos, esbelta, hermosa y sonriente. Les resulta fácil reír con ella. Observo miradas subrepticias hacia el hombre sentado a mi lado. ¿Por qué no se acercan y se presentan? No es propio de esta multitud mimada dejar pasar

la ocasión de conquistar a un rey.

Siento los ojos del rey fijos en mí. Acaba de observar cómo me llevaba a la boca un boquerón frito y crujiente. Me siento azorada, pero no puedo resistir la tentación de mirarlo otra vez.

Sigue luciendo su sonrisa amistosa.

—¿Te gusta el pescado?

—Mmmm —digo con la boca llena.

La sonrisa se ensancha. Tiene unos dientes perfectos.

—A mí también.

Echa mano a una crujiente anchoa y se la mete en la boca. Frunce un poco los ojos mientras mastica y me observa.

—Tú y yo tenemos mucho de que hablar —dice con la voz amortiguada, porque todavía tiene la boca llena.

Trago y asiento. Oír eso tendría que asustarme, pero no es así. El hecho de que el rey de Joya del Desierto me considere una persona con la que se puede hablar de distintas cosas me produce una dulce sensación.

Nuestro banquete de bodas pasa demasiado rápido. Es cierto que hablamos, un poquito, pero no dejo de portarme como una tonta porque lo único que puedo hacer es observar sus labios y escuchar su voz.

Se interesa por mis estudios. Le suelto lo de mi ejemplar centenario de *Belleza de la guerra*. Sus ojos brillan de interés cuando dice:

—Sí, tu hermana me habló de lo versada que estás en el arte de la guerra.

No sé muy bien qué responder a esto. No quiero hablar de Juana-Alodia, y me doy cuenta de lo ridícula que debo parecerle, una novia niña con aspecto de salchicha que jamás monta a caballo y que sólo maneja un cuchillo para cortar la carne. Y sin embargo, me fascina la guerra y he estudiado todas las batallas de la historia de mi país.

De repente, se hace el silencio entre la nobleza. Sigo sus miradas hacia el pequeño escenario de madera. Los músicos se han retirado —no recuerdo haber notado que las vihuelas dejaran de tocar— y en su lugar aparecen mi padre y mi hermana. Ella alza una copa con su brazo desnudo y dorado por el sol.

—Hoy somos testigos de la nueva unión entre Joya del Desierto y Orovalle —dice con voz alta y clara—. ¡Que Dios bendiga esta unión con paz y entendimiento, con prosperidad y belleza! ¡Y con muchos, muchos niños! —añade con una enorme sonrisa.

Todo son risas en la sala del banquete, como si fuera la bendición más acertada del mundo. Siento que la cara me arde y odio a mi hermana más que nunca.

—Ha llegado el momento de dar a la feliz pareja las buenas noches —dice a continuación.

Pese a que he asistido a cientos de banquetes de boda, doy un salto cuando *lady* Aneaxi me posa una mano en el hombro. Gran número de criados, vestidos de blanco

y con guirnaldas de flores de papel, han venido con ella para escoltarnos hasta nuestra cámara nupcial.

Nos ponemos de pie, el rey y yo, aunque no sé muy bien cómo, ya que a mí las piernas me hormiguean y amenazan con quedarse dormidas. Siento las axilas húmedas y el corazón a todo galope. «Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?». Parpadeo repetidas veces, decidida a no llorar.

Entre sonrisas y risitas, los sirvientes nos rodean y nos sacan fuera de la sala de banquetes mientras la multitud mimada nos grita sus bendiciones y enhorabuenas. Miro subrepticamente a mi marido. Por primera vez desde que retiró el velo que me cubría la cara, esquivo mi mirada.

Nuestro aposento tiene un ambiente cálido gracias a la luz dorada y al aroma de miel que desprenden las velas de cera de abeja. Parpadean desde todos los extremos de la habitación: sobre el vano de la ventana, sobre la chimenea de piedra, sobre las mesas de caoba que rodean la cama encortinada.

La cama...

A mi derecha, mi nuevo esposo es una estatua, al igual que yo, una oscura columna de sombra a la que no me atrevo a mirar, así que miro fijamente el dosel de la cama, una alegre tela de algodón de color rojo. Los sirvientes corren presurosos a recoger las cortinas y atarlas a las columnas de la cama. Un enorme y luminoso sol de la casa de Riqueza me sonríe desde la colcha. Miro con furia sus trazos minimalistas, las lenguas de fuego amarillo que brotan de los extremos, pero *lady Aneaxi* derrama un cántaro de pétalos de rosa sobre la colcha y las esparce con los dedos. Me encuentro con que el objeto de mi furia ha desaparecido.

Los pétalos ruborosos brindan al aire su delicado aroma floral, el cual combinado con la cera de abeja, resulta embriagador. Me hace pensar en nuestra ceremonia de boda de tintes rosados y en la forma en que él rozó mis labios con excesiva prisa.

Quiero que me vuelva a besar.

El suyo no fue mi primer beso. Un chico alto, desgarrado, tuvo ese dudoso privilegio en un banquete nupcial cuando yo tenía catorce años. Estaba escondida en un rincón apartado, demasiado tímida para bailar con nadie, cuando él me encontró y me confesó su amor. Sus ojos brillaban con tal intensidad que hicieron que mis mejillas se arrebolaran. Apretó los labios contra los míos y sentí sabor a albahaca en su lengua, pero me besó del modo en que yo recitaría un pasaje de la *Guía del Servicio para el hombre corriente*. De carrerilla. Sin pasión.

Abandoné el banquete aturullada, y a la mañana siguiente, mientras Juana-Alodia y yo compartíamos un desayuno de huevos escalfados con puerros, me habló del hijo de un conde que la había arrastrado hacia un rincón la noche anterior. Era un chico desgarrado que le había declarado su amor y había intentado besarla. Ella le había pellizcado la nariz y se había marchado riéndose. Dijo el chico que había estado tratando de llevarse a una princesa a la cama.

Ahora, Aneaxi me besa en la frente.

—Mi Elisa —susurra.

A continuación, ella y el resto de los sirvientes abandonan la estancia. Justo cuando iban a cerrar la puerta, logro atisbar a los corpulentos soldados bronceados con el pecho cubierto por pectorales de acero. Llevan los estandartes de seda roja de la guardia personal del rey Alejandro, y me pregunto si su majestad pensará que corre algún peligro. Pero cuando lo miro, cuando miro los negros rizos de su nuca, la

fuerza de sus manos curtidas por el sol, me olvido de los guardias.

Quiero algo más que un beso fugaz. Sin embargo, la idea me resulta aterradora.

Mi esposo no dice nada, se limita a mirar sin parpadear la colcha cubierta de pétalos. Daría algo por saber lo que está pensando, pero no me atrevo a preguntar. En lugar de eso contemplo su perfil y pienso en el beso desprovisto de pasión del hijo del conde. La sangre se agolpa en mis oídos cuando al fin consigo susurrar:

—No me apetecería intimar esta noche.

Sus hombros se relajan y en sus labios se insinúa apenas una sonrisa. Asiente.

—Como quieras.

Me vuelvo y me dejo caer sobre la cama; los rosados pétalos, desplazados, caen lentamente sobre el suelo. Siento un enorme alivio, aunque también me decepciona un tanto su rápida aceptación. Habría estado bien sentirse un poco deseada.

Con los brazos cruzados, el rey Alejandro se apoya en una de las columnas de la cama. Ahora me mira confiado. Supongo que está tan aliviado como yo. Bajo la luz de las velas, su pelo tiene reflejos de color rojo oscuro, como la Sierra Sangre cuando la baña el sol del crepúsculo.

—Bueno —dice con tono despreocupado—, entonces supongo que podríamos hablar.

Tiene una voz muy bonita. Profunda y cálida.

—¿Hablar? —pregunto en tono cómplice.

El rictus de sus labios se amplía en una gran sonrisa y es como si acabara de aparecer la luna en una noche estival.

—A menos que prefieras estar casada con un desconocido, claro.

Casada...

De pronto todo parece tan ridículo, y no puedo reprimir la risita tonta que me sube desde el pecho. Me tapo la boca con el puño y dejo que mis nudillos la sofoquen.

—Reconozco haber sentido cierta desazón —dice—, pero en ningún momento se me ocurrió reírme.

Sus palabras me devuelven un poco la cordura. Alzo los ojos, temiendo haberlo enfadado, pero la sonrisa persiste y también las arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Lo siento, majestad —respondo, sonriendo a mi vez.

—Alejandro.

—Alejandro —repito tragando saliva. La simpatía que brilla en su rostro hace que se quiebre algo dentro de mí y las palabras me salen a borbotones—. Papá y Alodia siempre decían que yo me casaría por el bien de Orovalle. Esto es algo que acepté hace años. Sin embargo, no tengo más de quin... dieciséis años. Me hubiera gustado tener algo de tiempo, y no esperaba... Quiero decir que tú eres muy... —Hago una pausa para comprobar que en su expresión no hay ni sombra de burla—. Eres muy amable —acabo torpemente.



Se desplaza hacia el asiento que hay en la base de la ventana.

—¿Me alcanzas un cojín?

Saco uno de la cama, uno redondo con una larga franja roja, y le sacudo los pétalos antes de tirárselo. Lo coge sin dificultad y, levantando las largas piernas, las apoya en el asiento y oprime el cojín sobre su abdomen. Con las rodillas plegadas y esa mirada franca no parece tan mayor.

—Veamos —dice con la mirada fija en el techo. Me alegro de que sea él quien inicie la conversación—. ¿Hay algo que quieras saber sobre mí o sobre Joya del Desierto?

Me quedo pensando. Ya sé que su primera esposa murió, que su hijo tiene seis años y que Invierno hostiga sus fronteras con más obstinación aún que las nuestras por su necesidad de conseguir una salida al mar. La superficie de Joya es desierto en su mayor parte, pero tiene una gran riqueza en plata y piedras preciosas, y abundancia de ganado en la franja costera. Lo sé casi todo. Salvo...

—¿De qué se trata? —me anima.

—Alejandro, ¿qué es lo que quieres? Me refiero a lo que quieres de mí.

Su sonrisa desaparece. Por un momento temo haberlo irritado, tal como mis preguntas irritan siempre a Alodia, pero mueve la cabeza y su mandíbula se recorta contra la luz formando una curva perfecta con el nacimiento del pelo.

—Nuestra boda es parte de un acuerdo al que llegué con tu padre. Hay cosas en las que podrías ayudarme, pero sobre todo... —Se pasa los dedos por el espeso pelo oscuro—. Sobre todo, me vendría bien una amiga.

Alejandro me mira a los ojos a la espera de mi respuesta.

Amiga. Mi tutor, el maestro Geraldo, es un amigo, supongo. Al igual que el aya Ximena y *lady Aneaxi*, aunque más bien son como madres. Supongo que a mí también me vendría bien un amigo. «Amiga» es una palabra reconfortante, y también dolorosa, pero no impone tanto como «esposa».

Me resulta excitante la posibilidad de prestarle alguna clase de ayuda, pero también extraño.

—Me parece que el rey del país más rico del mundo no debería tener problemas para hacer amigos —señalo, sintiéndome un poco más atrevida.

Alza la vista, sorprendido.

—Tu hermana dice que tienes la habilidad de llegar al fondo de las cuestiones.

A punto de poner mala cara, me doy cuenta de que las palabras de Alodia tal vez no encierren una crítica.

—Dime, Lucero-Elisa. —Sus labios se curvan en esa suave sonrisa que ya me resulta familiar—. ¿A ti te resulta fácil hacer amigos, como princesa? ¿Como la portadora de la única Piedra Divina de cien años a esta parte?

Sé exactamente a qué se refiere. Me viene a la memoria el hijo del conde que trató de besarnos a mi hermana y a mí en aquella ocasión.

—No confías en nadie, ¿verdad? —digo por fin.

—En muy pocos —responde con un gesto negativo de la cabeza.

—Yo confío en mi aya, Ximena, y en mi dama de compañía, Aneaxi —digo a mi vez—. Y también en Juana-Alodia, en cierto modo.

—¿Qué es eso de «en cierto modo»?

Tengo que pensarlo antes de responder.

—Es mi hermana. Quiere lo mejor para Orovalle, pero...

Algo me obliga a cerrar la boca. Tal vez sea la intensidad de su mirada, que pasa del canela cálido al casi negro. Nunca vacilo cuando me quejo de Juana-Alodia ante mi aya. Pero con Alejandro...

—¿Pero? —me anima a seguir.

Me mira tan fijamente, tan interesado en lo que tengo que decir, que lo suelto sin pensar.

—Me odia.

Al principio, el rey Alejandro no dice nada. Tengo la sensación de haberlo decepcionado y quisiera volver a tragarme las palabras que acabo de pronunciar.

—¿Por qué crees que te odia? —inquire.

No respondo. Algunas velas se han apagado, y me alegro de que así sea, porque en medio de las sombras parpadeantes resulta más fácil rehuir su mirada.

—Elisa...

«Dile lo de la Piedra Divina —me digo—. Dile que Alodia tiene envidia. Dile que está furiosa porque ya tengo dieciséis años y no me muestro inclinada a cumplir mi destino como elegida de Dios». Pero su mirada franca me exige sinceridad, y le digo lo que no le he confiado a nadie.

—Yo maté a nuestra madre.

—¿A qué te refieres? —pregunta, entrecerrando los ojos.

Me tiemblan los labios, pero respiro por la nariz y me distancio de las palabras.

—Alodia dice que mamá tuvo dos abortos. Por eso, cuando quedó embarazada de mí, se metió en la cama. Rogaba a Dios que le diera un hijo, un príncipe. —Tengo que apretar los dientes un momento antes de poder continuar—. Fue un embarazo difícil. Ella estaba débil y cuando nací, perdió mucha sangre. Alodia dice que, cuando me pusieron en sus brazos, mamá vio que era una niña, y para colmo de piel oscura y gorda. —Puedo sentir los bordes fríos y la dolorosa rigidez de mi mandíbula—. La pena fue superior a sus fuerzas, y exhaló su último aliento.

—¿Tu hermana dijo eso? ¿Cuándo? ¿Cuánto hace de eso?

Aunque sus preguntas son apremiantes, su voz conserva el tono amable, como si su interés fuera real.

No consigo acordarme.

—¿Hace un año? —insiste, enarcando una ceja—. ¿Hace algunos años? ¿Tal vez cuando las dos erais pequeñas?

El esfuerzo por tratar de recordar me hace fruncir el entrecejo. Fue cuando Alodia y yo todavía estudiábamos juntas. Nuestras cabezas casi se tocaban mientras

hojeábamos un ejemplar de la *Guía del Servicio para el hombre corriente*. Cuando el maestro Geraldo le pidió que explicara la historia de la Piedra Divina, yo interrumpí recitando el pasaje palabra por palabra. Fue después de esa clase cuando Alodia me siguió por la escalera que bajaba a las cocinas y me contó la historia de la muerte de mamá.

No quiero que él sepa cuánto tiempo llevo dándole vueltas a este recuerdo, de modo que me callo.

Se limita a mirarme fijamente, y me entran ganas de desaparecer debajo de la colcha del sol radiante.

—¿Crees que todavía te culpa de la muerte de vuestra madre?

—No me ha dicho lo contrario.

Mi voz tiene un deje seco y duro, como el de una niña contrariada, pero me resisto a bajar la vista.

—Creo que te sorprenderías —dice.

—¿De qué?

—De un montón de cosas, Elisa.

Es cierto, un montón de cosas me sorprenderían. Es fácil sorprenderse cuando nadie te dice nada. De repente, doy un respingo al darme cuenta de que todavía no sé qué es lo que él quiere de mí. Podría haber encontrado una «amiga» en Alodia, o en muchas otras jóvenes de la nobleza. El rey pasa por alto mis preguntas como si yo fuera una niña, al igual que hacen siempre papá y Alodia, y yo, como una tonta enamorada, le dejo hacer.

—Supongo que deberíamos dormir un poco esta noche. Mañana salimos de viaje —dice antes de que yo pueda reunir el valor necesario para insistir.

Se pone de pie y empieza a sacudir los pétalos de la colcha.

—Puedes quedarte con la cama —le digo—. Yo me acomodaré en el asiento de la ventana.

—La cama es lo bastante grande para los dos. Yo dormiré encima de la colcha —me responde.

Me quedo petrificada.

—Vale —respondo por fin.

Sacudo los pétalos que quedan y aparto los cobertores. No va a resultar fácil dormir, estoy segura. Ni siquiera la palpitación de la piedra preciosa que tengo en el abdomen me convence de que me quite el traje de boda para ponerme cómoda, y no creo que sentir a Alejandro a mi lado toda la noche contribuya demasiado. Apago las velas de mi mesilla de noche y me deslizo entre las sábanas dando la espalda a mi esposo.

El colchón se estremece cuando Alejandro se deja caer junto a mí. Oigo el ruido forzado de su respiración cuando apaga las velas de su lado. De pronto siento unos labios cálidos sobre mi mejilla.

—Por poco me olvido. Feliz cumpleaños, Lucero-Elisa —musita.

Suspiro en la oscuridad. Pensaba que lo peor que podía suceder era que mi esposo me diera la espalda como muestra de disgusto, pero estaba equivocada. Es mucho peor saber que me escucha, que me ve. Y que, además de guapo, es considerado.

Amarlo va a ser fácil, demasiado fácil.

Permanezco despierta, con los ojos abiertos como platos y el corazón palpitante cuando ya hace rato que la última vela de la chimenea se ha apagado, mucho después de que la respiración profunda y regular del hombre que tengo a mi lado me indique que se ha sumido en el sueño.

Nuestro carruaje encabeza una larga caravana que espera al otro lado del patio empedrado. Los guardias personales del rey Alejandro permanecen cuan altos son junto al vehículo, con expresión inescrutable. Para llegar hasta ellos debemos pasar junto a las fuentes y los jacarandás, por entre una multitud de nobles y sirvientes pertrechados con alpiste y pétalos de rosa. Alejandro trata de cogerme de la mano, pero papá se le adelanta y me envuelve en un abrazo.

—Elisa —susurra muy cerca de mi pelo—, voy a echarte de menos.

Eso casi me desarma. En los dos últimos días he recibido más muestras de afecto de mi padre que en todo el año anterior. Siempre está tan ocupado, tan distante... ¿Sólo cuando vamos a separarnos se da cuenta de que le importo?

—Yo también te echaré de menos.

La verdad de las palabras se abre camino con dificultad. Sé que nunca me querrá tanto como a Alodia, pero no por eso lo quiero menos.

Papá me suelta, y mi hermana se acerca como si no tocara el suelo. Lleva un traje sencillo de varias capas de seda azul que caen con elegancia desde sus hombros contorneados. Su rostro es perfecto y sereno, como el de una escultura. Al acercarse percibo su perfume de jazmín y veo unas líneas diminutas alrededor de sus ojos pardos. Señales de preocupación. Es extraño que no haya reparado nunca en ellas.

Alodia me coge por los hombros con dedos firmes.

—Elisa —dice en voz apenas audible—, escucha bien.

Hay algo en su gesto, tal vez la intensidad de su mirada, que me hace olvidar el sonido cantarín de las fuentes y el zumbido de la multitud para centrarme en su voz.

—No confíes en nadie, Elisa, sólo en Alejandro y en el aya Ximena y en Aneaxi. —Lo dice en voz tan baja que dudo de que ni siquiera nuestro padre pueda oírlo. Hago un gesto afirmativo y de repente siento calor. La Piedra Divina destella, caliente y dura. ¿Es una advertencia?—. Envío palomas contigo —prosigue—. Úsalas si necesitas ponerte en contacto conmigo urgentemente. Cuando llegues, no tengas miedo de imponer tu autoridad. Que no te dé miedo ser reina.

Junta su mejilla a la mía y me acaricia el pelo, suspirando.

—Que te vaya bien, Elisa, hermanita.

Me quedo allí de pie, sorprendida. Mi esposo me coge de la mano y tira de mí

hacia nuestro carruaje, entre la multitud de personas que nos desean felicidad. Sé que debería mirarlos y sonreír. Debería dejarles una última imagen noble y gloriosa de su princesa que parte hacia la felicidad eterna. Es lo que haría Alodia. Pero tengo los ojos llenos de lágrimas y la cara arrebolada, porque mi hermana no me ha abrazado así desde que éramos niñas y estábamos juntas en la sala de estudio.

El estribo del carruaje es demasiado alto para que yo pueda subir cómodamente. Los guardias extranjeros se quedan mirando mientras Alejandro sube primero y luego me da la mano para ayudarme. Le dirijo una mirada de gratitud y reparo en las semillas de alpiste y los pétalos de rosa que se le han quedado pegados a la negra cabellera. Me paso una mano por la cabeza y me pregunto cuánto tiempo le llevará a Ximena cepillarme el pelo para sacar todo eso. Mi aya ya está acomodada con *lady* Aneaxi en el último carruaje. De repente, siento que no puedo esperar hasta volver a verlas, a tenerlas revoloteando a mi alrededor. Tomo la decisión de reunirme con ellas en la primera ocasión que se me presente.

El asiento es de suntuoso terciopelo azul, pero no amortigua los golpes de mi espalda contra el respaldo por los bandazos del carruaje cuando nos ponemos en marcha. La Nobleza de Oro lanza una clamorosa ovación y, por un momento, el aire se vuelve una densa bruma de semillas y flores y manos que se agitan frenéticamente. La ventanilla del carruaje está lo bastante alta como para poder ver en el otro extremo del patio, por encima de la multitud enardecida, a mi padre y a mi hermana. El sol mañanero ya está alto y envuelve en una luz dorada el adobe de mi extenso palacio, las murallas del hermoso Amalur. Mis ojos se llenan con la visión de las arcadas cubiertas de verdes enredaderas, de los caminos empedrados y las fuentes azulejadas. Pero lo que me deja paralizada es mi hermana. Tiene los ojos cerrados y mueve los labios como pronunciando una plegaria. El sol arranca destellos a sus húmedas mejillas.

Alejandro parece contento de tenerme a su lado en silencio. Entrelazo las manos sobre el regazo para tenerlas quietas y aparento indiferencia, mientras el carruaje se aleja de mi casa dando tumbos. Imagino todas las formas de iniciar una conversación. Alodia siempre habla de la construcción de barcos, o del precio de la lana, pero estos asuntos sonarían raros en mi boca. Debería preguntarle por nuestro matrimonio, y por qué mi hermana pide tanta cautela, pero me resulta menos aterrador permanecer callada.

El carruaje se para de golpe y la puerta se abre. La luz del sol entra a raudales enmarcando la imponente silueta de un guardia. Interpongo el antebrazo para evitar el resplandor. Confusa, me vuelvo hacia mi esposo.

—Tranquila, Elisa —dice—. El guardia te conducirá a tu propio carruaje.

¿Mi carruaje? Trato de encontrar una explicación.

—Mi...

—Sería una tontería que mi esposa y yo viajáramos en el mismo carruaje.

Siento un cosquilleo al oír esas palabras, «mi esposa», mientras trato de entender lo que dice. Ya he leído sobre estas cosas. En tiempos de guerra, las cabezas del Estado jamás deben ofrecer un blanco conjunto. Asiento y cojo la mano que me ofrece el guardia. Una mano ruda, vigorosa y poco dispuesta a la amabilidad.

—Veré qué tal te va cuando paremos para comer —dice mi esposo.

Bajo del carruaje, y el guardia poco amable me conduce al final de nuestra polvorienta hilera de coches. El camino está bordeado de frangipanes cargados de flores blancas, y ya no puedo ver el palacio. Mi mente trata de analizar la situación, como si estuviera en el estudio del maestro Geraldo, absorta en *Belleza de la guerra*.

«No ofrecer jamás blancos conjuntos».

Me quedo paralizada y alzo los ojos hacia el guardia. Tiene un rostro joven y agradable a pesar de sus duras facciones y del bigote bien recortado. En sus oscuros ojos hay un atisbo de irritación, pero se recompone rápidamente.

—Mi señora, debemos llegar a vuestro carruaje. —Su voz es ruda y forzada, como si el discurso le fuera ajeno.

«No tengas miedo de ser reina», había dicho Alodia.

—Debéis dirigiros a mí como «alteza» —digo con voz firme y segura, como la de mi hermana. Me siento ridícula—. Tras la coronación me llamaréis «majestad».

Enarca una ceja.

—Por supuesto, alteza, perdonadme —responde, pero su expresión es escéptica y burlona.

—¿Cómo os llamáis?

—Lord Héctor, de la guardia personal de su majestad.

—Encantada de conocerlos. —Le dedico una sonrisa cortés, como lo haría Alodia —. Lord Héctor, ¿qué peligro nos amenaza?

Me siento enrojecer y el corazón me late desbocado en el pecho. En cualquier momento, se dará cuenta de que esto es un arranque de confianza sin sentido.

Pero desfrunce el entrecejo y asiente con la cabeza.

—No me corresponde a mí dar detalles, pero le transmitiré vuestra pregunta a su majestad.

No quiero aguijonearlo más. Me conduce hasta el final de la caravana, donde mis damas ya han abierto la puerta del carruaje. Está cubierto de polvo por ser el vehículo de cola, pero ellas tienden los brazos, deseosas de ayudarme a subir.

Quieren saber por qué no viajo con mi esposo. Me tranquilizan diciéndome que no me preocupe si al principio la situación es un poco tensa. Que pronto nos iremos adaptando el uno al otro. Rechino los dientes, frustrada por sus conjeturas infundadas, pero agradecida de todos modos. Bajo la vista ante la imposibilidad de explicar nada.

El carruaje da un tirón cuando volvemos a ponernos en marcha. Dentro hace más calor y empiezo a sentirme pegajosa. Si fuera tan atlética como Alodia, me bajaría y caminaría. Me pregunto si será ésta la razón por la que mi marido no quiere viajar conmigo. A lo mejor no hay el menor peligro.

Estoy casada con un extraño, y nadie se ha tomado la molestia de explicarme por qué. Sólo ha habido vagas referencias a un tratado. Seguramente, algo tiene que ver con el hecho de que soy portadora de la Piedra Divina; pero, como nadie se muestra muy comunicativo, tendré que averiguarlo por mis propios medios.

Mientras Ximena me enjuga la frente sudorosa con su falda de batista y Aneaxi me sirve vino fresco de una bota, rezo para mis adentros, rogando a Dios que me haga un poco más fuerte, un poco más valiente.

Nuestro camino atraviesa la selva de las Infranqueables, las montañas que marcan la frontera entre nuestros dos países. Fiel a su promesa, el rey se interesa por mí regularmente. Cuando paramos para comer, me hace preguntas minuciosas sobre la comodidad del viaje. ¿Son bastante mullidos los cojines? ¿Preferiría que mi carruaje circulara durante algún tiempo a la cabeza de la caravana? ¿Es el vino de mi agrado? Es todo dulzura y atenciones. Siempre me coge de la mano y me mira a los ojos, con sincera preocupación, al parecer.

Respondiendo a la pregunta que le transmitió lord Héctor, me explica que la selva es un lugar peligroso, plagado de descendientes de convictos a los que se soltó en el monte hace ya un siglo, cuando las prisiones de Joya estaban atestadas. Pero no podemos arriesgarnos a viajar por mar estando tan próxima la estación de los huracanes.

El maestro Geraldo se refirió en una ocasión a estos Extraviados, los perdidos de la selva. Según él, se mantenían alejados del camino, de modo que no sé si creer a

Alejandro.

A veces, el camino es tan empinado que puedo apoyar cómodamente la espalda contra la tablazón del carruaje y dormir a pesar de los constantes bandazos. Al cabo de un rato, sin embargo, los cactus y las palmeras reales del desierto dejan paso a los samanes, que derraman sus lágrimas amarillas. Las vainas con las semillas caen sobre el techo del carruaje a intervalos irregulares y hacen que resulte imposible conciliar el sueño. Por la noche duermo muy mal, en una gran tienda, acompañada de mis damas.

La selva es una barahúnda de ruidos. Los gritos de las aves, los chillidos de los monos araña, el zumbido de los insectos; todos compiten por llamar nuestra atención. El viento no puede atravesar el follaje para refrescarnos mientras viajamos, pero oímos cómo sopla entre la fronda que nos cubre. A decir verdad, es el lugar más ensordecedor que he conocido.

La mañana del cuarto día, la selva enmudece. Sucede de forma tan repentina, tan profunda, que aparto un poco la cortina, temerosa de que Dios nos haya trasladado a otro tiempo y lugar. No obstante, las ceibas siguen cerniéndose sobre mí, con sus oscuros troncos impenetrables bajo la luz filtrada. Las mismas palmeras se retuercen desesperadamente a su alrededor, buscando la luz del sol.

Dos carruajes más adelante, lord Héctor salta desde el pescante al suelo espada en mano.

Nuestra caravana es grande y las ruedas de los carruajes, el piafar de los caballos y el ruido metálico de las armaduras le dan un carácter imponente, pero la selva no nos había regalado hasta este momento con un silencio tan atronador. A mi lado, *lady Aneaxi* musita una plegaria.

Entonces, a lo lejos, se oye el redoble de un tambor. No puedo determinar en qué dirección, pero siento en el pecho el monótono eco que produce. Pasados unos instantes, vuelve a redoblar pero esta vez más cerca.

El carruaje se detiene de golpe.

«No».

La guardia de Alejandro ha reaccionado instintivamente. Presintiendo el peligro, han detenido la caravana para establecer un perímetro defensivo. El bosque estrecha nuestro camino; si intentara sacar el brazo por la ventanilla, podría tocar con los dedos las hojas de las palmeras. Con igual facilidad, un enemigo oculto podría clavarme una lanza.

Al frente tenemos un pequeño claro donde los árboles selváticos están más apartados del camino.

—¡Lord Héctor! —llamo con el corazón desbocado. El guardia me mira mientras su pecho sube y baja al ritmo de su controlada respiración. Estoy segura de que tengo razón en eso. *Belleza de la guerra* dedica pasajes enteros a evaluar al enemigo que se acerca—. Dirigíos al claro que hay delante. ¡Tenemos que verlos cuando se aproximen!

Asiente y transmite la orden en el momento en que vuelvo a sentir en mi pecho el



golpeteo del tambor. Los caballos relinchan y se encabritan al oírlo, pero nos llevan hacia adelante, hacia el claro.

—Aneaxi, Ximena, tenemos que agacharnos, apartarnos de las ventanillas.

El carruaje se sacude mientras obedecen. Vaya trío de torpes, casi no cabemos en el estrecho espacio que queda entre los asientos.

—La guardia de su majestad es la mejor del mundo —afirma Aneaxi con la respiración entrecortada—. Seguro que no corremos un gran peligro. —Pero su mano aprieta la mía con fuerza.

Con la mano que me queda libre tanteo el borde de la trampilla hasta encontrar el cerrojo. La idea de abandonar el carruaje me da pavor y ya nos veo a las tres de bruces contra el suelo. Espero que Aneaxi tenga razón y que no corramos un gran peligro.

Ahora, los tambores redoblan de nuevo. Doy con el hombro contra un asiento al parar el carruaje. No me atrevo a alzar la cabeza para mirar por la ventanilla, pero confío en que hayamos llegado al claro. Oigo ruido precipitado de pasos, las órdenes amortiguadas de lord Héctor y, a continuación, el entrechocar de aceros.

Algo golpea contra el carruaje. Otra vez. Pronto se parece a una lluvia de piedras que se estrellan contra las paredes de madera. Oigo un ruido sordo en el lateral, cerca de mi cabeza. La reluciente punta negra de una flecha asoma a un palmo de mi nariz. Me arde la piel. El ambiente es sofocante y no se puede respirar. La Piedra Divina de mi ombligo emite un destello helado y me quedo atónita. Doy un respingo. Jamás la había sentido tan fría.

Bajo las palmas de las manos, la madera está tan caliente como si le diera el sol. Demasiado caliente. A mi nariz llega el olor acre de madera que se quema, y la Piedra Divina me sigue mandando su helada advertencia.

—¡Fuego! —grita Aneaxi entre sollozos, mientras nuestro carruaje se llena de humo y a nuestro alrededor la actividad se vuelve frenética.

—¡La princesa! —vocifera alguien—. ¡Socorred a la princesa! —Pero la voz suena muy lejana.

Otra vez busco el cerrojo de la trampilla. Se abre hacia abajo y caemos por ella hacia un espacio más fresco y despejado debajo del carruaje. Aterrizo sobre algo que cruje bajo mi peso. Oigo gritar a Aneaxi.

No tengo tiempo para preocuparme por el daño que pueda haberle hecho. Los caballos huelen el humo y se remueven en sus arneses. En cualquier momento, las ruedas podrían aplastarnos. Cuánto daría por un cuchillo para liberar a los caballos, algo en mi mano que me hiciera sentir cierto poder. El carruaje se sacude hacia adelante. Por detrás de mí y hacia la izquierda veo la pierna de Aneaxi en un ángulo inverosímil, justo en la trayectoria de la rueda.

—Aneaxi. ¡Recoge la pierna hacia adentro! —le grito desesperada.

—¡No puedo! —dice entre sollozos.

La sujeto por debajo de un brazo y tiro de ella. Ximena hace lo mismo del otro

lado, pero Aneaxi es voluminosa y yo nunca he sido fuerte. Un caballo reclus. El carruaje se sacude. Aterradas, Ximena y yo tiramos de Aneaxi hacia nosotras, pero estamos en una posición muy difícil, de cara contra el suelo, y no es suficiente.

Se oye un ruido metálico y el carruaje se estremece. Alguien ha cortado los arneses, y el alivio hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

No sé muy bien qué hacer a continuación. El carruaje nos protege, pero está en llamas. El fuego ya empieza a lamer el piso sobre nuestras cabezas, retorciendo los paneles como si fueran serpientes blancas. A la altura de los ojos vemos unos pies. Nuestros enemigos son demonios descalzos, casi desnudos y pintados con volutas negras y blancas. Unas tobilleras de huesos diminutos repiquetean cuando uno sale de un salto de la selva. Arremete, se hace a un lado y desaparece; otro ocupa su lugar. Su ataque no sigue ningún patrón. Es aleatorio, constante, no hay defensa posible.

A unos pasos de nuestro carruaje en llamas abre su boca un enorme tronco, una caverna formada por las raíces de una ceiba. Yo podría llegar en un instante, y Ximena también, pero me preocupan Aneaxi y su pierna rota.

Me doy la vuelta para mirar a mis damas.

—Debemos salir de aquí antes de que el carruaje se nos caiga encima.

Asienten. Las redondas mejillas de Aneaxi están sucias de tierra que las lágrimas convierten en barro. Se me encoge el corazón porque no estoy dispuesta a perder a ninguna de las dos.

—Ximena y yo iremos delante —le digo a Aneaxi—. Después te arrastraremos por los brazos. —Confío en que, al estar de pie, podremos hacer más fuerza que debajo del carruaje—. Aneaxi, tienes que procurar no gritar por mucho que te duela.

Respira entrecortadamente y luego arranca una tira del ruedo de su atuendo de viaje. Siento el pecho henchido de orgullo cuando hace con ella una bola y se la mete en la boca. «Estoy preparada», me dice con la mirada.

A pesar de todo, esperamos. El combate está demasiado cerca. Desde donde nos encontramos podemos ver pantorrillas desnudas, pintadas, y otras con botas y protecciones de piel. Un hombre cae al suelo delante de mí y yo retrocedo. Los ojos abiertos y totalmente en blanco destacan sobre la pintura negra de la cara. Tiene el pelo tan largo como el mío, pero retorcido en gruesos mechones apelmazados. Yace inerte. Con mucho cuidado y con el corazón desbocado, me apodero de un cuchillo de piedra que hay en su mano todavía caliente y lo guardo en el corpiño de mi vestido.

Por fin veo un claro en el combate y le hago señas frenéticas a Ximena. Salimos gateando de debajo del vehículo. Se me enreda el pie en la enagua al levantarme, pero la desgarró sin dudarlo. Una vez libres, nos volvemos y cogemos a Aneaxi por los brazos. Se oyen sus gemidos amortiguados por la mordaza cuando tiramos de ella. Aprieta los ojos y se le pone la cara roja. A continuación se transforma en un peso muerto cuando queda inconsciente. Mientras la arrastramos hacia la oscura cavidad del tronco, pienso que en cualquier momento voy a ver una flecha que se le clava en

el pecho. El sudor me corre por la espalda y por el estómago. A mi lado, el gran moño gris de Ximena se ha soltado y el pelo se derrama sobre sus hombros. Poco a poco vamos llegando al borde de la selva. En el terreno hay una pendiente y pasamos por debajo de las raíces. Aquí está más fresco y la oscuridad reconforta. Apenas hay sitio para las tres en la pequeña caverna. Recobro el aliento, bien pegada a los hombros de Aneaxi. ¡Qué alivio haber podido llegar hasta aquí!

Ahora tengo una visión más amplia de los combatientes. La guardia de mi esposo parece haber encontrado la manera de mantener a raya a estos extraños salvajes. Luchan espalda contra espalda contra los ataques desordenados, con los escudos en el brazo para parar las flechas. Cadáveres de ambos bandos cubren el suelo, y el estómago se me revuelve con el olor de la carne quemada. Nuestro carruaje es un infierno. A mi lado, Ximena se encoge cuando la estructura en llamas se desploma, lanzando chispas en todas direcciones. Unos instantes más y habríamos ardido.

Al otro lado del carruaje en ruinas, dos salvajes han acorralado a uno de los nuestros contra un árbol. No puedo verle la cara, pero el pánico lo tiene paralizado.

Uno de los salvajes da un salto hacia adelante acompañado de un alarido y descarga un golpe con su cuchillo de piedra en el pecho del hombre. Éste se hace a un lado justo a tiempo, y el cuchillo lo alcanza en el antebrazo.

Después de eso se defiende débilmente, con golpes de la mano izquierda. Cuando vuelve a vacilar, sé con certeza que no puede durar mucho. Los cuerpos pintados presienten su muerte. Empiezan un extraño movimiento, una especie de danza. Se agachan, toman impulso, se arrastran. Son como felinos selváticos, todo gracia salvaje y furia cazadora. Entonces consigo atisbar el rostro del hombre condenado.

Alejandro.

—¡No!

De un salto abandono nuestro refugio. Ximena grita algo indescifrable y trata de sujetarme por el brazo, pero yo me suelto. Me siento tan lenta al correr hacia mi esposo, con la tripa y los pechos sacudiéndose dolorosamente a cada paso. Al pasar junto al carruaje destrozado saco el cuchillo del corpiño. No sé lo que voy a hacer, pero no puedo dejar que Alejandro muera. Los hombres pintados rodean a mi esposo, inconscientes de mi llegada. Se acercan más mientras Alejandro esgrime su espada con el brazo bueno.

Por mis mejillas caen lágrimas de desesperación cuando me lanzo contra el más próximo. Juntos caemos al suelo y me encuentro llorando y dando puñaladas una y otra vez hasta que el brazo se me vuelve resbaladizo y el hombro me duele por el impacto del cuchillo contra el hueso.

Alguien tira de mí. Es Alejandro. Parpadeo para apartar las lágrimas de mis ojos y veo a dos hombres pintados caídos a nuestros pies. Debe de haber sido él quien despachó al otro. Debería decirle algo y abro la boca, pero algo brillante atrae mi mirada hacia abajo. Color carmesí. Impregna todo mi corpiño y me empapa la falda. Siento en la boca un sabor metálico y de repente empiezo a temblar con tanta fuerza

que me da la impresión de que se me van a caer los dientes.

Alejandro me aprieta contra su pecho y me acaricia la espalda, musitando palabras que no logro entender. La batalla está perdiendo intensidad, y al cabo de un rato empezaré a preocuparme por mis pertenencias personales, o por el brazo herido de Alejandro o por la pierna rota de Aneaxi. Pero ahora, lo único que me importa es la sensación cálida del pecho de Alejandro. Todavía no me ama, pero en este lugar de muerte, en este momento atesorado de alivio compartido, él me tiene abrazada.

Hemos perdido quince hombres en el combate contra los Extraviados. Otros, como Alejandro y Aneaxi, están heridos, pero se recuperarán.

Mientras Aneaxi está inconsciente, lord Héctor le endereza la pierna y se la entablilla. Me aparto unos pasos para respirar aire renovado y limpiarme la sangre de la cara con unas hojas anchas y lustrosas. Tengo el vestido sucio y empapado, la sangre se va volviendo marrón y se endurece, pero la mayor parte de la ropa extra que traía se quemó con el carruaje. El estómago me ruge —no puedo recordar la última vez que tuve tanta hambre—, pero me sentiría ridícula pidiendo algo de comer cuando otros atienden a los heridos.

Lord Héctor me encuentra un rato después sentada en el tocón de un árbol, con la vista fija en el follaje que me rodea.

—Alteza, tenemos un prisionero.

Alzo la vista hacia él y observo que su bigote está apelmazado y pegajoso.

—¿Ah sí? —No entiendo muy bien por qué se molesta en informarme.

—El rey Alejandro ha dicho que decidiríais vos qué hacer con él.

¿Yo? Siento una palpitación en la cabeza.

Puede que sea una prueba para evaluar a la joven que va a convertirse en reina. O tal vez Alejandro se esté ocupando de otras cosas.

—El hombre es un asesino —digo, sólo como excusa para pensar.

—No tenéis más que decirlo y yo mismo lo despacharé.

La garganta se me agarrota ante la idea. No me parece bien tener el poder de decidir entre la vida o la muerte.

Preferiría que no muriera nadie más por hoy.

—¿Puede hablar?

—Sí.

—Entonces hay algunas preguntas que quiero hacerle.

Lord Héctor me ayuda a ponerme de pie. En sus ojos hay una expresión de respeto que antes no estaba ahí. Me hace sentir bien, pero sólo un momento. El coste de ese respeto ha sido demasiado elevado.

El prisionero pintado está sentado en medio de un círculo de espadas. Tiene las manos atadas por delante y los tobillos encadenados. Sabe que su situación es peligrosa. Mira a los guardias que lo rodean con mirada inexpresiva, convencido de

que cualquiera de ellos podría clavarle una espada en el corazón.

Al ver que me acerco brilla en sus ojos un destello de esperanza. O de astucia. Hay algo obsceno en las espirales de pintura que le cubren todo el cuerpo. Son espectrales, nauseabundas. Por encima de ellas veo huesos huecos entrelazados en su pelo largo y apelmazado.

—Mi señora —dice. Su voz, perfectamente clara y sonora, no es propia de un salvaje.

Estoy a punto de corregir el tratamiento, pero no me interesa revelar quién soy.

—Se me ha encargado que decida tu destino. ¿Hay alguna razón, cualquiera que sea, por la que debería perdonarte?

Se me ha ocurrido una muy buena razón, pero necesito saber si tiene buena disposición.

—Podría ayudaros —dice después de quedarse callado un momento.

—¿Cómo?

—Conozco la selva y sus secretos.

Sus ojos son enormes, como los de un animal acorralado.

—¿Responderás a todas las preguntas que te hagan? ¿Con sinceridad? ¿Sin reservas?

Lord Héctor hace un gesto de aprobación al oír mi pregunta. Piensa que estoy siguiendo una estrategia, pero se trata ni más ni menos de que no tengo valor para ver morir a nadie más.

—Lo haré —dice el Extraviado.

—Entonces te perdonaré.

—Gracias, mi señora.

Se inclina hacia adelante y, asiendo la tela de mi vestido por la cintura, agachada la cabeza como muestra de veneración. Es la genuflexión habitual de un vasallo que acaba de hacer su juramento. Me resulta desagradable. Es demasiado íntima, demasiado peligrosa, incluso con todas las espadas que ahora le apuntan al cuello.

De repente se pone tenso. Sus dedos han detectado la Piedra Divina debajo de mi falda ensangrentada. Sé lo que percibe: una superficie facetada, dura como un diamante pero llena de vida. Se queda rígido.

—¡Vos! —susurra. Tiene los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas de terror. Su respiración se vuelve entrecortada.

Alguien acude precipitadamente, en un revuelo de pelo gris y faldas arrugadas. Un sonido ahogado, un cuerpo que se desploma. ¡Ximena! El aya retrocede y veo a nuestro prisionero tendido de espaldas en el suelo, con el alfiler del pelo de Ximena clavado en la garganta.

Me quedo mirando el alfiler, tan insignificante, la sangre que forma un charco a su alrededor y que al abandonar su cuerpo es absorbida por el suelo de la selva.

—Lo siento, cielo mío. Pensé que estaba a punto de atacarte —se disculpa, con el mismo tono que si me estuviera diciendo que llegaba tarde a los rezos matinales.

No puedo creerlo. No aparto los ojos de mi aya, atónita por la velocidad con que se movió, preguntándome por qué el hecho de reconocer la vida en mi ombligo había sentenciado a muerte a un hombre.

Por la noche entonamos un cántico de salvación y encendemos velas de oración en honor de los muertos. Lo de las velas es una estupidez. Si los Extraviados vuelven a atacar, las diminutas llamas, que lucen como estrellas en la espesa oscuridad de la selva, nos convertirán en un blanco seguro. Pero pese a todo las encendemos.

Yo no conocía a ninguno de los quince fallecidos y, aunque el rey me susurra el nombre de cada uno, no puedo recordar sus caras. Sin embargo, todos los que viajan con nosotros han sido amables, y yo lamento su pérdida porque así lo hace Alejandro. Mientras mi esposo habla de ellos, yo rezo en silencio, dando gracias a Dios por haber protegido su vida y la de mis damas. La Piedra Divina irradia por todo mi cuerpo una amable sensación de calor, como suele hacer cuando mis plegarias son sinceras. En apenas unos instantes, mi dolor de espalda, fruto de haber arrastrado a Aneaxi, se va diluyendo hasta convertirse en una ligera molestia, y siento un delicioso sopor.

Cuando era pequeña, mi mayor temor era que la Piedra Divina dejara de estar viva en mí, que se enfriara poco a poco y se convirtiera en una joya más. En ese momento sabría que se había terminado el tiempo para realizar mi Servicio, que había sido demasiado egoísta o perezosa o tonta para actuar. Por eso aprendí a dar la bienvenida a estas tiernas respuestas a mis oraciones: son señales de que por el momento no soy un fracaso.

Alejandro finaliza la ceremonia con un «Selah» pronunciado entre dientes, y todo el mundo se dispersa para preparar el viaje del día siguiente.

—Lucero-Elisa...

Su voz es tan suave que creo habérmelo imaginado, pero sus ojos, relucientes a la luz de las velas, están clavados en mí mientras se me aproxima. Tiene el brazo herido vendado y sujeto a la altura del estómago por un cabestrillo gris.

—Alejandro.

—Elisa, quiero darte las gracias. Héctor me dijo que habías actuado con una gran valentía durante todo el ataque.

Yo no recuerdo esa valentía. Sólo calor y miedo.

—Y... —Alejandro evita mirarme a los ojos—. Y puede que me hayas salvado la vida.

Alodia rehuiría la alabanza, por poco explícita que sea. La convertiría en un halagador discurso sobre cómo su insuperable destreza habría acabado por imponerse incluso sin ayuda.

Pero la verdad es que se quedó paralizado por el miedo, y de no ser por mi intervención seguramente habría muerto. Impulsada por una repentina audacia respondo:

—Sí, lo hice y agradezco tus palabras.

Tal vez éste haya sido mi gran Servicio: salvar la vida de un rey. Pero la joya sigue obrando su prodigio.

Ahora me sonrío, con una sonrisa infantil que me conforta tanto como lo hace algunas veces la Piedra Divina, y mi desazón se desvanece. Le devuelvo la sonrisa, un poco avergonzada.

—¿Echas de menos tu casa, Elisa?

Abro la boca para responder que sí, que la echo muchísimo de menos, pero me doy cuenta de que no es cierto.

—Un poco. Quizá no he estado lejos de ella lo suficiente.

Sería agradable volver a sentirme segura, abrazar a papá, o incluso estudiar con el maestro Geraldo. Pero no añoro nada de esto. Todavía no.

En ese preciso instante, Ximena avanza hacia mí, pero me disculpo y abandono el lugar a toda prisa. No estoy preparada para enfrentarme a ella. No sé qué preguntas puedo hacerle.

Soportamos las inclemencias de la selva durante otros cinco días. Agotados a causa de las guardias dobles y obligados a amontonarnos en un número insuficiente de carruajes, poco a poco vamos dejando atrás la sofocante región sin lluvias y entramos en la seca ladera de las montañas que mira hacia las tierras desérticas. Joya del Desierto se extiende ante nuestros ojos. Una cadena interminable de dunas rojizas ocupa todo el horizonte, difuminadas por la reverberación del calor. Sé que Joya es un lugar duro y ardiente, pero la arena removida por el viento y la luz crepuscular la hacen parecer aterciopelada y acogedora.

Lord Héctor nos conduce hacia el oeste bordeando el desierto, en dirección al mar. Veo una franja de color verde oscuro que tal vez se halle a varios días de distancia, pero debido a la reverberación es difícil saberlo. Al otro lado de las palmeras nos espera Brisadulce, la capital de Joya. Alodia la visitó en una ocasión, y volvió contando historias de un maravilloso oasis, con edificios de piedra arenisca y gente alegre que la adoraba al verla.

Yo estoy ansiosa por llegar, aunque sólo sea por cambiarme de ropa, tomar un baño y sentarme a una mesa colmada de multitud de viandas. Me duele la cabeza de pensar en la fruta fresca y el vino helado.

Acampamos a la orilla de un río que baja de las montañas y que corre hacia el oeste, en dirección a la ciudad y al mar. En nuestro carruaje prestado, Ximena me ordena que me saque el vestido para lavármelo. Cuando me ayuda con los botones, me siento un poco aliviada y a la vez algo nerviosa por tenerla tan cerca. Ha sido como una madre para mí desde que tengo recuerdos. Pero pienso en su horquilla para el pelo —algo que había visto toda mi vida— clavada en la garganta de un hombre, y me maravilla el hecho de saber tan poco de ella. Nunca le pregunté nada. ¿De dónde



viene Ximena? ¿Cuándo empezó a trabajar para mi familia? ¿Por qué eligió quererme tanto? «Niña mimada —me llamó Alodia más de una vez cuando éramos pequeñas—. Mimada justamente porque es la elegida».

Alodia está en lo cierto.

—Ximena...

—¿Sí, cielo?

Tiene los dedos ocupados en mi espalda, aflojando el corsé.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Los dedos hacen un alto.

—¿Por qué dices eso, mi tesoro?

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—No sé quién eres ni tampoco sé nada sobre ti. No sé quién es Aneaxi. Y es culpa mía.

Por una vez, mi aya no despacha mis preguntas con tópicos y vacías alabanzas. Me rodea con sus fuertes brazos y me aprieta contra su pecho.

Ximena me cuenta que es huérfana. Cuando era pequeña, servía a los sacerdotes en el refectorio y lavaba sus hábitos. Un hombre, el padre Donatzine, reparó en su naturaleza tranquila y laboriosa. Le enseñó a leer y escribir lo suficiente como para trabajar entre los importantes documentos históricos del Monasterio de Amalur, donde se interesó especialmente por el libro *Guía del Servicio para el hombre corriente*. Después de años de inculcarle las valiosas palabras, el padre Donatzine recomendó a mi padre que la tomara a su servicio en la época en que todavía era un joven príncipe.

—Todavía visito al padre Donatzine cuando tengo ocasión —dice mientras cuelga mi falda a secar en la parte exterior de la ventanilla del carruaje—. Ya no puede leer. De modo que yo le leo en voz alta. Le gustan los pasajes de la *Sagrada Escritura* sobre los elegidos de Dios.

La encantadora sonrisa de Ximena dibujaba arrugas de felicidad en torno a sus pequeños ojos.

—El padre estaba muy complacido cuando Dios te eligió a ti el día de tu bautismo. Se había empeñado en vivir lo suficiente para ver al próximo elegido.

No recuerdo al padre Donatzine. Debería complacerme mucho que un hombre al que no conozco atribuya semejante importancia a mi existencia. Pero me resulta molesto.

—¿Lo echarás de menos? —le pregunto.

—Muchísimo —afirmó Ximena.

Sube al carruaje y se sienta a mi lado en el banco. Tiene las manos robustas y callosas. Trato de imaginarla aplicando finas pinceladas sobre los pergaminos. Toda mi vida he sentido las toscas puntas de sus dedos deslizarse por mi espalda con la

mayor destreza y concisión. Capaces de matar a un hombre con un alfiler del pelo.

—Me estás mirando de una manera muy rara.

—Ese día. Con el prisionero.

Su mirada se suaviza.

—Sabía que lo preguntarías.

—¡Te moviste con tanta rapidez, Ximena! Y sabías exactamente dónde clavar el alfiler, y también sabías que no me estaba atacando, y yo...

Estoy cometiendo un error. Parece que la estoy acusando, lo cual sería ridículo porque ella no fue la única que mató ese día.

Pero ella me mira tal como lo hace siempre, con una paciencia infinita y un amor sin límites.

—Cielo mío, me gustaría poder decirte muchas cosas.

Me acaricia una mejilla con los nudillos.

Luego el carruaje se balancea mientras ella baja por la escalerilla.

—Tengo que ver cómo está Aneaxi.

Se me pone la carne de gallina mientras contemplo cómo Ximena sorteando los sacos de dormir y las hogueras encendidas de nuestro pequeño campamento, y caigo en la cuenta de que estoy vestida sólo con la camisa y la enagua.

Al día siguiente viajo con Aneaxi, que necesita mayor espacio para poder apoyar su pierna entablillada en el banco. Cada vez que damos un topetazo hace un gesto de dolor y el sudor le perla la frente. Se abanica mientras responde todas las preguntas que yo debería haber hecho hace mucho tiempo.

Me entero de que mi dama de compañía es la hija bastarda del conde Sirvano, que sirve en la corte de mi padre. Demasiado controvertida para que fuera un buen partido, demasiado importante para meterla en el monasterio donde se crió Ximena, la situación de Aneaxi era inestable, sometida al estado de ánimo de su padre.

—Crecer en su casa fue espantoso —me explica—. Cuchicheos a mi paso, miradas maliciosas. Toda mi ropa eran prendas ya usadas por mi hermanastra mayor. Pero ella las rasgaba o les vertía tinta encima antes de dármelas.

Mientras Aneaxi va desgranando sus recuerdos yo la escucho embelesada, porque sé muy bien lo que es tener una hermana favorita, soportar la premeditada mirada condenatoria de la corte. Toda mi vida he contado con la comprensión de Aneaxi, que me envuelve en un abrazo y me manifiesta su pesar por todo lo que me ocurre. Ahora entiendo por qué.

—Empecé como voluntaria en la lavandería. Precisamente para apartarme y sentirme útil. Un día, en la corte, mi padre vio mis manos, agrietadas y escamadas. Me pegó —dice, encogiéndose de hombros como si no le importara lo más mínimo.

Y tal vez no le importe, ya no. Aneaxi no es de las que mantienen un enfado por mucho tiempo.

—Pero también decidió que, si quería trabajar a toda costa, me encontraría algo apropiado a mi condición, como debe ser. Empleó precisamente esas palabras, «como debe ser». Entonces, me puso al servicio de su última esposa, que era sólo un poco mayor que yo. Creyó que me lo tomaría como un castigo, pero acabamos siendo amigas. Y cuando vuestra madre se quedó embarazada de Alodia, mi señora me recomendó a Ximena, que era la dama de la reina en ese momento.

—¿Te arrepientes de haber entrado en palacio al servicio de mi familia? —le pregunto.

—Oh, no, querida. Yo quise mucho a vuestra mamá. También a Alodia, a pesar de que es tan independiente y tozuda que me saca de quicio. Pero tú, Elisa, tú eres la alegría de mi vida. —Luego sonrío con picardía—. Además, la comida de palacio es mucho pero que mucho mejor. Al cocinero del conde tendrían que haberlo mandado a la plaza de toros.

Me da la risa boba al recordar aquella noche, hace más o menos un año, en que ambas nos deslizamos hasta las cocinas para robar bizcocho de coco, en las propias narices de Ximena. Aneaxi tiene siempre y a partes iguales comprensión, buen humor y malicia; la perfecta contrapartida de mi seria y puntillosa aya.

Deja de abanicarse. Sus párpados son delgados, casi translúcidos como el pergamino fino. Se ha vuelto vieja en un instante, en algún momento en que yo no estaba mirándola. Me inclino hacia adelante y beso las arrugas que le surcan la frente.

Sonríe, sin abrir los ojos.

—Eres una buena chica, Elisa. Dios acertó al elegirte.

Trago saliva. Siempre me ha querido con locura, pero yo se lo agradezco. Tal vez Dios me la envió por alguna razón. Quizás sabía que iba a necesitar a alguien que pudiera entender, aunque sólo fuera un poquito, cómo sería mi vida. Suavemente le saco el abanico de la mano. Mientras la abanico, suspira con satisfacción. Permanezco a su lado un largo rato.

Por la noche, Alejandro me anuncia que estamos a sólo unos pocos días de mi nuevo hogar.

—¡Bien! —respondo yo—. Ya huelo mal.

Al instante siento las mejillas más ardientes que el desierto en verano. Este deprimente viaje me ha vuelto más descarada.

Pero él se limita a reírse.

—Ni por asomo hueles tan mal como lord Héctor. —Y, al decirlo, mira de reojo hacia la derecha, donde el guardia real está puliendo su espada.

El caballero alza la cabeza al escuchar el comentario del rey, y veo un leve temblor en su mostacho, pero no abandona su gesto impasible.

—¿Cómo está *lady* Aneaxi? —pregunta Alejandro.

Me encojo de hombros.

—Dice que la pierna está mejor, pero se esfuerza en mantener el optimismo, así que no estoy muy segura. Está más débil de lo que quiere admitir.

—Tú la quieres mucho.

Su mirada se ha dulcificado, o tal vez es el reflejo de la hoguera, pero yo a duras penas puedo respirar. Me mira fijamente, como si fuera lo único que hay en el mundo.

—Elisa...

—Yo... La quiero muchísimo.

—Tiene suerte de estar viva. Héctor me contó como tú y *lady* Ximena la sacasteis de debajo del carruaje.

Clavo la mirada en el suelo arenoso sobre el que hemos acampado, pese a que me está ofreciendo la clase de tierna sonrisa en la que una chica podría pensar durante horas. Más tarde, a solas en mi saco de dormir, dejaré que el recuerdo de este momento me arroje. Me atreveré a pensar que cada vez está más cariñoso conmigo, que está complacido de que nos hayamos casado.

De momento, tengo varias preguntas.

—Alejandro, los Extraviados no solían atacar a los viajeros.

—No. No lo hacían —dice, pasándose los dedos por la negra cabellera.

—¿Por qué lo hacen ahora? ¿Por qué a nosotros?

Aferro mi camisa para no caer en la tentación de jugar con las manos. Me dirá que no me preocupe, que no son asuntos para las jovencitas, tal como hace papá...

—Creemos que están aliados con Invierno.

Pasan unos segundos antes de que yo pueda hablar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ahora tienen armas de acero. Flechas fabricadas con una madera blanda y clara que no habíamos visto nunca. Además, una banda de Extraviados asesinó a tres mercaderes el año pasado con un arma afilada que se usa para romper el hielo.

Un pico para hielo. Nunca he visto ni nieve ni hielo, si bien he leído sobre ellos. Pero ¿por qué querría Invierno aliarse con los Extraviados? Una idea me viene a la mente.

—La calzada es la única ruta terrestre entre Joya y Orovalle —reflexiono en voz alta.

Él asiente lentamente, mirándome con tanto interés que pienso que me está poniendo a prueba. Caigo en la cuenta de que no nos hemos cruzado con ningún otro viajero a lo largo del camino. Durante la estación de los huracanes, la calzada tendría que estar atestada de mercaderes.

—Fue una decisión arriesgada atravesar los Hinders —opino, cuidando el tono de voz para que no haya ni un atisbo de reproche.

—Sí, fue arriesgado. Pero mantuvimos nuestro viaje en secreto. No sé cómo se enteraron.

—¿Crees que habrá sido un ataque casual?

Por toda respuesta se encoge de hombros, pero mi mente vuelve sobre sus palabras: «un secreto».

—¿Qué quieres decir con un secreto?

—El buen pueblo de Brisadulce no espera la llegada de su rey hasta dentro de un mes, aproximadamente.

«Su rey. Un secreto».

¿Y de su reina? Algo en mi mirada ha hecho que se ponga serio.

Respiro hondo antes de hablar.

—Eso quiere decir que no me esperan, ¿no es así?

—No —dice—. No saben que llevo conmigo a una nueva esposa.

La calzada es ahora más llana, y nuestro viaje se hace más cómodo. El aire se ha vuelto más caliente, pero resulta más llevadero gracias a que sopla una ligera brisa. El horizonte está oscurecido por difusas manchas parduscas. Tormentas de arena, me dice lord Héctor cuando me sorprende mirándolas fijamente. Durante la época de los huracanes, el viento penetra en tierra firme procedente del océano, y las tormentas de arena que levanta pueden arrancar la piel de un hombre de sus huesos. Me alegra que viajemos en dirección al oeste, hacia el mar, manteniéndonos a una distancia segura de las dunas.

Echo de menos a Ximena. Tal vez no debí preguntarle por el hombre que mató. Ahora siento que eso se interpone entre nosotras, enorme, impenetrable y tácito. Ella es tan eficiente como siempre; me ayuda a vestirme todas las mañanas, me trenza el cabello, ahueca mi arrugado vestido todas las noches. Pero sus gestos son bruscos y su mirada, distante y triste. O tal vez me lo estoy imaginando.

Aneaxi está cada vez más débil. Lord Héctor cree que se le ha contagiado algún tipo de fiebre de la selva, por más que nadie ha caído enfermo. Su piel, normalmente oscura como la mía, se ha vuelto cenicienta. Cuando dormita, sus sueños son febriles y extraños. Algo la atemoriza. A menudo pronuncia mi nombre, presa del pánico, y tengo que apretar su pegajosa mano y susurrarle al oído para que se tranquilice. Cuando se despierta, insiste en que no recuerda nada de sus sueños, pero no estoy segura de que sea cierto.

A dos días de distancia de Brisadulce, nuestro carruaje empieza a oler a carne podrida. No soy médico y, a pesar de mi educación principesca, no he aprendido mucho acerca de las artes de la sanación. Sin embargo, sé que las fiebres no pueden causar semejante pestilencia.

Cuando paramos para hacer una rápida comida a base de frutos secos y orejones de mango, me llevo a Ximena a un rincón.

—Ximena, esto no es una fiebre de la selva, ni una pierna rota. ¿Por qué tiene que...?

Ximena baja la mirada a mi mano, y advierto que estoy apretándole tanto el brazo que mis dedos se hunden en su carne.

Retiro la mano, disgustada, y entonces veo que Ximena tiene los ojos inundados de lágrimas.

—¿Qué pasa, Ximena? Hay algo que no me has dicho.

Mi aya asiente y solloza.

—Aneaxi estaba más herida de lo que pensábamos. No dijo nada, absolutamente nada.

Su voz es un susurro tembloroso, y el miedo me oprime el pecho como una pesada losa. Nunca había visto llorar a Ximena.

—¿Quieres decir que no sólo tenía una pierna rota?

—Es su otra pierna. Tiene un corte por encima del tobillo. Cuando la arrastramos...

Un corte. Sólo un corte. Eso no puede ser muy grave, ¿no es así?

Ximena sigue hablando, pero apenas la oigo porque la sangre me hace zumbiar los oídos. Dice algo sobre una infección, sobre que es demasiado tarde para intentar pararla amputándole la pierna.

Vuelvo a toda prisa al carruaje. Aneaxi yace extendida sobre el banco e, incluso dormida, gime a causa de la fiebre. Busco su pierna, la que no está rota. Ocultas bajo su falda, las vendas que le envuelven la pantorrilla están empapadas y parduscas como si las hubieran teñido con té. Cuando las retiro, el olor se hace insoportable. Como el pescado que se ha dejado demasiado tiempo al sol, pero más dulzón, como la fruta podrida. Aneaxi se revuelve cuando dejo la herida al descubierto.

Yo retrocedo, tapándome la boca con la mano. La piel blanquecina de la pierna está veteada de morado y verde. La herida supura una sustancia negra y viscosa; la piel de los bordes está retraída en una terrible mueca.

Lo hicimos nosotras, Ximena y yo, cuando la arrastramos lejos del carruaje.

Sólo hay una cosa que yo sé hacer. Me dejo caer en el lado opuesto del banco que ocupa mi dama de compañía. La Piedra Divina late cálidamente bajo las puntas de mis dedos mientras cierro los ojos.

Soy la elegida de Dios. Estoy segura de que escuchará mi plegaria.

A la mañana siguiente, Aneaxi ha salido de su estado febril. Mi corazón late henchido de esperanza. Durante toda la noche, la piedra incrustada en mi ombligo irradió tal sensación de bienestar que sé que Dios me escuchó. Estoy segura de que Aneaxi se curará.

Le lleva algún tiempo concentrarse. Sonríe cuando se da cuenta de que estoy a su lado.

—Elisa —susurra.

Su mirada es serena. Le doy una palmadita en la frente.

—Tendrías que habérselo dicho, Aneaxi. Tendrías que haber...

—Escúchame.

Mi mano se queda a mitad de camino.

—Elisa, tienes un gran destino.

Aunque apagada, su voz no está exenta de cierta firmeza. El carruaje vibra, me cosquillean los dedos.

Ella me aprieta la mano con fuerza.

—No tienes que perder la fe, niña. No importa lo que pase. No dudes de Dios, ni tampoco de que te haya elegido. Él sabe infinitamente más de lo que nos podemos imaginar.

Meneo la cabeza. Esto no va bien. Ella nunca me había hablado así antes de ahora. Abro la boca para decirle que todo va a salir bien, que he rezado...

—Él te ama muchísimo. Yo también. Prométeme que confiarás en Él.

Se lo prometeré. Cualquier cosa para que se sienta bien. Pero no encuentro las palabras.

Ella suspira y sus ojos miran a lo lejos. Su voz es apenas audible cuando dice:

—Elisa, eres la luz de mi vida. Mi querida...

Su mano deja de apretar la mía.

—¡Aneaxi!

Pero ya no responde. Tiene el aspecto de una muñeca: los ojos vidriosos insertados en una escultura con una congelada sonrisa de satisfacción, los labios ligeramente entreabiertos. Lentamente me inclino hacia adelante y le cierro los ojos con las puntas de los dedos, con la esperanza de que parezca que sólo está dormida. Pero la quietud del sueño no se parece en nada a la quietud de la muerte.

No consigo salir de mi aturdimiento, aunque sé que lord Héctor está actuando con gran delicadeza. Lo noto en el tono profundo de su voz, en la forma suave y lenta de pronunciar las sílabas. Se lo agradezco enormemente.

—La llevaremos con nosotros a la ciudad —dice Ximena entre lágrimas—. Se merece un entierro como es debido.

Lord Héctor inclina la cabeza.

—Entonces yo mismo prepararé el cad... a la dama para el viaje.

Los miro a ambos y me doy cuenta de que ella ha contestado en mi lugar porque yo no podía.

—No.

Aunque salida de mi boca, la palabra me sorprende, pero comprendo al instante que es la decisión correcta. Esperan mi explicación mientras contemplo la gran extensión del desierto, que reverbera con una tonalidad anaranjada a la luz del amanecer. Hace algunas semanas, Aneaxi me confió que siempre había querido ver el desierto. Dijo que jamás había imaginado estas tierras ondulantes como olas y tan inmensas que se extendían hasta el mar.

—Vamos a enterrarla ahí. En la arena.

El cuero del uniforme del guardia cruje cuando éste hace una reverencia de asentimiento. Me apoyo en Ximena mientras ella me acaricia la trenza.

Dos días después de aquél en que Dios desoyó mis plegarias llegamos a Brisadulce, por la tarde. No reparo en la ciudad mientras nos acercamos, tan perfectamente se funde la muralla de piedra arenisca que la rodea con el suelo amarillo del desierto. Atravesamos una línea de cocoteros y de repente ahí está, alzándose hasta el triple de la estatura de un hombre. Lord Héctor cabalga junto a mi carruaje en el momento en que asomo la cabeza. Con una risita me explica que las murallas se levantaron para protegerla de las tormentas de arena.

Brisadulce no se parece en nada a las ciudades de Orovalle. Lo primero que noto es el hedor, como el de un retrete que se ha quedado sin agua. Las calles son sinuosas y estrechas. Las tiendas y las viviendas de los comerciantes se amontonan unas sobre otras, como pilas desordenadas de piezas de un juego de construcciones. Las miro con desconfianza. Todo es alto, apretujado y oscuro, y no me explico cómo puede vivir la gente en semejante lugar sabiendo que a pocos pasos está el desierto, inmenso y abierto.

A nuestro paso sólo recibimos miradas de indiferencia: una mujer que sacude una tosca manta de lana, dos chicos con las rodillas sucias que corretean por un callejón



próximo, un hombre alto y barbudo que vende cocos... Pero estamos fatigados del viaje y nuestros carruajes llevan las señales de la lucha con los Extraviados. Nada majestuoso ni notable. Me alegro porque no estoy para que me vean.

El terreno se hace cuesta arriba a medida que nos internamos en la ciudad. Aquí los edificios son más altos y tienen líneas más netas, cortinas más coloridas. En ocasiones se ve el destello de la luz del atardecer contra cristales de verdad. Al advertir este cambio en las edificaciones, confío en que mi nueva casa sea fastuosa y espectacular.

Nada de eso. El monstruoso palacio de Alejandro, que se alza en una colina en el centro de la ciudad, es la estructura más fea que haya visto en mi vida. La historia de Joya del Desierto se refleja en su mosaico de piedra arenisca y cantos rodados, de mampostería y madera, resultado del esfuerzo colectivo de constructores con un exceso de celo a lo largo de todo un milenio. La tierra que rodea los muros es seca y gris y, bajo la luz decreciente, casi no se diferencia de la piedra. Es evidente que el lugar necesita desesperadamente toques de color. Puede que Alejandro me permita plantar buganvillas.

La luz de las antorchas alumbró nuestro camino mientras rodeamos el palacio hacia los establos. Nos detenemos ante cada puesto de guardia y oigo voces por delante, aunque no soy capaz de entender las palabras. Es posible que Alejandro se haya identificado. Imagino lo que dirá sobre mí: «¡Traigo conmigo, como mi esposa, a la mujer más bella y maravillosa!». Entonces, los sirvientes salen corriendo a preparar festines, flores y música para nuestra llegada. Me río sin recato. Ya he tenido bastantes ideas descabelladas desde mi boda.

Doy un respingo cuando Ximena me oprime la rodilla. Se ha hecho tan oscuro que casi había olvidado que está sentada frente a mí. La aparición de la cabeza de Alejandro en la ventanilla del carruaje, sobre el fondo de la luz de las antorchas, me salva de tener que explicar el motivo de mi risa.

—¡Elisa! —Me sonrío como un muchachito que está a punto de mostrar su juguete favorito—. Estamos en casa.

—En casa —consigo responderle con una sonrisa temblorosa.

—Le he dicho a mi mayordomo que estamos agotados del viaje y que no recibiremos a nadie esta noche. Además —añade con una sonrisa que es casi una disculpa—, también le he dicho que eres una huésped muy especial que merece todo tipo de amabilidades. De modo que, si hay algo que no sea de tu agrado, házmelo saber.

¿Una huésped especial? ¿Eso es todo?

Me coge de la mano y bajo del carruaje. Cuando alzo la vista para darle las gracias, no me suelta. Todavía me aprieta un poco más la mano.

—Te mostraré tus aposentos.

Hago un gesto afirmativo mientras trago saliva. Ximena baja detrás de mí.

Nos encontramos en un patio con suelo de arena. Los establos están a nuestra

izquierda. La oscuridad desdibuja los detalles, pero oigo el relincho de los caballos y me llega el olor a estiércol mezclado con el del heno recién cortado. A nuestra derecha se alza la mole monolítica del palacio recortada contra el cielo que nos cubre. Mis compañeros de viaje se afanan descargando los carruajes y los caballos de carga. No veo ningún rostro nuevo, lo cual me parece extraño. Cada vez que papá y Alodia regresan de un viaje, toda la servidumbre sale a recibirlos.

Nocturnidad, ausencia de sirvientes, una entrada lateral, una huésped especial.

Sea cual sea el motivo, Alejandro ha decidido mantenerme en secreto.

Me resulta difícil no arrancar mi mano de la de Alejandro porque no estoy segura de que a él le importe. Siento latir la sangre en la garganta por el esfuerzo y tal vez por una sensación de vergüenza cuando entramos en el palacio, avanzamos por los pasillos y subimos un tramo de escalera. Ximena viene detrás. He leído *Belleza de la guerra* montones de veces, y por eso sé que debería concentrarme en la ruta para llegar a conocer el entorno en que me muevo. Sin embargo, la humillación que me hace arder la cara no me permite pensar.

Nos paramos ante una puerta de caoba tallada con vides y flores. Alejandro la abre, y entramos en un aposento aireado iluminado por velas de cera de abeja. No tengo tiempo para estudiar todos los detalles porque Alejandro me atrae hacia él y me coge también por la otra mano.

—Te voy a pedir que me guardes un pequeño secreto —dice, mientras Ximena se desliza junto a nosotros hacia el interior de la habitación. Él tiene el mismo aspecto que en nuestra noche de boda, con sus ojos color canela a la luz de las velas—. No estoy listo para revelar que estamos casados. Es algo que debo reservarme para un momento más propicio.

Clava en mí una mirada penetrante mientras me pide comprensión, pero, sin embargo, no le contesto.

—Y creo que sería mejor que no hablaras con nadie sobre la Piedra Divina —añade—. Al menos por el momento.

Frunzo los labios y respiro hondo. No estoy dispuesta a llorar delante de él.

—Elisa...

A pesar de lo mucho que quiero ayudarlo y conquistarlo, de pronto deseo con todas mis fuerzas seguir sintiéndome dueña de mí misma. Así pues, le echo una mirada casi tan fulminante como la de Alodia, la que ella usa para dirigirse a los cocineros holgazanes y a las hermanas pequeñas.

—Voy a confiar en ti, Alejandro. Pero sólo por ahora y porque mi hermana me aconsejó que lo hiciera. Ésa es la única razón, la única. Espero que tú me des alguna otra.

Me quedo muda de asombro cuando él me envuelve en sus brazos y me atrae hacia sí.

—Gracias —dice con los labios pegados a mi cabello.

Entonces me suelta, me coge la mano y la acerca suavemente a sus labios. La

calidez de su beso me hace temblar, pero cuando me da las buenas noches, soy incapaz de devolverle la sonrisa.

Cierra la puerta tras de sí. Me vuelvo hacia la cama, un mueble alto y macizo, con delicadas cortinas y un taburete de tres patas. Ximena ya ha retirado los cobertores y me mira con conmiseración, pues no se ha perdido una sola palabra de mi conversación con Alejandro. Ya no puedo reprimirme más. Mientras los sollozos me sacuden el pecho y no paro de sonarme, lo único que quiero es irme a dormir y no volver a despertarme.

Siento la Piedra Divina como un puño helado en mi estómago que se retuerce y presiona sobre las vértebras. No puedo respirar, tengo los pulmones agarrotados. Alejandro se cierne sobre mí. Pretende hacerse con la piedra. «¡Dámela!», grita. Repto hacia atrás en la cama, me acurruco contra la cabecera. Alejandro avanza. Sus ojos son los de un depredador, rojos y felinos. Su forma de moverse, su olor... Hay un animal agazapado dentro de él, bajo su piel. No recuerdo haber empuñado la daga, pero la siento fría y dura en la mano. Apuñalo a Alejandro una y otra vez hasta que la sangre me corre por el brazo y me duele la palma por el impacto.

Parpadeo. *Lady Aneaxi* sonrío. «Ten confianza», dice, echando mano a la Piedra Divina. Me clava las uñas en la piel del abdomen, las hunde alrededor de la piedra. El dolor, terrible, me llega hasta la pelvis y se propaga por mis piernas. Ahonda más aún y tira. Tengo la sensación de que me está extrayendo la columna vertebral por el ombligo. El dolor es insoportable. Consigo llevar un poco de aire a los pulmones, lo suficiente para gritar. *Aneaxi* retrocede, sobresaltada. Sus dedos, hinchados y ennegrecidos por la infección, rezuman un líquido carmesí. Sonríe. «Tienes que despertarte, *Elisa mía*».

—¡*Elisa!* Alguien llama a la puerta.

Al abrir los ojos veo un dosel de seda naranja y rosa, bordeado de cuentas de cristal a las que la suave luz de la mañana arranca reflejos irisados. Ximena me sacude por el hombro y se oyen golpes en la puerta.

—Creo que estabas soñando, cielo mío.

Relajo los músculos bajo los cobertores de seda, aflojo la mandíbula y contengo la respiración. La cama es mullida y blanda. La clase de cama en la que una chica puede hundirse si no quiere hacer frente al día que empieza. Pero los golpes en la puerta continúan.

Me cubro con las sábanas hasta el cuello. Ximena sonrío aprobadora cuando digo:

—¡Adelante!

Entra una joven de mi edad poco más o menos. Es pequeña y bonita, con pómulos elegantes, graciosa y delicada a pesar de lo tosco de su atuendo. Hace una profunda reverencia que parece un paso de danza, como si estuviera a punto de completarla con una pirueta. Observo el pelo negro y brillante que asoma debajo de su tocado de

doncella, hasta que me doy cuenta de que está esperando permiso para dirigirse a mí.

—Habla.

Se endereza y sonrío. Uno de sus incisivos está ligeramente desviado. Me concentro en el defecto, mientras su mirada recorre la forma de mi cuerpo debajo de la ropa de cama hasta acabar en mi cara. Sus ojos negros lanzan un destello, como si acabara de descubrir algo valioso. Enarca apenas una ceja; luego su expresión se vuelve ausente y baja la cabeza.

—Me han enviado para que os ayude a prepararos para el desayuno.

Me ruge el estómago e imagino pan recién horneado con miel, higos y leche de coco endulzada.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Cosmé. —Tiene el extraño acento cadencioso de la gente del desierto.

Echo a un lado los cobertores y me incorporo. El suelo está increíblemente lejos y tanteo con el pie hasta tocar la alfombra de piel de oveja.

—Cosmé, tengo toda la ropa estropeada por el viaje. ¿Podrías conseguirme una blusa y una falda?

Me mira perpleja.

—Tal vez podría conseguir un corsé y un vestido... —Se interrumpe y lanza una exclamación—. ¡Ah, sois de Orovalle!

Me siento aterrada. Un corsé me daría el aspecto de un cerdo relleno, y a excepción del día de mi falsa boda jamás he llevado nada tan ajustado. ¿Acaso las mujeres de Joya sólo usan corsé?

—Sí, soy una huésped de Orovalle. Puedes llamarme *lady* Elisa.

Sorprendo una mirada de aprobación de mi aya.

—Veré lo que puedo encontrar, *lady* Elisa —dice la jovencita con otra reverencia, antes de marcharse con tal gracia que parecería que ella es la princesa y yo una doncella regordeta ataviada con un vestido tiznado.

Cuando se ha retirado, Ximena y yo nos dedicamos a explorar un poco mis aposentos. Constan de tres habitaciones. Mi dormitorio, con la enorme cama y un tocador, un balcón diminuto que da a un jardín de cactus, alfombras de piel de oveja y grandes cojines con borlas. La habitación más pequeña, destinada a la doncella, tiene literas y un armario. Ambas estancias están conectadas por un fresco patio con un cuarto de baño y una piscina. La piscina es cuadrada y está revestida de maravillosos mosaicos con diminutos diseños azules y amarillos pintados a mano. La luz del sol que envuelve el patio le da una atmósfera dorada. No hay ni una silla en ninguno de los aposentos. Recuerdo haber oído contar a Alodia que la gente de Joya del Desierto se sienta en almohadones.

En mi dormitorio hay otra puerta, pero está cerrada.

Las habitaciones no son más grandes que las de mi casa, pero tienen mayor variedad de colores y de bellas telas. Me encantan la seda y la gasa del dosel de mi cama y de las paredes, pero echo de menos el repiqueteo de las fuentes, la trompeta

de oro trepadora que enreda sus verdes zarcillos en mi ventana.

Mientras esperamos, Ximena me cepilla y trenza el cabello. Es mi momento favorito de la mañana, porque adoro el contacto de sus dedos en mi cuero cabelludo, los leves tirones. Tengo el pelo negro y brillante, con ondas que me llegan a la cintura. Por lo general, Ximena consigue hacer dos trenzas, una encima de la otra, porque es muy abundante. Aneaxi también solía decirme que tengo bonitos labios y hermosos ojos. Por supuesto, estaba equivocada. Mis labios parecen babosas gruesas, y los ojos son pequeños en comparación con unas mejillas como granadas. Sin embargo, está bien tener algo bonito.

Cosmé regresa con una brazada de ropa. Lo extiende todo sobre la cama y casi me quedo sin habla ante la belleza de lo que veo. Cuántos colores, qué variedad de telas y de texturas. Cuentas de cristal aplicadas en franjas, corpiños incrustados de piedras preciosas, las cintas más delicadas que se pueda imaginar. Paso los dedos por la falda de un vestido. Es de un suave color coral, como el dosel de mi cama, con una franja más clara en el ruedo. Pero todo es pequeño, hecho para una persona delicada como Cosmé.

—... que la reina Rosaura era más o menos de vuestra estatura —está diciendo—, de modo que pensé que algunas de estas prendas podrían servirlos.

Por supuesto que no me sirven. Es tan evidente que son demasiado pequeñas que me quedo mirando a la doncella. Me ha insultado adrede, y no entiendo por qué.

Ximena me apoya una mano en el hombro, y apenas puedo evitar las lágrimas. Contemplo las baldosas del suelo y la alfombra de piel de oveja, que se curva hacia arriba en un extremo.

—Anoche te lavé en la piscina la blusa y la falda —me dice al oído—. Ya están casi secas.

El alivio me produce una especie de ahogo.

—Gracias.

Cosmé nos lleva a un enorme comedor de techos muy altos. Una luz azul entra a raudales a través de las altas ventanas emplomadas. Cuando entramos, ya hay gente sentada en cojines, frente a una serie de platos humeantes, y nos miran sin demasiado interés. Los hombres van afeitados, y las mujeres llevan corsé. Todos están ataviados con brillantes colores, pero sus rostros son inexpresivos. Nadie habla. No veo a mi esposo por ninguna parte.

Una mujer se pone de pie para saludarnos con una sonrisa que yo le devuelvo agradecida. Avanza grácilmente hacia nosotras con los dorados brazos extendidos. Sus ojos, de color miel entre negras pestañas, resultan sorprendentes en su cara bronceada.

—¡Vos debéis de ser la huésped especial de Alejandro! —dice.

Tiene una voz suave y aguda, como la de una niña. Sólo unas leves arrugas y las

ojeras apenas marcadas alrededor de los ojos revelan que es mayor que yo, tal vez próxima a los treinta.

Asiento, sin saber muy bien qué decir. Desearía que el rey estuviera aquí para que fuera él quien me guiara.

—Venid, sentaos conmigo. —Me coge por el brazo y me dejo llevar—. Soy la condesa Ariña. Os presentaré a todos después de que hayáis comido algo.

Al acomodarnos Ximena y yo a su lado, los pliegues húmedos de mi falda se me pegan a las piernas y los siento fríos. Es curioso que la condesa no haya preguntado mi nombre, que hable de mi esposo con tanta familiaridad.

Trato de no aparentar gran interés por la comida cuando me llena un plato de madera con diversos manjares de varias de las fuentes expuestas ante nosotras. Observo a la gente sentada a mi alrededor. Comen con delicadeza y apartan la mirada tan pronto como se cruza con la mía. El salón de frío granito gris es enorme, demasiado para dos puñados de personas. Echo de menos mi acogedor adobe.

La condesa Ariña me pone el plato en el regazo.

—Aquí tenéis, *lady* Elisa.

O sea que ya sabe mi nombre. No le he dicho a nadie más que a Cosmé que me llamara así. Miro de reojo la entrada acortinada por donde entramos, pero la doncella ha desaparecido.

Ataco la comida. Es un poco insípida, pero mucho mejor que lo que comimos durante el viaje. Le hincó el diente a un esponjoso pastel, y pienso que un azucarado de almendra ofrecería un maravilloso contraste con el suave sabor a huevo. Tal vez el maestro de cocina de Alejandro esté dispuesto a experimentar con algunas de las mejores recetas de Orovalle.

Entonces me acuerdo de Ximena. Ariña no se ha tomado la molestia de servirle. Le ofrezco mi plato con una sonrisa de disculpas. Con un guiño coge un pastelillo. Cuando pongo el plato entre ambas, observo que varios de mis compañeros de mesa me miran con extrañeza. Me pregunto qué habré hecho mal. Tal vez no estén acostumbrados a que se trate con respeto a un sirviente. O tal vez sea que no como con delicadeza suficiente. Me llevo otro pastel a la boca y les sostengo la mirada.

La atención se desplaza hacia la puerta. La cortina se hace a un lado y entra lord Héctor seguido por Alejandro. Me siento muy aliviada al verlos. Todos se ponen de pie y hacen una profunda reverencia, mientras yo me quedo ahí sentada como una tonta, sin saber qué hacer. ¿Una esposa saluda a su esposo con una reverencia en Joya del Desierto? ¿Una princesa saluda a un rey con una reverencia? Yo sólo saludaba a mi padre con una reverencia en ocasiones formales.

Me pongo de pie y me sonrojo al notar que mi falda húmeda se me ha pegado a la parte trasera de las piernas. Alejandro no puede verlo, pero estoy segura de que la condesa Ariña está haciendo un minucioso estudio de mi amplio trasero. No me atrevo a despegarme la falda de las piernas.

Alejandro avanza hacia mí, sonriendo como encantado de verme. Está recién

afeitado y el pelo, echado hacia atrás en suaves hondas negras, le deja la frente despejada. Me fascinan los rizos que se le forman detrás de las orejas, la fuerza de su mandíbula, que contrasta con la delicadeza del resto de las facciones. Me sujeta por los hombros y se inclina para besarme en las arreboladas mejillas.

—Confío en que hayáis dormido bien, alteza —dice en voz alta.

Ha dicho «alteza». Siento la sorprendida mirada de todos los presentes fija en mí.

Alejandro se vuelve a mirarlos.

—¿Ya os han presentado a todos, Elisa?

—Sólo a la condesa Ariña, que ha sido de lo más amable.

A nuestra izquierda, veo temblar el bigote de Héctor.

Alejandro mira por encima de mi cabeza hacia la hermosa dama.

—Sí, no lo dudo. —Recorre con la mirada todo el salón—. Me gustaría presentaros a Lucero-Elisa de Riqueza, princesa de Orovalle. Se va a quedar con nosotros indefinidamente en representación de su padre, el rey Hitzedar.

Casi me da la risa cuando todos los que hasta ahora se mostraban tan ostensivamente indiferentes me hacen una reverencia. O sea que al menos puedo ser todavía una princesa de Orovalle. Eso no me lo quita nadie, pero al revelar mi identidad se enterarán sin duda de la Piedra Divina de la que soy portadora. En Orovalle, todos conocen el nombre de la portadora. Puede que las cosas sean diferentes aquí, en Joya del Desierto. Hace siglos, cuando mis antepasados abandonaron Joya para colonizar nuestro pequeño valle, muy pocos seguidores del sendero de Dios se quedaron.

Alejandro me indica con un gesto que me siente.

—Por favor, no quería interrumpir vuestro desayuno.

Tomo asiento encantada, y me digo que tendré que separarme del trasero la falda aplastada cuando me vuelva a poner de pie. Alejandro se acomoda entre Ariña y yo. Lord Héctor permanece en guardia detrás de él.

Me resulta insoportable la amabilidad ñoña con que empiezan a tratarme los demás. ¿Habéis dormido bien? ¿Qué tal el desayuno? ¡Hacedme saber si necesitáis algo! Y, por supuesto, proliferan las preguntas sobre mi viaje, a las que respondo con monosílabos, poco dispuesta a hablar de la horrorosa muerte de Aneaxi ni del combate en la selva. Alejandro me los presenta a todos, pero no logro retener sus nombres. Sólo recuerdo a un conde Eduardo, un general Luz-Manuel y, por supuesto, a la condesa Ariña. Se me da bien memorizar cosas y debería haber aprendido los nombres, pero me resulta difícil interesarme. Todavía estoy cansada y me siento muy sola.

Sin darme cuenta, me inclino hacia Alejandro. ¡Cómo me gustaría sentirme rodeada por sus brazos, como el día del ataque de los Extraviados, o la noche pasada, cuando le dije que confiaba en él! Sin embargo, me contengo. No soy realmente su esposa en este lugar agobiante, y, a pesar de la conversación de nuestra noche de bodas, ni siquiera estoy segura de ser su amiga.

Es posible que él perciba mi repentina tristeza, porque me dirige una mirada interrogante. Me esfuerzo por esbozar una sonrisa. A su lado, la encantadora Ariña nos observa. Tiene un gesto mohíno, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Al advertir que la miro, baja los ojos al plato. Estudio su perfil con curiosidad. Hay algo en sus ojos, una expresión herida, y en la forma en que traga con dificultad.

—¿Qué sucede? —dice Alejandro en un susurro.

Me habría gustado preguntarle si hay algo entre él y Ariña, pero me callo.

—Gracias por enviarme a Cosmé esta mañana para ayudarme.

—¿Cosmé se presentó en tus aposentos? Yo no la envié. —Parece alarmado—. No envié a nadie. Había pensado en hacer que llevaran el desayuno a tus habitaciones. —Baja aún más la voz—. Cosmé es la doncella de Ariña.

—Ah, ya veo.

Claro que lo entiendo. Ariña quería averiguar algo sobre la «huésped especial» de Alejandro. ¿Qué hará cuando se entere de nuestra boda?

—Puedo prohibirle que se te acerque otra vez.

Estoy a punto de aceptar, pero lo pienso mejor.

—Oh, no. Gracias, pero no.

Luego sonrío recordando las palabras de Alodia: «No tengas miedo de ser reina». Todavía no soy la reina, pero tengo intención de serlo.

Me inclino por delante de Alejandro, hacia Ariña.

—Condesa...

—Alteza. —Su voz suena tan encantadora como inofensiva.

—Gracias por cederme a vuestra doncella. Por un acontecimiento trágico he perdido a mi dama de compañía en el viaje, y me resultó muy reconfortante la presencia de Cosmé.

—Fue un placer —dice Ariña con sonrisa felina.

—Me estaba preguntando si no os importaría dejármela mientras dure mi estancia. Hace un trabajo excelente.

No sé si es imaginación mía, pero creo que por un instante se queda helada.

—Por supuesto, alteza —responde, e inclina la cabeza para mostrar su asentimiento.

—Gracias.

*Belleza de la guerra* dedica varios y extensos pasajes al arte de mantener a nuestros enemigos cerca y vigilados, y sé que Alodia lo aprobaría. Acabo mi desayuno con auténtico placer, saboreando los pastelillos y las sabrosas salchichas.



Acabado el desayuno, lord Héctor me lleva aparte. Alzo la vista y me encuentro con sus ojos oscuros —aún más oscuros que los de Alejandro—, su cara de facciones duras y su bigote. Tiene la piel demasiado curtida y surcada con cicatrices para alguien tan joven, pero no debería haber pensado nunca que carece de amabilidad.

—Alteza, Alejandro me ha dicho que os advirtiese. —Habla rápido y en voz baja—. Podéis ir a donde os plazca dentro del palacio o de la ciudad de Brisadulce, pero siempre debéis ir acompañada de Ximena. De lo contrario no estaréis segura.

Hago un gesto afirmativo, con los ojos muy abiertos no sólo por su advertencia sino también por el hecho de que Ximena es realmente capaz de protegerme.

—Por otra parte —continúa—, si no tenéis planes para hoy, a su majestad le gustaría que yo os enseñara los alrededores.

Claro que no tengo planes.

—Gracias, lord Héctor. Me encantaría.

De haber estado en Orovalle, a estas horas me dirigiría al estudio del maestro Geraldo. ¿En qué ocuparé mi tiempo aquí?

—Dentro de una hora, entonces —dice con una profunda reverencia antes de volver junto a Alejandro.

Regreso a mis aposentos a escribir una carta.

*Querida Alodia:*

*Ximena y yo llegamos sanas y salvas a Brisadulce, aunque me entristece informarte que perdimos a Aneaxi como consecuencia de una infección tropical.*

*Necesito tu consejo. Alejandro no desea reconocermelo como su esposa. Dice que no es el momento propicio. Tampoco quiere que revele a nadie que soy portadora de la Piedra Divina. ¿Sabías tú que esto pasaría? ¿Debo seguir confiando en él?*

*Te envío una carta más detallada por correo, pero no espero que te llegue demasiado rápido. Te ruego me respondas pronto con tus ideas al respecto.*

*Mis cariños a papá.*

*Elisa*

Hago tres copias, esperando que mi hermana lea la frustración en mis duros trazos. «Perdimos a Aneaxi como consecuencia de una infección tropical». Una cosa tan tremenda reducida a una única y patética frase, pero es lo único que puedo mandar en la pata de una paloma. Enrollo los pequeños pergaminos para poder meterlos en cartuchos no mayores que la primera falange de mi dedo índice. Ximena

los coge —los tres caben sin dificultad en la palma de la mano— y sale de la habitación para dirigirse al palomar. Elevo una rápida plegaria de agradecimiento por el hecho de que las palomas de mi hermana hayan sobrevivido a nuestra selvática odisea.

A continuación me río irónicamente. Hay que ver con qué rapidez me surgió la plegaria. Es tal la costumbre de atribuir a Dios todas las cosas buenas de la vida... No recuerdo haber pensado en ningún momento en dar las gracias a nadie más. Tal vez a los soldados de Alejandro, o puede que a mí misma. Al fin y al cabo fuimos nosotros y no Dios quienes vencimos los obstáculos de ese día.

Me llevo la mano al abdomen. La piedra es suave y cálida, incluso a través del tejido de algodón de la falda. Eso es prueba de que Dios —o alguien— está ahí. Alguien me colocó esa cosa en el ombligo, con sus observaciones ardientes y sus heladas advertencias. Y, a través de ella, alguien responde a mis plegarias a modo de palpable consuelo.

Sin embargo, ese mismo «alguien» desoyó mis plegarias y dejó que mi dama de compañía muriera. No tiene sentido, pero el deseo que expresó Aneaxi antes de morir fue que no perdiera la fe. En aras de la fe estoy confiando en un montón de gente: en mi hermana, en Ximena, en Alejandro y, ahora, en el propio Dios. «Voy a necesitar algo más que esto, oh, Dios. Si en verdad me amas como dijo Aneaxi, te ruego me envíes algo en que apoyarme. Y que sea pronto». Un calor tierno se enciende en mi abdomen y se propaga al pecho y a los brazos hasta producir un hormigueo delicioso. Es lo mismo que sentí aquella noche junto a la cama de Aneaxi, la noche en que rogué a Dios por su vida, por lo que temo que no signifique nada.

Cosmé llega antes de que regrese Ximena. Hace una reverencia, pero no sin que antes haya visto su mirada huraña. No dejo que se enderece hasta que estoy bien segura de que se encuentra incómoda.

—Hola, Cosmé.

—Alteza —dice, irguiéndose—, la condesa me ha dicho que me habéis mandado llamar.

Los negros rizos asoman atractivos debajo de su cofia de doncella y su mirada es perfectamente virtuosa. Tengo ganas de pellizcarla.

Me siento culpable.

—Ah sí, necesitaré una doncella mientras dure mi estancia, y estoy encantada contigo. —Me pregunto si a ella le habrá sonado tan tonto como a mí—. Ariña ha sido tan amable como para cederte a mi servicio.

—¿Qué queréis que haga?

Todavía no lo había pensado. Tendría que mantenerla ocupada. Demasiado ocupada como para no darle ocasión de espiar ni de ir con chismes.

—Bien... veamos...

Echo una mirada por mis aposentos buscando ideas.

Al igual que todas las estancias que he visto de este monstruoso palacio, son demasiado grandes y tienen muy poco mobiliario. El aspecto es despejado, pero resultan poco acogedoras.

—Necesito una silla. Un par de sillas. Si no las encuentras, espero que las encargues. Además, también necesito plantas. Grandes plantas en tiestos. Cualquier cosa grande y alegre. Quiero dos para el balcón, al menos dos para el dormitorio y una para la habitación de Ximena.

Cosmé me mira como si acabara de tragarme un escorpión, mientras yo intento no parecer demasiado petulante. Semejante tarea no sólo le llevará todo el día dentro de este lugar vacío y yermo, sino que le dará algo inofensivo de lo que hablar con entusiasmo.

Todavía lo estoy disfrutando cuando llega Ximena.

—¡Qué gusto verte sonreír! —dice.

No quiero hablar de las cosas que últimamente me han robado la sonrisa.

—¿Has enviado las palomas?

—El adiestrador estaba demasiado intrigado. Fue muy acertado escribir en Lengua Antigua. La lengua sagrada. Ximena se ocupó durante años de copiar libros sagrados y probablemente la conozca tanto o más que yo.

—Cuando venga lord Héctor —digo, tratando de que parezca una idea repentina—, ¿por qué no le decimos que nos lleve a ver el monasterio?

—Eso me encantaría —susurra con una mirada de nostalgia.

No tenemos que esperar mucho tiempo. Lord Héctor aparece en la puerta vestido con armadura ligera (cuero crudo en lugar de acero, capa de paseo marrón en lugar del manto carmesí de la Guardia Real) y saluda con una profunda reverencia.

—¿Preparada, alteza?

Acepto el brazo que me ofrece y salgo al pasillo seguida de Ximena.

Me deja asombrada el conocimiento que tiene lord Héctor del palacio y de su historia. Nos lleva a ver la armería, el salón del trono, el gran salón de baile, la biblioteca. Conoce tu entorno, dice *Belleza de la guerra*. De modo que observo con atención todo lo que nos dice. Repito palabras y frases mentalmente y creo imágenes para acompañarlas, tal como me enseñó a hacer el maestro Geraldo. Y mañana volveré a hacer el mismo recorrido y trataré de recordar todo lo que he aprendido. No será difícil, ya que el entusiasmo de lord Héctor es contagioso.

En la sala de retratos señala el del padre de Alejandro, una versión más gruesa y canosa de mi marido.

—El rey Nicolao repelió a las fuerzas de Invierno —dice el guardia— para salvar a los pueblos montañosos que están al este del desierto. Lo mató una flecha perdida durante la batalla.

Algo sobre Nicolao, o tal vez sobre la última guerra con Invierno, hace que lord Héctor guarde silencio.

—¿Habéis servido al padre de Alejandro?

Asiente, con los ojos fijos en el cuadro.

—Indirectamente —dice—. Cuando tenía doce años me convertí en paje del príncipe Alejandro. Siempre estábamos en compañía del rey. Era un buen hombre.

No lo conozco lo bastante como para saber si es melancolía lo que hay en su voz, pero algo me lleva a preguntar:

—¿Y Alejandro?

Finalmente aparta la mirada del retrato del rey Nicolao para mirarme.

—Su majestad es... diferente de su padre, pero también es un buen hombre.

—Sois joven para pertenecer a la Guardia Real.

—Yo me crié en palacio, y Alejandro era como un hermano mayor para mí. Cuando la plaza quedó disponible, tuvo a bien asignármela.

Es difícil no ponerse nervioso por su mirada. Lord Héctor tiene un aire tan adusto e imponente y se muestra tan concentrado que no descarto que esté tratando de comunicarme algo diferente. Da la impresión de alguien con una mente poderosa siempre en acción bajo la impasible superficie. Al maestro Geraldo le caería bien lord Héctor.

El guardia enarca una ceja y me doy cuenta de que estoy sonriendo.

—Me recordáis a alguien —le explico.

Me sonrío a su vez. Años de vida de soldado desaparecen de su rostro, y veo que es aún más joven de lo que había pensado. Tiene unos dientes increíbles, blanquísimos debajo del bigote, y pocas veces los descubre.

—Espero que sea alguien cuya compañía os agrada —dice.

Las palabras suenan extrañamente impropias viniendo de él.

—Por supuesto —digo no sin esfuerzo.

Sin embargo, siento que se pone tenso, y el repentino embarazo hace que ponga gran distancia de por medio.

Señala el retrato que está al lado del rey Nicolao. Es una mujer con piel de seda y cabello de obsidiana. Lleva un traje color crema y sujeta con mano delicada un collar de perlas del mismo color. Me recuerda a mi hermana, con la misma gracia sutil y la serena compostura que elevan a una mujer bonita a la categoría de auténtica belleza.

—Ésta es la reina Rosaura, la primera esposa de Alejandro y madre del príncipe Rosario.

El corazón me da un vuelco y siento que las mejillas me arden. Hasta este momento no había entendido realmente lo imposible que le resultaría a Alejandro llegar a amarme.

—Alteza, ¿os sentís mal? —pregunta el guardia.

Me llevo la mano al estómago.

—¿Habéis oído ese rugido? —digo con una risa nerviosa mientras Ximena se vuelve a mirarme; desearía que no me conociera tan bien—. Lord Héctor, ¿por qué no nos lleváis ahora a las cocinas? —le propongo, ofreciéndole mi brazo.

Es un truco de Alodia que he observado cientos de veces, cuando necesita distraer o confundir a alguien.

El caballero toma mi brazo y nos disponemos a marcharnos, pero no sin que antes atisbe una grieta en su compostura. Es fugaz, pero me sorprende la forma en que las líneas alrededor de sus ojos y su boca expresan una tristeza que me resulta familiar.

El cocinero mayor se muestra encantado de atiborrarme de tortitas de miel y coco. Para cuando llegamos al monasterio me siento fatal por haber comido y andado tanto.

El monasterio está adosado sin la menor gracia al ala norte del palacio de Alejandro. Caminamos bajo altos techos con vigas de madera, por pasillos de piedra caliza revestidos con las mismas mayólicas azules y doradas que mi patio interior, y al momento siguiente estamos en el interior de una construcción de adobe con techos bajos, paredes curvas y suelos de barro cocido. Es como si hubiéramos pasado de Joya del Desierto a la hacienda palaciega de papá, y me asalta la nostalgia de mi hogar.

Un anciano de pequeña estatura, vestido con hábito de lana de color natural, avanza hacia nosotros trabajosamente, con una crispación en sus angulosas facciones.

—¿Sois el padre Nicandro? —pregunta Ximena, para mi sorpresa.

El anciano palmorea y le dedica una amplia sonrisa.

—¡*Lady* Ximena! Recibí un mensaje del padre Donatzine de que os esperara —dice, abrazándola.

Lord Héctor y yo permanecemos estáticos como si fuéramos invisibles. Cierro los ojos mientras conversan, e inhalo el penetrante olor a rosas y a velas. Sé que voy a volver a menudo a este lugar, a rezar o simplemente a estar a solas y en silencio. La Piedra Divina responde a mis pensamientos con una sensación placentera y cálida.

El padre Nicandro se interrumpe en medio de una frase y vuelve la cabeza para estudiarme.

—Donatzine no me lo había dicho —susurra—. Ximena, ¿sois la guardiana de la portadora!

Lord Héctor se adelanta, como para protegerme, y advierto una sombra de recelo en los ojos de Ximena. El corazón se me acelera. El sacerdote ha percibido la Piedra Divina que vive dentro de mí, y esto desagrada a mi aya.

—¿Estáis segura de que fue prudente traerla aquí? —pregunta Nicandro.

«¡Eh, que estoy aquí! —quiero gritar—. No soy una cría de la que se pueda hablar como hacen siempre papá y Alodia».

Ximena no responde enseguida. Veo que medita un momento, con los ojos entrecerrados.

—Nos pareció lo mejor. —Habla en voz baja, para que no la oiga nadie—. En Orovalle, todos saben quién es la portadora y está muy vigilada. Estará más segura aquí, donde queda muy poca gente que todavía siga el sendero de Dios.

Más segura. ¿Fue por eso que me casaron tan precipitadamente?, ¿porque la Piedra Divina me pone en peligro? Me viene a la memoria el salvaje pintado que quedó muerto en la selva por reconocer lo que llevo en el ombligo. Miro de soslayo a Ximena y me siento aliviada de que ahora lleve la larga trenza gris, sin el afilado alfiler.

Claro que es probable que conozca más de una manera de matar a un hombre.

Avanzo rápidamente y me coloco entre Ximena y el sacerdote. Por una vez me alegro de mi volumen.

—Padre Nicandro, soy Elisa y estoy encantada de conocerlos.

Aunque mis labios sonríen, no puedo expresar lo mismo con los ojos. No tengo una gran estatura, pero le saco media cabeza al buen hombre, que alza los ojos y me mira con deleite.

—Bienvenida al Monasterio de Brisadulce. Como sabréis, el nuestro es el primero. Fue construido pocos años después de que Dios, con su justa mano, se llevara a nuestros antepasados del mundo agonizante.

—Tengo entendido, que tienen ustedes el ejemplar más antiguo conocido de *Belleza de la guerra* —digo.

—Sí, sí. Es un ejemplar de hace varios siglos. Por desgracia, el pergamino no aguantará mucho más.

Siento la presencia de Ximena detrás de mí, vigilante, pero decido no prestarle atención.

—Me encantaría compararlo con mi propio ejemplar. Hay algunos pasajes en los que me temo que se haya alterado un poco el texto.

Su sonrisa se hace más amplia y sus aguzadas facciones se contraen de entusiasmo. Sé que acabo de hacer un amigo.

—Por favor, venid cuando os plazca. Supongo que manejáis con soltura la Lengua Antigua.

—Es la más bella de cuantas existen.

No podría haber elegido mejor respuesta, ya que me palmea en la espalda y me lleva a recorrer a fondo el monasterio con su biblioteca anexa de documentos sagrados. Ximena y lord Héctor nos siguen en silencio.

Mucho más tarde, lord Héctor nos acompaña de regreso a nuestros aposentos. Tras darle las gracias y despedirnos de él, me dejo caer en la cama. Hacía años que no andaba tanto.

Ximena me prepara un baño mientras descanso. Una brisa mueve las cortinas de mi balcón y agita las hojas de una gran palmera. ¡Una palmera! Me incorporo y echo una mirada a la habitación. Hay dos sillas, sencillas pero sólidas, junto a la extraña puerta cerrada. Sobre la pared opuesta veo varias plantas en tiestos: otra palmera, un árbol de hojas del tamaño de monedas, un diminuto rosal con flores de un delicado

color rosado. Me dejo caer otra vez, sonriendo. No me desagrada en absoluto la perspectiva de dar las gracias a Cosmé.

Mi aya me llama al patio. Me preocupa mi nuevo amigo, el padre Nicandro, y no puedo mirarla a los ojos mientras me desvisto. Ximena me coge por el brazo mientras bajo por las resbaladizas baldosas de la piscina. El agua me produce una sensación deliciosa en los pies doloridos y huele levemente a clavo.

Ximena empieza a masajearme los hombros cuando me acomodo, pero la detengo.

—Ximena...

—¿Sí, cielo mío?

—¿Vas a...? —Resulta terriblemente difícil preguntarlo. Siento las palabras como piedras en la garganta—. Quiero decir, ¿vas a matar al padre Nicandro?

Lanza un grito ahogado, como reprimiendo un sollozo.

—Oh, Elisa. —Siento sus labios en mi pelo y allí permanecen largo rato—. No, no voy a matarlo.

—Gracias.

Suspiro y cierro los ojos. Por fin puedo relajarme.

Las velas chisporrotean por efecto de la brisa que entra por el balcón abierto, y las palabras de la *Sagrada Escritura* se desdibujan en las páginas. Alargo la mano para apagar las velas, cuando alguien llama a la puerta misteriosa.

Ximena entra en tromba desde el patio, con el pelo revuelto y expresión de alerta. Respondo con un encogimiento de hombros a la pregunta que no ha formulado. Se vuelve a repetir la llamada.

—Adelante —digo, mientras mi aya se sitúa próxima a la cama.

La puerta se abre silenciosamente y aparece Alejandro en el vano, erguido, alto y maravilloso.

—Hola, Lucero-Elisa. Ximena.

Ximena se relaja y lo saluda con una graciosa reverencia.

—Majestad —se endereza y sonrío—. Si me perdonáis, me vuelvo a la cama.

El rey y yo no hemos estado a solas desde nuestra noche de bodas.

—¿Qué tal tu primer día en Brisadulce?

Se apoya en la pared. La distancia entre nosotros es decepcionante, pero segura.

—Estuvo bien —contesto, mientras busco algo inteligente que decir—. Tu cocinero mayor hace unas excelentes tortitas de miel y coco.

Al ver que enarca una ceja, a punto estoy de taparme hasta la cabeza con los cobertores. Se me representan el delicado rostro de la reina Rosaura y su cuello torneado. No creo que ella pasara mucho tiempo en las cocinas.

Sin embargo, su sonrisa de aprobación no muestra señal alguna de desdén. Se ha tomado en serio el cumplido.

—Lo único que siento es no haber podido acompañarte personalmente.

También yo lo siento. Me habría gustado tener una excusa para andar todo el día colgada de su brazo.

—Lord Héctor fue una compañía agradable.

—Lord Héctor es un buen amigo —dice con cautela—. Ha sido mi paje desde edad muy temprana y con el paso del tiempo se ha ido ganando cada vez más mi confianza.

Asiento cortésmente, preguntándome a qué viene todo esto. Hace poco que conozco a Alejandro, pero no me parece una persona dada a hablar por hablar.

—Él también habló muy bien de ti —digo para llenar el silencio y, aunque no es la verdad exacta, me parece apropiado.

—También tiene un alto concepto de ti.

—¿Ah sí?

Espero que la escasa luz de las velas ayude a ocultar mi rubor.

—De veras. Dice que eres de puro acero, que eres mucho más prudente que



cualquier persona de tu edad. No quiso decir nada más, lo cual es extraño porque, como ya te he dicho, tenemos una relación muy próxima.

Le preocupa que Héctor le haya podido ocultar algo. Y a mí me preocupa ver la importancia que Alejandro le da a mi «edad».

—No tengo la menor idea de a qué se refiere —miento.

Lord Héctor vio mi intervención a favor del padre Nicandro. No sé por qué optó por no contarle el incidente a Alejandro, pero no me importa mantener entre él y yo este inofensivo secreto.

Alejandro se encoge de hombros y mira hacia otro lado. Este gesto lo muestra tan vulnerable, lo hace tan atractivo, que casi olvido los acontecimientos del día. Me gustaría que se sentara a mi lado en la cama. Me imagino cómo sería tener su mejilla contra la mía, mis dedos enredados en su pelo.

—Necesito tu ayuda, Elisa —dice por fin.

—¿Mi ayuda?

—Así es. Mañana salgo para Puerto Verde, a visitar a mi madre y a recuperar a mi hijo. Ha estado viviendo allí los tres últimos años.

—Ya veo. —Bajo la vista para ocultar mi decepción—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Un mes.

¡Todo un mes! Me siento orgullosa de la firmeza de mi voz cuando digo:

—¿Y cómo quieres que te ayude?

Se apodera de una de mis sillas nuevas y, alzando una pierna, se sienta a horcajadas. Rodea con los brazos el respaldo de la silla y apoya en ellos la cabeza.

—Tú eres la presencia más nueva en Brisadulce, y además eres un personaje real, nada menos. Mientras esté fuera, habrá quienes quieran tomarte la medida, quizás para ver lo útil o importante que puedes ser para ellos.

Asiento a lo que dice. Comprendo estas sutiles batallas, estas maniobras para hacerse con el poder. Llevo toda mi vida observándolas y respondiendo a ellas con absoluto desinterés. En casa, la virtuosa es Juana-Alodia, y la Nobleza de Oro de Orovalle baila al son que ella toca.

—Puedes serme de gran ayuda, Elisa —continúa—. Basta con que prestes atención. Anótalo si es preciso. Escribe quién trata de ganarte para sí, lo que ofrecen, cualquier cosa que consideres importante. Y luego, cuando regrese...

Quiere una espía en su propia casa. Tal vez le preocupe que algún miembro de su corte esté preparando algo contra él. O puede que, como Alodia, simplemente utilice a todos los peones de que dispone para jugar el juego. Habrían hecho una buena pareja mi marido y mi hermana.

Toma mi silencio por vacilación. Su mirada es firme cuando se levanta de la silla y se acerca a la cama.

—Por favor, Elisa —susurra.

El corazón amenaza con salirseme por la boca cuando me toma de la mano. La

mía es informe comparada con sus dedos largos y fuertes, pero se inclina más y puedo oler su viril fragancia.

—A esto me refería —susurra—. Aquella noche cuando te dije que me vendría bien una amiga.

Nuestra noche de bodas. ¿Por qué no puede decirlo? De todos modos asiento. Le diría que sí a cualquier cosa, con sus labios tan cerca de los míos.

Se aparta. La intimidad ha desaparecido y aparece su sonrisa fácil de muchacho. Ahora que ya no está tan cerca puedo pensar con más claridad.

—La puerta por la que entraste ¿adónde da?

Si lo sorprende el cambio de tema, no lo demuestra.

—A mis aposentos. Están anexos a éste, por supuesto.

Claro. Este apartamento debe de haber pertenecido a la reina Rosaura. Al menos me ha concedido eso.

—Entonces, ¿vas a traer al príncipe contigo?

—¡Oh, sí! Es un chico brillante. Ya monta a caballo a la perfección. Me encantará que lo conozcas.

—A mí también.

Pero no es cierto, pues estoy menos dispuesta a ser madre que esposa.

Se vuelve para marcharse. Al llegar a la puerta que conecta nuestros aposentos, mira por encima del hombro.

—Lord Héctor tenía razón. Tienes la fuerza del acero.

Los días que siguen a la partida de Alejandro me resultan interminables. Aunque me he comprometido a ser sus ojos y sus oídos, evito todo lo que puedo el comedor y a su maniobrera nobleza. Prefiero tomar mis comidas a solas, con el cocinero mayor. Es un tipo amable, delgado y sucio de harina, y parece agradecido por la compañía.

Por las tardes me reúno con el padre Nicandro. Juntos repasamos *Belleza de la guerra*, buscando inexactitudes contextuales en mi propio ejemplar. Su estudio se parece mucho al del maestro Geraldo, sembrado de rollos desordenados y pergaminos polvorientos y con acogedoras paredes de adobe. Huele a velas, a viejo y a tinta fresca, y me basta cerrar los ojos para imaginarme que estoy en casa, en Orovalle, en el único lugar donde no me siento una inútil.

Tengo mil preguntas rondándome la cabeza, preguntas sobre la Piedra Divina, sobre su historia, sobre lo que quiso decir el padre Nicandro cuando llamó a Ximena mi «guardiana». Pero mi aya está siempre al acecho, y tengo miedo de preguntar por si cambia de idea sobre lo de perdonarle la vida al sacerdote. Una mañana me levanto temprano y dejo nuestros aposentos para acudir al encuentro de Nicandro, pero él no está. Cuando regreso, Ximena me riñe por salir sin su protección, y el miedo auténtico y feroz que veo en sus ojos me asusta.

Cosmé está siempre presente. Aunque nadie llegará a reemplazar a Aneaxi,

Cosmé es la doncella más eficiente que haya tenido jamás. Se lo digo con frecuencia, y me satisface ver su reacción a las alabanzas de alguien a quien desprecia. La *Sagrada Escritura* lo llama «el fuego de la bondad».

Un día, mientras está limpiando mi chimenea y tiene los brazos tiznados hasta los codos, la invito a trasladar sus cosas a la habitación de Ximena.

—Hay lugar de sobra —le aseguro—, y sé que las habitaciones de los sirvientes están atestadas.

—Gracias, alteza —dice sin alzar la vista—, pero ahora mismo tengo los aposentos de mi señora sólo para mí.

—¿Ah sí?

De pronto caigo en la cuenta de que no he visto a la condesa Ariña desde hace días, tal vez semanas.

—Ha ido a Puerto Verde con el rey, por supuesto.

Lo dice con la mayor naturalidad, entre palada y palada, pero siento sus palabras como puñetazos en el estómago.

—¿Acompaña a menudo a su majestad? —pregunto con voz tensa e insegura.

Cosmé se pone de pie. El cubo de hollín hace que uno de sus hombros quede más bajo que el otro y tiene una mancha negra grisácea en la bonita frente.

—Viajan juntos siempre que pueden. Lo acompaña casi tanto como lord Héctor. ¿Vais a querer que encienda la chimenea esta noche, ahora que está limpia?

—No, gracias —respondo en un susurro.

¿A quién podría apetecerle un fuego en este lugar? El calor sofocante casi no me deja respirar.

Esa noche, después de que Ximena se ha quedado dormida, me escabullo hasta las cocinas. El cocinero mayor está allí poniendo en marcha una hornada de pan para el día siguiente. No dice nada al ver mis ojos llorosos; se limita a señalarme un banco cerca del horno y me pasa una tabla de quesos. Una variedad que tiene pequeños trocitos de pimienta me deja la lengua picante. Como hasta que me duele el estómago, hasta que ya no puedo distinguir la especia picante. Lo riego todo con dos copas de vino y vuelvo a mis aposentos sin que nadie se entere.

Al día siguiente, el general Luz-Manuel, un hombre al que apenas he entrevisto a través de una pila de fuentes de comida, se pasa a verme. Me duele la cabeza por falta de sueño, de modo que me siento justificada por no recibirlo aduciendo que me encuentro mal. Sé que le he fallado a Alejandro al negarme a ver a un miembro de su corte. Llevamos menos de un mes casados y ya le he fallado, pero no veo por qué debería importarme.

Mi esposo tiene una querida. Estoy segura. «Querida» siempre me ha parecido una palabra malsonante, pero no grave. Soy una joven ingenua, y esto me supera.

Me quedo en la cama todo el día. La cara de la condesa Ariña flota en el dosel por encima de mi cabeza: el coral de sus mejillas suavemente sonrojadas, la suavidad de su piel. Tiene una parte de mi marido que ni siquiera he empezado a entender. Trato

de no pensar en ellos dos juntos, pero no puedo evitarlo. A continuación, sin proponérmelo, empiezo a imaginar las cálidas manos de Alejandro sobre mi piel desnuda. Es excitante y aterrador, y parte de mí se alegra de que jamás vaya a llegar a conocerlo. No estoy segura de poder soportar el hecho de estar desnuda ante él.

A última hora de la tarde llega un paje desde el palomar con un mensaje. Ximena lo recibe y despacha al joven antes de que pueda empezar a hacer preguntas. Rompe el sello de la cánula y me la entrega. Reconozco la escritura apresurada de Alodia.

*Queridísima Elisa:*

*Mis condolencias por lo de Aneaxi.*

*Tu rango en Joya del Desierto no formó nunca parte de nuestra negociación. Él accedió a casarse contigo teniendo en cuenta la nobleza de Orovalle, y a llevarte sana y salva a su país. A su vez, papá aportará tropas para la inminente guerra con Invierno.*

*Elisa, hermanita, si quieres ser reina de Joya, tanto nominal como efectivamente, puedes hacer que suceda, pero debes tomar tus propias decisiones por lo que respecta a tu lugar en la corte. No te puedo aconsejar sobre eso.*

*Creo que reúnes todas las condiciones para ser una gran reina. Papá te envía todo su amor.*

*Alodia*

Leo la carta una y otra vez, imaginando la cara de exasperación de mi hermana. Cuando éramos pequeñas, solía marcharse resoplando y poniendo los ojos en blanco. La Lucero-Elisa de hace un mes habría considerado la carta como una versión adulta de ese mismo desdén, de la misma frustración ante mi incapacidad para responder a sus expectativas y las de papá. Pero ahora la tomo como lo que es. Alodia cree que yo podría jugar al juego si quisiera, y jugarlo bien.

Piensa que podría ser una gran reina.

Es una cuestión apasionante. Empiezo a pensar, vacilante, si tendrá razón. Jamás quise gobernar. Lo considero tedioso y agotador, pero tal vez sea mejor que no servir para nada. Y quizá sea la única manera de hacer que Alejandro sea mío en cierto sentido, de llegar a importarle. Durante horas le doy vueltas a la idea, preguntándome lo que haría Alodia en mi lugar, recordando pasajes aplicables de *Belleza de la guerra*.

Mentalmente paso revista a mis ventajas. Alejandro me ha alojado en los aposentos de la reina. No estoy segura de lo que significa eso, pero resulta significativo que su amante haya enviado a su doncella a espíarme al día siguiente de mi llegada. Tengo a Ximena, una mujer a la que no termino de entender, pero cuya lealtad es indudable. Me he ganado la amistad del superior del Monasterio de

Brisadulce. Soy una princesa de Orovalle y, por lo tanto, supero en rango a todos a excepción de Alejandro y de su joven hijo.

Sin embargo, la mayor ventaja de todas es que soy portadora de la Piedra Divina. Un honor tremendo, según me han dicho siempre, otorgado por Dios sólo una vez cada cien años, una señal de que estoy destinada a algo grande.

No obstante, algunas cosas inexplicables me han dado la pauta de que no conozco muchas cosas sobre ella: la advertencia de Alodia de que no me fíe de nadie; la ejecución de un hombre que reconoció mi Piedra Divina; la forma en que el padre Nicandro se refirió reverentemente a mi aya como mi guardiana; y, ahora, la carta de Alodia donde se refiere al compromiso de Alejandro de traerme sana y salva a su país. Ésas fueron sus palabras: «sana y salva».

*Belleza de la guerra* habla de desconfiar del poder, porque es la chispa que desencadena el miedo. ¿Qué tiene mi Piedra Divina que provoca tanto miedo?

Apoyo los dedos contra la tersa superficie. Incluso a través de mi camisa de dormir late acompañada y cálida. Si decido jugar este juego aterrador, mi primer movimiento debe ser el de averiguar qué significa realmente ser la portadora, y para hacerlo tendré que despistar a Ximena.

Cierro los ojos y rezo. «¿Has colocado tu piedra dentro de mí para ayudarme a ser reina?». No puedo decidir qué respuesta espero de Dios.

Una mano cálida se apoya en mi frente y abro los ojos. Ximena me mira con una sonrisa afectuosa.

—Ya te ves mejor —me dice—. Tienes más color en las mejillas.

—Me siento mucho mejor —respondo con una sonrisa.

—¿Quieres comer algo? Podría traerte unas pastas y un zumo helado.

—No, gracias.

Mi mente es un torbellino, pues tengo que encontrar una manera de reunirme con el padre Nicandro en secreto.

—No tengo hambre —digo.

La *Sagrada Escritura* dice que todos los hombres son iguales ante Dios, y por eso, una vez a la semana, los sirvientes se sientan codo con codo con los comerciantes y los nobles. La primera vez que Ximena y yo asistimos a los servicios semanales en el Monasterio de Brisadulce, nos sentamos sobre nuestra tosca esterilla rodeadas por un reducidísimo grupo de extraños. Semana tras semana, la asistencia ha ido creciendo, y ahora todos los bancos están ocupados y el calor humano llena el ambiente.

Sospecho que soy la causa de esta renovada devoción. Todos quieren echar un vistazo a esta princesa solitaria de rango misterioso, a esta joven corpulenta que se viste como una extranjera, frecuenta la biblioteca de textos sagrados y reza con tanta piedad. Me alegra que haya tanta gente, pues eso me facilitará la tarea de entregar la nota al padre Nicandro burlando la vigilancia de Ximena.

Inclino la cabeza cuando los sacerdotes, encabezados por el padre Nicandro, nos hacen entonar el *Glorifica*. Traducido a la Lengua Vulgar, carece de la belleza lírica del original. Sin embargo, las palabras abrasan mi corazón con su riqueza, y la Piedra Divina responde a nuestro canto con gozosa calidez.

*Mi alma glorifica a Dios; que se regocije en mi Salvador  
porque él no olvida ni a su más humilde servidor.*

*Bendito soy yo entre generaciones*

*porque él me elevó por encima del mundo moribundo.*

*Sí, con su recta mano me elevó.*

*Él ha redimido a su pueblo, dándole una nueva vida de abundancia.*

*Mi alma glorifica a Dios; que se regocije en mi Salvador.*

El altar relumbra con la cantidad de velas encendidas. Detrás de él, el padre Nicandro levanta una sola rosa hacia el cielo. Es de la variedad sagrada —puedo ver las espinas incluso desde esta distancia—, elegida y consagrada por su color rojo sangre y sus aguzadas espinas. Entona unas palabras sobre este símbolo perfecto de la belleza y el dolor de la fe, y nosotros respondemos.

Después de un himno de salvación, el padre Nicandro indica a los que desean recibir la bendición que se aproximen en medio de un decoroso silencio. Precisamente por esta razón escogí un asiento en el extremo de la fila. Los volantes de mi falda sobresalen hacia el pasillo central, y los recojo para despejar el camino.

Un puñado de gente se pone de pie y empieza a dirigirse hacia el altar situado en la cabecera de la nave. Mantengo la cabeza inclinada, pero los ojos bien abiertos, y siento que alguien se me aproxima por atrás por el pasillo. Debo ejecutarlo todo a la

perfección. Con una rápida mirada por encima del hombro distingo a una mujer de mediana edad ataviada con un vestido gris de criada. Espero hasta que está casi a la altura de mi banco.

Entonces, me pongo de pie y me coloco justo delante de ella. Oigo una exclamación cuando sus rodillas me golpean, aunque levemente, en la parte trasera de los muslos. Vuelvo la cabeza y le sonrío a modo de disculpa. Me responde con una sonrisa tímida, pero auténtica.

Ximena se dispone a seguirme, pero es demasiado tarde. Al menos habrá una persona entre ambas, y mi aya no podrá ver lo que sucede cuando pido la bendición.

Uno por uno, todos van susurrando sus ruegos al padre Nicandro. Él reza y luego pincha un dedo con una espina de la rosa. Juntos, ambos elevan el dedo por encima del altar hasta que una gota de sangre sacrificial cae sobre la piedra. El padre Nicandro coloca la mano a modo de copa bajo el mentón del suplicante, y luego éste pasa a otro sacerdote, que aguarda con un lienzo empapado en agua con hamamelis.

Cuando el joven que está delante de mí en la fila empieza a susurrar su ruego al sacerdote, lentamente busco bajo la cinturilla de mi falda el mensaje que llevo preparado. El éxito de mi plan depende del sacerdote, de su disposición a recibir mi mensaje durante la administración de un sacramento, o de su capacidad para mantenerse impávido.

Tal vez haya cometido un error. El padre Nicandro se enfadará conmigo. ¿Y si interrumpe la ceremonia? ¿Y si Ximena lo ve? Al fin y al cabo, esto podría poner en peligro su vida.

Cambio de idea. Otra vez busco con la mano la cinturilla para volver a esconder el mensaje, pero no soy lo bastante rápida. El chico se ha hecho a un lado para limpiarse el dedo y el padre Nicandro, al bajar brevemente la vista, ha reparado en el pequeño rollo de pergamino que sujeto entre el pulgar y el anular.

Doy un paso adelante para ocupar el sitio vacío, manteniendo el pergamino apretado contra el pecho. El padre Nicandro me pone la mano por la nuca y me atrae la cabeza hacia abajo hasta que nuestras frentes se tocan.

—Alteza —susurra—, ¿qué petición tenéis que hacerle hoy a Dios?

Con la otra mano, la que sostiene la rosa, coge el pergamino con dos dedos y, con un movimiento rápido y sigiloso, hace que el mensaje desaparezca en su voluminosa manga, como si tuviera mucha práctica en estas intrigas palaciegas.

Espera sin prisa mi respuesta.

—Sabiduría —le respondo sinceramente—. Necesito mucha más de la que poseo.

Advierto la aprobación en su voz cuando entona la bendición. El pinchazo es rápido y profundo; sospecho que el sacerdote está desconcertado después de todo, porque es más profundo que de costumbre. El dedo me late con fuerza mientras lo mantenemos sobre el altar, y finalmente cae una gruesa gota de sangre sobre la piedra, seguida de otra más pequeña.

Nicandro me suelta la mano y se disculpa con la mirada. Le respondo con una

sonrisa, feliz de haber salido airoso de mi misión, con apenas un buen pinchazo de la espina de rosa.

Me retiro al rincón para que me laven y me venden el dedo, y la doncella de elevada estatura ocupa mi lugar. El corazón me late con fuerza por lo que acabo de hacer. Ruego que Ximena no haya visto nuestro intercambio y que el padre Nicandro lea pronto la nota. «Reúnase conmigo esta noche —dice el mensaje—. A primera hora de la madrugada, junto a los textos antiguos».

Después de los servicios digo que estoy exhausta y me echo una siesta. Necesito descansar para poder mantenerme despierta y en silencio hasta mucho después de que Ximena se retire a su habitación. Lo mismo que yo, lee la *Sagrada Escritura* todas las noches, y pueden pasar horas antes de que apague las velas para dormir.

Alguien que llama a la puerta me despierta de la siesta. Ximena deja su costura —ha estado cosiendo faldas y blusas para mí con el material que tiene a mano— y va hacia la puerta.

Abre apenas una rendija, pero la voz masculina del otro lado se oye amortiguada.

—Está descansando —responde Ximena.

—¿Quién es? —pregunto desde la cama.

—Un momento —le dice al visitante. Luego se vuelve hacia mí—. Es otra vez el general Luz-Manuel.

—No puedo dejar de atenderlo dos veces —susurro.

Me alegro de que Cosmé tenga el día libre y no esté aquí para espiar mientras recibo al general. Bajo de la cama mientras Ximena me arroja una bata. Me la echo sobre los hombros y me la ato al cuello.

Ximena pone los ojos en blanco con expresión cómplice, y luego abre la puerta.

—Haced el favor de entrar, general.

Entra precipitadamente, como si tuviera miedo de que yo cambie de opinión. Es delgado y cargado de hombros; tiene una calva incipiente y lleva el mismo bigote recortado que lord Héctor y el resto de la Guardia Real.

El recuerdo de lord Héctor me hace sonreír. Me encantaría volver a verlo, pues es uno de los pocos que han sido realmente amables conmigo desde mi llegada.

—Alteza —saluda con una profunda reverencia.

—General Luz-Manuel. Os pido disculpas por no estar más preparada para recibir visitas.

Con un gesto resta importancia a la disculpa.

—¿Os sentís mal a menudo, alteza?

Sus ojos reflejan verdadera preocupación.

—Siempre estoy cansada después de los servicios —respondo sin entonación especial—. ¿No os resulta emocionalmente agotador el sacramento del dolor?

Se limita a encogerse de hombros.



—El motivo por el que he venido... —Hace una pausa y baja los ojos al suelo—. He sido designado para invitaros, ejem, oficialmente, a la próxima reunión del quórum.

El Quórum de los Cinco de Joya del Desierto. El consejo de Alejandro formado por los más altos representantes de la nobleza y de los oficiales. Tendré que tener mucho cuidado, no vayan a usarme para maniobrar en su ausencia.

—Por supuesto, será un placer asistir, aunque no estoy segura de poder aportar algo.

Carraspea. Tal vez no le guste esta misión de chico de los recados o esté en desacuerdo con la decisión del quórum de incluir a una niña en sus reuniones.

—Estamos empezando las tareas preliminares para la guerra con Invierno. —Al igual que mi hermana en su carta, habla de la guerra como de algo inevitable—. Nos gustaría incluir a un representante de Orovalle en nuestra próxima discusión.

Tiene sentido. Si el pueblo de Joya no tiene conocimiento de mi boda con Alejandro, es probable que no sepa que mi padre ya ha comprometido la presencia de sus tropas, pero esto es precisamente el tipo de cosa que Alejandro me dijo que podría pasar, de modo que sé cómo debo hacer mi jugada.

—¿Cuándo va a ser la siguiente reunión?

—Una semana a partir de ayer, inmediatamente después de la comida de mediodía.

—Allí estaré —respondo con mi sonrisa más segura.

Una vez que se ha marchado, Ximena alza la vista de su costura. Siempre me sorprende lo invisible que puede ser para los visitantes. Son unos insensatos al no prestar atención a mi aya. A ella no se le escapa nada.

—Ten cuidado con los Cinco, cielo mío. Tienen fama de ser lo bastante astutos como para darle cien vueltas incluso a Juana-Alodia.

La miro con odio. Hasta ella me compara con mi hermana.

—Puedo manejarlos —le espeto.

—No dije que no pudieras. Sólo que tengas cuidado. Que seas más lista que Alodia.

Repaso el cobertor con la vista, sintiéndome culpable por haber dudado de ella.

—Lo intentaré —respondo.

Ximena se queda levantada hasta tarde para terminar mi falda. Yo leo la *Sagrada Escritura*, pero hasta mis pasajes favoritos me parecen carentes de interés. No dejo de mirar con una mezcla de irritación y afecto a mi aya, allí inclinada sobre la tela hasta bien entrada la noche, luchando con botones y pliegues de seda. Trabaja tanto por mí, y esta noche voy a traicionarla.

Por fin dobla la tela y se pone de pie entre bostezos.

—Lo siento, cielo mío, pero ya casi no veo las puntadas. Tendré que terminarlo

mañana.

Memorizo cada detalle de su cara: las redondas mejillas, las arrugas de preocupación en las sienes. Me gustaría haber pasado más tiempo con Aneaxi, haber llegado a memorizar sus facciones. A estas alturas ya se me están olvidando sus ojos reidores y no puedo recordar si tenía mi misma estatura o era un poco más alta.

—Gracias, Ximena. La falda es preciosa.

Se acerca a mi cama y se inclina para besarme en la frente.

—Que duermas bien, Elisa mía.

Por fortuna, la luz que se filtra desde su habitación a través del patio se apaga casi de inmediato y me quedo en la fresca oscuridad con los ojos abiertos como platos.

Espero.

Los ojos se me quieren cerrar, pero el nerviosismo me mantiene despierta. No me atrevo a encender una vela para leer. Después de un rato, me levanto y empiezo a pasearme en silencio calzada con escaarpines.

El sonido de las campanas del monasterio, distante pero puro, entra por mi balcón abierto. Dan la medianoche. Sigo esperando, escuchando cualquier señal de movimiento en la habitación de Ximena. Por fin me envuelvo en una gran capa y salgo a hurtadillas por la puerta.

Los pasillos están en silencio y con todas las luces encendidas. Las escasas antorchas dibujan extrañas formas contra la reluciente piedra arenisca. Me dan ganas de reírme, porque el monstruoso palacio de Alejandro casi parece bonito por la noche. Me aterroriza que pueda verme alguien. La forma de mi cuerpo es fácilmente reconocible, y el menor atisbo podría delatarme.

Me reprocho mi cobardía. Tengo tanto derecho como el que más a recorrer los pasillos a altas horas de la noche. No sería tan difícil encontrar una excusa ingeniosa. Sin embargo, las piernas me arden de caminar con tanto cuidado, y cuando por fin llego a las puertas de madera del monasterio, siento que me duelen los maxilares de tanto apretar los dientes.

Entro presurosa, y de puntillas me dirijo a la biblioteca para esperar al padre Nicandro. La luz de la luna que se filtra por los ventanales me permite apenas encontrar el camino hasta el archivo donde se conservan los documentos más antiguos. Me siento en la butaca de un escriba.

No tengo que esperar mucho. La luz de una vela anuncia la presencia del padre. Alzo la vista, sorprendida por su sigilo.

—Alteza —dice en un susurro—, habéis usado el sacramento más sagrado para convocarme aquí. Confío en que haya sido por un buen motivo.

Bajo la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, padre. Lo pensé mejor, pero... —Me encojo de hombros, incapaz de mirarlo de frente.

Se sienta junto a mí y coloca la palmatoria en la mesa entre los dos. Bajo su luz vacilante, veo rollos antiguos en los estantes, pilas de pergaminos listos para las

copias, armarios de madera donde se guardan los documentos más antiguos, los más sensibles a la luz, y me doy cuenta de que lo he obligado a transgredir otro principio de su ocupación.

—Lo siento muchísimo —digo, señalando la vela—. No lo había pensado.

Sé que las velas están prohibidas en los escritorios. Allá en mi casa, la norma era trabajar sólo con la luz del sol debido a lo fácil que resulta volcar una vela o una lámpara después de horas de trabajo. Siento que el cuello me arde por el azoramiento.

—Elisa, ¿de qué se trata? ¿A qué se debe esta reunión secreta?

Alzo la vista y veo tanta compasión en sus ojos que me lanzo sin pensarlo más.

—Necesito ayuda. Necesito información sobre la Piedra Divina.

Esboza una gran sonrisa.

—Me lo imaginaba. Ayudaré en todo lo que pueda.

Siento un alivio tan enorme que no puedo impedir que me tiemble el labio inferior.

—¿De verdad?

Es apabullante esto de saber que alguien me va a ayudar.

—De verdad. De haber nacido aquí, en Brisadulce, a mí me habría correspondido instruirlos en todo lo relativo a la Piedra Divina. Así pues, hablaremos de la cuestión a fondo mientras mantenemos vigilada esta vela. —Su tono es apaciguador y burlón al mismo tiempo—. Ahora decidme qué es lo que sabéis realmente sobre ella.

A la luz de la vela, sus ojos son más penetrantes que nunca por encima de su nariz ganchuda. Su celo me conmueve. Se parece tanto a mi viejo tutor...

—Me sé de memoria todos los pasajes de la *Sagrada Escritura* que tienen que ver con la Piedra Divina y con su portador —digo, respirando hondo—. Por lo tanto, sé que Dios elige a un niño cada siglo para un acto de Servicio. —Advierto que, llevada por la costumbre, he apoyado los dedos sobre la piedra que tengo en el ombligo—. Sé que Dios me la colocó el día de mi bautizo. La siento viva en mí, palpitando como un segundo corazón. A veces responde a cosas que no siempre comprendo. Casi siempre responde a mis plegarias.

El padre Nicandro asiente a todo lo que yo digo.

—Y sobre la historia de la Piedra Divina ¿qué sabéis? —me pregunta.

—Antes de mí, sólo ha habido un portador de Orovalle. Fue hace cuatro siglos, poco después de que nuestro valle fuera colonizado. Todos los demás han sido de Joya.

—¿Sabéis algo sobre la naturaleza de este Servicio?

Me encojo de hombros.

—Sólo que es algo grande y maravilloso y... —Muevo las manos, tratando de explicar un concepto inmenso pero todavía vago en mi mente—. Creo que no sé demasiado al respecto. He crecido oyendo hablar de mi destino. Al parecer, la gente cree que voy a ser una especie de... heroína.

Siento que el rubor se apodera de mis mejillas. Es absurdo, y escudriño las

sombras esperando encontrar unos ojos burlones fijos en mí. Sin embargo, la oscuridad es demasiado profunda.

—Y el primer portador de Orovalle, ¿sabéis qué acto de Servicio realizó?

—Por supuesto. Fue Hitzedar el arquero. Mi padre lleva su nombre. Durante la primera refriega entre mi país e Invierno, mató a treinta y cuatro hombres, entre ellos el animago que lideraba el ataque. Tenía... —Me miro las manos—. Tenía dieciséis años.

Guarda silencio un momento mientras piensa.

—¿Habéis leído *Inspiración*, de Homero?

Mi mirada inexpresiva es respuesta suficiente.

—Lo que me temía —dice el padre Nicandro con un profundo suspiro.

—¿Lo que os temíais? ¿Qué temíais? ¿Qué es la *Inspiración* de Homero?

—Homero fue el primer portador. La tradición lo sitúa entre la primera generación nacida en el nuevo mundo.

Jamás he oído hablar de Homero. ¿Cómo han podido mantenerme en la ignorancia sobre algo tan importante como el primer portador?

—¿Y qué es esta... *Inspiración*?

La Piedra Divina se calienta cuando pronuncio la palabra.

—Fue su acto de Servicio. El espíritu de Dios lo poseyó y escribió *Inspiración*, una colección de profecías. Sobre la Piedra Divina y otras cosas.

Tengo las manos heladas y respiro con dificultad. La Piedra Divina me produce dolor con su calor palpitante, y por debajo de ella siento una náusea incipiente.

—Profecías —digo con un hilo de voz—. Un texto sagrado. No he tenido noticia de él. Jamás... —Me pongo de pie—. Las gentes de Orovalle no saben de su existencia.

Camino hacia los estantes y vuelvo.

—Alteza...

—Tendrían que conocerlo. ¿Lo tenéis aquí? Puedo pedirle a Ximena que haga una copia para el Monasterio de Amalur. Al maestro Geraldo le encantaría ver...

—¡Elisa!

Alzo la vista, sobresaltada por el tono de su voz.

—Alteza —dice, suavizando el tono—, ya lo conocen.

Me lleva un momento asimilar sus palabras. Cuando lo hago, un dolor ardiente se expande por mi pecho.

—¿Exactamente quién lo conoce?

Creo saber la respuesta, pero necesito oírse lo decir a él.

—Todos. —Se muerde los labios antes de añadir—: Lo siento, alteza. Lo conocen todos menos vos.

De repente veo mi vida con toda claridad. El silencio que se hacía cada vez que yo entraba en una habitación. El intercambio de miradas entre mi tutor y mi hermana. Los cuchicheos circunspectos. Las perogrulladas tranquilizadoras pronunciadas con cara de preocupación. Yo creía que era porque el mundo me mira con desdén, porque soy muy distinta de mi hermana. Porque soy gorda.

Esta sensación sorda que me reconcome es la humillación. He sido una estudiante excelente, capaz de reparar en los menores detalles, de resolver acertijos lógicos, de memorizar información. Eso es lo único de lo que siempre me he sentido orgullosa.

Sin embargo, hay que ver con qué facilidad me engañaron. Que niña más tonta.

—Alteza... —Su tono es cauto, preocupado.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro—. ¿Qué sentido tiene ocultarme esto?

—Sentaos —dice, indicándome con un gesto me indica un taburete—. Vuestros paseos marean a este anciano. —Mientras me siento echa una mirada a la vela—. Tal vez vayamos a necesitar otra —dice con alegría.

No me hace gracia su intento de quitarle hierro a la cosa.

—Respondedme.

Se inclina hacia adelante sobre la mesa.

—Cuando los Reformistas abandonaron Joya para colonizar Orovalle, los movía un solo objetivo importante.

—Encontrar a Dios. —Eso me lo sé al dedillo.

El padre Nicandro asiente.

—Creían, y todavía lo creen, que la mayor aspiración del ser humano debe ser el estudio de los textos sagrados, que un mundo cada vez más alejado de Dios había desdibujado las verdades divinas que esperaban a ser redescubiertas. La segunda aspiración elevada del hombre es...

—El Servicio.

—Eso mismo, el Servicio —responde con un gesto afirmativo—. De modo que se marcharon y, varios años después, cuando el siguiente portador fue elegido en Orovalle, lo consideraron una señal de la aprobación divina.

—¿Y qué tiene que ver eso con la *Inspiración* de Homero?

—Paciencia. Supongo que la familia real se mantiene fiel al Reformismo.

—Por supuesto.

Siempre hemos considerado un honor que nuestros antepasados no tuvieran miedo de buscar la verdad.

—Como todos los buenos movimientos, empezó bien. La necesidad de volver a la senda de Dios era real. Pero con el tiempo fue creciendo y alcanzó tal impulso que se transformó en... otra cosa.

Aunque estoy furiosa con mi hermana, con el maestro Geraldo y especialmente con Ximena por ocultarme cosas, no estoy segura de querer oír que mi fe no estaba bien encaminada.

—Explicaos —digo, y en mi voz hay una advertencia inconfundible.

—Estudiaron. Oh, sí, claro que estudiaron. Conocer los textos sagrados mejor que nadie se convirtió en una cuestión de honor, y lo consiguieron. Surgió una obsesión cultural, basada en esta investigación de la *Escritura*. Encontraron verdades que mantuvieron ocultas a los legos.

—Eso es perfectamente razonable —me apresuro a decir, acudiendo en defensa de mi fe—. Es mucho más fácil comprender la *Sagrada Escritura* o la *Guía del Servicio para el hombre corriente* con un estudio profundo. Como dice la *Escritura*: «El mucho estudio lleva a una gran comprensión».

—Es cierto —concede con sonrisa indulgente—, pero también dice: «La mente de Dios es un misterio y nadie puede entenderlo». Fueron demasiado lejos, ¿comprendéis? Rechazaron la lectura obvia, natural del texto y ensalzaron lo oculto, lo artificial. La verdad divina quedó eclipsada por el esnobismo y el elitismo.

—Necesito un ejemplo.

Se levanta y desaparece en la oscuridad de las estanterías. Lo oigo buscando entre los rollos, hablando en voz baja, y luego sus pasos que regresan. Viene precedido de ese olor mohoso, de piel animal, que siempre precede a los grandes secretos.

—He aquí la *Inspiración* de Homero —anuncia, extendiendo un pergamino sobre la mesa.

El rollo trata de recuperar la forma en que estuvo guardado todo ese tiempo, y Nicandro usa el antebrazo para mantenerlo extendido. Con la mano que le queda libre señala un pasaje en el centro.

—Aquí. Leed esto.

La luz de la vela es demasiado endeble y el cansancio hace que la escritura se deforme sobre la piel. Me froto los ojos y me acerco más.

*Y Dios lo instauró como su campeón. Sí, una vez cada cuatro generaciones elige a alguien para que lleve su marca.*

*(El campeón no debe temer).*

*Pero el mundo no lo conocía y su valía se mantenía oculta; como el oasis desértico de Barea, se mantenía escondido. Muchos buscaban al campeón; con intención aviesa lo buscaban.*

*(El campeón no debe flaquear).*

*No podía saber lo que le esperaba a las puertas del enemigo; y, como cordero al matadero, fue conducido al reino de la hechicería. Pero la recta mano de Dios es*

poderosa.

(Su misericordia se extiende a Su pueblo).

Me separo del texto y me quedo pensando. El pasaje suena a verdad en mi corazón; la Piedra Divina emite suaves vibraciones como respuesta, pero también hay un elemento nuevo, y me tomo un momento para que mi mente lo asimile: el reino de la hechicería. Las puertas del enemigo.

—¿Por qué me lo ocultó mi familia reformista?

El padre Nicandro se inclina hacia adelante y sonrío. Como todos los buenos maestros, ama el momento de la revelación, el momento en que transmite a su discípulo la luz del conocimiento.

—Tiene que ver con esta palabra de aquí. —Señala el pasaje que reza: «No podía saber lo que le esperaba a las puertas del enemigo». «Podía», una palabra diminuta. La lectura natural del texto indica que, por la razón que sea, el campeón ignora el peligro que le espera.

Asiento. Eso es exactamente lo que yo había interpretado.

—¡Pero hay otro pasaje! —Me señala con un dedo admonitorio—. «El que sirve no debe perder la pureza de su intención».

Esas palabras me son familiares. Son de la *Guía del Servicio para el hombre corriente*. Una de las citas favoritas de Ximena.

—Dos interpretaciones diferentes —continúa—. «No podía» y «no debe». Sin embargo, en la lengua original es la misma palabra: *Né puder*. Nuestros antepasados, fuera por lo que fuere, la tradujeron de formas diferentes. Los Reformistas creen que el primer caso es un error, y que donde dice «No podía saber lo que le esperaba» en realidad debería decir «No *debía* saber lo que le esperaba».

—O sea que creen que significa que al portador no se le debe hablar del peligro. Se convirtió en un mandamiento más que en una observación.

—Exactamente.

—Por eso me han mantenido en la ignorancia.

—Sí.

—Todo por una palabra.

—Hay otros pasajes similares que usan para apoyar su afirmación, pero éste es el principal.

—Los otros portadores, los de Joya, ¿también fueron mantenidos en la ignorancia?

—No. Sólo vos y Hitzedar el arquero.

Me cubro la cara con las manos, tratando de entenderlo todo. El padre Nicandro no ha respondido a todas mis preguntas, pero estoy demasiado cansada para recordarlas ahora mismo. Me preocupa lo que pueda hacer Ximena cuando se entere de que estoy al tanto de la *Inspiración* de Homero. Quizás lo mejor sea no decírselo.

¿Y si los Reformistas están en lo cierto y yo no debiera saber nada de esto?

—Padre... —Odio el temblor de mi voz, pero no puedo evitarlo—. ¿Qué me espera a las puertas del enemigo?

—Mi querida niña, eso no os lo puedo decir. Nadie lo sabe. Sólo sabemos que un gran peligro espera al portador.

—Pero al final saldré airosa, ¿no? Me refiero a que dice: «La recta mano de Dios es poderosa».

—Tampoco lo sé. No quiero alarmaros, pero me preocupa más lo que no dice. No dice que el campeón prevalecerá. —Estira la mano por encima de la mesa y gira el pergamino—. Mirad esto.

Es una lista de nombres con sus fechas correspondientes. Un nombre cada cien años, con unas lagunas sorprendentes por el medio. Cerca del final veo mi propio nombre: «Lucero-Elisa de Riqueza». Ha sido añadido recientemente, porque la tinta es más oscura y las letras no se desdibujan en el pergamino. Me quedo mirándolo maravillada. Homero encabeza la lista. Hitzedar el arquero está apenas unos puestos por encima de mí.

Los portadores anteriores a mí. Nombres reales, personas reales.

—Hay lagunas —digo, mirando a Nicandro con ojos inquisitivos.

—Sí. Nuestro registro es incompleto. O bien hemos perdido datos históricos, o algunos de los portadores no fueron reconocidos.

—¿Cómo es posible?

La idea es sorprendente.

—Tal vez vivieran lejos de un monasterio —dice con un encogimiento de hombros—. Puede que los criaran en medio de las supersticiones, ignorantes de su destino. Tal vez murieron, o los mataron, antes de que pudieran completar su Servicio. ¿Quién puede saberlo?

—De modo que es posible. —Veo confirmado mi mayor temor. El destino es algo demasiado inconcreto como para que una simple piedra pueda garantizarlo—. Es posible morir antes de haber completado el Servicio.

—Ah, sí. De estos nombres —hace un gesto abarcador sobre la lista—, menos de la mitad realizaron actos reconocibles de Servicio. Y la mayoría de ellos murieron jóvenes y brutalmente. Como Hitzedar el arquero, que murió de un flechazo en el corazón.

Perspectivas nada halagüeñas.

Empiezo a sentir un dolor agudo detrás de los ojos, el dolor de la preocupación y del llanto contenido. Me pellizco el puente de la nariz.

—¿Por qué me estáis contando todo esto? Mi aya es, quiero decir...

—Ella es vuestra guardiana. *Lady Ximena* daría su vida por vos.

—Es mi aya.

Es más que eso, por supuesto, pero estoy cansada y de mal humor.

—El monasterio más próximo selecciona a un guardián para velar por el portador.



En Orovalle, estoy seguro de que su cometido era velar por vuestra ignorancia sobre ciertas cuestiones proféticas. En realidad —mira hacia lo lejos, hacia la oscuridad—, preferiría que ella no se enterara de esta conversación. Como superior del Monasterio de Brisadulce, tengo el deber de instruiros, de prepararos dentro de mis posibilidades. Pero un reformista vería las cosas de una manera muy diferente.

Ximena ha hecho más que velar por mí.

—En una ocasión mató a un hombre porque se enteró de que era portadora de la piedra. —Lo miro atentamente esperando una respuesta, pero su rostro es impenetrable—. Con un alfiler del pelo —añado y tengo que conformarme con un gesto elocuente.

—*Lady Ximena* es una mujer formidable —dice, con una mezcla de respeto y de miedo en la voz.

Ha sido muy amable al recibirme a esta hora tan intempestiva e informarme aún a riesgo de su vida. Le cojo la mano.

—Mi aya no se enterará de que hemos mantenido esta entrevista.

Me aprieta la mano a su vez. Necesita que lo tranquilicen y transmitir tranquilidad también. A pesar de las revelaciones de la noche, siento el consuelo de saber que tengo un amigo.

—Dios siempre escoge bien, mi niña. Os ayudaré en todo lo que pueda.

Respiro hondo para acallar el miedo que me atenaza el pecho.

—Si elige tan bien, ¿por qué han fracasado tantos portadores? ¿Por qué a veces desoye mis plegarias?

—No lo sé, Elisa. Hay muchas cosas sobre la Piedra Divina y sobre sus portadores que no entendemos, pero Dios sabe. Sabe más de lo que podemos imaginar.

Ésas fueron las palabras de Aneaxi, antes de que Dios la dejara morir. Aunque tengo suficiente control para no poner los ojos en blanco al oír esto, no puedo hacer que de mis labios salgan perogrulladas acordes. ¿Seguiría pensando el padre Nicandro que soy una portadora digna si conociera las dudas que siempre se cuelan en mis pensamientos?

El taburete cruje cuando me levanto.

—Gracias, padre. Tengo más preguntas, pero estoy cansada y... bueno, creo que necesito pensar un poco sobre todo esto.

Se pone de pie y me sujeta por un brazo.

—Tengo algo para vos, antes de que os vayáis.

Cuando vuelve a desaparecer en la oscuridad, aprovecho para estirarme y bostezar. Espero que sea un ejemplar de la *Inspiración* de Homero. Me encantaría estudiarlo por mi cuenta. Por supuesto que Ximena no tendría que enterarse de que lo tengo en mi poder, y mientras espero pienso en diversos escondites que pueden parecer viables.

Tarda bastante. Oigo el ruido de pergaminos desplegados, el sonido de una llave y

una cerradura, y un chirrido. Cuando regresa al escaso espacio iluminado por la vela, sostiene una bolsita de cuero del tamaño de un puño, cerrada con largas cintas que cuelgan entre sus dedos.

No es la *Inspiración*. Trato de no parecer decepcionada.

—¿Qué es?

Vacíala sobre la mesa. De ella salen tres piezas brillantes que golpean sobre la mesa. Me acerco más. Son joyas facetadas del tamaño de la uña de mi dedo pulgar. Parecen opacas en la oscuridad, pero donde les da de lleno la luz de la vela emiten destellos de fuego. Azul oscuro. Me resulta familiar. Cojo una y la siento fría y dura en la palma de la mano.

—Piedras Divinas —dice el padre Nicandro.

Contengo la respiración. ¡Son tan diferentes fuera del cuerpo! Pesadas y sin vida.

—Este monasterio tuvo el privilegio de supervisar a tres portadores. Cuando murieron, sus Piedras Divinas se desprendieron. Ésa —señala a la que está sobre la mesa— es de hace mil doscientos años.

Resulta una sensación extraña esto de sostener mi historia en la palma de la mano. Cuando la piedra de mi ombligo palpita en cálida salutación, que contrasta con la frialdad de la que tengo en la mano, me doy cuenta de que también es mi futuro. Mi muerte.

La dejo caer junto a las otras y me limpio la mano contra la ropa.

Nicandro las vuelve a colocar en la bolsita de cuero y aprieta bien las cintas.

—Sólo un portador puede dominar el poder de una Piedra Divina. No sé si queda algo de poder en las antiguas, pero tal vez te resulten útiles —dice, entregándomelas.

Me siento reacia a aceptarlas.

—¿Y si muero antes de prestar un Servicio?

—Entonces, las recuperaré. Junto con tu propia piedra.

Su franqueza me convence de quedarme con la pequeña bolsa. Me ha asustado con su sinceridad, pero hace que sienta que puedo confiar en él. La deslizo en el bolsillo de mi bata.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por vos esta noche, alteza?

En ese preciso momento me ruge el estómago y me estremezco, azorada.

El sacerdote ríe por lo bajo.

—Los monjes tenemos horarios estafalarios, y nuestra cocina nunca está cerrada.

De modo que vuelvo sigilosamente a mis aposentos con dos pastelillos de granada, uno en el bolsillo y otro en la mano. Mientras recorro los silenciosos corredores iluminados por la luz de las antorchas mordisqueando uno de ellos, voy dándoles vueltas en la cabeza a todos los conocimientos que acabo de adquirir: la *Inspiración* de Homero, los portadores que fallaron antes que yo, la guardiana disfrazada de aya.

«Las puertas del enemigo».

Acudí al sacerdote en busca de una ventaja, algo que pudiera ayudarme a jugar el

juego del poder aquí, en Joya del Desierto, y así ganar importancia a los ojos de Alejandro. En lugar de eso, mi camino se presenta más sombrío que nunca.

«Como un cordero al matadero».

Ahora, sobrevivir ya no me parecería poco.

Doblo el recodo que lleva a mis aposentos y me paro en seco, justo a tiempo de no llenar de migas la áspera bata de algodón que tengo delante.

—¡Elisa!

Ximena me envuelve en un abrazo, y al fin acabo llenándole la bata de migas de todos modos. Me coge por los hombros y me echa hacia atrás.

—¿Dónde estabas? —inquire, con una mezcla de enfado y temor en su voz.

—Tenía hambre —le digo, enseñándole el pastelillo a medio comer.

—Oh, Elisa, cielo mío. Me desperté y pensé en terminarte la falda. Cuando fui al patio a buscar todo lo que necesitaba, no te oí respirar y... —Respira agitadamente—. Deberías haberme despertado. Habría ido contigo.

Mi guardiana.

Ya sé que vigilarme es su deber, que su pasión se alimenta de siglos de fervor religioso que yo apenas empiezo a entender, pero la forma en que me mira y me acaricia los brazos con alivio desesperado es testimonio de algo más profundo.

Mi aya.

—Lo siento. —Busco en mi bolsillo el segundo pastelillo y rozo con los dedos la bolsa de cuero. Parece abultar tanto que me preocupa que Ximena pueda ver la forma a través de la tela—. Yo... bueno... te he traído un pastelillo.

Lo acepta, y en sus labios se dibuja una suave sonrisa.

—Gracias.

Se vuelve y enlaza su brazo con el mío, amistosamente, para acompañarme de regreso. Ximena es alta, corpulenta y fuerte. Mientras caminamos del brazo, apoyo la cabeza en su hombro y encuentro consuelo en esa sólida familiaridad.

Esa misma noche, cuando estoy segura de que Ximena está dormida otra vez, me deslizo hasta el balcón y entierro mis Piedras Divinas en la maceta donde está plantada la palmera.

Algunos días más tarde, Ximena y yo estamos en las cocinas —evitando una vez más el comedor— dando cuenta de sendos platos de tierna carne de venado con salsa picante de grosella. El cocinero mayor parece más atareado de lo habitual, y casi no me reconoce en su prisa por poner a punto una enorme cantidad de pollo al pibil. Yo mastico despacio mientras observo cómo sazona las pechugas de pollo con ajo y comino, lo riega con zumo de naranja amarga y lo envuelve todo con hojas de plátano.

—¿Esperamos invitados? —pregunto con la boca llena de carne.

—Es el plato favorito del rey —responde—. Me lo pidió especialmente para esta noche.

Tragué un bocado a medio masticar y me estremecí al notar cómo me raspaba el esófago.

—¿Quieres decir que ya está de vuelta?

Va y viene al asador con paquetes de carne que cubre con brasas.

—Volvió anoche.

El venado me pesa en la tripa como una piedra. Alejandro regresó y ni siquiera me lo dijo.

Arrastro a mi aya hasta nuestras estancias para refrescarme un poco y ponerme mi nueva falda. Ximena la cortó y cosió para que tuviese algo de vuelo y no se me pegase a las piernas como una toalla mojada. Me voy a cepillar el pelo, y tal vez me ponga un poco de carmín en los labios.

Cuando entramos en la habitación, Cosmé está en el balcón. Está sacudiendo la alfombra de piel de cordero con un palo. No me mira, pero dice en voz alta:

—Su majestad pasó por aquí cuando estabais fuera.

—¿Sí?

No quiero premiarla mostrando demasiado interés por ella.

—Desea que asistáis esta noche a la recepción en honor del príncipe.

No tengo noticias de ninguna recepción.

Es extraño. Nunca me han gustado las fiestas ni los bailes, y ni siquiera la gala anual de la Liberación. Sin embargo, me molesta enterarme de que se está preparando una celebración de la que no sabía nada. Me siento extraña y fuera de lugar. Mi situación todavía sin definir es en parte culpa mía, lo sé. Quizás si cenara con las demás personas del entorno doméstico de Alejandro, o si mostrara un poco de interés por los asuntos de palacio, las cosas serían diferentes.

Cosmé retira a un lado la maceta con la palma haciendo más espacio para sacudir

la alfombrilla. Yo me estremezco al pensar en las Piedras Divinas enterradas ahora en la tierra blanda.

—¿Dónde se va a celebrar la recepción? —pregunto para apartar su atención de la maceta.

—El rey dijo que será un gran recibimiento oficial en el salón de recepciones. Vos estaréis en el estrado en compañía del Quórum de los Cinco. Yo os guiaré hasta donde tenéis que ir.

Permanecer en un estrado suena estremecedoramente importante.

—Gracias, Cosmé.

—Mmm —murmura al tiempo que hace una reverencia con cara inexpresiva.

El salón de recepciones de Alejandro es de una notable chabacanería. Es espacioso y rectangular, coronado por un elevado techo de bóveda de cañón decorado con retorcidas rosas y agudas espinas. Las arañas trazan una línea continua de cristal desde el estrado hasta las puertas dobles de la entrada. Los tronos son realmente recargados con sus líneas doradas, sus cojines de terciopelo y sus respaldos, que miden dos veces la altura de un hombre.

El rey no se levanta para saludarme, pero me sonrío y me besa la mano, y el rubor enciende mis mejillas. Tomo asiento en el estrado junto con los miembros del quórum, ligeramente más atrás que el trono de Alejandro, y observo por encima de su oscura cabeza a los nobles que se arremolinan a nuestro alrededor. Doy por hecho que se trata de un lugar privilegiado, hasta que veo a la condesa Ariña apoyar con descuido una mano en el trono vacío. Hasta cierto punto, su pretensión parece real y oportuna. Tal vez porque es lo único hermoso que hay en este repelente palacio, con su vestido sin corsé, de un sencillo color marfil, fruncido bajo el pecho y suelto por debajo. Mira fijamente al rey, con una mirada tierna y luminosa. Tiene el aspecto de alguien plácidamente adormilado después de haber comido un trozo enorme de una tarta de mango.

Alejandro no le presta atención y mantiene la mirada fija en la bulliciosa multitud de sus súbditos.

Lord Héctor parece una elevada columna a mi lado. Noto su aliento en mi oreja.

—Como princesa de Orovalle no tenéis que hacer una reverencia cuando su alteza el príncipe entre en el salón —me susurra al oído.

Le sonrío con agradecimiento.

Se produce un silencio repentino, y es como si pasara una ola por el gentío cuando todos se vuelven hacia la gigantesca puerta de dos hojas. Lejanos en un primer momento, llegan a mis oídos los primeros acordes de la *Entrada triunfal* de Vieira. A medida que se abren las puertas, se percibe el *crescendo* de las vihuelas.

Entra un grupo de personas, iluminado desde atrás e imposible de distinguir a esta distancia, y la multitud en masa hinca una rodilla en el suelo. La música se intensifica

a medida que se acercan. A la cabeza hay un niño. Es de corta estatura y parece malhumorado y muestra un profundo interés en las borlas de sus coquetas zapatillas rojas, que se agitan a cada paso que da. Lucho para contener la risa que me asalta.

Avanza casi en línea recta. Una mujer flaca de rostro demacrado lo alienta a seguir adelante empujándolo con suavidad. Finalmente, está tan cerca de mí que puedo verle la cara con nitidez; el pequeño Rosario es calcado a su padre, con sus mismos ojos color canela, el mismo cabello rizado y oscuro. Pero hay una característica en sus rasgos, algo delicado en su barbilla y en sus mejillas que denota rastros de otra sangre. Me pregunto qué ve Alejandro cuando mira a su hijo. ¿Verá una sombra de sí mismo o el recuerdo de una mujer a la que amó y perdió?

De pronto, un movimiento atrae mi atención. Situada al lado del trono vacío de la reina, la condesa Ariña abandona su profunda reverencia, se lleva las manos al pecho y mira al niño con una mirada tan profundamente maternal que me entran ganas de abofetearla.

Rosario está casi al pie del estrado cuando Alejandro le tiende los brazos. En un abrir y cerrar de ojos, el niño sube los escalones y se acomoda en el regazo del rey. En el salón del trono resuenan las exclamaciones de ternura cuando ambos se abrazan. Alejandro se pone de pie, con su hijo abrazado fuertemente a su cuello, y exclama con voz solemne:

—Mi hijo, el príncipe Rosario de Vega, heredero del trono de nuestra gran nación.

Mientras los congregados lo aclaman, trato de recordar si papá armó un alboroto así conmigo, o con Alodia. Si lo hizo, yo debía de ser muy pequeña para recordarlo. O tal vez este tipo de demostraciones ruidosas esté reservado a los hijos varones.

Alejandro presenta al niño a los miembros del quórum, que comparten su estrado: el general Luz-Manuel, la condesa Ariña, lord Héctor y el conde Eduardo. Por último es mi turno. Alejandro sostiene al niño sobre una rodilla mientras se vuelve hacia mí.

—Y ésta es la princesa Elisa. Está aquí en representación de su padre, el rey Hitzedar de Orovalle.

Una presentación sencilla apropiada para un niño.

El príncipe Rosario me mira desde el regazo de su padre. Tiene una cara dulce de rasgos amables, grandes ojos y largas pestañas. Me examina, abre los ojos de par en par y dice con una voz potente y clara como las campanas del monasterio:

—Estás gorda.

Se produce una exclamación de asombro en la sala, seguida de un silencio sepulcral. El rostro de Alejandro se nota paralizado por la sorpresa, y la mano que tiene apoyada sobre el pequeño hombro de su hijo palidece. Seguro que toda la nobleza puede escuchar cómo late mi corazón y cómo respiro. Por un instante pienso en huir; pero, incluso en ese estado de conmoción, sé que las cosas se pondrían aún peor si lo hiciera.

Así que sólo puedo hacer una cosa.

Me río. Me río como si fuera lo más gracioso que he oído jamás. Las carcajadas

son demasiado altas, muy forzadas, pero en un instante deja de tener la menor importancia porque el silencio de la sala da paso a las carcajadas de alivio de los reunidos, que se unen a las mías.

Esta noche no hay cojines en el comedor real, porque sólo queda sitio para estar de pie. La gente circula por el salón mientras se lleva a la boca porciones del pollo pibil del cocinero mayor, servido en ennegrecidas hojas de plátano, y bebe vino dulce de la última cosecha.

Se me acercan muchos de los presentes, sonriendo y aparentemente cómodos, para charlar conmigo e interesarse por mi bienestar. Nunca antes se habían tomado el menor interés por mí, y me doy cuenta de que se derribó una barrera entre nosotros, barrida por las palabras de un niño. No estoy segura de si me siento o no contenta de ello.

Me encuentro feliz comiendo bocados de pollo, saboreando el intenso adobo de comino y ajo que me inunda la boca, cuando se me acerca la condesa Ariña con un vaso de vino en la mano.

—Alteza —dice con una voz tan alta y tan clara como Rosario.

—Condesa.

—¿Lo estáis pasando bien?

A nuestro alrededor gira el torbellino de los cortesanos de Alejandro, y lo único que deseo es escaparme a mis aposentos y meterme debajo de las sábanas.

—Oh, claro que sí. Es una hermosa velada. Y el príncipe Rosario es realmente encantador.

—Lo es —asiente, acercando el vaso de vino a sus rosados labios.

Pero sólo finge beber. Me pregunto si alguna vez comerá algo.

—Y, desde luego, el pollo pibil es excelente —dejo caer—. Alejandro elige bien. ¿Lo habéis probado?

Me siento muy satisfecha al verla enarcar una ceja. Tal vez no sabe nada sobre las preferencias culinarias del rey. Puede que no le guste oír cómo me refiero a él con tanta familiaridad.

—Lo he probado antes. Estaba delicioso.

Estoy segura de que no es cierto.

—Debéis saber —prosigue, y por el modo en que me mira con esos asombrosos ojos color miel me hace sentir como un ratón en una ratonera— que lo que dijo Rosario de vos delante de todo el mundo no lo piensa nadie realmente.

La miro fijamente, un poco decepcionada por su falta de sutileza. Ya sé que no soy más que una niña, pero esperaba algo más de ella.

—«De la boca de los inocentes fluye la verdad...» —le espeto, encogiéndome de hombros.

Me mira sin comprender.

—Oh, estáis haciendo una cita. Todo el mundo adora vuestra gran devoción. He pensado estudiar más a fondo la *Escritura*. Se puede lograr tanta sabiduría... Ojalá tuviera más tiempo.

Es posible que sus palabras sean una oferta de paz, aunque sólo sea leve. Pero su mirada benevolente es demasiado consciente de sí misma y su vaso está demasiado lleno.

—Lo recomiendo fervientemente, incluso a aquellos que no están preparados para la complejidad de un profundo estudio de los textos sagrados.

Veo el momento exacto en que deduce de mis palabras el insulto apenas encubierto. Hace una reverencia con su elegancia habitual.

—Bueno, que disfrutéis del resto de la velada, alteza.

Mientras se aleja con su vaporoso vestido, una voz profunda me susurra al oído:

—No la subestiméis, princesa.

Sobresaltada, descubro a lord Héctor. Su hermoso rostro está muy cerca del mío y, como siempre, bajo su plácida apariencia su mente se halla siempre alerta.

—Es más temible y más inteligente de lo que parece.

Hago un gesto de asentimiento, con un nudo en la garganta, y lo miro alejarse.

Sigo picando mientras ejecuto la elusiva danza de la conversación de cortesía. Mis ojos nunca pierden de vista la alta figura de Alejandro. No deja de moverse entre sus huéspedes con una cautivadora facilidad. Un poco después ya no puedo comer más.

Los últimos rayos de luz se cuelan por las altas ventanas y al fin desaparecen. Los criados traen antorchas y las colocan a intervalos regulares a lo largo de las paredes de piedra. Retiran de las mesas los restos de pollo pibil y lo reemplazan por bandejas de melón frío y uvas peladas.

Alcanzo a ver a Ximena. Está apoyada en la pared, con cara sombría. Ha estado cerca desde la entrada triunfal del príncipe, como una compañera silenciosa. Sería estupendo ser invisible como ella, y me pregunto qué habrá observado esta noche.

Sigo la dirección de su mirada, por encima de las cabezas de los nobles excesivamente acicalados, hasta donde se encuentra Alejandro, que da el brazo a Ariña. Hablan con el general Luz-Manuel. El rey se ríe de algo que él dice; el sonido de su voz se superpone al barullo general y me produce escalofríos. Ariña se pone de puntillas y lo besa en la mejilla. Él se inclina para recibir el beso.

La carne condimentada se agita en mi estómago, anunciándome que esta noche tendré problemas para dormir. Sin embargo, el melón frío, dorado con miel glaseada, es demasiado delicioso para resistirme a él. Su fresca dulzura estalla en mi lengua. Me como una rodaja, y otra, y otra.

No tengo noción de cuánto tiempo me quedo de pie al lado de la mesa de las viandas como si algo me impidiese apartarme. Finalmente, siento la suave mano de Ximena que me toma del brazo.

—Vamos, cielo mío.



No me resisto cuando me aleja de la mesa, y voy dando traspiés detrás de ella, tan llena que apenas puedo respirar.

Permanezco despierta mucho tiempo, incapaz de relajarme. Siento agudos dolores en el abdomen y en las piernas. Lo que comí me arde en el pecho. Pero lo peor de todo es que no puedo dejar de preguntarme cuánta gente habrá visto cómo me consolaba. Me imagino a Alejandro meneando la cabeza ante semejante indignidad, mientras Ariña se colgaba de su brazo, sonriendo con suficiencia. Me imagino a lord Héctor dándose la vuelta decepcionado.

Por mis mejillas se deslizan ardientes lágrimas de vergüenza que acaban empapando la almohada. Más que nunca, echo de menos a Aneaxi. A ella no le habría importado que no sirviese para ser reina, que Alodia estuviera equivocada con respecto a mí. Me habría rodeado con sus brazos y me habría dicho que Dios había hecho lo correcto al elegirme.

Busco a tientas la Piedra Divina y aprieto los dedos contra la fría superficie. Ha estado extrañamente tranquila todo el día. «No entiendo por qué estoy aquí, Dios mío. Tal vez has cometido un error».

Después de mi plegaria, la piedra se entibia y vibra suavemente. La sensación añadida en mi vientre resulta excesiva, y salto de la cama en dirección al patio. No hay posibilidad alguna de llegar hasta el cuarto de baño en la distante pared de enfrente. Me aferro al borde azulejado de la piscina y vomito allí mismo el contenido de mi estómago. La sucesión de arcadas me produce un intenso ardor en la nariz y la garganta, y me acaba doliendo el estómago debido a los espasmos.

Casi sin aliento, me dejo caer en el suelo y apoyo la mejilla sobre el bendito frescor de los azulejos de la piscina. Tengo un sabor espantoso en la boca, pero me siento demasiado débil para ponerme de pie. Poco después, me doy cuenta de que se han aliviado los dolores abdominales.

Recurro de nuevo a la Piedra Divina. «Ayúdame», le ruego. La piedra me responde con calor y con fuerza, pero esta vez no me siento mareada. Desde la desesperación, rezo como no lo había hecho en semanas. Le hablo a Dios del padre Nicandro y de las Piedras Divinas muertas enterradas cerca de mi palmera. Le hablo de la condesa Ariña, de Cosmé y de lord Héctor. Le pregunto si los Reformistas que me mantuvieron en la ignorancia estaban equivocados y pido protección para ellos en caso de que me encuentre ante las puertas del enemigo.

Pido Su perdón por dudar de Él. Le digo que deseo que Alejandro me ame.

Ximena me despierta un poco después. Abro los ojos y veo que tengo la mejilla apretada contra las baldosas. Un calambre paralizante me dificulta el giro de la cabeza. La luz del amanecer empieza a colarse por la claraboya y me envuelve en un resplandor naranja grisáceo. Ximena desaparece en la penumbra, y me quedo sola por un momento, bañada por el resplandor de Dios. Levanto las manos y observo cómo la

luz se cuela entre mis dedos. El calor invade mi cuerpo, fluye hacia mis extremidades desde el suave zumbido de mi ombligo. Muevo los dedos de los pies, henchida de alegría.

—Cielo mío. —La voz de Ximena es suave y está preñada de asombro—. Tienes que tratar de dormir algo, pero dormir de verdad, en tu cama. Esta tarde tienes tu primera reunión del quórum.

Lo había olvidado. Consigo ponerme de pie y abandono de mala gana mi rayo de sol, pero éste empieza a desvanecerse, o a propagarse, hasta que todo el patio queda inundado de pura luz diurna.

El cálido resplandor sigue conmigo, palpitando en todo mi cuerpo, mucho después de que me meta en la cama y caiga en un sueño ligero.

Me preparo a conciencia para mi primera reunión con los Cinco. Un poco inquieta todavía por la noche anterior, envío a Ximena en busca de una frugal comida a base de pan y fruta fresca. Me meto en la piscina ya limpia y espero su regreso, respirando hondo.

A lo mejor el Quórum es el enemigo al que se hace referencia en la *Inspiración* de Homero. Pero después de una noche de oración, aplastada contra los azulejos de mi patio, siento una paz poco frecuente. Soy la elegida de Dios, me digo. La portadora.

Cuando Ximena regresa, me ayuda a secarme y vestirme. Ha terminado una nueva blusa a juego con la falda. Es amplia y de un color rojo que hace aguas y lleva una gruesa faja de terciopelo negro. Ajustada sobre la falda blanca de volantes me hace más alta, puede que incluso más delgada.

—Gracias, Ximena. Es hermosa.

Sonríe complacida al oír mi elogio, y eso me conmueve. ¡Se necesita tan poco para hacerla feliz!

—Botas negras —dice, y yo asiento.

Odio las botas, con sus tacones y su rígido armazón, pero me harán medio palmo más alta. No sé qué vestimenta es adecuada para una reunión del Quórum, pero en cierto modo me parece apropiado ir vestida con el traje tradicional de Orovalle. El general Luz-Manuel dijo que yo iría como representante de mi país, y así lo haré.

Ximena sólo me trenza la parte superior del pelo y forma con ella un círculo en torno a la cabeza. El resto de la cabellera me cae en suaves rizos sobre la espalda. Con gran delicadeza, me aplica un toque de kohl en las puntas de las pestañas y otro de carmín en los labios.

—Tengo perfume de jazmín —sugiere.

El aroma del jazmín me recuerda a mi casa, a la enredadera que sube por la espaldera del jardín de mamá. Y también a mi hermana. Tengo presente su último abrazo aquel día en el patio, y la forma en que nos envolvió su perfume.

«Tienes que ser más lista que Alodia», me había advertido mi aya.

—No, gracias, Ximena. Preferiría el de fresa.

La sala de reuniones tiene el techo bajo y carece de ventanas. Por un acto reflejo me agacho al entrar. Es como una cámara del tesoro, oculta en lo más recóndito del palacio, con paredes de piedra de río iluminadas por la luz de las antorchas y puertas de doble hoja con pesados cerrojos. Siento sobre mí la presión de la historia, de siglos de luchas de poder y de reuniones de tono conspirativo, nombramientos secretos y consejos de guerra.

Nos sentamos en cojines de terciopelo rojo alrededor de una enorme mesa baja de roble y pulida por el contacto de innumerables dedos y codos. Alejandro pliega las piernas y ocupa con aire orgulloso la cabecera. Estoy segura de que no es casual que esté enmarcado por el sello de la corona de oro representado en el tapiz que tiene detrás. Como invitada de honor, me siento a su derecha. El general Luz-Manuel se sitúa al otro lado, a la izquierda de Alejandro. Junto a él, lord Héctor me hace un guiño para animarme.

La condesa Ariña aparece cuando todos los demás están en su sitio y esboza una sonrisa de disculpa. Lleva un corsé ajustadísimo y luce hermosa, con el pelo reluciente y un vestido verde claro que flota cuando camina. Es difícil apartar la vista de su cintura de avispa.

El conde Eduardo, un hombre corpulento de pelo negro entrecano, llama al orden a los asistentes. Veo con agrado que cita la *Sagrada Escritura*.

—«Siempre que cinco se reúnen, yo estoy entre ellos».

Cinco, el número sagrado de la perfección.

Me presenta formalmente —es un gesto innecesario, pero hace que me sienta bien acogida—, y comienza la reunión del Quórum de los Cinco.

El primer asunto es la construcción del astillero de Puerto Verde. Me obligo a prestar atención a los tediosos detalles de la adquisición de madera y la contratación de calafates, de la creación de un sistema para cobrar a mercaderes y comerciantes por los puntos de atraque.

Alodia ya habría intervenido con opiniones ingeniosamente expresadas y con elogios manipuladores, pero yo no soy Alodia. En lugar de eso presto atención al flujo y reflujo de las emociones en todo lo que se dice, catalogando mentalmente los momentos en que determinadas cuestiones suscitan entusiasmo o indiferencia. El conde Eduardo tiene intereses en el negocio de la madera, pero no dice nada sobre sus participaciones, y al general Luz-Manuel le encantaría marcharse de Brisadulce para ocupar un puesto en algún otro lugar.

Por fin abordamos el tema de la guerra. El conde Eduardo agita un pergamino cuyo sello roto es una brillante mancha roja.

—Tenemos una petición más del conde Treviño para que enviemos tropas a la región de las colinas. Dice que su situación es delicada, que miles de enemigos entran desde Sierra Sangre a las estribaciones de las colinas.

Ariña palidece al oír sus palabras y su frente parece adquirir la consistencia de la mantequilla.

De pronto me pongo alerta, mi interés se incrementa.

Alejandro se inclina hacia adelante y su codo casi toca el mío.

—¿Ha habido bajas?

—No por el momento —responde Eduardo, negando con la cabeza—, pero han desaparecido varias ovejas, y el campamento más próximo está a apenas un día de las aldeas limítrofes.

El general Luz-Manuel descarga un puñetazo en la mesa.

—¡Majestad! No podemos esperar a que el enemigo ataque. Cada momento de demora da a Invierno ocasión de hacerse más fuerte.

Hay un coro de murmullos. Alejandro mira al frente con la mirada perdida; Ariña se remueve en su cojín y tiene la vista fija en el regazo. Esta discusión parece constituir terreno conocido para el Quórum, con resultados dolorosos y predecibles.

El conde Eduardo respira hondo para controlarse.

—No podemos atacar hasta que no sepamos cuáles son sus intenciones —dice con voz entrecortada—. ¿Queréis que atacemos a ciegas?

—Supongo que para vos debe resultar muy conveniente planear mi guerra desde vuestras plazas fuertes de la costa, al otro lado del desierto —dice Ariña de golpe.

—¿Vuestra guerra? —dice Eduardo con sorna.

—Mi gente. Mi tierra. Mi guerra.

Me sorprende su tono de acero. Más me sorprende aún descubrir que es del país de las colinas, al otro lado del desierto. Habría dicho que era de la costa, con esa piel clara y esos ojos dorados.

El general me observa desde el otro lado de la mesa.

—Tal vez nuestra representante de Orovalle tenga algo que decir sobre esto.

Me sonrío con aire paternalista, como si se estuviera dirigiendo a una niña pequeña.

El aire se vuelve asfixiante de repente y las paredes parecen venírseme encima. Respiro profundamente, sintiendo el peso de la mirada de Alejandro sobre mí. Lord Héctor hace un gesto afirmativo, casi imperceptible.

—En Orovalle —empiezo lentamente—, nuestra mayor preocupación es el desconocimiento absoluto de lo que se propone Invierno. —Gestos de aprobación en todos los presentes—. El embajador de Invierno estuvo durante tres años en la corte de mi padre, haciendo campaña por los derechos portuarios, pero nunca reveló el objetivo de su país. Se limitó a vagas menciones sobre el comercio. El año pasado, el embajador se marchó en medio de la noche sin decir una palabra. Dada la historia entre nuestros países, desde entonces hemos estado esperando una guerra.

—Aquí sucedió lo mismo —dice Alejandro en voz baja.

Me desconcierta ver el miedo en sus ojos. Mirándolo ahora no me resulta extraño que se haya quedado paralizado por el pánico durante nuestro enfrentamiento con los Extraviados en la selva.

—Pero ¿por qué? —No aparto la mirada de él mientras hablo—. ¿Por qué están tan desesperados por tener un puerto de mar? ¿Y por qué se mostraron tan herméticos sobre los detalles? *Belleza de la guerra* dedica largos pasajes a la necesidad de entender al enemigo. Considero que ésta debería ser nuestra prioridad absoluta.

—Eso nadie lo discute —replica Ariña—, pero mi gente no tiene tiempo para informarse sobre el enemigo. Necesita ayuda ahora.

Tiene razón, por supuesto.

—Estoy cansada de esperar, esperar y esperar a que Invierno ataque —dice con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no les tomamos la delantera? Expulsémoslos de una vez y para siempre.

En eso está terriblemente equivocada.

Lord Héctor me mira fijamente, estudiándome con esa mente enigmática suya.

—Vos no estáis de acuerdo, alteza. —No es una pregunta, es una afirmación.

Sé que lo que estoy a punto de decir me ganará la enemistad eterna de Ariña, pero tengo que decirlo.

—Así es. No estoy de acuerdo.

—¡Ya veis! —grita el conde Eduardo—. Hasta la princesa aconseja prudencia.

Entrecierro los ojos antes de pensar en controlar mi expresión.

—Perdón, milord, pero estoy absolutamente segura de no haber aconsejado nada por el momento. —El breve gesto de aprobación de lord Héctor me anima a continuar—. Creo que deberíamos dejar que Invierno diera el primer paso.

—¿Por qué? —pregunta Alejandro. Su cara refleja tensión, pero más interés que desafío.

Mi esposo valora mi opinión. Es estimulante.

—Nuestro ejército estará en desventaja en las colinas. Hace trescientos cincuenta años, mi país derrotó a Invierno en la batalla de Baraxil, en gran medida porque la ardiente jungla era terreno desconocido para el enemigo. ¿Por qué habríamos de concederles ventaja? Debemos obligarlos a combatir en terreno esquistoso, en medio de la arena y del calor, y no en las montañas boscosas a las que están acostumbrados. —El tema me va acalorando, y voy adquiriendo confianza a cada palabra—. Si Invierno trae la guerra a nuestras puertas, tendrá que avituallar a su ejército desde una gran distancia. Eso significa guardar la retaguardia, dejar un vulnerable tren de abastecimiento. Eso los hace más débiles. Quieren un puerto de mar. Lo que yo digo es: dejemos que gasten recursos para venir y conseguirlo. Los nómadas del desierto sabrán cómo evitarlos. Nos afianzamos aquí, en Brisadulce. Aprovechamos el tiempo para construir líneas de fortificación que se adentren en el desierto. Montamos trampas...

—¿Y qué hay de mi pueblo? —pregunta Ariña con voz peligrosamente calma.

La miro fijamente, convencida de mi lógica.

—Dadles la orden de evacuar.

Tiene el cuerpo más tenso que una cuerda de vihuela. Casi creo que se va a lanzar sobre mí desde el otro lado de la mesa.

—Esperáis que abandonen sus hogares. Sus medios de vida.

—Sí, hasta que ese territorio esté despejado. —Me vuelvo hacia Alejandro—. Si permites que el país de las colinas sea tu frente de guerra, pondrás en riesgo a la totalidad de Joya del Desierto.

La advertencia de lord Héctor de que Ariña es más temible de lo que parece resuena en mi mente, pero Alejandro me mira con total gratitud, con esperanza

incluso. Me doy cuenta de que he dicho exactamente lo que él quería que dijera.

—¿Creéis que vuestro padre, el rey Hitzedar, estaría dispuesto a aportar tropas? —inquire el general Luz-Manuel.

Alejandro se pone tenso, pero no dice nada.

No estoy segura de cómo responder. Según la carta de Alodia, papá ya ha comprometido tropas como condición de nuestro matrimonio, pero es evidente que el rey no ha comunicado este acuerdo ni siquiera a su general de más alto rango. Busco una clave en el rostro de Alejandro, pero no la encuentro.

—Creo que es probable —digo al fin—. Invierno también es nuestro enemigo. Me gustaría hablarle en vuestro favor.

La expresión de Alejandro se relaja. Un levísimo gesto de asentimiento, pero no sé lo que significa. «Bien hecho», tal vez, o puede que «Ya hablaremos después».

Al otro lado de la mesa, Ariña está hecha una furia. Ora mira al rey, ora me mira a mí, tratando de comprender el entendimiento que hay entre nosotros. Después de un momento, se relaja en su cojín y entrecierra los ojos. No sé bien por qué, pero no creo que los pueblos de las colinas sean su principal preocupación.

El rey ordena traer un mapa de la ciudad, y el ambiente de la pequeña cámara se caldea mientras discutimos sobre fortificaciones y aprovisionamiento. Alejandro habla con una marcada falta de resolución que saca de quicio a Eduardo y al general. Quiere saber cómo estableceríamos nuestro perímetro «en el caso de que» permitiéramos la aproximación de Invierno. Cómo almacenaríamos alimentos para la ciudad «en el caso de que» se produjera un asedio. A mí me gustaría que decidiéramos un plan de acción.

Por fin, el conde Eduardo se pone de pie y se endereza.

—Tendréis que excusarme, majestad. Nuestra reunión se ha prolongado demasiado y me esperan en otra parte.

Alejandro alza la vista del mapa.

—Por supuesto, Eduardo. Gracias por tu asesoramiento de hoy.

Mientras el conde se despide, lord Héctor se inclina para hablar al monarca al oído.

—Majestad, el príncipe ya os está esperando.

Alejandro parece sorprendido.

—Oh.

Todos lo miramos inquisitivamente y nos devuelve una sonrisa nerviosa.

—Le prometí al muchacho que hoy lo llevaría a la ciudad —explica, rascándose el mentón—. Héctor, ¿te importaría hacerlo en mi lugar? ¿Puedes decirle que me he demorado en una reunión?

La cara del guardia no refleja ningún sentimiento, pero asiente y se pone de pie.

—Lord Héctor —me apresuro a decir, antes de que Ariña pueda reaccionar—. Yo también tenía pensado hacer un recorrido por la ciudad. —No es cierto, claro, pero no puedo dejar pasar la oportunidad. Me río forzosamente—. ¡Llevo aquí más de un mes

y todavía no la he visto como se debe! Me sería grato llevar a Rosario conmigo.

Al rey se le iluminan los ojos.

—Gracias, Elisa. Te lo agradecería. Lord Héctor te acompañará —me dice con un guiño que me alegra el corazón—. ¿Qué tal si le damos a Ximena la tarde libre?

Asiento, incapaz de articular palabra. Lord Héctor se dirige hacia la puerta. Mientras me pongo de pie con dificultad para seguirlo, Ariña se vuelve hacia Alejandro con una expresión mezcla de confusión y de agravio, como si sospechara que hay algo entre nosotros.

Sin hacerle el menor caso, el rey vuelve a inclinarse sobre el mapa y le pregunta al general Luz-Manuel dónde le gustaría emplazar a los arqueros «en el caso de que» Invierno lograra llegar hasta las murallas de la ciudad. Como que me llamo Elisa que Alejandro no le ha dicho nada a su amante sobre su esposa. Apostaría algo.

A Ximena la entusiasma la idea de tener algo de tiempo libre. Después de asegurarse de que no voy a descuidar la seguridad y de echar a lord Héctor una mirada solemne, sale a toda prisa hacia el monasterio para sumergirse en la lectura de documentos antiguos.

El guardia me escolta hasta los aposentos de Rosario, situados en el nivel siguiente. Es un breve paseo, pero ya empiezo a arrepentirme de mi oferta cuando mis piernas agarrotadas se enfrentan a las escaleras.

Una mujer de expresión envarada abre la puerta y frunce el entrecejo.

—¿Dónde está el rey? —pregunta, asomándose al corredor para mirar a derecha e izquierda.

—Su majestad no podrá acompañar a su alteza en la salida de hoy —dice lord Héctor con voz más grave que de costumbre y pronunciando muy bien las sílabas—. En su lugar irá su alteza, la princesa Elisa.

La mujer me mira de arriba abajo y luego se vuelve para llamar.

—Rosario, cariño. Es hora de tu paseo.

Al cabo de un momento, una cabeza oscura asoma entre su estrecha cadera y el marco de la puerta. Los ojos de Rosario están llenos de esperanza; pero, en cuanto me ve, ésta se transforma en decepción.

—¿Dónde está papá?

—Tu papá está haciendo algo muy importante para el reino —le digo. No sé nada de niños, pero me lanzo con decisión—. Yo voy a ir a la ciudad, y puedes venir conmigo.

Entrecierra los ojos y pone cara compungida.

—Ve a buscar a papá —me suelta.

Me quedo esperando que la mujer que supongo es su aya corrija este comportamiento. A mí no me habrían permitido hablar así a nadie, ni siquiera cuando tenía seis años. Sin embargo, ella se limita a palmearle la cabeza a la espera de mi



respuesta.

Visto lo visto, respondo como lo haría una señora a su sirviente; es la única forma que conozco.

—Rosario, te dirigirás a mí como «alteza». No me exigirás nada, sino que me pedirás las cosas con educación y respeto. ¿Está claro?

Su aya lo atrae hacia sí y me mira desafiante.

—Sólo tiene seis años. No podéis esperar...

—Podéis retiraros.

Sus labios tiemblan nerviosamente. Abre la boca para protestar, pero la mirada furiosa de lord Héctor hace que lo piense mejor y, después de una rápida reverencia, sale a toda velocidad.

Rosario se queda solo, empequeñecido por el marco de madera de la puerta y con los ojos pardos muy abiertos.

No puedo reprimir una sonrisa.

—¿Te gusta el pastel de coco?

—Sí —susurra—. Y la leche de coco.

—Sí ¿qué?

—Sí..., alteza.

—A mí también. Lo como siempre que puedo. Y tengo entendido que el mejor pastel de coco se hace aquí, en Brisadulce. Me gustaría probarlo.

Rosario asiente con solemnidad.

—¿Es por eso por lo que estás tan gorda?

No sé con certeza por qué no me molesta la observación esta vez. Tal vez sea por la inocencia con que lo dice. O tal vez porque al fin me doy cuenta de que no soy la única en este lugar que sufro la desatención del rey.

—Sí —digo, sonriéndole con auténtica alegría—. Sí, sin duda es una de las razones. —Le ofrezco mi mano—. ¿Quieres el pastel o no?

Acepta con timidez, y me sorprende la sensación dulce y cálida de su manita cuando se entrelaza con la mía.

Alodia visitó en una ocasión Brisadulce y volvió con descripciones de edificios relucientes y personajes exóticos. Mientras recorremos las sinuosas calles del mercado situado al sur del palacio de Alejandro, me doy cuenta de que su descripción era sumamente exagerada. Es cierto que las casas y las tiendas relucen debido a que están construidas en su mayor parte de piedra arenisca, aunque haya alguna que otra de adobe, pero se hace difícil respirar a la sombra de las altas y apiñadas construcciones. La ciudad fue construida en torno a un oasis costero, pero no vemos muchos vestigios de él al deambular extramuros del palacio, a pocas manzanas del mar. La gente de Brisadulce despliega una actividad increíble a pesar del calor seco y de las calles polvorientas. Lo advierto en el vendedor de cocos que alegremente golpea con sus frutos las cabezas de los niños que corretean de un lado a otro, en la lavandera que acepta cinco cargas de ropa de diferentes clientes y promete tenerlo todo listo, planchado incluso, al día siguiente. Es una ciudad de gente que no tiene miedo de saludar a los extraños en la calle, que no desperdicia una sola oportunidad de reírse.

Es una tarde casi perfecta. Héctor resulta una vez más una compañía ilustrativa, con un conocimiento admirable de la historia y de los detalles. Podría recorrer la ciudad con él durante horas, a pesar de lo que me duelen las piernas.

Pero el pequeño Rosario es un demonio de niño. Va de aquí para allá, interesado en todo lo que ve por espacio de un segundo. Encontramos pastel de coco en un tenderete destartado de dulces, pero ni siquiera esto es capaz de centrar su atención. Después de unos cuantos bocados se lanza a perseguir a una escuálida criatura de dudoso origen canino, y el resto del pastel acaba tirado en medio de la arena.

Su comportamiento no es sólo desesperante, es peligroso. Aunque vamos vestidos con prendas simples y sin nada que nos pueda identificar, no podemos correr el riesgo de perder al heredero del trono de Joya en una de sus carreras imprevisibles. Me estremece pensar cuál podría ser la reacción de Alejandro si algo llegara a sucederle al niño.

Cuando Héctor lo saca, a rastras, de un callejón próximo, digo enérgicamente que, si no se comporta y muy a mi pesar, tendremos que poner fin a nuestro paseo. El príncipe me mira enfadadísimo, pero me mantengo firme.

Hubo una época en que deseaba con todas mis fuerzas tener un hermano o hermana más pequeños, alguien de quien poder ocuparme tal como Alodia hacía conmigo. Solía decirme que sería una buena hermana mayor, no como ella, pero ahora me pregunto si yo era tan exasperante con ella como lo es conmigo este jovencito.

—Tengo sed —dice Rosario cuando lo vuelvo a coger de la mano, decidida a no

soltarlo.

—Seguro que podremos encontrar agua.

—Quiero leche de coco.

—Ésa no es la manera de pedirlo.

Resopla malhumorado.

—¿Podría tomar leche de coco, alteza?

Recuerdo lo que solía decirme Ximena cada vez que pedía un pastel.

—Si te comportas, yo misma te traeré leche de coco. De lo contrario, no hay leche. —Yo misma tomaría una taza encantada. Me encanta cómo la prepara el cocinero mayor con un toque de miel y canela y puesta a enfriar en el sótano.

Pero Rosario no obedece. Dos veces se suelta de mi mano, y yo elevo una plegaria de agradecimiento por lord Héctor, que otras tantas veces lo coge al vuelo.

Por fin llegamos a la entrada lateral del palacio y me coloco a la izquierda de Rosario formando una barrera entre él y su leche. Como era de esperar, en cuanto tenemos a la vista el arco de entrada a las cocinas, el niño empieza a quedarse rezagado, apenas un poco.

Trata de soltarse de mi mano, pero lo cojo con más fuerza.

—¡Leche!

—No.

—¡Leche de coco!

Me planto delante de él y lo miro a los ojos. Se parece muchísimo a Alejandro con ese pelo negro que se riza en la nuca y esos ojos pardos con tintes rojizos como la caoba. Pero, mientras que Alejandro tiene arrugas en las comisuras de la boca de tanto sonreír y la risa pronta, Rosario es todo furia y tan impredecible como una cobra. Me entristece. Es demasiado pequeño para acumular tanta desesperación.

—Te prometí que no habría leche si no te comportabas. Siempre cumplo lo que prometo.

Me mira rabioso. Le sostengo la mirada. A mi lado siento la fuerza sosegada y reconfortante de la aprobación de lord Héctor.

—Papá no cumple sus promesas.

—Pues yo sí.

De repente, la expresión del príncipe se vuelve angelical y su mano se relaja en la mía. No me dejo engañar. En sus pupilas veo el gesto avieso y no aflojo un ápice la presión de mi mano mientras avanzamos por el interminable corredor que lleva a sus habitaciones.

Su aya está allí cuando llegamos, cambiando las sábanas de su cama. Me echa una mirada desconfiada cuando abrimos la puerta.

El príncipe Rosario alza la mirada hacia mí.

—¿Volveréis a verme, alteza?

—¿Tratarás de comportarte? —digo, enarcando las cejas.

Asiente enérgicamente.

—Entonces sí. Creo que podríamos hacer alguna otra salida uno de estos días.

Me sonrío.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometo.

El día ha sido una lucha encarnizada. Me cuesta creer que quiera repetirlo. No estoy segura de quererlo yo misma.

Sin embargo, su sonrisa es como el sol que nace enorme y brillante sobre Sierra Sangre. De repente se lanza sobre mí y me abraza a la altura de las caderas. Le palmeo la cabeza torpemente, mientras veo un temblor en el bigote de lord Héctor. Cuando por fin me suelta, siento un vacío y un frío muy extraños.

Le doy a su aya órdenes estrictas de no atender sus peticiones de leche de coco, pero tengo la sensación de que no puedo confiar en ella. Cuando la puerta se cierra, me vuelvo hacia lord Héctor.

—Milord, ¿os importaría hacerme un favor?

—Pedid.

—¿Podrías pasaros por las cocinas? Es necesario que el personal esté al corriente del terrible cólico que sufrió hoy su alteza. Por supuesto, cada vez que pida leche de coco deben darle agua y té templado.

Es posible que esté siendo demasiado dura con el niño, y me parece un poco injusto prohibirle algo que a mí solía reconfortarme cuando tenía su edad.

—Por supuesto, alteza. Hoy os habéis ganado un poderoso amigo, alteza.

No sé con certeza si se refiere a sí mismo o a Rosario.

—Elisa —le digo, exasperada—. Por favor, llamadme Elisa. —«Alteza» es para los sirvientes descarriados y los niños solitarios.

Por fin sonrío con una sonrisa genuina y real, y las severas líneas de su cara se transforman en prueba irrefutable de que el hombre a veces se ríe. Me ofrece su enorme brazo musculoso y me acompaña de regreso a mis aposentos.

Cuando llego, Cosmé está usando mi cama para colocar temporalmente la ropa lavada. Me paro un momento en la puerta, con los pies doloridos, observándola. Sus hábiles dedos se deslizan por la tela como un látigo, dejando a su paso, como por arte de magia, unos pliegues perfectos. Reconozco una de mis cortinas, cuya gasa dorada ha revivido con el lavado, tendida al desgaire en una esquina de la cama. Toallas de baño, todas ellas en variaciones de azul, están perfectamente apiladas a su lado. Tanto trabajo para mantener la belleza de mis aposentos. Ni siquiera me había dado cuenta de que la cortina necesitaba un lavado.

Cosmé canturrea mientras trabaja. Reconozco un himno alegre del servicio religioso de la semana pasada. Es raro verla tan desprevenida. Por primera vez me doy cuenta de que la expresión impasible que veo todos los días no es natural. La observo durante un buen rato, tratando de entender a esta otra Cosmé, preguntándome cómo es posible que una doncella pueda sentir más afecto por una toalla de baño que por una princesa.

Claro que no es mi objetivo gozar de la simpatía de la doncella de Ariña.

—¿No ha vuelto Ximena?

Da un salto y se le cae una toalla al suelo.

—Lo siento, alteza. Me habéis sobresaltado.

Su cara vuelve a tener la expresión dulce y apacible de siempre.

—Estoy segura de que la toalla no ha recibido daño. ¿Y mi aya?

—Se pasó por aquí para llevarse algunas cosas y después fue a visitar al padre Nicandro en el monasterio.

No puedo menos que sonreír.

—Antes era escribiente —le explico.

—¿*Lady* Ximena? —dice, abriendo mucho los ojos negros.

Me produce un placer malévolamente sorprenderla, y tengo ganas de presumir de Ximena. Ganas me dan de decirle a esta niña descarada que mi aya es una de las personas más inteligentes y más cultas que haya conocido, y que es capaz de matar a un hombre con un alfiler del pelo. Por supuesto, no digo nada.

—No creo que Ximena os esperara tan pronto —dice, llevada por la necesidad de llenar el silencio sobrevenido.

Suspiro y me apoyo en uno de los postes de la cama.

—Su «rebeldía real» nos puso las cosas difíciles. Hemos regresado mucho antes de la cena, pero estoy agotada.

Cosmé se acerca con ese andar ondulante que le es propio.

—Como Ximena no está, os ayudaré a cambiaros de ropa. Después puedo prepararos un baño si os apetece.

A mi borrosa conciencia le lleva menos de un segundo darse cuenta de que echa mano de la estrecha faja que me rodea la cintura. Asustada, doy un violento paso atrás, pero es demasiado tarde. Ya he advertido que sus hábiles dedos han palpado la dureza de la piedra en la carne blanda.

Aunque me he apartado, Cosmé mantiene el brazo levantado y se mira los dedos como si se tratara de cosas abominables, ajenas, que se han pegado a su muñeca por casualidad. Cuando por fin alza la mirada hacia mí, las lágrimas corren por sus mejillas.

—¡Vos! —susurra mientras en su boca se dibuja un gesto de repugnancia—. ¿Cómo es posible que seáis precisamente vos?

La piedra es un destello ardiente en mi abdomen. Por debajo de ella empieza a gestarse la náusea.

—No tiene sentido. Ni el menor sentido —musita Cosmé, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Es posible que sea un error.

—Cosmé.

—No podéis ser vos.

Se supone que el portador es...

—¡Cosmé! —Se queda callada mientras me estudia: me mira la cara, las manos,

especialmente el vientre. Veo el momento exacto en que recobra el control. Un atisbo de horror al que sigue su habitual expresión de calma.

—¿Puedo retirarme?

Aunque su rostro refleje calma, la voz sigue sonando tensa.

—No —digo, dando un paso hacia ella—. Cosmé, no debes decírselo a nadie.

—Por supuesto que no, alteza. Una buena doncella es siempre discreta.

—Sí, claro —contesto con una sonrisa seca. Confío en que se parezca bastante a la sonrisa peligrosa de la que he visto a Alodia sacar tan buen provecho—. Procuraré ser más clara. Poco tiempo atrás, alguien (en realidad un guerrero avezado) descubrió la piedra de la que soy portadora. Un instante después, Ximena lo mató valiéndose para ello tan sólo de un alfiler del pelo.

Tengo la sensación de que la sonrisa se vuelve más peligrosa. Ya no es la de Alodia, sino la mía propia, ya que, después de todo, por fin puedo jactarme de mi aya.

No dejo que la doncella se retire hasta que estoy segura de que ha entendido bien.

No le digo a Ximena lo de la conversación con Cosmé. Aunque no le tengo afecto a la muchacha, tampoco quiero verla muerta. Sin embargo, reaccionó de forma tan violenta cuando descubrió la piedra que necesito contárselo a alguien. Tal vez al padre Nicandro. Decido que mañana acudiré a él.

Iniciamos nuestra rutina nocturna. Ximena me trae una copa de vino helado y enciende una vela en mi tocador. Luego me destrenza el pelo mientras yo permanezco sentada, leyendo la *Sagrada Escritura*. El carácter lírico del lenguaje, la verdad apaciguadora de las palabras, suelen disponerme bien para dormir. Pero no esta noche. La escritura se arremolina en la página y se desdibuja transformándose en unos ojos oscuros, inquisitivos. Los ojos de Alejandro. Recuerdo la forma en que me miró durante el consejo, la forma en que se suavizaron las líneas de su cara mientras me estudiaba. Ariña también lo notó.

Cierro la *Escritura*.

—Ximena...

—¿Sí, cielo mío?

—Esta noche quiero estar... guapa.

Capto en el espejo el esbozo de una sonrisa.

—¿Crees que él se va a presentar?

—Tal vez.

Estoy convencida de ello, pero tengo miedo de decirlo, como si por el mero hecho de decirlo pudiera no suceder y entonces ella sabría la dimensión real de mi decepción.

—Bueno, entonces por si acaso —dice, acariciándome la mandíbula.

Ya destrenzado, el pelo me cae en grandes ondas hasta más abajo de la cintura. Ximena retira una parte de mi frente y la sujeta flojamente con una peineta de perlas.

Me hace la cara más larga, más delgada, y de pronto mis ojos cobran protagonismo. Mi aya me aplica un poco de carmín en los labios. Echa mano del kohl, pero cambia de idea.

—No es necesario —musita, aunque no estoy segura de que tenga razón.

Ximena me ayuda a ponerme la camisa de dormir. Elige una de color *beige* que da mayor calidez a mis ojos y brillo a mi piel. Me quedo un momento ante el espejo, entre la aprobación y la desesperación. Jamás voy a ser seductora, ni blanca ni bella como Ariña. Incluso irguiéndome todo lo que puedo, el estómago y los pechos resaltan contra la tela. Sin embargo, mi piel oscura es poco común, me distingue de las demás, y mi pelo tiene un brillo propio.

«Ésta es Lucero-Elisa —digo para mis adentros—. La portadora de la Piedra Divina».

Ximena extiende la mano y me suelta un poco los lazos del escote. Lo suficiente para llamar la atención. Me encaramo entonces en mi enorme cama, donde dispone los cobertores a mi alrededor, me acomoda el pelo sobre los hombros y me entrega la *Escritura* para que pueda hacer que leo mientras espero a que Alejandro llame a la puerta.

Espero bastante tiempo, con el corazón desbocado, sintiéndome tonta. Me alegro de que Cosmé no me asista por la noche, de que sólo Ximena conozca las molestias que me he tomado. Después de un rato dejo la lectura y me pongo a rezar, y los efluvios de la Piedra Divina me recorren como cálidos dedos acariciadores. Me quedo adormilada.

Llama a la puerta.

Me sobresalto, repentinamente confundida. Casi se ha consumido la mitad de la vela, y en mi mesilla de noche hay un pegote de cera. A la segunda llamada le indico que entre. Mientras el picaporte gira, me preocupa la posibilidad de tener un hilo de baba en la mejilla, de que la camisa de noche se haya abierto demasiado, pero me olvido de todo en cuanto veo su cara.

—Espero que no sea demasiado tarde —susurra—. El general Luz-Manuel me tuvo ocupado casi todo el día.

—No, claro que no. Sólo estaba... —La *Sagrada Escritura* está tirada a un lado de la cama y una de sus esquinas está en el aire—. Supongo que me quedé dormida mientras leía —digo con una risita.

Alejandro se acomoda en la cama mirando hacia mí. Como es alto, puede subir sin necesidad del taburete.

—¿Siempre has sido tan devota?

—Llevo toda mi vida estudiando los textos sagrados —contesto, encogiéndome de hombros. Claro, todos menos la *Inspiración* de Homero, pienso—. Parecía necesario al ser la portadora de la Piedra Divina. A pesar de todo, no ha sido suficiente. Dios sigue siendo inescrutable para mí y no me siento más próxima a mi cita con el heroísmo que el día que me puso esta cosa en el ombligo, hace dieciséis

años.

Me coge la mano y suavemente me acaricia los nudillos con el pulgar. El hormigueo se extiende a todo mi brazo. ¡Resulta siempre tan difícil respirar cuando él está cerca!

—Elisa —su voz es más profunda que otras veces—, gracias por tu ayuda con Rosario. Me permitió ocuparme de algunas cosas muy importantes. —Suspira, y veo sus párpados pesados de cansancio—. Mi hijo te adora.

Pensar en el pequeño malcriado me ayuda a recuperar la voz.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—Sólo hablaba de ti esta noche.

—¿Ah, sí?

—Así es.

—Bueno, a mí también me cae muy bien. —Es extraño, pero cierto.

—Serás una gran reina.

Lo miro con la boca abierta, como un pez fuera del agua.

Se limita a asentir, ajeno a mi sorpresa.

—Pronto anunciaré nuestro compromiso.

Se inclina hacia mí y me da un beso largo en la mejilla. Sus labios son cálidos, levemente húmedos. Desearía que se desplazaran más abajo, al encuentro de los míos.

Musito alguna fórmula ininteligible de cortesía mientras él se despide y observo cómo se alejan sus largas piernas. La puerta de sus aposentos se cierra y el picaporte hace *clic* antes de que me dé cuenta realmente de lo que ha dicho: «compromiso».

No tiene intención de decir al pueblo de Joya del Desierto que ya estamos casados.

Hoy me he mostrado firme en tres ocasiones: defendiendo mi punto de vista ante el Quórum, con Rosario y con Cosmé. Sin embargo, con Alejandro siempre me derribo y me vuelvo débil e impotente. Es un buen hombre, de eso estoy segura. Y tan guapo que encandila. Pero no me gusta la persona que soy cuando lo tengo cerca.

Estoy harta de que me traten como a una niña. Harta de secretos. Furiosa conmigo misma por dejar que suceda. El enfado empieza a invadirme y me hace sentir atrevida. Tan atrevida como para llamar a mi aya.

—¡Ximena!

Llega corriendo a través del patio con el moño medio deshecho.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Ximena, ¿qué peligro corro? ¿Por qué estoy más segura aquí que en Orovalle?

Se apoya en la arcada con los hombros hundidos. En su cara veo la lucha interior, el ceño fruncido, los labios apretados. Sus creencias reformistas hacen que le resulte difícil hablar conmigo de la Piedra Divina, pero quiere hacerlo, sé que quiere.

—¿No crees que estaría más segura si supiera a qué me expongo? —le digo, bajando el tono.



La resignación gana la batalla. Respira hondo.

—Hubo... incidentes, hace poco. Tu catadora murió envenenada.

—¿Mi catadora? ¿Cuándo?

—Unos meses antes de tu boda con el rey.

—¿Tenía una catadora?

No dice nada.

El corazón me late desbocado. Alguien trató de matarme.

—¿Porque soy una princesa? ¿O porque soy la portadora?

—No había nada que ganar con la muerte de la segunda hija del rey, a menos que alguien quisiera dejar abierta la línea sucesoria. Pero no hubo ningún atentado contra la vida de tu hermana.

Tenía una catadora. Alguien arriesgaba su vida por mí todos los días. Murió por mí. Alguien a quien ni siquiera conocí.

—No me extraña que te pusieras tan furiosa cuando Aneaxi y yo nos escapábamos a las cocinas.

—Sí. Seguramente habrás notado que ella te traía siempre la comida y te la servía. Eso se debe a que, durante esas escapadas nocturnas, la propia Aneaxi probaba la comida.

Siento una repentina opresión en el pecho que no me deja respirar. Ximena acude corriendo a mi lado y me abraza.

—Lo siento, cielo mío. Todos queríamos ahorrarte esto, que tuvieras una infancia lo más normal posible. Aquí estás más segura porque son escasos los que siguen la senda de Dios y la mayoría no llegan a saber jamás el nombre de la portadora.

—¿Por qué? ¿Por qué el hecho de ser la portadora de la Piedra Divina hace que alguien quiera matarme?

Me frota los brazos con las manos.

—Oh, por muchas razones. Porque eres un símbolo político, incluso para los que no creen en el poder de Dios. Porque el fanatismo religioso mueve a alguna gente a hacer las cosas más extrañas.

Tendría que saberlo.

—Y, para ser totalmente sincera, porque tu piedra sin mácula, arrancada de tu cuerpo muerto, alcanzaría un precio exorbitante en el mercado negro.

Doy un respingo, tan sorprendida por su sinceridad como por la idea de que la Piedra Divina pueda ser un objeto corriente de comercio.

—Oh, cielo mío, nunca quise asustarte de esta manera, pero espero que ahora entiendas por qué tienes que ser tan precavida. Por favor, dime que lo entiendes.

—Lo entiendo —digo con voz entrecortada.

Pasa un buen rato antes de que me sienta preparada para apagar las velas y cerrar los ojos.

No sé muy bien qué es lo que me despierta. Ximena dejó abierta la puerta del balcón porque yo se lo pedí, y la leve brisa agita las cortinas, pero el suave golpeteo no es algo que pueda quitarme el sueño. Está bastante oscuro porque no hay luna. Veo apenas los contornos de mi mesilla de noche y los postes de la cama bajo el tenue resplandor cobrizo que se filtra desde las calles de una ciudad que nunca duerme del todo.

Huelo a canela, un olor fuerte y dulzón. Lo bastante intenso como para que me pique la nariz. Percibo una presencia humana en la penumbra y creo que es Ximena hasta que un tejido áspero me tapa la boca. Trato de torcer la cabeza hacia un lado, pero la tela es pesada y me sujeta la cara. De esto fue de lo que me advirtió Ximena, lo que todos temían. Tengo que gritar, que alertar a mi aya.

Consigo emitir un sonido nasal. El esfuerzo expande el aire en mis pulmones y los latidos del corazón llenan el espacio vacío. Siento correr las lágrimas, y la necesidad de respirar me marea. Aspiro aire a través de la tela a pesar de la mano que la sostiene. Por un momento me siento victoriosa, sabedora de que el intento de ahogarme fracasará. Tal vez si pudiera aporrear las columnas de la cama con los pies, o retorcerme y darme la vuelta... Pero el olor a canela se adentra en mi garganta, en mi pecho. Me da vueltas la cabeza. Me hundo cada vez más en el colchón. Algo se cierra en torno a mí, algo más oscuro que la penumbra y más caliente que el verano del desierto. El resplandor cobrizo que llega por el balcón se apaga.

Me balanceo suavemente, de lado a lado. Tengo los brazos bien sujetos, envueltos como los de un niño. O tal vez esté dentro de un ataúd. Mis párpados se agitan, pero están pegados y legañosos. No puedo abrirlos. Después de un momento ya ni siquiera lo intento porque tengo la sensación de que el resplandor sería demasiado hiriente. Siempre imaginé que la otra vida sería un lugar resplandeciente, pero sin el calor del desierto. Sin este sabor a carne agria en la boca.

Oigo una conversación tranquila, trivial. Algo sobre parar a descansar, sobre abastecerse de agua, una broma sobre los camellos que no entiendo aunque todos se ríen. Una de las voces es femenina y me resulta familiar. No puedo situarla, pero el reconocimiento impreciso hace que apriete aún más los dientes.

—La princesa se despertará pronto —dice alguien.

—Estamos demasiado lejos para que eso importe —responde la voz familiar.

Trato de removerme o de gritar o de dar una patada a algo, pero mi cuerpo no me obedece. La desesperación me dificulta el respirar. El aire es caliente y denso. «No me podéis llevar —digo entre sollozos dentro de esta carcasa inerte que es mi cuerpo—. ¡No podéis! Alejandro por fin va a casarse conmigo».

Alguien dice algo sobre un oasis y las voces rompen a reír otra vez. La

conversación tiene un tono jovial, triunfal.

## Parte II

No sé cuánto tiempo ha pasado. Tengo una extraña conciencia de todo en la que se mezclan el calor y el resplandor, y no puedo saber si estoy despierta o soñando. Tal vez esté flotando en esa intensidad indefinida que marca la frontera entre ambos estados.

La oscuridad se cierra sobre mí como una cortina y bendigo el contacto de su frescura en mis párpados. De repente cesa el suave balanceo. Oigo murmullos que gradualmente se cristalizan en voces: una mujer, dos hombres.

—Pronto tendremos que darle de comer. No, no sé cuándo comió por última vez. Sí, tienes razón, primero agua.

Me duele el estómago vacío, pero sólo pensar en la comida me produce náuseas y hace que me vengan a la boca unas flemas pegajosas. Una mano me acaricia la mejilla. Es una mano grande y cálida. Suave.

—¿Tenéis hambre, princesa?

Es la voz de un hombre joven, y la oigo muy cerca. Forma las sílabas en lo hondo de la garganta y luego las emite con el tono cantarín propio de la gente del desierto.

Me esfuerzo por abrir los ojos, pero algo los mantiene cerrados.

—Ah, pobrecilla. Veamos...

Un paño fresco, empapado, me limpia los párpados. Me doy cuenta de que tengo una sed desesperante. Abro los ojos, pestañeando.

Lanzo un grito ahogado porque tengo su cara a apenas un palmo de la mía. Lo primero que veo son sus ojos, enormes y de un color pardo reluciente, como pulidas nueces de ojoche. Están enmarcados en una raya al medio y le cae en ondas negras hasta más abajo de los hombros. Una barba incipiente no basta para ocultar su juventud. Es un rostro agradable.

El rostro de mi captor, pienso para que no se me olvide.

—¿Qué queréis?

Tengo la lengua gruesa y pastosa, como una almohada seca, y las palabras salen apagadas.

—Os queremos a vos, princesa —responde.

Se pone de pie y se aparta de mi campo visual, dejando ver un techo de una extraña tela sostenida por postes de madera. Es densa como la lana, pero abigarrada y tosca como un pergamino sin terminar de elaborar.

Vuelve con una taza de madera. Me pasa el brazo por debajo de los hombros y me levanta sin dificultad con una sola mano. Con la otra me acerca la taza a los labios.

—Bebed. Si aguantáis esto, probaremos con algo de comer. —El agua está caliente y es amarga, pero la bebo ansiosamente. Se vacía demasiado rápido, y el joven me vuelve a colocar como estaba—. Ahora vamos a esperar un poco.

Se pone en cuclillas y me observa con interés.

—¿Quién eres? —pregunto.

La voz me sale con más facilidad esta vez, aunque un poco temblorosa por el miedo. Espero que Ximena esté bien. Espero que Alejandro me esté buscando.

Mi captor sonrío con timidez y deja al descubierto unos dientes que lucen increíblemente blancos en contraste con la tostada piel del desierto.

—Soy Humberto —responde—. De profesión, escolta de viaje.

Intento ponerme de lado para verlo mejor, pero siento el cuerpo rígido y las caderas no me obedecen.

—Humberto, ¿por qué no puedo moverme?

—Ah, es por la hoja de un arbusto llamado duerma. Habéis aspirado una gran cantidad en polvo. Se os pasará en un día o dos.

¿Un día o dos?

—¿Cuánto tiempo llevo... es decir, cuánto tiempo desde que me secuestrasteis?

Me gratifica su mueca de disgusto.

—Ya hace un tiempo, princesa. Bastante.

—El rey me encontrará.

—Lo intentará —dice con solemnidad. Luego cambia de tema—. Tenéis bonitos ojos. Muy bonitos.

Cierro los ojos con fuerza. A pesar de todo, las lágrimas se escapan y corren por mis mejillas.

—Oh, princesa, lo siento. Espero no haber dicho nada... Y os trataremos bien. ¡Lo juro!

Abro los ojos. La preocupación es patente en sus ojos, aunque las lágrimas hacen que lo vea todo borroso.

—¿Qué queréis? ¿Por qué me habéis secuestrado?

Rehúye incómodo.

—Ya hablaremos de eso más adelante. ¿Seguís teniendo hambre?

—Un poco.

—¡Estupendo! —dice, poniéndose de pie de un salto—. Ahora vuelvo.

Me quedo sola mirando al extraño techo, hasta que me doy cuenta de que me encuentro en una tienda. Estoy envuelta en gruesas mantas que me mantienen sujetos los brazos a los lados del cuerpo. Por el olor supongo que están hechas de pelo de cabra. Siento la cara y el cuello fríos, por estar expuestos al aire, y las lágrimas se hielan en contacto con mis mejillas.

Desde fuera me llega el sonido de voces amortiguadas. Por lo menos tres. Mi enemigo debe de ser poderoso, o al menos muy listo, para introducirse a hurtadillas en el ala real del palacio de Alejandro y escapar a continuación con el voluminoso bulto de una persona.

Mi enemigo. Recuerdo las palabras de la *Inspiración* de Homero sobre las puertas del enemigo. Sobre el reino de la hechicería.

Oigo el aletazo de la pesada tela al cerrarse seguido de unos pasos, y Humberto aparece otra vez. Me acerca la taza de caldo de carne a los labios, y yo la olisqueo con desconfianza.

—No está envenenado —dice—. Si hubiéramos querido envenenaros, lo podríamos haber hecho cuando os dimos la hoja de duerma.

—Pruébalo por mí.

Se encoge de hombros y se lleva la taza a la boca. Lo observo atentamente para asegurarme de que toma una buena cantidad.

Cuando vuelve a acercarme la taza, bebo con avidez. Está delicioso y caliente. Tiene un sabor desconocido como a carne de caza condimentada con ajo y cebolletas. Aparta la taza para que pueda tragar y respirar.

—Gracias. ¿Qué es?

—Mi hermana hace la mejor sopa de jerbo de Joya.

—¿Jerbo?

—Pequeños roedores del desierto. Aproximadamente de este tamaño —añade, mostrándome el puño cerrado.

Me encojo dentro mis mantas.

—¿Estoy tomando sopa de rata?

—Bueno, los jerbos son criaturas muy diferentes —dice, riéndose—. Por lo pronto, son más limpios. Además son mucho más bonitos, con una piel leonada y una cola rematada en un copete de pelo.

Eso no me deja más tranquila.

—¿Estáis lista para seguir comiendo?

Aunque dijo que me tratarían bien, no estoy segura de nada, y no puedo saber cuándo volveré a comer, de modo que me obligo a tragar el resto.

Cuando termino, Humberto se pone de pie.

—Tratad de dormir, princesa. Partimos por la mañana.

¿Partir? ¿Adónde? Pero, antes de que pueda formular la pregunta, ya se ha ido, y la antorcha con él. Me quedo sola en medio de la helada oscuridad.

Jamás me he sentido tan asustada e impotente. Volver a cerrar los ojos es un alivio. Pese a todo, me sumo en un sueño natural.

Me despierto por la necesidad imperiosa de atender a mis necesidades fisiológicas. Una luz dorada y un agradable calor se cuelan en mi tienda, pero la presión en el bajo vientre es feroz. Flexiono los dedos de los pies y doblo las rodillas para ponerlos a prueba. Los siento pesados y débiles, pero responden. En silencio, libero los brazos de su rígida sujeción.

Un viento ligero agita las paredes de mi tienda, pero no se oyen voces. Afuera no hay ningún movimiento. No hay nada que me sujete. Tal vez no esperaban que el efecto de la hoja de duerma se dissipase tan pronto. Tal vez, sólo tal vez, podría

escapar.

Retorciéndome consigo desembarazarme de las mantas de pelo de cabra, me pongo de pie y me quedo inmóvil un momento, escuchando. Nada. Cruzo en puntillas la tienda hasta la solapa que le sirve de entrada y apoyo la mano en la abertura delineada por la luz. Vacilo al darme cuenta de que sólo llevo puesta la camisa de noche y los patucos de dormir, pero no puedo darme el lujo de ser pudorosa. El corazón me late con fuerza cuando abro la tienda.

La luz me enceguece. Tuerzo la cara y espero a que la vista se adapte. Lo hace lentamente, mientras una brisa cálida me alborota el pelo que se ha soltado del broche de Ximena. Doy un paso fuera, y la fina arena me calienta los pies incluso a pesar de mis patucos.

Otro paso, y comprendo que no hay huida posible. Me envuelvo con los brazos, presa de la desesperanza y sintiéndome diminuta. Las inmensas dunas del desierto de Joya me rodean por todas partes, teñidas de rojo en la zona en sombras, brillantes como oro fundido por el lado donde sale el sol, hasta los confines mismos del mundo. La brisa forma pequeños remolinos en las cumbres, y veo lo cambiante que es este lugar, lo impredecible y peligroso que es. Tengo el sol a mi espalda y ya lo siento inclemente. Estoy de pie en una elevación, de modo que mi sombra se alarga en la distancia, siguiendo el contorno de los desniveles de la arena.

—¿Vais a alguna parte, alteza?

La voz burlona me sobresalta. Es la que me resultaba familiar pero que no fui capaz de identificar mientras luchaba con mi letargo. Cierro los ojos y respiro hondo, controlando la respiración antes de volverme a mirarla.

—Hola, Cosmé.

Está de pie, con los brazos cruzados. El pelo corto y rizado se alborota con la brisa del desierto. Sigue teniendo los mismos ojos negros y las mismas facciones delicadas, pero parece diferente sin el delantal y la cofia de doncella. O tal vez sea porque su impasibilidad se ha transformado en manifiesta hostilidad.

—Me alegro de verte —miento—. Espero que estés bien.

—Ya veo que el efecto de la hoja de duerma se está disipando rápidamente.

—¿Qué le habéis hecho a Ximena? ¿La habéis matado para secuestrarme?

Se remueve en la arena. Tal vez una pequeña grieta en su aparente insensibilidad.

—Vuestra aya está bien. Le puse una pizca de hoja de duerma en el té para que durmiera profundamente. Eso es todo.

Siento un alivio inmenso, pero no estoy dispuesta a llorar delante de Cosmé. La única arma que tengo ahora mismo es actuar de forma imprevisible, de modo que le lanzo una andanada de educado respeto.

—Gracias. Y gracias por la sopa de anoche.

Frunce el entrecejo, disgustada.

—No me lo agradecáis a mí. Mi hermano os ha cogido simpatía e insiste en que os tratemos bien. Dadle las gracias a él.



—¿Humberto es tu hermano?

No puedo imaginar que dos personas tan diferentes puedan ser de la misma sangre, aunque mirándola ahora veo que tienen el mismo pelo negro rizado, la misma frente y la misma nariz.

No se molesta en responder.

—Os he traído ropa de viaje. Debemos ponernos en marcha ya. Humberto os enseñará a recoger vuestra tienda. De ahora en adelante debéis haceros responsable de ella. —Me echa una mirada hostil y añade—: Además, si os llego a sorprender robando comida o agua de las provisiones, os mataré. ¿Entendido?

Asiento con frialdad, aunque me hierve la sangre.

—No tienes de qué preocuparte. No soy de las que merodean en la oscuridad para apropiarse de cosas que no le pertenecen.

Su cara se contrae.

—Vestíos.

Se da media vuelta y se aleja antes de que pueda preguntar adónde vamos.

Fui una tonta al exasperar a alguien que acababa de amenazarme de muerte. Tendré que ser mucho más prudente si quiero sobrevivir a lo que pueda suceder.

La necesidad de aliviar mis intestinos se hace más acuciante. Respiro hondo para aquietar los latidos de mi corazón y avanzo por la arena en busca de Humberto.

Levantamos el campamento rápidamente. Además de mí, de Cosmé y de Humberto, hay otros tres muchachos de mi edad poco más o menos que me miran con aire de culpabilidad cada vez que pasan. Mi doncella —mi exdoncella— me entrega una pila de ropa y deja que sea Humberto quien me explique cómo se usa cada cosa. Es de color claro y de tejido grueso. Para protegerme del sol debo llevar un chal en la cabeza. Las cintas me hacen cosquillas en la mejilla izquierda, y resisto la tentación de rascarme. Humberto me explica que puedo atar el chal tapándome la cara en caso de que el viento arrecie, para no tragar arena. Lo más importante es un par de botas rígidas.

—La arena y el esquistoso acabarían en unos días con las botas corrientes —explica.

Tienen una suela dura y llegan hasta la rodilla. Además están los zahones, hechos de pelo de camello, a los que hay que dar varias vueltas. Humberto me muestra cómo meter los bordes por debajo de las rodillas y ajustarlos con lazos.

—Es la época de las tormentas de arena —dice—, y la arena es más violenta cerca del suelo. Sé que dan calor, pero os protegerán las piernas.

Las tormentas de arena. Recuerdo lo que me contó Héctor sobre ellas mientras mirábamos desde un lugar seguro las dunas lejanas. Me dijo que podían desollar vivo a un hombre.

¿Tan desesperada está esta gente como para arriesgarse a adentrarse en el desierto

en la estación de las tormentas de arena?

Dejamos a las bestias de carga atrás, con uno de los jóvenes, y empezamos a caminar mientras dos camellos llevan nuestras tiendas, la comida y el agua. Me quedo mirando al hombre que cabalga en la dirección opuesta. Hay una forma de salir de este desierto para quienes lo conocen.

—No le pasará nada —dice Humberto—. Es un escolta de viaje, como yo.

—¿Por qué no podemos ir a caballo?

Los caballos siempre me asustaron, pero sería mejor cabalgar que abrirse camino trabajosamente a pie por la arena.

—Oh, princesa —dice, riéndose hasta casi ahogarse—. Los caballos necesitan demasiada agua para sobrevivir en medio del desierto. Los trajimos hasta aquí para alejarnos con rapidez. Pero, de aquí en adelante, sólo camellos. Tardaremos muchos días en encontrar el siguiente pozo de agua.

El estómago me da un vuelco. Aunque esta mañana ya había perdido las esperanzas de escapar, todavía seguía pensando en la posibilidad de que Alejandro me rescatara. Seguramente estará poniendo el palacio patas arriba en busca de su esposa desaparecida. Tal vez incluso haya mandado exploradores al desierto circundante. Pero, cuanto más nos alejamos, tanto más difícil le resultará encontrarme.

—¿Adónde me lleváis?

—Lejos, princesa —responde, y alza una mano para desalentarme de hacer más preguntas—. No os molestéis en preguntar más. No os lo voy a decir. Al menos, todavía no.

—Yo no... Quiero decir que nunca he sido una persona atlética. Caminaré todo lo que pueda, pero...

—Oh, eso ya lo tenía pensado. —Me mira con esa sonrisa suya que parece que es siempre el prelude de una carcajada—. Os hemos traído hasta aquí en unas angarillas. ¿Pensasteis que habríamos podido cargar con vos todo el camino?

No, claro que no. El hombre más fuerte del mundo sólo podría cargar conmigo durante un tiempo.

—Podéis ir en las angarillas si lo necesitáis —prosigue—, pero será mejor que tratéis de caminar un rato. Eso es una carga para los camellos, que así consumirán más pienso y agua, ¿sabéis?, y mi hermana... —No termina la frase.

¿Qué estaba a punto de decir? ¿Tal vez «mi hermana busca una excusa para mataros»?

—Haré todo lo que pueda.

—Sé que lo haréis —dice, asintiendo con la cabeza.

Caminar por la arena del desierto es lo más extenuante que haya hecho en mi vida. Apenas pasan unos momentos y me arden los tobillos y las pantorrillas con el

esfuerzo, empiezo a respirar ahogadamente y el sudor empapa la primera capa de ropa. Sin embargo, sigo adelante, casi con un grito de alivio cada vez que nuestro pequeño grupo corona una duna. Como es natural, siempre me quedo atrás.

Me sirve de cierto consuelo el hecho de que me hayan equipado debidamente. Mis captores quieren que llegue a alguna parte sana y salva, pero quedarse rezagada en este desierto sin duda significaría la muerte. Cosmé mira por encima del hombro de vez en cuando, como si esperase verme desfallecida, tirada en la arena, y cada vez que lo hace siento que me arde la sangre y pongo un pie delante de otro con decidida rebeldía.

Mientras avanzo trabajosamente por la arena, tengo tiempo de sobra para pensar por qué me han secuestrado. Al llevarme a mí, han robado la Piedra Divina, y temo el momento en que se den cuenta de lo inútil que soy. ¿Qué harán entonces?

Mi única esperanza es que Alejandro salga en mi busca. Que, a pesar de las escasas posibilidades de que me encuentre en esta enorme extensión, yo le interese hasta el punto de no abandonar la búsqueda.

Por fin hacemos un alto para beber y descansar. Cosmé hace circular un pellejo de cabra. Observo lo que bebe cada uno y pongo cuidado en beber sólo lo que me corresponde. El pellejo hace la ronda dos veces, y Cosmé se dispone a volver a colocarlo en el bulto que lleva el camello.

—Cosmé... —Humberto me señala con el mentón—. Un poco más para la princesa. —Ella lo mira con odio, pero su hermano responde con una sonrisa—. No está acostumbrada a esto y suda muchísimo. Por favor.

Aunque a regañadientes, le arroja el pellejo. Él lo coge fácilmente y me lo pasa.

—Bebed un buen trago, princesita.

Vacilo, sin saber muy bien qué hacer. Uno de los otros chicos, el callado y taciturno, me mira con furia. El segundo, tan delgado como un árbol incluso con su atuendo del desierto, me hace un guiño por encima de su nariz ganchuda.

—Gracias —digo, alzando el pellejo a modo de saludo a ambos, y tomo un solo trago largo. No es suficiente, pero se lo devuelvo a Humberto.

Volvemos a ponernos en marcha. Tengo las piernas tan temblorosas como un flan. Esta vez me quedo atrás todavía más pronto, pero sigo moviéndome, con los dientes apretados por la resolución. El calor es inaguantable. Los pulmones me arden y el aire reverbera ante mis ojos. Después de un tiempo ya ni siquiera trato de mantener contacto visual con mis compañeros. Me resulta más fácil llevar la vista baja, siguiendo las huellas que dejan sus pies en la arena.

Ya no ando, sino que me arrastro, luego me tambaleo y voy a dar directamente contra el trasero de un camello.

Lanzo una exclamación y alzo la vista, parpadeando. Los demás se han parado a esperarme. Me están mirando, pero no soy capaz de distinguir sus expresiones porque me arden los ojos.

—Humberto —dice la voz de Cosmé, que suena extrañamente suave—, prepara

las angarillas.

Me dan ganas de abrazarla.

Humberto va de un lado para otro mientras yo me tambaleo sobre mis pies. Por fin me coge de la mano y me guía hasta sus improvisadas angarillas. Me echo en ellas, me tapo la cara con el chal y reemprendemos la marcha. El camello tiene un andar extraño y espasmódico, pero después de un rato me adapto a ese ritmo peculiar. Estoy agotada y se me cierran los ojos. Sin embargo, los fragmentos de charla relajada y las risas fáciles no me dejan dormir. Es evidente que mis captores no creen que haya el menor peligro de que nos persigan.

Esa noche, Humberto me enseña a levantar mi tienda. Los puntales no son pesados, pero su manejo requiere fuerza y equilibrio. Me asegura que acabaré cogiéndole el truco, pero me cuesta trabajo creerlo.

Una vez levantadas las tiendas y acostados los camellos, Cosmé enciende una fogata y cocina una marmita de sopa de jerboa. Me alejo del calor de las llamas para contemplar la puesta de sol sobre el desierto. Es un lugar hermoso, vasto y brillante, rojo como la sangre cuando lo baña la luz difusa del poniente. Las dunas me fascinan. Por más que se ondulen del lado de barlovento, por sotavento presentan una superficie suave como la crema y engañosamente blanda, como una alfombra mullida. Es un lugar asombroso, y atemorizador, y de pronto me doy cuenta de que tengo los dedos apoyados en la Piedra Divina, absolutamente maravillada.

—¿Te habla? —pregunta Humberto, que se ha puesto a mi lado sin que yo me diera cuenta de que se acercaba.

Sus pies no paran quietos. Sus ojos castaños se ven negros en el crepúsculo, como los de su hermana.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué crees que puede hacer por ti la Piedra Divina?

—Puede salvarnos —responde, bajando la vista y con gesto grave.

Abro la boca para replicar, pero me callo justo a tiempo. Mi supervivencia depende de la creencia de todos ellos de que puedo hacer realmente lo que esperan.

Sus siguientes palabras suenan como un sonsonete:

—«Y Dios eligió para sí un campeón. Sí, cada cuatro generaciones lo elige para que lleve Su marca».

—¡Eso es de la *Inspiración* de Homero! —exclamo, agarrándolo por el brazo—. ¡La conoces!

—Desde luego —responde con gesto de sorpresa.

Cosmé nos llama para cenar en ese momento tan inoportuno.

—¡La sopa! —dice Humberto, que sale disparado.

Yo lo sigo con paso lento, preparándome para dar una impresión de confianza, como si estuviera en mi mano salvar a los demás.

Me acomodo junto al fuego al lado de Cosmé, sorprendida por la repentina bajada de la temperatura y dando gracias por el fuego. Conmigo, somos cinco. El número divino de la perfección. Por mis estudios con el maestro Geraldo, sé que los nómadas del desierto viajan siempre en grupos de cinco o múltiplos de cinco, para conseguir suerte y bendiciones.

Cosmé nos pasa un cuenco a cada uno. Después de observar a los demás, entiendo que no puedo esperar un utensilio para comer, que tengo que acercar el cuenco a los labios y pescar los trozos de carne con los dedos polvorientos. Sorbo

hasta la última gota de caldo, y en respuesta mi estómago gruñe. La sopa me ha quitado el hambre, pero no estoy satisfecha ni mucho menos. Pongo la taza en el suelo, decepcionada. Cosmé me mira a través del círculo de fuego. El sol hace tiempo que se ocultó, y las ondulantes llamas ponen sombras espantosas en su cara.

—Alteza —dice con suavidad y en voz baja—, os ha correspondido una ración igual a la de los demás.

Le sostengo la mirada con firmeza.

—No estoy pidiendo más.

Se pone de pie y se sacude la arena de las piernas; luego arroja un cubo de arena sobre el fuego para apagarlo. Ahora, nuestro campamento está alumbrado sólo por la luz de dos pequeñas antorchas y por el débil fulgor de las estrellas. El desierto parece enorme y nos envuelve con la oscuridad más profunda.

Nos dirigimos a nuestras tiendas. Me abrigo tanto como puedo para protegerme del frío, y el simple aroma almizclado de mis mantas ya me produce bienestar. Mis últimos pensamientos son para la *Inspiración* de Homero y las puertas del enemigo.

A la mañana siguiente, muy temprano, tras un frugal desayuno de cecina y dátiles secos, desmonto y empaqueto mi tienda yo sola. Me lleva más tiempo que a los demás, y me tiemblan los brazos por el esfuerzo, pero lo consigo. Luego me doy cuenta de que tendré que volver a caminar. Las piernas me duelen tanto, sobre todo las pantorrillas, que se me inundan los ojos de lágrimas cuando nos ponemos en marcha. La voluminosa figura de Humberto oscila en la lejanía. Él es el guía en este caluroso viaje, de modo que no tendremos ocasión de hablar de la profecía de Homero ni de hacerle más preguntas hasta que paremos para descansar.

Arrastro los pies por la arena con atroz lentitud, y no pasa mucho tiempo antes de que mis captores parezcan oscuras motas en el horizonte amarillo anaranjado. Me pregunto si habrán renunciado a mí y me abandonan a las penalidades del desierto. No me gustaría morir aquí y convertirme en un pellejo reseco. Mi estómago es un agujero abierto por debajo de la caja torácica, torturado por el hambre. Y lo peor es que me late el cerebro detrás de los ojos y siento el mareo de las náuseas. Necesito comer algo dulce para que se me pase el dolor de cabeza, pero sé que no conseguiré nada de eso.

Se levanta una oleada de viento que me arroja arena a la cara. Sin detenerme, me echo el chal sobre la cabeza y lo ato, tal como me enseñó a hacerlo Humberto. Aprieto el paso.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido, pero de pronto siento una presión en el brazo. Levanto la vista, parpadeando por el dolor de cabeza, y contemplo la cara de Humberto.

La Piedra Divina hace fluir una sensación gélida que se difunde por la columna vertebral y el pecho.

—Debéis daros prisa —dice—. Viene una tormenta de arena.

¡Oh, Dios!

—Los demás están montando las tiendas más adelante. ¿Podéis correr?

Afirmo con la cabeza, pero no sé cómo responderán mis piernas.

Pasa mi brazo por encima de su hombro para sostenerme, y juntos apuramos el paso por la arena. Humberto es muy fuerte, me lleva a un paso mucho más rápido de lo que yo hubiera conseguido por mí misma y me endereza cada vez que tropiezo. Los remolinos de arena nos azotan las piernas. El pánico de Humberto es patente. Tira de mí sin tregua, mientras me acicatea:

—¡Más rápido, princesa! ¡Tenemos que avanzar más rápido!

De modo que muevo las piernas todo lo rápido que puedo, respirando con dificultad a través del chal, mientras siento los latidos del corazón en la garganta como si fuera el redoble de un tambor.

Por fin coronamos una elevación. Justo delante de nosotros, los camellos están tumbados uno al lado del otro, semejantes a grandes montículos de arena. Cosmé se afana en levantar una especie de tienda sobre ellos, que no dejan de gruñir ni de agitar la cabeza.

Cerca de los animales hay otra tienda, y el hombre de la nariz torcida nos hace señas frenéticamente desde la entrada.

Pero mis piernas se clavan en la arena, duras y rígidas como columnas de piedra, porque veo a lo lejos un muro de oscuridad que se nos echa encima. Avanza violentamente, escupiendo arena a una altura tal que ensombrece el cielo por entero con nubes de polvo marrón.

—¡Princesa! —se desgañita Humberto al tiempo que tira de mí.

Pero mis piernas siguen paralizadas, y él se ve obligado a arrastrarme la mayor parte del trayecto hasta la tienda.

El rugido de la tormenta es ensordecedor. No sé cómo vamos a sobrevivir a esta situación. Nuestras tiendas parecen tan poca cosa, tan frágiles, que me digo que voy a morir aquí, con la carne arrancada de mis huesos y la Piedra Divina enterrada bajo una montaña de arena.

Nos desplomamos bruscamente dentro de la tienda. Cosmé se precipita detrás de nosotros. Cierra la portezuela de tela y la ata. Cuando recupero el aliento, miro a mis cuatro secuestradores, consternados a juzgar por sus ojos abiertos de par en par. Los camellos gruñen a lo lejos.

—¿Y los camellos? —digo con voz ahogada.

Son criaturas extrañas, pero menos intimidatorias que los caballos, con sus largas y suaves pestañas y sus inextinguibles sonrisas. Me resulta insoportable el pensamiento de que la tormenta les haga jirones el pellejo.

—Están mejor preparados para el desierto que nosotros —responde Cosmé—. Saben protegerse durante una tormenta. Estarán bien... A menos que queden enterrados demasiado tiempo.

¿Enterrados? Humberto me está atando una cuerda alrededor de la cintura.

—¿Enterrados? —pregunto en un susurro.

Humberto se inclina hacia mí.

—Princesa, si la tienda se despedaza, buscad un trozo para envolveros en él.

Con la misma cuerda ata su propia cintura, luego se la pasa a Cosmé para que haga lo propio.

—Dejad un espacio para el aire, de este modo.

Me hace la demostración con una manta que envuelve parcialmente alrededor de la cabeza y del antebrazo.

No ve mi gesto de asentimiento porque el espacio interior de nuestra tienda se queda más negro que la noche cuando el rugido de la tormenta de arena nos alcanza. Ya no oigo a los camellos, ni el flameo de la cubierta exterior de la tienda, ni siquiera la respiración de mis compañeros. De no ser por la cuerda que me une a los demás, podría imaginar que estoy completamente sola. El tumultuoso bramido de la arena es tan descomunal y repentino, tan puro, que es casi como la calma. Permanezco sentada largo rato, sintiendo que mi corazón late más despacio mientras la respiración se acelera.

Un silencio estrepitoso nos envuelve. Silencio auténtico, como si el mundo se hubiera muerto.

—¿Se acabó? —pregunto, sobresaltada con el sonido de mi extraña voz.

—Chist —salta Cosmé—. No gastéis aire con vuestra cháchara.

¿Gastar aire? Ahora me doy cuenta: estamos enterrados en la arena.

Un momento después se reanuda el estruendo de la tormenta, seguido de un nuevo silencio inquietante. El aterrador atardecer se hunde en sombras mientras la arena nos entierra y desentierra varias veces. Y lo más terrible es la seguridad de que la tormenta borraré todas las huellas de nuestra ruta, que ahora Alejandro nunca me encontrará.

Durante largo tiempo, nos quedamos en silencio. Desde el centro de la oscuridad dice Cosmé:

—Prueba ahora, Belén.

Oigo cómo cruje la goma de la tela; luego, la arena y la luz se cuelan por un agujero cerca de la cumbre. Parpadeo cuando el hombre de la nariz torcida empuja hacia arriba una larga pértiga. A través del agujero veo el hermoso cielo azul. Toco la Piedra Divina con la punta de los dedos y envío una oración de gracias.

Cosmé y Belén nos arrastran fuera de la tienda. La cubierta exterior está rota en algunas partes, pero Humberto dice que aguantará con un buen arreglo. Los camellos sólo están semienterrados. Los cinco nos ponemos de rodillas y retiramos la arena hasta que logramos librarlos del pesado material. Gruñendo y resoplando, se ponen de pie y sacuden la cabeza. El más corpulento, una criatura de color castaño casi negro, sigue rumiando, mientras que el leonado pateo la arena. Esta conducta habitual de los camellos ya me resulta familiar, y me maravillo por la sonrisa con que aceptan



cada día.

El sol ya está bajo en el horizonte y tiñe de cobre las dunas recién formadas, mientras desenterramos las tiendas y las reinstalamos adecuadamente.

Esta noche dejamos arder el fuego más de lo habitual, y eso gracias a un reciente suministro de boñiga de camello. Después de una nueva y mísera ración de sopa de jerbo, pregunto:

—¿Siempre son así las tormentas de arena?

Humberto tiene la boca llena, así que me responde Belén.

—Cada año hay una o dos tan malas como ésta. Pero, por lo general, son más suaves y rápidas.

Sorbo mi sopa, saboreándola, temiendo el momento en que el cuenco se quede vacío. Los ojos de mis compañeros están fijos en mí, evaluándome. Los de Cosmé me desaprueban según veo cuando el fuego ilumina su mueca de desprecio. Pero la novedad está en los demás. Sus ojos están llenos de preguntas, quizás incluso de un respeto reacio. Hasta el chico pacífico me estudia detenidamente. Sé lo que haría Alodia.

—Todos sabéis exactamente lo que hay que hacer para sobrevivir —digo.

—Somos escoltas de viaje —responde Humberto, encogiéndose de hombros—. Es nuestro trabajo.

Cosmé es una doncella, no una escolta de viaje, pero éste no es el momento para discutirlo. Asiento para mis adentros, como si ahondara en la reflexión.

—El desierto produce gente fuerte.

Espero que mis palabras no se tomen como una adulación.

—Hemos sobrevivido a tormentas de arena peores —responde Belén, levantando la barbilla con orgullo.

—No lo pongo en duda.

Rebaño el resto de mi sopa y me chupo los dedos. Mientras dejo el cuenco en el suelo digo:

—Pero se nos viene algo más encima. O ya lo tenemos aquí. Algo a lo que no es seguro que podáis sobrevivir.

Nadie me mira a los ojos. Cosmé cruza las piernas y se observa los nudillos.

—¿De qué se trata? ¿Por qué cargar con una jovencita gorda e inútil por todo el desierto? —me atrevo a preguntar—. ¿Por qué soy tan importante como para que enviarais a Humberto a buscarme pese a la amenaza de una mortal tormenta de arena?

—No enviamos a Humberto a buscarte —espetea Cosmé—. Lo enviamos para que trajera la Piedra Divina.

Lo suponía.

—¿Por qué, entonces, no me la arrancáis del ombligo?

Me doy cuenta de que he cometido un error nada más pronunciar esas palabras.

La mueca de Cosmé es depredadora.

—Aún lo sigo pensando.

—¡Cosmé!

Es la primera vez que oigo hablar al chico pacífico.

—Todavía no nos podemos arriesgar. La profecía no está clara. La podemos matar más tarde si comprobamos que es ineficaz.

Humberto entorna los ojos y clava la mirada en el chico.

—Nadie la va a matar, Jacián. Nunca.

Jacián se limita a encogerse de hombros y luego se vuelve a quedar en silencio.

Esa noche, Humberto se arrastra hasta mi tienda y silenciosamente instala su petate al lado del mío. Me siento aliviada al verlo, porque sé por qué está aquí. Teme lo que podrían hacerme los demás.

Los días resultan interminables y sofocantes, pero yo empleo el tiempo para pensar. Decido que es mejor mostrarme colaboradora y que no me perciban como una amenaza, porque, de momento, mi supervivencia depende de que siga con mis captores, sin darles motivos para que me maten.

Dejamos atrás las dunas y nos internamos en una meseta inferior. Los pies ya no se me hunden en la arena, de modo que puedo mantener el paso sin demasiado esfuerzo.

Humberto va delante, sin equivocarse nunca en la dirección que debemos seguir, y me intriga saber cómo acierta. Nuestras reservas de agua se agotan y tenemos que reducir las raciones. Mi piel añora el agua fresca de mi piscina. No, no es cierto. El agua de la piscina está siempre tibia. Pero yo la imagino fría, del mismo modo que imagino vivamente los fuertes dedos de Ximena masajeándome los hombros.

Los labios se me agrietan y me escuecen: Las jorobas de los camellos encogen y acaban ladeándose. Humberto me informa que es un proceso natural y que se recuperan al beber agua y pastar, pero no puedo evitar que me den pena. Sin embargo, poco después mi mente está totalmente ocupada por desesperados pensamientos que tienen que ver con el agua.

Tras varios días viajando por la meseta, Humberto nos guía hasta un profundo barranco. Los camellos resoplan y gruñen, doblan las rodillas y balancean la cabeza mientras avanzamos entre paredes rocosas. Al girar una esquina, el barranco desemboca en un oasis colmado de palmeras, acacias de hojas amarillas y verdes pastos; también hay una laguna de chispeantes aguas azules. Es lo más hermoso que he visto jamás.

Aceleramos el paso, cinco humanos y dos camellos, hasta acabar con el agua a la cadera.

—¡No bebáis demasiado de golpe! —grita Humberto—. Os hará daño.

Bebo un par de tragos largos y, sumergiéndome hasta que el agua me cubre la cabeza, me deleito con su frescura, con su «humedad». Cuando emerjo, los demás se

echan agua unos a otros, riendo y gritando como niños. Humberto empuja una diminuta ola hacia mí con su enorme mano, y sin pensarlo me uno a su juego, riendo y chapoteando. Tengo la impresión de que los conozco de toda la vida, de que estoy a salvo.

Mucho más tarde, nuestras prendas exteriores se balanceen en las ramas de una enorme acacia que se asoma al diminuto lago. Hemos levantado las tiendas, los camellos mordisquean tranquilamente la hierba con aspecto de trigo que ondea en la orilla contraria. Me siento con las piernas desnudas colgando sobre el agua y admiro los nuevos callos que lucen mis pies. Me siento extrañamente orgullosa de ellos.

Humberto se deja caer a mi lado y extiende entre ambos su pañuelo de cabeza. Aparece un puñado de dátiles frescos, recogidos en un cercano grupo de palmeras achaparradas. Doy un grito de placer y me meto uno en la boca. Es más dulce que la miel, más dulce que la tarta de coco de los vendedores ambulantes. O tal vez me lo parece después de una dieta espartana de cecina y sopa de jerbo. Escupo el hueso y cojo otro.

—¡Muchísimas gracias! —exclamo con la boca llena.

Me observa mientras mastico, y su mirada es de curiosidad, tal vez de respeto. No me siento desconcertada como me ocurre con la mirada inquisitiva de Alejandro.

Acampamos allí durante dos maravillosos días antes de reanudar la marcha, recuperados, provistos de agua, y frescos. Ahora no resulta tan difícil andar, aunque tampoco es fácil, y en los días siguientes puedo hablar con los demás mientras viajamos. Jacián sigue taciturno, pero Humberto y Belén se sienten complacidos de obsequiarme con historias de viajeros insensatos y carreras de camellos. Me entero de que todos mis compañeros han cruzado el desierto muchas veces, pese a que son jóvenes para haber viajado tanto. Jacián es el mayor de todos con sus diecinueve años, y Humberto el más joven con dieciséis, como yo.

Incluso Cosmé se une a veces a nuestras conversaciones, si bien se mantiene cauta. Son muchas las cosas que quiero saber sobre la Piedra Divina, sobre la profecía de la que habla ella, sobre su servicio a la condesa Ariña. Pero no me atrevo a preguntarlas. No se me olvida su deseo de arrancarme la piedra del ombligo, así que pongo gran cuidado en hablar de cosas intrascendentes y poco conflictivas.

Por la forma en que el sol de la tarde brilla a mi espalda, sé que viajamos hacia el este, en dirección a las tierras fronterizas y al usurpador ejército de los inviernitas. Pero la manera más rápida de hacer callar al grupo es preguntar por nuestro destino. En mi tercer intento, Humberto acabó diciéndome:

—Princesa, es un lugar secreto, y no podéis saber nada más.

Dejamos atrás la meseta y entramos en un desierto rocoso de arbustos achaparrados y alguno que otro cactus. Los camellos van pastando a medida que avanzan, masticando la hierba seca y las duras espinas con igual entusiasmo. Me encanta escuchar el graznido de los buitres. Por todas partes hay impasibles lagartos, demasiado valientes o perezosos para apartarse de nuestro camino hasta el último

instante.

La pendiente es cada vez más pronunciada; el camino se va haciendo más irregular, con profundas grietas y súbitos cerros que alcanzan alturas de vértigo. Yo podría deambular por este desierto toda una vida y nunca encontraría el camino de vuelta a casa. Mi única esperanza es que en nuestro destino secreto descubra algún modo de enviar un mensaje a mi esposo.

Finalmente, después de casi un mes de ardiente travesía, rodeamos un cerro monolítico formado por capas de color naranja y amarillo. Del lado de sotavento, una ciudad se extiende por una serie de escalones gigantescos al amparo de la montaña, casi invisible por estar construida con ladrillos anaranjados. La gente corre de un lado para otro, atareada, y saludan como locos cuando nos avistan.

El corazón se me quiere salir del pecho y siento la garganta atenazada. Falta poco para que se den cuenta de que se equivocaron al raptarme, que no los puedo ayudar en absoluto.

Cosmé se adelanta a buen paso para saludar a un anciano que avanza hacia nosotros. Viste la misma ropa holgada del desierto que mis compañeros, de modo que transcurren unos instantes antes de que me dé cuenta de que una manga le cuelga a un costado, vacía. Aparecen otros viandantes. Están andrajosos. Heridos. Muchos rostros muestran cicatrices de quemaduras, onduladas como la arena de una duna del lado que sopla el viento. A otros, como el hombre que se pega a Cosmé, les falta algún miembro. Un chico no mucho mayor que Rosario lleva la cuenca de un ojo rellena con una bolita de lana, sujeta con una tira de tela sucia.

La mayoría son niños.

Me vienen a la memoria los recuerdos de la reunión del Quórum de los Cinco, hace toda una vida. En ese momento se había recibido un despacho del conde Treviño donde pedía ayuda pero aseguraba que aún no había habido bajas. Puede que las noticias tarden en llegar.

—Oh, Humberto —susurro en tono desesperado—. No sabíamos... Yo no sabía que la guerra ya había empezado.

Apoyo los dedos en mi Piedra Divina y envío una rápida plegaria de cálido bienestar.

Humberto extiende el brazo y suavemente me levanta la barbilla con su índice. La desesperanza que asoma a sus ojos me asusta.

—Princesa, la guerra con Invierno nunca terminó.

No logro entenderlo. En realidad, la última guerra fue una escaramuza. Acabó tras apenas dos años de lucha, cuando el padre de Alejandro obligó a Invierno a replegarse hacia las tierras altas de Sierra Sangre.

El hombre mayor libera a Cosmé del abrazo con su único brazo y avanza hacia mí cojeando y mirándome fijamente.

—Cosmé —susurra—, me has traído a la campeona.

—Al menos a la portadora de la Piedra Divina —responde ella con desdén.

El hombre hace como si no la oyera y sigue con sus ojos negros fijos en mi abdomen.

—Me canta —murmura—. Dijeron que lo haría si alguna vez la encontraba, pero yo no lo creía.

—¿Quién? —inquiero—. ¿Quién dijo eso?

El padre Nicandro también la percibió, pero nunca tuve ocasión de interrogarlo al respecto.

—Los sacerdotes, por supuesto. En el seminario. —Su rostro se contrae bajo la corta barba gris.

Humberto da un paso adelante.

—Princesa, éste es mi tío, el padre Alentín, antiguamente de la casa del conde Treviño.

—¿Eres un sacerdote?

Jamás he visto a uno como él, harapiento, sucio y mutilado.

—Lo siento, hija mía —dice el hombre parpadeando—. ¿O debo decir princesa? No he sido demasiado cordial, ¿verdad? Es sólo que nunca esperé... quiero decir... Sí, soy sacerdote. Ordenado en el Monasterio de Brisadulce, y... —Se lleva los dedos temblorosos a los labios y cierra los ojos—. No puedo creer que por fin hayamos encontrado a la portadora.

La Piedra Divina permanece callada en mi interior, ni advierte ni aprueba, pero la esperanzada desesperación del anciano me perturba. Detrás de él empiezan a aparecer unos niños harapientos que me miran con una mezcla de reverencia y desconfianza. Resisto el impulso de esconderme detrás de Humberto.

Humberto pasa un brazo protector por encima de mis hombros y dice:

—Hemos recorrido un camino muy largo, tío. Necesitamos desesperadamente un baño y algo de comer. Tal vez carne fresca. Estaría bien algo de fruta. Cualquier cosa que no sea desecada.

La boca se me hace agua al oírlo, y me apoyo en él agradecida.

Los niños nos rodean y nos conducen hacia los apiñados edificios de adobe. Ni el agotamiento ni la sed me hacen olvidar la cautela, ya que en la muchedumbre hay

muchos —como Cosmé— que me miran con avidez depredadora, como si yo fuera un jugoso cerdo asado condimentado con salsa de pimienta.

Las edificaciones no son más que el frente de un fresco sistema de cavernas horadadas en las entrañas de la gran colina. Hay manantiales que proporcionan agua dulce, incluso un estanque poco profundo para bañarse y lavar la ropa. Cosmé me indica un lugar donde puedo desnudarme y bañarme privadamente, un pequeño hueco provisto incluso con una balda excavada en la roca para colocar la ropa. Me lanza un bulbo lleno de tierra —tiene capas y es crujiente como una cebolla— y me dice que hará espuma al frotarlo contra la piel. El agua está fría y me llega hasta medio muslo, pero es cristalina y los dedos de mis pies, medio enterrados en la arena, parecen más cercanos, como si pudiera alcanzarlos casi sin agacharme.

En cuanto estoy sola, trato de recordar cómo lavaban mi ropa *lady* Aneaxi y, más tarde, Ximena. Teníamos sirvientes para esas tareas, de modo que mis damas pocas veces hacían la colada. Me acuerdo de que se ponía la ropa en remojo y se frotaba con un poco de jabón. Como no sé muy bien de cuánto tiempo dispongo, me quito la ropa apresuradamente y la sumerjo en el agua. Después de agitarla bien aplico el bulbo parecido a una cebolla y consigo un poco de espuma. Tiene un olor áspero, como a hojas cortadas, pero funciona bastante bien, ya que la suciedad y la grasa del sudor y hasta algunos pelos sueltos flotan en el agua que circula. También lavo mi camisa de noche, la que llevaba puesta cuando Cosmé y los demás me secuestraron de mi cama. Está hecha de seda color crema y delicado encaje y tiene botones de cristal en toda la delantera. Pienso que podría ser algo valioso con que negociar y pagar a alguien para que me escoltara de vuelta a Brisadulce.

La escurro con todo cuidado y luego, sosteniéndola por las costuras de los hombros, le doy una leve sacudida para que la tela quede tensa, tal como lo haría Ximena. Me quedo helada mirando aquello que tengo entre las manos. Parece ajeno, de otra vida. Delicado, hermoso y... enorme.

Lanzo una exclamación. Temblorosa, sostengo la prenda al nivel de mis hombros y dejo que el ruedo flote en el agua. Es más que enorme. Es como una tienda, con unas sisas que llegan hasta la mitad de mi caja torácica y pliegues extra para dar cabida a unos pechos de proporciones gigantescas.

La dejo caer en el agua.

He estado envuelta en ropa informe y zahones de pelo de camello durante casi un mes. Respirando entrecortadamente, echo una mirada vacilante a mi ombligo. Me sorprende ver que el azul parpadeante de la Piedra Divina me devuelve la mirada. Alzo un brazo y admiro su forma curva, la forma en que se funde naturalmente con el antebrazo, como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Me paso las manos por los pechos, por los lados, por las nalgas, alrededor de los muslos, y al hacerlo otra vez tengo lágrimas en los ojos.

No se puede decir que sea delgada. Sin duda, no puedo compararme con la belleza de Alodia ni de Cosmé, pero no tengo que apartarme los pechos ni meter el estómago para adentro para verme la Piedra Divina. Me siguen apeteciendo los pasteles de miel, pero no me da vueltas la cabeza cuando pienso en ellos. Soy capaz de caminar todo el día sin ahogarme.

Puedo caminar todo el día.

Me dejo caer de espaldas en el agua y floto, sonriendo a las relucientes estalactitas, a los rayos de luz color aguamarina que penetran por oquedades de la roca. Cuando Cosmé vuelve a buscarme, le digo que necesito más tiempo.

No me canso de estar desnuda.

Esa noche, todos se reúnen bajo un monolítico alero natural. Es como si la mano ahuecada de Dios hubiera excavado la base de la roca, dejando una enorme semicaverna con un dosel que en parte es rocoso y en parte un cielo tachonado de estrellas. En el centro hay un fuego encendido con una marmita, y alrededor se reúne un reducido número de personas. No más de cuarenta, y al menos los dos tercios son más jóvenes que yo.

El padre Alentín preside un festín de cordero estofado con nabos, perejil fresco y mejorana. Palmea el suelo arenoso a modo de invitación y me siento junto a él con las piernas cruzadas. Los demás se colocan a una distancia prudencial y miran por encima de sus cuencos. Yo los observo con cautela.

Mientras como, mantengo cada bocado en la boca el tiempo suficiente para saborear la salsa jugosa, la crujiente textura del nabo apenas cocido. Me cuenta que tienen manadas de ovejas escondidas en un valle cercano donde también cultivan patatas, nabos y zanahorias. Me alienta a comer todo lo que quiera, asegurándome que, si bien la gente muere todos los días en tiempos de guerra, al menos tienen comida en abundancia.

—Padre —farfullo mientras termino de saborear un bocado de carne—, Alejandro, el rey, no sabe que estáis en guerra.

Al pronunciar el nombre de mi esposo, siento que la pena me agarrota la garganta. Espero que esté bien y también que me esté buscando.

Alentín menea la cabeza.

—Por supuesto que no, querida niña. Nadie se lo ha dicho.

—No entiendo —digo después de masticar y tragar.

—No nos atrevemos a decirle que ya estamos combatiendo, que ya hemos perdido un sinnúmero de batallas. Su majestad, que ojalá viva por siempre y goce de gran prosperidad, no tiene gran aprecio por la región de las colinas. Preferiría darnos por perdidos antes que enviar ayuda. Preferiría abandonarnos, sin duda. La última guerra lo ha dejado casi sin tropas, ¿sabéis? Hemos sido un gran problema. Somos muy difíciles de gobernar desde el otro lado del desierto y tenemos muy poco de

valor que ofrecer a la corona. Nuestras ovejas y nuestro ganado son los mejores del reino, pero han quedado muy mermados después de una marcha forzosa a través del desierto. Le trae más a cuenta cobrar diezmos menores de sus dominios costeros.

Asiento, recordando mis estudios con el maestro Geraldo. Siempre decía que la mayor debilidad de Joya del Desierto era la gran extensión de su territorio.

Una niña que no tendrá más de ocho años se acerca tímidamente con una bandeja de bolitas de dátiles. Yo las rechazo porque ya estoy satisfecha, pero Alentín acepta una y se la mete entera en la boca. La mastica mientras habla.

—Lo único que tenemos es oro. Las montañas vomitan un montón todos los años durante la época de las inundaciones, pero su majestad, a quien Dios bendiga con una multitud de hijos, no tiene un aprecio excesivo por él. A pesar de todo, eso es realmente algo que mantiene su interés. Hace unos años tuvimos noticias, a través de alguien que ocupa un lugar destacado en su corte, de que si se declarase la guerra abierta en las colinas, podría declararnos una pérdida de guerra y limitarse a rendir el territorio.

Seguramente que sí. El corazón me da un vuelco cuando recuerdo lo satisfecho que se mostró Alejandro cuando yo aconsejé la evacuación de los pueblos. Yo fui tan tonta como para pensar que su satisfacción era por mí, por lo sabio de mi consejo. Ahora me doy cuenta de que sólo estaba buscando una excusa para dar la espalda a esta gente.

—Y no os atrevéis a decirle que la gente de las colinas ya está prácticamente perdida.

—No nos atrevemos. Según se dice, es un buen hombre, pero un rey débil. Si alguna vez elige un camino, siempre es el camino más seguro, el más fácil.

Aunque en sus palabras hay un fondo de verdad decepcionante, me pregunto si diría esas cosas en caso de saber que soy la esposa del rey.

—Por eso es necesario que crea que todavía hay esperanza, no sea que rechace cualquier ayuda.

—Claro.

Pero el rey nunca mandará ayuda. No puedo mirar al sacerdote a la cara sin preguntarme qué parte de responsabilidad me cabe en todo esto. Cierro los ojos un momento y me imagino una nueva reunión con los Cinco. De haber sabido lo que ahora sé, ¿habría sido diferente mi consejo? De haber visto a estos huérfanos desharrapados en carne y hueso, de haber visto su sufrimiento, ¿habría encontrado una forma de justificar un lejano frente de guerra? Es muy difícil de saber.

—Padre Alentín, ¿exactamente qué es lo que creéis que puedo hacer por vosotros?

Se limpia la boca con la manga y suelta un eructo satisfecho.

—Por supuesto, esperamos que podáis salvarnos. Llevamos casi veinte años buscando a la portadora. Estos últimos años, cuando los combates eran más intensos, enviamos gente a todos los confines de Joya del Desierto para encontrarlos.



Siento que en mi pecho va creciendo el enfado. Incluso aquí, tan lejos de casa, la expectativa que suscita mi Servicio es un peso enorme que me tiene prisionera.

—¿Cómo puedo salvaros? —pregunto con los dientes apretados—. Soy sólo una niña. Como demasiado. Odio la idea de gobernar las cosas. No hay nada que yo... Bueno, sé bordar. ¿Queréis que os borde un precioso tapiz sobre vuestra victoria?

Tengo ganas de golpear algo. Veo a Cosmé hablando con Belén a lo lejos.

—Mi querida niña, vos tenéis algo que no tenemos los demás.

—La Piedra Divina —digo con un suspiro.

—Hechicería.

—¿Qué? —El término «hechicería» es muy arcaico. Sólo se usaba en los estudios clásicos—. No, no es cierto. La *Sagrada Escritura* prohíbe la hechicería.

—Ah, pequeña princesa. Los seres humanos no fuimos hechos para este lugar, ¿sabéis? Pero el Primer Mundo murió y Dios nos trajo aquí de todos modos con su recta mano derecha. —Se inclina hacia adelante y me mira intensamente con sus ojos negros—. La *Inspiración* de Homero nos dice que la magia acecha debajo de la piel de este mundo, pugnando por liberarse. Para combatirla, Dios elige a un campeón cada cien años, alguien capaz de combatir la magia con la magia.

Se acomoda y cruza las piernas mientras yo reflexiono sobre mi reunión de medianoche con el padre Nicandro en la biblioteca del monasterio. Como cordero al matadero, «fue conducido al reino de la hechicería».

—¡Invierno! —digo de golpe—. ¡Ése es el reino de la hechicería!

Hace un gesto afirmativo.

—Mi sobrina dice que sois de Orovalle, una Reformista a la que se mantuvo en la ignorancia de la tradición del portador.

Asiento con la cabeza, sin saber muy bien si debo o no sentirme avergonzada.

—Necios sectarios —dice con desprecio—. Su majestad, a quien el sol deleite con dulces melodías, hizo bien en sacaros de allí.

Sacarme de allí. Cuando Alentín se pone de pie, se me ocurre que tal vez Alejandro accedió a nuestra farsa de matrimonio no sólo porque papá le prometió tropas, sino porque también él necesitaba a alguien que lo salvara.

—¿Os gustaría que os prestara mi ejemplar de la *Inspiración*? —me pregunta Alentín.

—Oh, sí —digo con un hilo de voz—. Me encantaría.

Me proporcionan dos velas de cera de abeja —bienes muy preciados, según el padre Alentín— y me asignan una diminuta choza de adobe. Después de dejar mi camisa de dormir todavía húmeda en un colgador, despliego mi saco de dormir sobre la tierra apisonada y me echo boca abajo para leer la *Inspiración*. El párrafo introductorio me hace estremecer, consciente de que estoy leyendo la historia de Dios y deseosa de descubrir algo sobre mi propio destino.

*Soy yo, Homero el albañil, elegido de Dios como portador de Su Piedra. Para las familias que sobrevivieron a la recta mano derecha de Dios y que están ahora diseminadas hasta los confines de las arenas va mi saludo.*

Homero empieza por contar su propia historia. Al igual que yo, recibió la Piedra Divina el día de su bautismo, cuando un rayo de luz se disparó hacia su ombligo. Cuando creció, le temían. A veces lo ridiculizaban. Los sacerdotes se tomaron interés por él porque percibían algo en la piedra, algo que les daba ganas de cantar himnos o de orar, o tal vez incluso de reír. Fue así que lo llevaron al monasterio y le enseñaron a leer y escribir la Lengua Antigua. Entonces, cuando cumplió los dieciséis años, patrocinaron su entrada como aprendiz de un albañil local.

Un día estaba atendiendo los hornos de ladrillos, cuando Dios le envió una visión y le encomendó que escribiese palabra por palabra lo que había visto. Homero se cayó contra la puerta del horno, sin sentido, y su brazo se estuvo quemando allí apoyado mientras Dios le hablaba. Cuando volvió en sí, corrió al monasterio. Tenía el brazo izquierdo quemado y supurando, pero rechazó cualquier ayuda hasta que estuvo sentado en un taburete con tinta, pluma y un pergamino ante sí.

Homero llevó con orgullo las cicatrices de la quemadura el resto de su vida, pero a mí me asombra un dios capaz de permitir semejante cosa. Seguramente, este hombre ocupaba un lugar especial en el corazón de Dios y, sin embargo, padeció grandes sufrimientos.

Y no fue el único. Según el padre Nicandro, algunos de los portadores murieron durante sus actos de Servicio. Muchos ni siquiera llegaron a completarlos. Me pregunto qué será peor.

Estoy empezando apenas la narración de Homero de la visión real, cuando percibo que hay alguien en la entrada, a mi espalda. Me vuelvo.

Humberto está allí de pie, con los ojos muy abiertos y el petate de dormir bajo el brazo. Se lo ve más delgado que cuando nos conocimos —al igual que hizo conmigo, el desierto le absorbió toda el agua que tenía—, y la luz de la vela acentúa sus mejillas demacradas. Me alegro de verlo.

—Hola, Humberto.

—Princesa —me saluda, pero no hace intención de entrar.

—¿Todavía crees que corro peligro? ¿Que alguien podría asesinarme por la piedra de la que soy portadora?

Desplaza el peso del cuerpo al otro pie.

—No puedo decirlo. Los míos no son asesinos, pero están desesperados y endurecidos.

—Entonces dormiría más tranquila esta noche sabiendo que estás cerca.

Sonríe y entra; luego extiende su petate delante del umbral. Mientras se suelta las cintas de las botas veo que mira la camisa de dormir allí colgada.

Es lo más bonito que hay en el pueblo, con su delicada textura y sus pliegues que

hacen aguas.

—Ya no me sirve —digo despreocupadamente—, pero es lo único que me queda de... de antes. No me puedo deshacer de ella.

Por supuesto no es verdad. Espero que sea mi modo de salir de esta aldea remota. Se echa de lado y apoya la cabeza en el antebrazo.

—No os preocupéis, princesa —dice con aire grave, señalando la prenda—. Unas semanas de comer y beber regularmente harán que os recuperéis.

Cierra los ojos y suspira, demasiado pronto para ver mi mirada perpleja. ¿Acaso piensa que tengo el más remoto deseo de que la camisa vuelva a quedarme bien? El chisporroteo de la vela me recuerda que tengo poco tiempo para leer, de modo que vuelvo a la profecía de Homero.

*Sí, una vez cada cuatro generaciones elige a alguien para que lleve su marca [...]. No podía saber lo que le esperaba a las puertas del enemigo; y, como un cordero al matadero, fue conducido al reino de la hechicería.*

¿Acaso todos los elegidos de Dios entran en el reino de la hechicería? ¿O sólo algunos? ¿O sólo uno? ¿Tal vez incluso sólo yo?

Siento un estremecimiento en la tripa cada vez que la Piedra Divina aparece mencionada en el mismo pasaje que la palabra «hechicería». Pero pronto me resulta evidente que el padre Alentín tenía razón: Homero creía que las futuras Piedras Divinas combatirían el peligro que plantea la magia para la humanidad.

El manuscrito no es largo. Lo leo tres veces antes de dejarlo a un lado y apagar la vela. El sueño tarda en llegar.

Me despiertan unos gritos y el ruido de pasos precipitados. Humberto y yo saltamos fuera de nuestros petates y nos precipitamos al exterior. Todos corren en una misma dirección, ladera abajo y rodeando la colina, con el nerviosismo y cierta preocupación reflejados en el rostro. Los seguimos, protegiéndonos los ojos de la claridad del amanecer. La gente ocupa la cresta por encima de nosotros, y Humberto me ayuda a trepar por la pendiente rocosa.

Cuando llegamos a la cima, las estribaciones montañosas se extienden ante nosotros. Forman hondonadas y recodos que descienden hasta desaparecer en la poderosa sombra de la Sierra Sangre. Las montañas se ven negro-azuladas y coronadas de blanco, y el sol es un orbe gigante que asoma por encima de ellas. Esta noche, cuando se ponga el sol, relucirán tan rojas como la sangre.

Humberto señala hacia abajo, al interior de un barranco desigual bordeado de mezquites y enebros achaparrados. Por los claros en la maleza asoman cabezas. Doce por lo menos. Unos cuantos caballos con grandes bultos. A medida que se acercan, contengo la respiración. Son bultos humanos, ensangrentados y mutilados. Los que

tienen la suerte de mantenerse en pie avanzan tambaleantes, exhaustos, con la cara sudorosa y sucia, puede que con rastros de sangre.

—Ése es mi primo —dice Humberto con voz temblorosa—. Reynaldo, el chico que viene delante. Su aldea es grande. Cientos de habitantes. Si Invierno atacó, si éstos son los únicos que escaparon...

Ya no puede seguir hablando, y yo le cojo la mano.

Me aprieta los dedos. Se le estremece el labio inferior mientras los niños se lanzan al barranco para ayudar a los refugiados. Sus caritas tienen un gesto esperanzado mientras hablan con ansiosa despreocupación con los recién llegados. Tardo un momento en darme cuenta de que están preguntando por sus parientes: padres, hermanos, primos, todos los desaparecidos.

El padre Alentín consuela a una joven, sosteniéndola con su brazo bueno. Pasan tan cerca de mí que puedo ver el cardenal a lo ancho de la frente de la chica, los parches sin pelo donde se lo han arrancado de raíz, el lóbulo de la oreja desgarrado. El sacerdote le susurra algo cuando pasan, y ella alza los ojos hacia mí con lágrimas de esperanza en los ojos.

—Soy Mara —dice en un susurro—. Gracias por venir.

Mientras ella y Alentín van bajando la ladera, me quedo mirando las manchas de hierba de su ropa.

Cosmé atiende a los heridos y con gran eficiencia da instrucciones a todos para que presten su ayuda. Estoy sentada contra la pared de la enorme semicaverna, incapaz de apartar la vista. Muchos de ellos llevan ropa chamuscada sobre la carne quemada. Uno de los hombres a quienes transportan de través sobre el lomo de un caballo ya está muerto cuando lo desatan y bajan su cuerpo al suelo. Los otros tres se debaten entre la infección y la fiebre. Me acuerdo de la pierna de Aneaxi, del olor a carne podrida, de los bordes de una herida que supuraban un líquido negro. No soy capaz de ayudar, ni siquiera de acercarme, pero me quedo porque me resulta extrañamente reconfortante observar a mi antigua doncella. Hay algo familiar en la forma en que les corta la ropa y les limpia las heridas, la forma en que cose la carne abierta y les cambia los vendajes. Su rostro se mantiene impassible y sus manos se mueven con la misma economía de movimientos de cuando estaba en mis aposentos limpiando y doblando las cortinas.

Envidio esa capacidad de Cosmé para ser útil.

En Brisadulce, yo era la secreta esposa virgen del rey, la visitante de una tierra lejana, una huésped alojada en los antiguos aposentos de la reina. Pero nunca entendí qué hacía yo allí. Ahora, por la Piedra Divina, he sido obligada a cruzar el desierto supuestamente para encontrar un importante destino. Y, sin embargo, nada ha cambiado. Me acurruco en mi rincón, incapaz de hacer nada.

«Igual que Alejandro», pienso con un sobresalto. También yo podría encontrarme paralizada, presa de la indecisión, de la debilidad.

Cuando Cosmé se inclina para limpiar la sangre del cuello de un hombre, unos rizos le caen sobre la cara. Le ha crecido algo el pelo y ahora le llega un poco por debajo de los hombros. Pide a gritos un trozo de tela. Un muchacho diminuto, descalzo y provisto de una muleta, acude cojeando con una venda. Cosmé la utiliza para atarse el pelo en una coleta. Me quedo mirando sus rizos rebeldes, la forma en que los mechones empapados de sudor se le pegan a las orejas, y me doy cuenta de que ella, joven como es y vaya a donde vaya, se encuentre en la situación en que se encuentre, siempre será capaz de hacerse un lugar.

El corazón me late desbocado cuando me pongo de pie. Me abro camino entre los heridos y llego hasta Cosmé, tratando de no mirar a las víctimas. Llevo los dientes apretados en un intento de combatir la repugnancia y el miedo que me oprimen el pecho.

—Cosmé...

—Estoy muy ocupada —dice sin alzar la vista—. Si necesitáis algo, pedídselo a otro.

—¿Puedo ayudar? —pregunto después de respirar hondo.

Desecha un trapo sucio arrojándolo al suelo y luego lo lava en un cubo que tiene a su lado.

—No hay nada que podáis hacer. Id a comer algo.

Estoy a punto de marcharme, pero en lugar de eso, le digo:

—Sé que me odias, pero no dejes que eso te haga decir necedades.

Alza la cabeza de golpe.

—Te traeré agua limpia —continúo sin darle ocasión de responder.

Lentamente, su mirada se desplaza hacia el cubo que tiene al lado.

—Eso sí que sería una ayuda. Ahí tenéis —dice, pasándome el cubo—. No lo vaciéis cerca del agua de beber.

El cubo pesa, y el asa se me clava en los dedos, pero me alejo a toda prisa, satisfecha de poder hacer algo que no sea tocar la carne infectada.

Me paso la mañana acarreado agua. En cuanto los demás ven lo que estoy haciendo, aparecen cubos por todas partes. Vacío el contenido maloliente, pardusco y a veces viscoso en la parte de la colina que da al sol y luego corro a las cavernas para llenar el cubo de agua limpia. A duras penas puedo responder a la demanda, aunque lo hago lo más rápido que puedo. Para cuando la última herida ha sido lavada, cosida y vendada, me duelen a rabiar los muslos y los hombros y ya no siento los dedos.

Me dejo caer contra la pared y cierro los ojos, tratando de relajar los brazos acalambrados.

—Alteza.

Alzo la vista. Cosmé está de pie ante mí con un pellejo de agua y un plato de trucha cocida sobre un lecho de vegetales. Se me hace la boca agua.

—No habéis comido nada en todo el día —dice.

Recojo el plato.

—Gracias, Cosmé.

Se dispone a marcharse, pero entonces vacila y se vuelve.

—No os odio —me dice.

No sé muy bien qué decirle, de modo que me limito a asentir con la cabeza.

Esa noche me siento con las piernas cruzadas en mi choza, con el ejemplar de Alentín de la *Inspiración* de Homero en el regazo. Esta vez ahondo más en la lectura, estudiando cada frase, como si estuviera en el estudio del maestro Geraldo tratando de desentrañar la *Sagrada Escritura*.

Mi vela está a medio consumir cuando entra Humberto. Me sonrío antes de desplegar su petate delante de la puerta.

—Pensé que tal vez preferirías pasar la noche con tu primo —digo, contenta de verlo.

—Ya tendré tiempo más que suficiente para ponerme al día con él. Además necesita descansar. —Se sienta y se quita las botas con un gruñido de satisfacción—.

¿Estudiando otra vez la *Inspiración*?

—Sí —digo, mientras hago un movimiento de rotación con los hombros para aliviar el dolor—. Espero encontrar una especie de clave.

Se acerca a mi petate, se sienta a mi lado y se queda mirándome a la cara.

—Parecís... o sea... quiero decir...

No entiendo por qué parece tan azorado.

—¿Qué pasa, Humberto?

—Vuestros ojos... me producen algo. —Siento que me pongo roja como la grana, pero me libro de contestar cuando añade—: Lo que quiero decir es que parecís preocupada. Asustada.

Lo miro con la boca abierta.

—Por supuesto que estoy asustada. Fui secuestrada, ¿te acuerdas? Me arrastrasteis a través del desierto con la vaga esperanza de que pueda salvaros. Claro que quiero ayudar. A pesar de todo, realmente quiero ayudar, pero no sé cómo. Hubo otro portador de Orovalle. Hitzedar el arquero. Mató a treinta y cinco hombres, entre ellos un animago. Ese día mi país fue salvado. En toda mi vida sólo he matado a un hombre en combate, y casi no sabía lo que estaba haciendo...

—¿Qué? ¿Habéis matado a alguien?

—Sí. Y no quiero hablar de ello. Lo que quiero decir es que no soy un guerrero y no sé cómo puedo llegar a salvaros. —Me tapo la cara con las manos—. Hitzedar tuvo suerte, pues completó su Servicio. ¡Fueron tantos los que nunca llegaron a cumplirlo! Muchos de ellos murieron. —Por fin lo miro, pero me cuesta trabajo contener las lágrimas—. Humberto, yo no quiero morir.

Me rodea los hombros con el brazo y me aprieta contra su pecho.

—Yo tampoco quiero que muráis. —Mientras me acaricia la espalda doy rienda suelta a las lágrimas—. Sois más valiente de lo que creéis, princesa. E inteligente. Creo que sí podéis ayudar. Estoy convencido de ello.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, ahogando los sollozos contra su pecho.

—¿Habéis oído hablar de Damián el pastor?

—No —digo, aunque me suena familiar.

—Era mi bisabuelo. Él también portaba la Piedra Divina.

Alzo la vista y lo miro sorprendida. Ahora recuerdo dónde vi ese nombre.

—He visto su nombre en una lista de portadores que se conserva en el Monasterio de Brisadulce.

Su sonrisa refleja un orgullo inmenso.

—Damián era un hombre muy trabajador. Vivía en una aldea a muchos días de aquí, más cerca de la frontera con Invierno. Solía pasar fuera toda la noche con su rebaño y no se sentía muy cómodo en presencia de otra gente. Un día descubrió un pequeño manantial, apenas un afloramiento de agua, en un pequeño valle con mucha sombra y abundantes pastos para el ganado. Una fuente de agua lo convertía en el lugar ideal para una aldea. Fue así que se puso a la tarea de excavar por sí mismo un

pozo allí donde había encontrado el manantial. Se lo contó a su mujer, con gran entusiasmo. Creo que fue una excusa para pasar más tiempo fuera de casa, pues ella era una auténtica fiera. El hecho es que nunca lo terminó.

—¿Qué sucedió?

—Excavó un trecho, casi la altura de un hombre, pero no llegó a encontrar más que un hilo de agua. Entonces, una oveja resbaló por una pendiente y quedó prendida entre las zarzas. Damián fue tras ella, pero perdió pie en un pedregal y allí encontró la muerte.

—Pensé que iba a ser una historia alentadora —le digo, mirándolo con enojo.

—No ha terminado —responde, sonriente—. Su pozo quedó olvidado, invadido por el mezquite. Casi veinte años más tarde, un nutrido grupo de exploración de Invierno vino por aquel pequeño valle conducido por un animago. Los hombres de la aldea de Damián formaron un frente en la cumbre con lanzas y arcos. Estaban casi igualados en número, pero el animago envió su fuego contra ellos y empezaron a arder. Los habitantes de la aldea estaban a punto de salir corriendo para salvar la vida, cuando el animago desapareció de repente. Al principio pensaron que se trataba de una nueva magia, de algo que no habían visto jamás, pero entonces el enemigo fue presa del pánico. Los aldeanos aprovecharon la confusión y los mataron a todos desde lo alto del risco. —Se acerca más a mí, con la mirada chispeante y divertida—. Más tarde descubrieron que el animago había caído en el pozo de Damián y se había roto el cuello.

Me quedo mirándolo con expresión inquisitiva.

—¿Lo que estás diciendo es que el acto de Servicio de Damián fue cavar un pozo? Ni siquiera eso, parte de un pozo. ¿Puede ser cierto? ¿Podría un acto de Servicio ser algo tan ínfimo? ¿Algo tan poco glorioso?

Humberto se limita a encogerse de hombros.

—Cuando los hombres volvieron al pueblo, le contaron a la viuda de Damián el papel que había desempeñado su esposo, muerto hacía tiempo. Ella les mostró la Piedra Divina de Damián, que había guardado tras su muerte. Dijo que ya sabía que había sucedido algo importante porque durante la noche la piedra se había partido por la mitad.

—¿Que su Piedra Divina se partió?

—Así fue.

—Eso no tiene sentido.

—¿Qué quieres decir?

—He visto Piedras Divinas. Piedras antiguas cuyos portadores llevaban siglos muertos. No estaban rotas.

Ojalá se me hubiera ocurrido preguntarle al padre Nicandro si las Piedras Divinas pertenecían a portadores que habían llevado a cabo actos de Servicio identificables.

—Bueno, yo no sé mucho sobre Piedras Divinas, pero lo que sí sé es que aquel día mi bisabuelo salvó a su pueblo. Era un grupo de exploración numeroso, y el



hecho de que lo encabezara un animago significa que tenía importancia. Hasta entonces, los inhumanos eran mera leyenda, jamás los habían visto. Es posible que el pozo de Damián retrasara la invasión de Invierno varios años.

—Es posible. Y Damián no supo jamás que había completado su Servicio.

—Jamás lo supo.

Apoyo la cabeza contra su hombro. Es extraño que la presencia de este muchacho resulte mucho más reconfortante de lo que fue jamás la de mi marido. Cerca de Alejandro yo me sentía demasiado deslumbrada para estar tranquila.

—¿Tú crees que voy a completar mi Servicio, aunque nunca llegue a entender cómo? —pregunto.

—Sí.

Pero todavía podría morir tontamente, como Damián, o sufrir un daño importante, como Homero. «Como cerdo al matadero...».

—¿Sabéis, princesa? —Humberto me acaricia el mentón con el pulgar—. Mi abuelo, el hijo de Damián, era uno de los hombres que defendió la aldea ese día. Si él hubiera muerto, ni Cosmé ni yo, ni mi primo Reynaldo, ni siquiera el tío Alentín... Ninguno de nosotros estaría hoy aquí.

Y de pronto entiendo por qué Homero aceptó su herida. Entiendo por qué es mejor morir como consecuencia de mi Servicio que no llegar jamás a completarlo. Mucho, mucho mejor. Homero y Damián nunca se beneficiaron de sus actos de heroísmo; los que sí se beneficiaron fueron los que vinieron detrás. Del mismo modo, puede que yo no recoja nunca los beneficios del mío en caso de que llegue a completarlo, pero no importa, porque el hecho de que Dios plantase esta piedra en mi ombligo nunca tuvo que ver conmigo.

Al día siguiente dejo a un lado la *Inspiración* y vuelvo a mi antiguo favorito: *Belleza de la guerra*. Cada pasaje me suscita nuevos interrogantes. Me paso el día entero yendo y viniendo entre mi ejemplar prestado del manuscrito y la gente que ha sobrevivido a la guerra hasta este momento.

El padre Alentín me dice que los guerreros de Invierno carecen de preparación, pero son tan numerosos como las estrellas del firmamento. Brotan de las alturas nevadas de Sierra Sangre, encabezados por animagos que blanden amuletos de fuego. Aunque por cada uno de los nuestros mueren cinco guerreros de Invierno, no es suficiente. En cuanto un animago entra en batalla, nuestra gente tiene que huir o morir.

—¿Cuántos son exactamente? —le pregunto—. ¿Está cerca su ejército? ¿Parecen listos para ponerse en marcha?

—Hay dos ejércitos —me cuenta—. Uno a pocos días a caballo de aquí. Otro mucho más al norte, a tiro de piedra de las tierras del conde Treviño.

—Dos ejércitos. Con bastante distancia entre ellos.

Asiente, frotándose el muñón del hombro.

—¿Cuántos son? —insisto.

—Niña mía, hay miles. Por lo menos diez mil, y su número aumenta de día en día.

Dos ejércitos enormes. Ni siquiera las fuerzas combinadas de Joya del Desierto y Orovalle podrían equipararseles.

—Uno bordeará el desierto por el sur —pienso en voz alta—, el otro seguirá la línea de la selva por el norte. Avanzarán sobre Brisadulce y sus territorios costeros desde direcciones opuestas. Una pinza gigantesca.

Alentín se inclina más hacia mí.

—Eso creo yo también, pero dudo de que su majestad, a cuyo paso florezcan las orquídeas, esté preparado para librar una guerra en dos frentes.

—Me temo que tenéis razón.

Alejandro, con su incapacidad para tomar decisiones o para asumir cualquier compromiso, no está preparado para nada. Echo una mirada al brazo mutilado del sacerdote.

—¿Os importaría decirme cómo perdisteis el brazo? —inquiero—. Parece una grosería preguntarlo, pero debo averiguar todo lo que pueda.

—Una flecha me partió el brazo por encima del codo. En los días que tardé en llegar a este escondite, la herida se infectó. Perdí el sentido a poco de llegar. Cuando me desperté, el brazo ya no estaba. —Se encoge de hombros—. Un brazo por una vida. No fue un cambio tan malo.

—De modo que usan flechas —como los Extraviados de la selva—. ¿Qué otras armas tienen?

—Niña mía, en todo lo referente a las armas deberíais preguntarle a Belén.

Le doy las gracias y voy corriendo a buscar al muchacho alto. Lo encuentro a la entrada de una choza de adobe, raspando la piel de un cordero recién desollado con una cuchilla semicircular que le cabe perfectamente en la palma. No hemos hablado mucho desde nuestro viaje por el desierto, y me acerco con cierta cautela. Pero él me saluda con más cordialidad de la que esperaba, e incluso recibe con gran interés mi pregunta.

—Sobre todo usan el arco y las flechas —dice—. Sus arcos son mucho más grandes que los nuestros. Tan altos como un hombre, y a veces más. No disparan con tanta precisión como nuestros arqueros, pero sus flechas tienen mucho más alcance.

—¿No podríamos hacer un arma similar?

—No —responde, apartando la mirada de la piel de cordero—. Necesitaríamos árboles. Montones de árboles muy altos y con una madera que se endureciese lo justo al secarse.

—¿Qué otras armas tienen?

—Algunas lanzas. La mayoría llevan espadas cortas. En eso tenemos ventaja, con nuestras espadas largas. De todos modos, a nadie le interesa combatir cuerpo a cuerpo

con ellos.

Deja la cuchilla sobre la piel y se sube la manga. Tiene a lo largo de todo el antebrazo cuatro cicatrices paralelas blancuzcas. Me estremezco al mirarlas.

—Parecen marcas de garras. De garras realmente grandes.

Vuelve a coger la cuchilla.

—No creo que tengan garras. Más bien son como unos guantes con algo cortante en las puntas de los dedos. Combaten como animales, parecidos a los pumas, pero sin su astucia.

Otra vez pienso en los Extraviados. Siento un pequeño vuelco en el estómago al recordar su forma salvaje de combatir, la gracia felina de sus movimientos.

—Pero el arma a la que hay que estar atento —prosigue, mientras reanuda su tarea— es el amuleto de un animago. Los llevan al cuello en pesadas cadenas o cintas de cuero. Jamás los usan durante la primera parte de una batalla, algo que siempre me ha llamado la atención; pero, después de un tiempo, el amuleto empieza a brillar. Luego brota luz de él, una luz pura y blanca, veloz como una flecha, que quema todo lo que toca. —Mueve la cabeza, pesaroso—. Hemos ganado unas cuantas escaramuzas contra Invierno, incluso cuando nos superaban en número, pero siempre perdemos si los guía un animago. De forma rápida y definitiva. Hemos aprendido a tocar retirada en cuanto vemos encenderse el amuleto.

Sé que debo averiguar más sobre los animagos; al parecer, son la clave de la fuerza de Invierno. El primer caso documentado de un animago en combate es el relato de Hitzedar el arquero. Desde entonces se han mostrado rara vez; pero, a juzgar por los relatos de Alentín y Belén, ahora es cosa bastante frecuente encontrarse con uno de los esquivos hechiceros de Invierno.

—Belén, necesito saber más cosas sobre los animagos. ¿Qué comen? ¿Cómo visten? ¿Qué es lo que quieren? Puede que alguien se haya infiltrado en su campamento. Tal vez el conde Treviño...

—Tenéis que hablar con Cosmé.

—¿Cómo?

—Cosmé. Si queréis hablar con alguien sobre acciones furtivas, hablad con ella. Es una espía.

Dejo caer la cabeza en las manos. Claro que sí. Probablemente es tan eficiente haciendo de espía como de doncella. Le doy las gracias y salgo corriendo en busca de la escolta de viaje, doncella, sanadora y espía.

Está en la semicaverna, atendiendo a los heridos. Antes de que tenga ocasión de preguntarle nada me cuenta que otro hombre ha muerto durante la noche. Sin embargo, los demás tienen posibilidades. Pasarán algunos días antes de que lo sepamos con seguridad.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas?

Lo más probable es que me eche con cajas destempladas, pero tengo que intentarlo.

—¿Sobre?

—Sobre... acciones furtivas.

Me mira enarcando una ceja.

—Estoy tratando de averiguar cosas sobre Invierno. Especialmente sobre los animagos. Si mi padre o mi hermana gobernaran en las tierras del conde Treviño, seguramente ya tendríamos infiltrados en el campamento enemigo. Sabríamos quién los lidera, cuáles son sus planes, lo que comen para desayunar, lo que...

—Treviño no sabe nada.

Mi decepción cae como una losa sobre mí.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —afirma, irguiéndose para mirarme a la cara—. Lo sugerí cuando estaba en su corte. Pensé que deberíamos mandar espías con las provisiones, pero el conde y su hija pensaron que era demasiado arriesgado.

—¿Provisiones? —Eso no tiene sentido.

La indignación hace aparecer arrugas en el rostro de Cosmé.

—Veréis, el buen conde llegó a un acuerdo con Invierno. Ellos no atacan su territorio, y él les envía ovejas y alimentos.

Siento que me hierve la sangre.

—Tiene que ser una broma.

—No.

—El conde es un traidor —responde.

—Sí.

—¿Y el rey lo sabe?

Niega con la cabeza.

—Ariña jamás se lo diría.

¿Ariña? ¿Qué tiene que ver la amante de mi marido con...? De repente lo entiendo todo e interiormente hago un gesto de disgusto por no haberme dado cuenta antes.

—Ariña es la hija del conde Treviño.

—Sí. Representa a su padre en el Quórum de los Cinco.

—De modo que a ti te enviaron para espiar. Como doncella de Ariña. ¿Espiar qué?

—Oficialmente, para recoger las habladurías de palacio. Para ayudar a Ariña en su empeño de llegar a ser la siguiente reina, pero para entonces Humberto y yo ya nos habíamos puesto en contacto con el grupo del tío Alentín. —Lanza una carcajada burlona—. Supongo que somos una especie de revolucionarios. Nos rebelamos contra la traición del conde, contra la inútil pasividad del rey. De modo que fui a Brisadulce con la esperanza de encontrar al portador, y os encontré.

Echa una mirada en derredor, a los heridos diseminados. Ríe por lo bajo, pero en su mirada no hay el menor rastro de humor.

—Vaya grupo temible que somos. ¿No os parece, alteza? Un puñado de niños

jugando a hacer la revolución.

—Llámame Elisa. —Miro también a mi alrededor; pero, en lugar de ver desesperanza, veo supervivientes heridos. Veo una entrañable aldea oculta que prospera a pesar de la guerra—. Cosmé, ¿hasta qué punto estáis decididos a seguir luchando? Quiero decir que ¿por qué no os marcháis? Tal vez si huyerais hacia el norte de Orovalle, podríais vivir.

Aprieta los labios y abre mucho los negros ojos. El enfado, la tristeza y la suciedad no restan un ápice a su hermosura.

—Jamás me rendiré —dice con rabia, avanzando hasta que su frente está muy cerca de la mía—. Mataron a mis padres. Mataron a la mayor parte de mis amigos. Voy a matar a tantos de ellos como pueda antes de terminar con una flecha en las entrañas o convertida en cenizas.

—¿Y los demás? —pregunto, resistiendo la tentación de dar un paso atrás—. ¿Piensan como tú? ¿Están dispuestos a seguir luchando?

—La mayoría sí.

Nos quedamos mirándonos largamente.

—Bien —digo por fin.

Veo un destello de sorpresa en sus ojos antes de volverme y alejarme. En mi mente está tomando forma la trama de una estrategia de combate. Se trata de un plan descabellado que no se parece a nada que hayan puesto en práctica alguna vez los guerreros de Joya del Desierto.

Jamás va a funcionar.

La luz de la vela arranca hermosos destellos ocre del techo de nuestra cabaña. Fijo la mirada en él, incapaz de dormir a causa de las ideas que bullen en mi cabeza. La respiración de Humberto es estable y regular. Es probable que se haya dormido ya.

—Quiero convocar una reunión. De toda la población —suelto sin más.

Humberto da un respingo y se vuelve sobre un lado.

—¿Lo queréis? —pregunta bostezando.

—Sí.

Estudio su cara, buscando un gesto de desaprobación o de duda. Me doy cuenta de pronto de que es muy apuesto, con sus pómulos moldeados por el desierto y su soberbia cabellera.

Parpadea, entrecerrados los ojos somnolientos, y se rasca la perilla.

—¿Una reunión para qué?

—Para hablar de la guerra. Tengo algunas ideas.

—Tenéis que decir al tío Alentín que la convoque. Ha estado pensando en officiar servicios religiosos para todos nosotros. Los niños le tienen respeto.

—Buena idea.

Con otro bostezo, Humberto se pone boca arriba y se protege los ojos con el antebrazo.

—¿Crees que me escucharán todos? —pregunto.

Levanta la barbilla y me mira de arriba abajo.

—Sí, princesa. Vos sois la portadora. Os escucharán.

Se reacomoda y cierra los ojos.

—No sigues pensando que alguien tratará de arrancarme la piedra del cuerpo, ¿verdad?

—Yo podría —murmura.

—¿Qué?

—Si no me dejáis dormir, yo mismo podría arrancárosla.

—Oh.

Me alivia mucho observar su sonrisa burlona.

—Buenas noches, princesa.

—Llámame Elisa.

Él se limita a gruñir.

—Lo siento. Buenas noches.

Alentín acepta convocar una reunión, pero sugiere que esperemos.

—Acabamos de enviar exploradores en busca de supervivientes —explica—.

Aguardaremos a que vuelvan.

No puedo discutir, si bien no me hace feliz la posibilidad de enfermarse de los nervios durante los muchos días que van a pasar. Alodia era siempre la que dirigía la corte. Salvo la presencia en algunas ceremonias menores, yo conseguía permanecer tranquilamente en un segundo plano, esto es diferente. Una cincuentena de niños huérfanos no me asustarían. No es lo mismo que estar delante de la élite privilegiada de Orovalle mientras ellos escrutaban la tela arrugada de mi cintura o chismorreaban sobre lo mucho que comía.

«Yo soy la portadora —me dije a mí misma—. Represento las esperanzas de estas gentes».

Ya no puedo permanecer inactiva durante mucho tiempo, así que le pido a Cosmé que me instruya acerca de las hojas de duerma. Ella entorna los ojos con desconfianza, como si estuviera sopesando mi petición. Por un instante, me acuerdo de lord Héctor, del modo en que su ocupada mente trabajaba por debajo de su elaborada contención. Me entristece pensar en que él, Alejandro y Ximena me están buscando, preocupados por lo que pueda haberme pasado. Me gustaría encontrar el medio de enviar un mensaje a Brisadulce.

—Te enseñaré.

Doy un paso atrás, sorprendida.

—Gracias.

Me conduce hacia un pequeño y tortuoso valle en el barranco del norte. El día es especialmente cálido, y se me llena la boca de arena con cada golpe de viento.

—Crece en la penumbra —me informa—. Por lo regular en suelos blandos, pero no siempre. Hay que buscarla en la cara de levante de las rocas —dice, al tiempo que señala un pequeño arbusto de anchas hojas de aterciopelado verde marino—. Dos veces al año produce unos pequeños frutos amarillos. Son venenosos, pero las hojas resultan muy útiles. Yo las he usado en infusiones suaves para ayudar a dormir a los heridos. —Arranca varias hojas con un movimiento suave de la mano—. No la arranques de raíz. Si arrancas sólo las hojas, volverán a crecer el año próximo.

Copio su movimiento y acabo recolectando un puñado, húmedas en el punto donde se desgajan del tronco. Tienen un intenso perfume a canela.

—¿De qué forma me las diste? —pregunto—. No era un té. Y me hicieron efecto enseguida.

Cosmé asiente.

—Las hojas de duerma retienen un montón de agua. Si echas mano de las más gruesas y eliminas la humedad —arrancó una hoja más grande y la agitó ante mi nariz—, luego puedes dejarla secar y convertirla en polvo. Así obtienes una sustancia que hará dormir durante días a la persona que la inhale.

—Como yo.

—Como tú.

—¿Puede morir alguien a consecuencia de eso?

—Algunas veces —respondió, encogiéndose de hombros—. Una dosis muy concentrada, tal vez podría matar a alguien. Si recolectamos las bayas, estoy segura de que podremos preparar un veneno eficaz. Y algunas veces, la gente reacciona de una manera extraña.

—Entonces había una posibilidad de que yo muriera.

Sonríe, y observo cómo asoma a sus ojos negros su genuino talante.

—Una posibilidad muy pequeña. En ese momento eras bastante... voluminosa. Habría sido necesaria una gran cantidad.

La miro a los ojos, aunque a mi pesar.

—Y la infusión que le diste a Ximena ¿qué efecto crees que tuvo?

—Probablemente se despertó muy entrada la mañana con un fuerte dolor de cabeza.

—Interesante, muy interesante.

Echo la vista en derredor para contemplar el diminuto valle. En su mayor parte está seco, y poblado de cactus, pero la hoja de la duerma y los mezquites crecen juntos en los lugares umbríos.

—¿Abunda por aquí?

Cosmé levanta la barbilla.

—¿Qué estáis... qué estás planeando, exactamente?

—Aún no estoy segura. Pero creo que vamos a necesitar grandes cantidades de hoja de duerma. —Enarco una ceja al tiempo que la miro—. Y gente artera.

La semicaverna se llena rápidamente. No solemos encender antorchas por miedo a que nos descubran, pero esta noche es una excepción. Han venido todos, incluso los heridos cojos. Uno de los exploradores —un muchacho que no tiene más de diecisiete años— rescató a cinco supervivientes, medio muertos de hambre pero sin heridas, por lo que hay un tono festivo en los corrillos mientras esperamos al padre Alentín para iniciar los servicios religiosos. Cuando contemplo a la gente reunida, me empiezan a sudar las manos y lamento haber almorzado tanto estofado de liebre. Ahora somos casi sesenta. Trato de pensar en otra cosa.

Esta noche he ayudado a preparar la cena e incluso despellejé un conejo con la debida supervisión. Los conejos, según comprobé, se despellejan en buena medida con una sorprendente facilidad. Mi tosco cuchillo sacó un pellejo rasgado y sin valor, pero confío en hacerlo otra vez si se presenta la necesidad.

Alentín se sube a una roca y levanta su brazo sano hasta la altura del hombro, hasta que todos guardan silencio y prestan atención. Sostiene una rosa en la mano. Espero que tenga otra escondida, o que no cuente con muchos peticionarios. Si pretende officiar el sacramento del dolor, la espina de una sola rosa no permitirá hacer demasiadas punciones.

A coro recitamos el *Glorifica*, y luego él empieza a cantar. Reconozco las



palabras, si bien la melodía es un poco diferente, menos solemne y evocadora que la que yo conozco, pero la voz combinada de los niños es tan aguda y clara como las campanas. La capto enseguida y canto mi esperanza a Dios.

Terminamos nuestro himno y nos ponemos en fila para recibir el sacramento. En Brisadulce, cuando lo ofició el padre Nicandro, sólo unos pocos buscamos el dolor de la devoción. Pero aquí, en este lugar de desesperadas esperanzas y brutales realidades, todos, adultos y niños, hacen cola para que los pinchen con la rosa y les den la bendición.

El padre Alentín reza, pidiendo la ayuda de Dios en la ceremonia, y luego cita la *Sagrada Escritura*: «¿Acaso no ha elegido Dios a los afligidos de esta tierra para que hereden el paraíso? Porque es a través del sufrimiento que comprendemos nuestra necesidad de su recta mano derecha. En verdad, nuestras necesidades espirituales sobrepasan a las materiales. Bendito sea el nombre de Dios». Uno tras otro reciben el pinchazo y la bendición, seguidos de la cura. Belén actúa como ayudante del sacerdote, aplicando un ungüento sobre los pinchazos, envolviendo los dedos con una venda y aliviando la ocasional llantina con un rápido abrazo.

Cuando llega mi turno, el padre Alentín sonrío con tristeza y, sujetándome por el cuello, acerca mi frente a la suya.

—¿Qué es lo que buscáis, niña?

La última vez recé para conseguir la sabiduría. Dios debe de haber oído mi plegaria, porque ahora me siento realmente más sabia. Mayor. Diferente. Pero todavía no entiendo lo que Dios quiere de mí. Suspiro.

—Alentín, necesito fe. ¡Tengo tantas dudas sobre Dios y su voluntad!

Siento sobre mi frente sus labios húmedos y tibios.

—Todos tenemos nuestras dudas —susurra—. Rezad por ellas. Dios os mostrará lo que debéis hacer cuando llegue el momento.

Me pincha el dedo, que late débilmente. Me sostiene la mano sobre la brasa del hoyo de cocinar —no hay un altar glorioso en este lugar remoto— hasta que una gota de sangre se chamusca en las ardientes brasas. Me empuja suavemente hacia Belén, que limpia el pinchazo y me venda el dedo con reverente cuidado. Luego me siento con la espalda contra la pared, cierro los ojos y respiro hondo para calmar mi revuelto estómago.

El sacramento finaliza muy rápido. Noto que una mano se posa sobre mi hombro y, al levantar la mirada, me encuentro con la amable cara de Alentín.

—Llegó el momento, Elisa.

No me puedo mover.

—Si queréis dirigiros a todos, debéis hacerlo ahora.

—¿Y qué pasa si no me escuchan?

Él no responde. Toco la Piedra Divina con la punta de los dedos e inhalo hondo.

—Dios —musito.

Pero soy incapaz de terminar mi plegaria, porque la piedra irradia un repentino

poder que sube por mi columna y baja por los brazos, como una suave iluminación. Abro los ojos de par en par, me quedo con la boca abierta y crispo los dedos.

—Elisa...

Miro a las personas congregadas a mi alrededor, sentadas con las piernas cruzadas. La mayoría son rostros jóvenes que brillan con el reflejo de la luz y con la esperanza. Tienen la vista puesta en mí, esperando.

—Tengo que hacerlo —murmuro con asombro.

Sigo aterrorizada. Mis piernas son columnas de piedra cuando Alentín me ayuda a ponerme en pie, pero también tengo el convencimiento de que hago lo correcto, todo mezclado con miedo. Alentín me lleva hasta el repecho rocoso. No me subo a él, segura de que no seré capaz de mantener el equilibrio.

Alentín se sienta delante de mí, y soy la única que permanece de pie.

—Bueno, hola —digo.

Algunos murmullos y asentimientos de cabeza.

—Soy Lucero-Elisa de Riqueza, princesa de Orovalle. Y, bueno, soy portadora de la Piedra Divina. —Algunos enarcan las cejas y se oyen unos carraspeos, probablemente de los recién llegados—. Fui huésped de su majestad el rey Alejandro de Vega, en la ciudad de Brisadulce, por un tiempo. —Al decirlo, me doy cuenta con un sobresalto de que he estado en el desierto más tiempo que con el rey—. Allí fui invitada a un consejo de guerra del Quórum de los Cinco. Sé lo que está pasando y conozco los planes del rey, y puedo decirles que no será suficiente. Alejandro no tiene intención alguna de enviar ayuda. Dependemos de nosotros mismos para defender el país de las colinas.

No me atrevo a decir que soy responsable en parte de la decisión de Alejandro, pero la cara me arde de vergüenza con la verdad.

—¿Estáis segura? —grita un hombre.

Miro en la dirección de donde procede la voz.

—Estoy segura. Pero es posible que envíe un reducido contingente de tropas para forzar la evacuación.

Una sensación de miedo se apodera del recinto. La rabia me atenaza la garganta por el dolor que se refleja en sus rostros, por su sentimiento de haber sido traicionados. Pero necesito que estén furiosos. Entrelazo las manos a la espalda y espero a que el choque inicial dé paso a un estruendo general. Por fin se hace el silencio.

—No podemos esperar la ayuda del rey —digo cuando vuelvo a conseguir la atención de todos—. Y no podemos contar con la protección del conde Treviño. Por lo que sé, dos enormes ejércitos se preparan para avanzar sobre Joya del Desierto. El rey Alejandro podría derrotar tal vez a uno de ellos, pero ¿podrá con los dos? Y no conozco defensa alguna contra el fuego de los animago. Ellos son muchos, nosotros pocos. Estamos heridos y fatigados. Ellos son hombres y mujeres hechos y derechos. La mayoría de nosotros somos niños. No podemos esperar ayuda alguna. En pocas

palabras, no podemos luchar con Invierno y seguir vivos.

He practicado estas palabras durante días, pero temo que se nos echan encima con demasiada rapidez.

—¡Entonces moriremos con honor! —grita alguien.

Esto concita un murmullo de aprobación, si bien algunos miran al suelo calcáreo de la caverna y permanecen en silencio.

—¡La muerte por honor es un mito! —grito—. Fue inventado por los destrozados por la guerra para darle sentido al horror. Si morimos, será para que otros puedan vivir. La auténtica muerte honorable, la única muerte honorable, es la que hace posible la vida.

—¿Nos estáis sugiriendo una retirada? —se oye decir a Humberto con su voz calmada; incluso a la luz de las antorchas puedo ver la decepción en su cara.

—No exactamente —respondo sonriéndole, reconfortada con su presencia.

Es mi guardaespaldas personal, tal como lord Héctor lo es para Alejandro. Humberto no se puede controlar y me devuelve la sonrisa.

La multitud está inquieta. Tengo que defender mi propuesta antes de perder su confianza.

—He pensado mucho estos últimos días sobre cómo podríamos vencer a Invierno. Claro que es imposible derrotarlos aquí, en el país de las colinas. No podemos derrotar a Invierno, así que no lo vamos a intentar. Lo cual no quiere decir —prosigo, alzando la mano para calmar el murmullo de desacuerdo— que no vayamos a luchar. Creo que podemos y que debemos hacerlo.

Lo que digo es la pura verdad, y voy de un extremo al otro con la energía que bulle en mis extremidades.

—Pero nunca presentaremos una batalla abierta. Nuestro objetivo será acosarlos. Debilitarlos. Aterrorizarlos. Seremos el Maleficio, la maldición de su existencia. Sí, finalmente se abrirán paso a través de nuestras colinas, y llegarán hasta el rey Alejandro y las tierras costeras. Pero para entonces estarán agotados de las triples guardias, hambrientos por la interrupción de los trenes de suministros, y temerán por su vida, porque no podrán saber cuándo será el próximo golpe del Maleficio.

Mi sonrisa es auténticamente malvada cuando digo:

—Si somos muy listos, muy cuidadosos, creo que le daremos al rey una gran ventaja. Pienso que podemos ayudarlo a ganar esta guerra. Pero no puede haber héroes, ni honor en las muertes sin sentido. Nuestra meta será sólo agujonearlos, y conservar la vida para seguir agujoneándolos.

Se hacen señales de asentimiento unos a otros y murmuran su aceptación. Ya casi los tengo de mi lado.

—¡Sólo somos cincuenta! —grita un jovencito, que resulta ser Jacián, el compañero taciturno de nuestra travesía del desierto—. Y muchos de nosotros estamos heridos. Incluso lisiados. La mayoría son demasiado jóvenes para empuñar un arma.

—Sí, es cierto, y los que no pueden luchar tendrán tareas todavía más importantes.

Al oír esto, muchas cabezas se levantan y me miran con los ojos abiertos como platos. De pronto, me doy cuenta de que los más pequeños, los que han sufrido más, podrían ser mis mayores partidarios. Sólo tengo que convencerlos de que son necesarios.

—Estoy segura de que algunos de vosotros sois astutos propagadores de chismes. Os vais a refugiar en las grandes ciudades y vais a empezar a difundir rumores sobre el Maleficio, el espíritu de la venganza que surge en las colinas para combatir a Invierno. No lo sabréis por haberlo visto, como es natural, pero fomentaréis las especulaciones. Los rumores llegarán pronto al enemigo. Luego regresaréis aquí.

»Otros os dedicaréis a recolectar hojas de duerma. Tantas como podáis encontrar. Y otros harán ropa que se parezca lo más posible a la del enemigo. Tenemos mucho trabajo por delante, de modo que serán necesarias todas las manos, todas las bocas y todas las cabezas.

Observo a los reunidos, calibrando sus reacciones. La mayoría están sentados y atentos. Otros mantienen los ojos entrecerrados mientras sopesan mis palabras. Incluso Jacián muestra su asentimiento con un gruñido.

—Dado que hay dos ejércitos —interviene Belén desde su sitio al lado de Cosmé—, tienen que comunicarse uno con el otro. Si podemos idear una forma de interrumpir esa comunicación...

—¡Sí! —grito mientras casi salto de la alegría; aún no se me había ocurrido esa conexión—. Belén, ése es exactamente el tipo de ideas que necesitamos.

—¿Habéis dicho algo acerca de víboras? —suelta una clara voz femenina, que reconozco como la de Mara, la jovencita de la oreja destrozada que me agradeció hace unos días que yo hubiera venido—. Ya sé que no lo planteabais así exactamente, pero mi primo de la aldea de Altavilla tiene algunas.

—Estupendo, eso está muy bien —asiento, pensando en las posibilidades de las víboras.

Y de repente empiezan a surgir ideas por todos lados. Muchas son absurdas, pero otras son aprovechables. Los animo a todos. La aportación de ideas sigue durante algún tiempo hasta que alguien grita:

—¿Por qué deberíamos ayudar al rey a librar esta guerra? ¡Él nunca nos ayudó!

—No, no estamos ayudando al rey —respondo al tiempo que niego con la cabeza—. Lo estamos utilizando a él para hacer nuestra guerra.

—Pero éstas son sus tierras —vuelve a pronunciarse Jacián—. Pongamos que se termina la guerra. Pongamos que Joya del Desierto sale victoriosa. Entonces volveremos a pagar impuestos a un hombre que no se ha tomado la menor molestia por nosotros. Si lo ayudamos, deberíamos conseguir algún tipo de reconocimiento. Una recompensa.

Y ahora llegamos al punto álgido de la cuestión. No puedo reprimir una enorme

sonrisa.

—¿Queréis ser independientes de Joya del Desierto? ¿Preferiríais tener vuestro propio gobierno?

Es un pensamiento radical, traicionero. Veo sorpresa en las caras que me rodean; también interés.

—Porque, si es así, creo que puedo lograrlo. Pienso que puedo convencer al rey de que os conceda estas tierras. Sin rebeliones, sin sediciones. Si lo ayudáis a ganar esta guerra, podéis convertirlos en nación.

Nadie se mueve, la quietud es total. Es una afirmación rotunda, incluso ridícula. Pero aún tengo que jugar mi última baza.

—¿Cómo? —Ahora la pregunta es de Cosmé, que avanza un paso y sale de la sombra, mientras sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Cómo harías eso?

Respiro hondo. Estoy a punto de traicionar un secreto, de traicionar a Alejandro, pero la justicia sigue alumbrando en mi pecho.

—No soy sólo una huésped de Alejandro que vengo de lejos a visitarlo. Soy su esposa en secreto. Y aún me debe el regalo de bodas.

Escucho respiraciones ahogadas. Cosmé se queda con la boca abierta. Un movimiento llama mi atención, y me doy la vuelta a tiempo para ver la espalda de Humberto, que sale a toda prisa de la caverna y se interna en la noche.

—Su esposa —murmura Cosmé—. ¡Pero él no sabe nada de lo que te ha ocurrido! ¿Qué pasa si contrae matrimonio... con otra?

Por un instante, me atrevo a hacerme la misma pregunta. ¿Qué ocurre si se casa con otra a la vista de mi desaparición? ¿Sería algo tan malo?

Rechazo el pensamiento.

—Mi padre accedió a contribuir con tropas como condición de nuestro casamiento. El ejército de Joya nunca se recuperó de la última guerra, y Alejandro está desesperado por completar sus filas. No arriesgaría el acuerdo entre ambos. No puede esperar toda la vida, pero esperará.

—¿Podría retirar las tropas vuestro padre si se enterara de que estáis perdida? —inquire Alentín.

—Podría —admito yo—. Y, si lo hizo, me temo que este plan fracasaría.

Tratando de no parecer demasiado pesimista, sugiero:

—Tal vez sería mejor enviarle un mensaje a Alejandro. ¿Qué decís? Hacerle saber que estoy a salvo y bien.

Jacián niega con la cabeza.

—¡Acabaríamos todos colgados!

—Que no sea a Alejandro, entonces —concedo—. Le escribiré a mi aya, sin decirle nada sobre vuestra identidad ni sobre nuestra localización. Sólo una breve nota que le asegure que estoy viva. Ximena le dirá a mi esposo sólo lo necesario, y puede asegurarle a mi padre que estoy bien, si tuviera que hacerlo. Ximena sirve a mi familia desde hace mucho tiempo, y su palabra tendrá más peso ante mi padre incluso

que la de Alejandro.

Todos se muestran de acuerdo, aunque con cierta renuencia. Escribiré el mensaje por la mañana, y alguien lo llevará al correo de palomas mensajeras en Basajuán. Aunque tal vez tarde semanas en llegar a Brisadulce, me siento muy aliviada. Espero que Ximena me responda.

En resumen, me pregunto si debería echar más en falta a mi esposo. Estos últimos días no he dejado de pensar en él, pero sólo en el contexto de los planes para nuestra guerra. No anhele su compañía del mismo modo que echo de menos la de Ximena.

—Por favor —suplica Cosmé—, repítenos que puedes hacer lo que dices. Que cuando finalice la guerra, convencerás al rey para que nos entregue este territorio.

Sobre la multitud desciende un manto de tranquilidad. Me contemplan con expectante esperanza.

—Lo haré —respondo con convicción.

Todos se entregan a un excitado parloteo. Permanecemos en la semicaverna, haciendo planes, hasta que se nos echa encima la noche. Ahora están de mi lado, en cuerpo y alma. Todavía no conozco los designios de la Piedra Divina alojada en mí. No tengo ni la menor idea de cómo luchar contra los animagos. Pero les he dado una oportunidad. Algo por lo que luchar. Tendrá que bastar.

Finalmente pongo rumbo hacia mi cabaña, agotada, pero Humberto no está allí. Me resulta extraño cerrar los ojos sin deseárselo antes buenas noches a él. Me quedo despierta largo rato, profundamente consciente del espacio vacío en mi umbral.

Por la mañana aprovecho el último trozo de pergamino que queda en la aldea para escribirle una breve nota a Ximena en la Lengua Antigua. La firmo «Tuciela», o sea, «tu cielo». Y se la entrego al chico al que hemos designado como correo.

El padre Alentín y yo pasamos el resto de la mañana recorriendo las escarpadas terrazas de la aldea, entrevistando a todos los habitantes. Escribo sus nombres en una gruesa piel de oveja. Me duele la muñeca del esfuerzo, bastante infructuoso, para que la letra salga legible y proporcionada. Les hacemos todo tipo de preguntas, y apunto de dónde es cada uno así como las habilidades que posee. Hasta los más jóvenes tienen un grado considerable de autosuficiencia: saben cocinar, confeccionar ropa, cuidar el ganado y tallar madera.

Me miran con los ojos muy abiertos por la adoración y el nerviosismo. Alentín es una ayuda inestimable y se le ocurren preguntas en las que yo no hubiera pensado siquiera. Además trata a cada persona, especialmente a los niños, con una compasión natural, enormemente reconfortante. Al cabo de un rato ya tengo una lista de cincuenta y seis nombres y he hablado con todos menos con Humberto. Cosmé me dice que estaba cansado de comer siempre cordero y ha salido a cazar temprano.

A última hora de la tarde, Cosmé y Belén se reúnen conmigo en mi choza. Nos sentamos con las piernas cruzadas y examinamos la lista mientras cenamos pierna de cordero estofada con judías blancas y setas.

—Sólo quince pueden manejar un arco y una flecha —señala Belén.

—¿Cuánto nos llevaría entrenar a los demás? —pregunto—. No para que sean arqueros expertos, sino simplemente para que puedan disparar contra algo.

—Poco tiempo, pero el problema no es ése. No tenemos armas suficientes.

—¿Podríamos conseguir más?

—Podríamos hacer más —dice, encogiéndose de hombros—, pero nos llevaría algún tiempo. No hay mucha madera en esta zona.

—Hay nueve que saben usar una honda —señala Cosmé—. Para hacer más hondas sólo necesitamos cuero. Y piedras. A los muchachos les encanta lanzar piedras.

—¡Bien! —Belén alza el puño en un signo de victoria—. ¡Vamos a salvar al mundo de Invierno con hondas!

—Todo el que sea capaz de matar un conejo a veinte pasos podría matar a un inviernita a diez —responde Cosmé con un encogimiento de hombros.

Parece absurdo. Como si fuéramos niños pequeños jugando a la guerra, lo cual somos la mayoría de nosotros, por supuesto.

—Bueno —digo con un hondo suspiro—. Entonces, todos harán prácticas con la honda mientras buscamos la manera de hacernos con más arcos y flechas.

Según nuestra lista, tenemos un herrero entre nosotros, pero carecemos de hierro. Contamos con costureras, pero no sabemos cómo se viste el enemigo. Tenemos una comadrona que ayudó a Cosmé a coser a los heridos, y dos tramperos que montaban trampas por todas las faldas de las colinas antes de la llegada del ejército de Invierno. Mara es una cocinera de cierto renombre. Todos los demás son niños, poseedores de conocimientos útiles en general pero pocas especialidades. La verdad es que no sé qué hacer con tanta gente y tantas habilidades.

Empiezo a sentir un sordo dolor de cabeza.

—Necesito más información —susurro, pellizcándome el puente de la nariz.

—¿Sobre la gente? —pregunta Cosmé—. No tienes más que preguntar.

—No. Sobre Invierno. Sobre su ejército. ¿A qué distancia puede acercarse alguien sin que lo vean?

—Si se trata de mí, de Belén o incluso de mi hermano, muy cerca —dice Cosmé con una risita.

—¿Lo suficiente para observarlos durante unos cuantos días?

Cosmé y Belén intercambian una mirada. Es la mirada confiada, cómplice, de personas que se conocen desde hace tiempo.

—Podríamos —dice Belén—. Hay una cueva por ahí cerca. En lo alto de una cresta. Era... —Baja la vista un momento—. Era uno de nuestros escondites favoritos cuando éramos pequeños.

De ser cierto, podría ser exactamente lo que necesitamos.

—Voy a necesitar un mapa de su campamento —digo—. Tenemos que averiguar qué es lo que comen, dónde duermen, cómo están organizados. Si los animagos se mezclan con los demás o se mantienen aislados. ¿Qué vestimenta llevan? ¿Cómo avituallan al ejército a través de las montañas? ¿Cómo...?

—Elisa —me interrumpe Cosmé—, lo haremos. Los cinco saldremos por la mañana.

—¿Los... cinco?

—Sí —responde—. Tú, Belén, Jacián, Humberto y yo. Hemos atravesado felizmente el desierto durante la estación de las tormentas de arena. Seguramente no querrás apartarte de un grupo de gente bendecida por Dios.

«Y, como cerdo al matadero, fue conducido al reino de la hechicería».

—Creía que mi función aquí era más bien... organizativa —respondo con un esbozo de sonrisa.

—Cena bien esta noche, princesa, ya que el viaje de mañana te traerá gratos recuerdos de la sopa de jerbo —dice, poniéndose de pie y estirándose.

Belén me coge por el brazo.

—Elisa, tenéis una mente potente. Si es preciso que alguien observe a este ejército, sois vos. —Su sonrisa no puede ocultar la expresión seria de sus ojos—. Lo único que os encomiendo en que tratéis de no dificultar nuestra marcha.

Me dejan para ir a hacer los preparativos. Me quedo mirándolos, con un nudo en



la garganta y las manos sudorosas y frías en el regazo. Tienen razón, por supuesto; necesito observar el campamento con mis propios ojos. No me sirve de gran consuelo la idea de que probablemente cumpla mi acto de Servicio, aunque sea sin darme cuenta. Y sé que esto es necesario. La voluntad de Dios. Porque tal vez soy aquella de la que habló la profecía, aquella que entraría por las puertas del enemigo.

Sin embargo, quiero vivir. Quiero volver a ver a Ximena. Y a Alejandro. Quiero tiempo para averiguar qué es lo que siento por mi esposo.

Todos tendrán algo que hacer durante nuestra ausencia. Unos cuantos viajarán a las tierras del conde para difundir rumores del misterioso Maleficio. A otros se les ha encomendado la construcción de nuestro arsenal y el entrenamiento en el uso de la honda, el arco y las flechas. Otros más excavarán zanjas en todos los principales accesos, que luego cubrirán con lona y una delgada capa de tierra. A los más pequeños se les asigna la recolección de hojas de duerma.

El viaje me aterra. Calor, pies doloridos, alimentos escasos e insípidos. En esta misión, como el sigilo es tan importante, no podemos llevar camellos y tendremos que cargar con nuestros bultos nosotros mismos.

La aldea toda sale a vernos partir. Nos dicen adiós con la mano mientras vamos subiendo por la pendiente, con sonrisas que parecen absurdas como remate de sus cuerpos harapientos y sus miembros vendados. Humberto es, una vez más, el que abre la marcha. Va silencioso y serio, con los hombros echados hacia adelante como si fuera abriendo nuestro camino en el aire. Lleva casi dos días sin hablarme.

Las cintas de mi petate se me clavan en los hombros, cargado como va con el saco de dormir, la comida desecada, un pellejo de agua, tinta y piel para hacer el mapa del ejército enemigo.

Humberto lleva un paso vigoroso. Como en la marcha anterior, me esfuerzo por mantener el ritmo. Ya no soy la princesa gorda a quien secuestraron de su cama de Brisadulce; pero, comparada con mis ágiles compañeros, soy lenta y torpe. Nuestra travesía del desierto fue precipitada, pero constante y recta. Aquí, en el país de las colinas, me duelen las rodillas y los tobillos por el esfuerzo de sortear pedruscos y arbustos, de subir sin aliento una pendiente para tener que bajar resbalando por el otro lado. Soy, sin duda, la más ruidosa del grupo, y no me imagino cómo voy a poder llegar sigilosamente a Invierno sin que me detecte el ejército.

Cuando por fin hacemos un alto para un rápido almuerzo a base de cecina y dátiles secos, la ropa se me pega al pecho y, debajo de las cintas del petate, la piel me arde como si me hubiera quemado al sol. Dejo caer mi carga al suelo y me siento adrede al lado de Humberto sobre una piedra. Él sigue con la vista al frente mientras mordisquea su tasajo.

—Humberto...

Me responde con un gruñido.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? —le pregunto en voz baja.

Me dirige una mirada fugaz.

—No estoy enfadado.

—No me haces el menor caso.

—Es cierto.

Lanzo un suspiro exasperado.

—Nunca antes había tenido un amigo. Sólo tutores, ayas, sirvientes y... una hermana. Por eso, esto de ser amiga es nuevo para mí. No sé por qué te disgusto, y no sé qué hacer al respecto.

—¿Su majestad no es vuestro amigo? —replica con un tono mordaz que me sorprende.

¿Es Alejandro realmente mi amigo?

—Sinceramente no lo sé —digo, meneando la cabeza—. Dijo que quería que yo fuera su amiga, pero ahora me pregunto si esas palabras no estarían destinadas más bien a apaciguar a una niña. Jamás hemos pasado tiempo juntos ni llegamos a conocernos. Él tiene un guardia personal, lord Héctor, y creo que él y yo podríamos haber llegado a ser amigos con el tiempo.

—No me habíais dicho que estabais casada.

—No tengo por costumbre revelar secretos de Estado a mis raptores —le espeto—. Por supuesto que no dije nada. Y ¿ves? Estás enfadado.

—No, es sólo que me siento... tonto.

Me quedo mirando su perfil.

—¿Por qué? Yo no creo que seas tonto.

Finalmente me devuelve la mirada.

—Había pensado que tal vez, cuando todo esto se hubiese acabado, tal vez vos y yo... Lo cual es estúpido, porque vos sois una princesa y yo un escolta de viaje. ¿Lo veis? Soy tonto.

Se pone en pie de un salto y guarda el resto de su tasajo en la bolsa que lleva a la cintura.

Estoy demasiado aturdida para seguirlo. Siento que el calor me sube por los brazos y el cuello. La tonta realmente soy yo por no haber comprendido lo que significaba su deseo de protegerme, su trato cordial, la forma en que sus ojos se quedaban prendidos de mi cara. Es embriagador y maravilloso y aterrador. Mi primer pensamiento coherente es: «Ojalá hubiera sido Alejandro el que sintiera esas cosas». Pero el siguiente es: «Me alegro de que fuera Humberto», y quiero guardar ese recuerdo fresco y excepcional en mi cabeza, totalmente aparte de Alejandro.

Durante el resto del día no noto el dolor en los hombros. Me deslizo en una especie de irrealidad, admirada ante el milagro de que alguien sienta eso por mí. Esa noche, mientras montamos el campamento en una cornisa que sobrevuela un cauce seco, Humberto sigue sin hacerme caso, pero yo me le acerco sigilosamente en la oscuridad mientras junta leña para el fuego.

—Sigo sin creer que seas tonto.

El olor de la tierra cambia al refrescar la temperatura. El aroma alimonado y húmedo me produce picor en la nariz. Los cactus y las plantas rodadoras van cediendo terreno a los pinos piñoneros y los enebros. A veces atravesamos arroyos poco profundos, y Humberto complementa nuestra dieta de tasajo y sopa de jerbo con trucha moteada. Al cabo de unos días, el riesgo de ser avistados es demasiado grande, de modo que dejamos las crestas y avanzamos por barrancos y pequeños valles. Por las noches me dejo caer exhausta en mi saco de dormir. Es un agotamiento distinto del que sentía cuando atravesábamos el desierto. Esta vez me duelen los huesos por el impacto.

Mis compañeros me lanzan miradas irritadas mientras viajamos, pues consigo mover más ramas y hacer rodar más piedras que un tiro de caballos. Tengo una conciencia desesperada de lo importante que es el sigilo; pero, cuanto más me empeño en ser silenciosa, tanto más torpe me vuelvo. Belén se queda atrás para enseñarme cómo y dónde debo colocar los pies, pero al cabo de un rato da muestras de impaciencia. Jamás he tenido gracia, y siempre tiendo a poner los pies donde puedo apoyarlos con comodidad. Aquí, sin embargo, no se trata sólo de evitar torcerse un tobillo.

Estoy al borde de las lágrimas cuando Belén llama a Humberto, exasperado.

—¡Ayúdala tú un rato!

Desde su puesto de cabeza, Humberto asiente. Cosmé y Jacián observan con su silencio habitual mientras los dos intercambian puestos.

Humberto es mucho más paciente que Belén. Me muestra exactamente cómo colocar los pies y cómo apoyar cada paso con los muslos y las pantorrillas. Pone mucho cuidado en no tocarme, aunque a mí que gustaría que lo hiciera.

Parece una lección de baile —algo que nunca se me dio bien—, todo precisión y energía oculta. Al terminar el día, los músculos me hormiguean, medio entumecidos por el esfuerzo, pero ya rompo menos ramas y estoy contenta de haber pasado horas con él.

Al atardecer encendemos un pequeño fuego sin humo para calentar nuestra sopa, pero lo pisoteamos para apagarlo en cuanto se pone el sol. Mis compañeros están menos conversadores que de costumbre. Cualquier ruido, cualquier sombra los pone en alerta. Establecen guardias rotativas a lo largo de la noche. Me ofrezco a hacer una, pero Cosmé niega con la cabeza y me dice que duerma bien.

—Ya nos haces ir más lentos tal como vamos —dice.

Por supuesto, tiene razón. Necesito que me tengan algo de consideración; de hecho, lo prefiero. Sólo espero que, si tenemos ocasión de observar el ejército de Invierno, pueda demostrar que todas las molestias estaban justificadas.

Levantamos el campamento de prisa y en silencio a la mañana siguiente. Humberto nos conduce con su justificada confianza, aunque no seguimos ninguna

senda que yo pueda ver. Vamos a lo largo de un barranco pedregoso bordeado a ambos lados por matas azuladas de enebros raquíuticos y alforfón seco. El sol está alto y abrasador. En el momento en que me pongo el chal encima de la cabeza, la Piedra Divina se convierte en hielo. Doy un grito ahogado, sorprendida ante un frío tan penetrante.

—¡Belén! —llamo, y la voz me sale como el chillido de un roedor.

Su alta silueta es lo que tengo más cerca. Los otros van demasiado adelantados para oírme.

Se vuelve y me mira muy serio, pero su expresión se suaviza al ver la mía.

—¿Qué pasa?

Apoyo los dedos entumecidos de frío sobre mi ombligo.

—La Piedra Divina —digo—. Algo marcha mal. Estoy al borde de las lágrimas. La piedra sólo me ha helado la sangre dos veces en mi vida: para advertirme del ataque de los Extraviados y para avisarme de la tormenta de arena—. Sólo hace esto ante un peligro muy inminente.

Belén no lo duda. Sale corriendo y coge a Jacián y a Cosmé por la ropa. Más adelante, Humberto se vuelve para ver a qué se debe la conmoción. Belén le hace señas frenéticas de que vuelva. Mientras vienen corriendo hacia mí, hacen un barrido de toda la zona.

Humberto me coge por el brazo.

—¿Qué sucede, Elisa? ¿Qué es lo que va mal?

—No lo sé. Nunca lo sé, pero la Piedra Divina... Creo que deberíamos escondernos.

Jacián ya está trepando por la ladera hacia un espeso bosquecillo de enebros.

—¡Aquí arriba! —señala—. Entrad por detrás de las zarzas. Yo cubriré nuestro rastro.

Cosmé y Belén corren pendiente arriba. Humberto y yo los seguimos más lentamente. El terreno es resbaladizo y empinado y yo me sujeto a las raíces sobresalientes para impulsarme en el ascenso. El bosque es casi impenetrable, tanta es la densidad del follaje. Humberto aparta las ramas para que yo pueda entrar, pero me arañan la espalda y los hombros. Me apoyo contra un tronco retorcido para no perder pie en la acusada pendiente. Junto a mí, los otros están más o menos en las mismas. Las hojas exudan una acidez húmeda, o tal vez sean las bayas azuladas las que hacen que el aire sea acre pero fresco. Siento las telarañas sobre la cara. No sé cuánto tiempo vamos a tener que estar aquí escondidos, agazapados de esta manera tan incómoda.

Un momento después, Jacián se une a nosotros, sin aliento.

—¿Tenéis alguna idea de lo que estamos esperando, princesa? —pregunta en un susurro.

Niego con la cabeza.

—Pero la Piedra Divina me envió el mismo mensaje antes de la tormenta de

arena.

—¿O sea que podría ser cualquier cosa?

Hago un gesto afirmativo junto en el momento en que Cosmé le tapa la boca con la mano. Silenciosamente, señala hacia abajo, hacia el barranco que acabamos de dejar. El denso follaje apenas permite entrever el polvo de color ocre y la áspera roca, y no estoy segura de lo que está señalando.

Primero los oigo. Un ruido de pasos en el terreno pedregoso. Un sonido tintineante, como de un llamador de ángeles hecho de trozos de madera. O de huesos huecos.

De repente siento que me falta el aire. Estoy demasiado pegada al suelo y envuelta por la oscuridad. Lo más probable es que una flecha se me clave en el costado, o que las llamas hagan presa de nuestro carruaje y no pueda sacar a mis damas a tiempo...

Una mano en mi hombro me sobresalta. Al alzar la vista veo a Humberto inclinado hacia mí, sus ojos muy cerca y muy brillantes. Trago saliva. El ataque de los Extraviados fue hace mucho tiempo, lo sé, pero trato de mirar entre las ramas, hacia el barranco, y lo que espero es ver a hombres pintados con espirales negras y blancas, gateando como animales y ataviados con huesos diminutos alrededor de los tobillos y en el pelo.

Creo ver algo de piel. Un largo carcaj de flechas. Pelo hasta la cintura en mechones apelmazados. No me atrevo a respirar mientras pasan descalzos. ¿Una partida de caza? ¿Exploradores? Tienen la piel muy pálida. En algunas zonas está irritada y roja por el sol. Espero cualquier señal de que nos han descubierto, pero es muy difícil saberlo a través de los árboles. Son un prodigio de silencio. Sus pisadas y el entrecocar de los huesos sólo se oyen estando tan cerca como estamos. De no haber sido por la Piedra Divina, nos hubiéramos dado de bruces contra ellos. No veo espirales pintadas. Sin embargo, el parecido con los Extraviados es asombroso. Inviernitas. Por fin puedo ver a mi enemigo, aunque no son más que atisbos a través del espeso ramaje. Son más pequeños de lo que suponía, más pálidos, pero de aspecto más salvaje. Al igual que los Extraviados, se mueven con gracia animal.

Esperamos en medio de un tenso silencio. Se me acalambran los pies y me pica horriblemente el cuello, pero no me atrevo a moverme. La Piedra Divina sigue bombeando hielo en mis venas. Siento la mano de Humberto sobre mi hombro, pesada y ardiente, y lo agradezco. Hay tantos ahí abajo, avanzando en una larga hilera de tres en fondo... ¿Qué harían si nos descubrieran? ¿Nos matarían inmediatamente? No he oído de nadie que haya sido capturado. ¿Y si hubiera un animago entre ellos? Si se le antojara, podría transformar en cenizas el bosquecillo en el que nos ocultamos.

Por fin, el sendero a nuestros pies queda despejado. No obstante, seguimos esperando hasta que el polvo que han removido se asienta. Entonces, Cosmé se lleva un dedo a los labios y nos indica que no nos movamos. Sale de nuestro refugio

boscoso con sorprendente sigilo. Me tiemblan las piernas por el esfuerzo de mantenerme quieta y firme sobre la pendiente, y me corre el sudor por las sienes mientras esperamos su señal para movernos.

Vuelve al cabo de un momento.

—Van hacia el oeste —dice en un susurro—. Al parecer no han reparado en nosotros, pero tenemos que marcharnos por si encuentran nuestro rastro o descubren nuestro campamento. El camino hacia el este está despejado, por el momento.

Salimos de debajo de los árboles. Humberto me ayuda a bajar la cuesta. Sujeto su mano un poco más fuerte y durante más tiempo del necesario. Al llegar abajo, nos detenemos a recobrar el aliento.

—Elisa, de ahora en adelante, tú abres la marcha con Humberto —dice Cosmé—, aunque nos obligues a ir más lentos. Si esa cosa que llevas dentro te avisa —hace un gesto impreciso con la mano—, mueve los brazos o algo para que podamos escondernos.

Asiento, aunque la perspectiva de ir a la cabeza del grupo internándome en territorio enemigo me aterra. ¿Y si no encontramos dónde escondernos la próxima vez? ¿Y si reacciono demasiado tarde? No obstante, mientras marchó adelante con Humberto, me sorprende sonriendo. Apenas un poquito, porque puede que yo resulte útil después de todo.

Viajamos en silencio durante dos días, evitando los barrancos fáciles y las pendientes suaves y eligiendo los caminos de cabra que se aferran, casi invisibles, a las escarpadas laderas, camuflados entre arbustos espinosos y nudosos enebros. Humberto nos guía sin vacilaciones, conmigo pegada a sus talones.

La Piedra Divina se aquietó y volvió a tomar la temperatura de mi cuerpo en cuanto estuvimos fuera del alcance de la partida de exploración del enemigo, pero a partir de entonces se ha ido enfriando gradualmente aumentando el estado de alerta. Por eso que me pilla desprevenida cuando, al coronar una cumbre a la hora del crepúsculo, mirando hacia Sierra Sangre descubrimos un resplandor difuso, de color entre anaranjado y rojo a la luz del poniente, que se extiende como un manto al pie de las montañas.

—El ejército de Invierno —susurra Humberto a mi lado—. Todavía está a más de un día de viaje, pero sus hogueras brillan como una pequeña ciudad.

Trago saliva y busco su mano.

—Las puertas del enemigo —susurro a mi vez.

—Tal vez —dice mientras acaricia con el pulgar el dorso de mi mano—. Elisa, no voy a dejar que te pase nada.

Es un sentimiento dulce, y lo agradezco, pero ni siquiera Humberto puede protegerme de todo un ejército.

—Gracias —le digo mirando su perfil.

Me suelta la mano cuando los demás llegan a la cresta que tenemos a la espalda.

—Debemos acampar antes de que se vaya la luz —dice.

A continuación baja a toda prisa por la ladera opuesta, y me resulta muy difícil seguirlo.

Esa noche no nos atrevemos a encender una hoguera. Nos sentamos en círculo sobre nuestros petates de dormir en el minúsculo abrigo de una pequeña hondonada y nos dedicamos a mordisquear carne seca de venado y dátiles secos. No tardaré en volver a sentir hambre, pero al menos ya no tengo dolores de cabeza. Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que no soy la única descontenta y no puedo reprimir una risita.

Cosmé se inclina hacia adelante mientras los demás enarcan las cejas.

—¿Algo gracioso, alteza?

—Creo que realmente echamos de menos tu sopa de jerbo —le digo con una sonrisa burlona.

Belén y Humberto se ríen mientras Cosmé se hace la ofendida. Jacián mira hacia las montañas, ajeno a todo. Siempre está callado, aislado. A pesar de haber viajado un mes entero a través del desierto, para mí sigue siendo un perfecto extraño. A veces

llego a olvidarme de que está ahí.

—Todos a la cama —ordena Cosmé—. Yo haré la primera guardia.

Por una vez, Cosmé nos deja dormir hasta tarde.

—Por lo general, hacen sus recorridos a primera hora de la mañana. No les gusta el calor —explica—. Como estamos tan cerca no nos moveremos hasta que el sol esté alto.

Permanecer quieta me resulta más desagradable que viajar. Cuando camino, tengo cosas en que ocupar mi mente, por ejemplo dónde poner el pie y lo mucho que me duelen los hombros. Pero, mientras estamos escondidos y relativamente cómodos, el terror vuelve a apoderarse de mí. Me cuesta decidir si es o no un alivio cuando por fin volvemos a cargar nuestros bultos y seguimos a Humberto fuera de la hondonada y nos adentramos en la sombra de Sierra Sangre.

La Piedra Divina se pone cada vez más fría. Estoy muy atenta, temerosa de que su helada advertencia ofrezca poco contraste para alertarme. En respuesta, el estómago se me contrae y se me agarrotan los músculos. Cuando Cosmé anuncia que hacemos un alto, estoy temblando de frío.

Nos cobijamos bajo un bosquecillo de pinos. Dos veces trato de desprenderme del petate para dejarlo caer sobre la alfombra de agujas de pino.

—Elisa, estáis temblando —dice Humberto, preocupado.

—Tengo muchísimo frío.

Acerca la mano a mi mejilla, y su calidez me conforta.

—¡Dios! Elisa, tenéis la piel fría como el hielo.

Echa mano a su hatillo y saca apresuradamente su caja de la yesca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Cosmé cuando él se agacha con la yesca y el eslabón.

—Necesitamos encender una hoguera. Rápido, antes de que el sol se ponga.

—¡Nada de fuego!

—Es Elisa. Tenemos que hacer que entre en calor.

Cosmé se vuelve hacia mí.

—¿Es la Piedra Divina?

Asiento.

—¿Se está acercando alguien? —pregunta Belén.

—N... no lo sé. No creo. Es sólo que se va enfriando a medida que nos acercamos.

Cosmé cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz.

—¿Y si no podemos llevarla hasta cerca del ejército?

Los demás me miran con desánimo. Incluso en medio de esta fiebre helada puedo leer en sus ojos lo que piensan: «¿Y si la hemos traído a rastras hasta aquí para nada?».



—Casi tengo el fuego encendido —dice Humberto—. Un momento más.

Hemos llegado tan lejos... La idea de volver a nuestra aldea tras un viaje infructuoso me llena de pavor. Y ahora, mis compañeros se arriesgan a ser descubiertos sólo para hacerme entrar en calor.

Toco la Piedra Divina con la punta de los dedos. El frío se transmite a través de la ropa. «Dios —rezo para mis adentros—, ¿qué debo hacer?». Como siempre, la piedra responde con una reconfortante vibración. Siento que el calor empieza a extenderse por mi tripa.

—¡Humberto! —digo con un hilo de voz—. ¡Apaga el fuego!

Cierro los ojos y sonrío. «Gracias, Dios. Si tengo que rezar toda la noche y mañana todo el día, eso es lo que haré». Zarcillos de calor trepan por mi espalda, bajan a mis piernas y me llegan a los brazos y por fin a la punta de los dedos. Oigo el ruido de las ramas al partirse cuando Humberto pisa el fuego para apagarlo.

Alzo la vista, sintiéndome relajada.

—Tengo que rezar —explico—. Necesito que todos me despertéis cuando cambiéis de guardia para que pueda calentarme.

Humberto vuelve a ponerme la mano en la mejilla con la excusa de comprobarme la temperatura.

—Esta Piedra Divina es una cosa rara —dice, pero veo el alivio en su cara.

Los demás me miran con una mezcla de respeto y susto.

En cuanto hemos extendido nuestros sacos de dormir, Belén nos sorprende sacando una hogaza de pan de su hatillo.

—Lo he estado reservando —dice—. Para nuestra última noche antes de llegar al ejército. Es probable que ya esté duro.

Humberto le da una palmada en la espalda.

—Eres un buen tipo, Belén.

Rezo en voz alta dando las gracias por nuestros alimentos y luego sigo rezando en silencio mientras comemos. El pan está seco y correoso, es cierto, pero delicioso con sus higos y sus nueces blancas. Me quedo dormida rogando a Dios que me dé coraje y sigilo, y agradeciéndole que una vez más me haya permitido saciar mi hambre con la cena.

De nuevo dormimos hasta tarde. Una vez recogidos nuestros petates, llevo a Cosmé a un lado.

—Si no consigo regresar y tú sí —le digo—, ¿me prometes que seguirás adelante con nuestro plan?

Me mira en silencio un momento y después asiente.

—Te prometo que el Maleficio se hará realidad.

—Gracias.

—Crees que vas a morir.

Me encojo de hombros fingiendo indiferencia.

—La *Inspiración* no es nada clara al respecto, y todos los portadores mueren en un momento dado.

—Entonces, ¿por qué accediste a venir?

Por muchas razones. Porque me había cansado de ser una inútil. Porque decidí que era preferible morir, si eso significaba completar mi Servicio. Porque ni Alodia ni Ximena ni lord Héctor habrían vacilado de estar en mi lugar. Porque ya era hora de crecer.

—Es la voluntad de Dios —le digo.

Una respuesta poco convincente, e hipócrita, porque estoy tan perdida como un cordero en un zarzal por lo que respecta a la voluntad de Dios. Pero explicar todas esas razones en voz alta sería muy difícil.

Humberto se echa el petate a la espalda mientras se acerca a nosotras.

—Deberíamos llegar hoy mismo a la caverna —dice—. Jacián, ve delante y asegúrate de que no la hayan descubierto. De lo contrario, tengo otro lugar en mente, aunque la cueva sería ideal.

Se vuelve hacia el este y, cuando nos disponemos a seguirlo, siento que un frío entumecedor se apodera de mis piernas. Rezo con fervor hasta que se me relajan los músculos y andar vuelve a ser un movimiento fácil y natural. El padre Alentín dijo que debía despejar mis dudas rezando, y eso es exactamente lo que hago. No dejo de hablar con Dios, contándole mis temores, hablándole del dolor en el arco de los pies, incluso de los lagartos que se cruzan en mi camino y de los halcones que graznan por encima de nuestras cabezas. Me pregunto si se reirá ante esta charla intrascendente, o si le hará algún caso. El hecho es que la Piedra Divina sigue difundiendo calor mientras no dejo de rezar.

Avanzar con sigilo y mantener al mismo tiempo una permanente conservación unilateral no me resulta nada fácil. Tengo la mente tan ocupada con la tarea que la tarde se me pasa sin advertirlo. De repente, me sorprendo al alzar la vista y ver a Jacián plantado delante de nosotros con una increíble sonrisa en los labios.

—La cueva está despejada —anuncia—, y la entrada está bien tapada por la vegetación.

Humberto se relaja visiblemente. No me había dado cuenta de lo preocupado que estaba. Nos conduce a un estrecho cauce seco polvoriento, angosto y lleno de espinos, de modo que me causa una gran desazón cuando me dicen que tendremos que esperar allí hasta que oscurezca. Al ver mi cara, Humberto sonrío y dice:

—Y tened cuidado con las víboras.

Lo miro con furia y luego me apoyo contra la pared desigual y cierro los ojos. Le digo a Dios que ansío un baño en el estanque de la caverna de la aldea, seguido por una comida a base de jugosas costillas de cordero y zanahorias estofadas.

No tenemos que esperar mucho, porque el sol desaparece más temprano detrás de las colinas que en el desierto. La necesidad de sigilo es mayor que nunca, pero con el

resplandor rojizo de la luz del poniente no puedo ver lo suficiente para apoyar los pies. Cada rama que se parte bajo mis botas, cada rozadura contra el esquisto emite una señal de advertencia. La plegaria desesperada pasa de mi mente a mis labios, y me encuentro susurrando mientras avanzamos. Es extraño, pero los demás no me mandan callar.

Se hace de noche mientras nos abrimos camino entre las zarzas y, sorteando pedruscos, ascendemos cada vez más. Por fin, el sombrío fondo de apiñados enebros se abre dejando ver un paño del azul más profundo, tachonado de estrellas y emborronado en el borde inferior por el resplandor rojo anaranjado del ejército de Invierno. Jacián nos invita a acercarnos al borde de un gran precipicio y nos asomamos, a una distancia que no parece suficiente, a un enorme valle. Las hogueras salpican la amplia planicie como si fueran velas sobre terciopelo, extendiéndose hacia el norte y el sur hasta donde abarca la vista, y hacia el este ladera arriba de la Sierra Sangre.

—¡Oh, Dios mío! —susurro.

Jacián nos conduce por el filo del precipicio y bajamos por un angosto camino de cabras. En la oscuridad, es la parte más peligrosa de nuestro viaje, pero apenas lo noto. En lo único que puedo pensar es en el tamaño del ejército de Invierno y en el extraño fanatismo que deben de sentir mis compañeros para traer a alguien como yo al otro confín del continente para salvarlos de semejante cosa. Oigo el crujido de ramas cuando Jacián hace a un lado los arbustos para dejar al descubierto la entrada de la cueva; es pequeña, y en su interior la oscuridad es más negra que aquí fuera. Uno por uno nos arrastramos al interior. Al instante, el aire me enfría y humedece la piel. Siento una mano en la mía y reconozco el contacto de Humberto.

—Pisad con cuidado, Elisa —me susurra mientras tira de mí hacia adelante y me hace rodear una esquina.

No veo nada, pero lo sigo sin rechistar ya que mi mente está obnubilada por los calambres helados que me atraviesan el abdomen. Me he olvidado de rezar.

Casi de inmediato oigo el ruido de la yesca, y una chispa me deslumbra hasta que se reduce a la simple luz de una vela. Cosmé sostiene la vela en alto, dejando ver el techo alto lleno de estalactitas.

—Hace años que no venía por aquí.

—Solíamos jugar aquí —me explica Humberto al oído—. Cuando éramos niños. Un pequeño arroyo, perfecto para chapotear, atraviesa la cueva en primavera.

—¿Y la vela? —pregunto—. ¿No hay peligro?

—Ningún peligro. En la siguiente cámara podemos incluso encender una pequeña hoguera.

La cámara a la que se refiere es diminuta y redonda, con blando suelo de arena. Lo más importante es que la entrada queda oculta por una inmensa columna de piedra caliza que se eleva desde el suelo. Todo el sistema de cavernas está sembrado de ramas secas, arremolinadas y pulidas por las inundaciones primaverales, con lo cual

no tenemos problema para reunir leña suficiente para un buen fuego. Tendemos nuestros sacos de dormir y bebemos una infusión de agujas de pino.

Belén se hace cargo de la primera guardia en el precipicio, a la entrada de la caverna. Rezo para calentarme el cuerpo antes de sumirme en un sueño intranquilo.

La mañana trae consigo una luz tenue. Al igual que en las cavernas de baño que hay detrás de nuestra recóndita aldea, el sol se abre camino hasta las profundidades de la tierra. Ya estoy sola en nuestra diminuta cámara de piedra caliza. Después de rezar para calentarme los miembros entumecidos, me levanto y saco de mi petate tinta, piel y pluma. Estoy ansiosa por terminar con esta tarea.

Cosmé entra en el momento en que me dispongo a marcharme. Trae un conejo al que sostiene cabeza abajo por las patas; las largas orejas veteadas arrastran por la arena.

—¿Ya te pones en marcha? —me pregunta, señalando la piel con el mentón.

—No tengo interés en quedarme aquí mucho tiempo.

Tiene los ojos brillantes y hay algo especial en su humor tranquilo, relajado. Debajo de esa piel perfecta asoma una chica con una sonrisa fácil y ojos bondadosos. Puede que la vuelta a las correrías de su infancia la haya hecho aflorar. O puede que sea simplemente la alegría de haber llegado con bien. Sea cual sea el motivo, me doy cuenta de que Cosmé, encantadora de por sí, podría ser arrolladoramente hermosa si se lo propusiera.

Frunce el entrecejo.

—¿Qué estás mirando?

—Eh el conejo... ¿Cómo lo...?

—Fue Humberto con una honda. Siempre se muestra complaciente cuando amenazo con hacer sopa para desayunar.

—Es muy competente —digo con una risita—. ¿Verdad?

—Como tú, mi hermano sólo aprecia la comida si puede servirse en grandes cantidades.

Prefiero creer que su burla es amistosa, y le respondo con una sonrisa burlona.

—Tu hermano es un chico sabio.

—Está de guardia a la entrada, si quieres unirte a él. Te llevaré el desayuno en cuanto esté listo.

—Gracias.

Desando el camino que hicimos anoche por la sinuosa caverna. No es difícil, pues todo lo que hay que hacer es seguir el rastro más brillante de la luz del sol. La silueta de Humberto se destaca a la entrada, con la espalda apoyada contra el borde. Una mata de espinoso mezquite oscurece el panorama. Cuando intento dar un paso fuera, siento la mano de Humberto en la rodilla.

—Hasta ahí, Elisa —me susurra—. Manteneos lejos del sol. La mañana ilumina

el precipicio como una antorcha. Ya podréis observar por la tarde, cuando tengamos el sol a nuestras espaldas.

Trago saliva ante el recordatorio del peligro en que nos encontramos.

Nuestros muslos se rozan cuando me siento junto a él. No me muevo ni un milímetro, absolutamente feliz de tener su cuerpo al lado del mío, de escuchar su tranquila respiración.

Veo con claridad al enemigo a través de pequeñas rendijas en el zarzal. Esta cueva es un excelente puesto de observación. Aunque no alcanzo a divisar la distribución del campamento, puedo distinguir a individuos aislados de piel clara que van y vienen atareados, sin identificar, vestidos con cuero y pieles, descalzos. Lo más sorprendente de todo es su pelo. Veo cabelleras negras, como la mía, algunas con tintes rojizos como la de Alejandro, pero los hay que tienen el pelo castaño, de un tono que recuerda al de la cáscara de coco, o incluso más claro, del color de la miel o de la paja.

—Tienen un aspecto extraño —susurro—. Tan salvajes, tan pintorescos...

—Espera a ver a un animago —responde Humberto con un gruñido.

Rezo para combatir el repentino escalofrío debajo de mi pecho. Después cambio de tema.

—¿Dónde están Belén y Jacián?

—Belén está cazando. Hemos hecho una apuesta a ver quién coge el conejo más grande. Jacián está explorando la zona para ver si ha pasado alguien recientemente. No volverán hasta la tarde. El sol está demasiado alto para que puedan subir por la pendiente sin que los vean.

Estoy llena de admiración por mis compañeros. No puedo ni imaginarme dejando el refugio de nuestra caverna, pero viajo con personas que se deslizan por la tierra del mismo modo que una gaviota roza las aguas. Se encuentran perfectamente cómodos en este lugar, incluso con el enemigo a tiro de piedra.

El perfil de Humberto es dorado bajo el resplandor de la mañana. La suave pelusa de su incipiente barba delinea su mandíbula hasta fundirse con el pelo ensortijado que cae en ondas por su espalda. No sé por qué, pero estar sentada a su lado hace que sienta menos miedo.

—Me alegro de que estés aquí —digo.

Vuelve la cabeza de golpe. Casi me estremezco cuando su mirada firme baja por mi cara hasta los labios. Y, aunque no hay ninguna plegaria en mi corazón, siento un calor ardiente en la boca del estómago. Entreabro los labios y me acerco más a él.

Un movimiento atrae mi atención y doy un respingo cuando la Piedra Divina envía una descarga de frío gélido a mis venas.

—Humberto —digo en un susurro frenético—. ¡Esos inviernitas! ¿Vienen hacia aquí?

Echa una mirada al grupo que se está reuniendo abajo. En su rostro aparece una expresión de alarma, aunque niega con la cabeza.

—No es posible que nos vean —dice con un hilo de voz.

Pero los inviernos continúan con sus idas y venidas en la base de nuestro precipicio. Unos cuantos alzan la vista hacia donde estamos. Humberto lanza un juramento y me dirige una mirada feroz.

—Volved adentro, Elisa. Decidle a Cosmé que apague el fuego. Yo cubriré nuestras huellas.

Más todavía que el frío, lo que me deja helada es la tristeza de sus hermosos ojos, tan profundos y sinceros. Los cierra un momento y después respira hondo por la nariz. Entonces, con un movimiento veloz, me pone una mano en la nuca, me atrae hacia sí y aprieta sus labios contra los míos. Pierde un tiempo precioso besándome, deslizándose su lengua por mis labios y luego por mis dientes. Abro la boca y le respondo con la misma urgencia.

Con el otro brazo me enlaza por la cintura y, atrayéndome contra su cuerpo, se levanta y me pone de pie. Después me aparta, pero no sin que antes pueda ver las lágrimas que brillan en sus ojos.

—¡Márchate, Elisa! ¡Corre, ahora!

Retrocedo hacia el interior de la caverna, alejándome de él, con las rodillas temblorosas y los labios yermos. Entonces, el terror se apodera de mí y corro hacia Cosmé.

Cosmé reacciona al instante a mi exclamación ahogada arrojando arena sobre el fuego de una patada. Mira en derredor escudriñando cada rincón de nuestra estancia.

—El hatillo de Jacián sigue aquí —dice con voz entrecortada—. Entiérralo mientras tiro el desayuno.

Me arrodillo y cavo con furia, contenta de tener algo que hacer. «Esto es lo que me temía», pienso, mientras esparzo arena en todas direcciones. Cavo y cavo, musitando plegarias sin sentido, hasta que llego a la humedad.

Cosmé regresa y echa el hatillo al agujero. Entre las dos lo cubrimos, y luego Cosmé apisona el terreno para igualarlo. Una presencia hace sombra en la entrada.

—Están trepando por los peñascos —dice Humberto con incredulidad—. Saben que estamos aquí.

Cosmé pone cara de piedra. Humberto mira al suelo como si estuviera avergonzado. Ambos han sido tan fuertes desde que los conozco, tan decididos... De repente me siento perdida y pequeña.

—Por lo menos Belén está a salvo. Y también Jacián —susurra Cosmé.

A salvo. En mi cabeza empieza a despejarse la neblina del miedo.

—¿No hay otra salida de la cueva? —pregunto.

—No —responde Humberto.

Yo nunca podría salir corriendo de las rocas con rapidez suficiente. Y, aunque lo consiguiera, de ningún modo podría escapar de los perseguidores en una huida a través de las colinas.

—¿Podrías salir vosotros dos y escapar? ¿Quiero decir, sin mí?

No dicen nada. Lo cual es una clara respuesta.

—Enseñadme el mejor lugar para esconderme. Dejadme comida y agua y salid de aquí.

Veo negación en los ojos de Humberto, pero aceptación en los de Cosmé.

—Venid a buscarme dentro de unos días —añado—. Si puedo escapar de la cueva y dirigirme al oeste, lo haré.

Desde luego que no pasará tal cosa, pero eso puede convencer a Humberto para que se vaya.

—Soy portadora de la Piedra Divina. Si alguien tiene posibilidades de sobrevivir soy yo. ¡Marchaos ahora mismo! Alejadlos de mí.

Mientras Humberto sigue dudando, Cosmé me arrastra hacia adentro.

—Hay un lugar al fondo de la otra galería —dice al tiempo que me apresuro a seguirla—. Una especie de cuña. No será cómoda, pero te permitirá permanecer oculta.

Llegamos hasta allí enseguida. Me hubiera gustado que la caverna fuera más

grande, para poder perderme fácilmente en ella. Cosmé me muestra una grieta. Se empina hacia arriba en una serie de ondas y lenguas pétreas, una auténtica cascada de brillante caliza.

—Trepas —me ordena Cosmé—. Cuando te internes en la oscuridad, verás una depresión a tu izquierda. Tienes que arrastrarte por ella durante todo el trayecto que puedas.

Obedezco rápidamente, poniéndome a gatas para arrastrarme por la piedra, que está demasiado lisa para aferrarse a ella. Siento las manos de Cosmé en mi trasero, que me empujan hacia adelante. La depresión aparece oscura a mi izquierda; no sabría decir qué profundidad tiene. Me retuerzo torpemente y me lanzo a su interior, arañándome las rodillas. Es una caverna dentro de otra, con una zona deprimida protegida por un saliente de roca. Me interno todo lo que puedo, en plena oscuridad.

—Esto servirá —dice Cosmé—. Mantente acurrucada. Te traeré comida y agua.

Aquí hace más frío, casi está helado. O tal vez es la Piedra Divina. «Por favor, mantenme a salvo, de algún modo», musito. El suelo es arenoso y confortable, pero tengo que agachar la cabeza y los hombros y plegar las piernas para mantenerlos en la oscuridad.

Por la abertura asoma la cabeza de Humberto. Lanza mi hatillo hacia adentro, que aterriza a mi lado en la arena.

—Dentro va toda nuestra comida y nuestra agua. También tu tinta. Sugiero que te embadurnes con ella la cara y todas las partes claras de la ropa. Si se produce una inundación repentina, el agua ocupará toda la cámara. Deja que te arrastre al interior de la caverna. Allí el agua será somera.

¿Inundación repentina?

—¡Humberto! —Es la voz de Cosmé en la distancia—. ¡Ya los oigo!

La mirada de él está llena de tristeza. Y de disculpa.

—Vamos, Humberto —le digo en voz muy baja—. No quiero que te pase nada.

—Volveré a buscarte pase lo que pase.

—Lo sé.

Alarga la mano y me aprieta la pantorrilla. Luego desaparece, dejándome sola en la espesa y helada oscuridad. Un momento después, oigo gritos. Los han visto abandonando la caverna, e inician la persecución. Me debato entre la esperanza de que mi enemigo se lance tras mis compañeros y el deseo de que vengan a buscarme y den a Humberto y Cosmé una oportunidad para escapar.

Escucho atentamente, acurrucada y en una dolorosa inmovilidad. Los gritos se desvanecen. Tal vez se alejan de mí. No estoy segura de si me siento aliviada o no.

Luego oigo unas pisadas silenciosas en la arena.

Los latidos del corazón me retumban en los oídos. Tengo miedo de respirar. Estoy segura de que verán esta grieta. Se darán cuenta de su amplitud y alumbrarán mi obvio escondite. Pienso en la tinta que tengo en el hatillo y desearía que me diera tiempo a embadurnarme la cara y la ropa para pasar desapercibida. Pero también es



posible que su olor me delatara.

El olor... La caverna sigue oliendo a carne de conejo asada. Se me llenan los ojos de lágrimas. Humberto, Cosmé y yo tendríamos que estar compartiendo una comida en este momento. Y luego pienso: «Qué extraño pensamiento cuando estoy a punto de que me capturen o incluso de que me maten».

Los pasos se acercan cada vez más. Murmullos de voces masculinas en una lengua que no conozco.

Pero de pronto la entiendo. Es parecida a la Lengua Antigua, aunque las sílabas son más cortantes y guturales. Me quedo tan sorprendida que por un instante me olvido del miedo. ¿Habla la Lengua Antigua la gente de Invierno?

—*Né hay ninguno iqui* —dice uno.

—*Lo Chato né sería feliz si alquino nos escapría.*

Las voces guturales parecen estar más cerca porque se oyen más fuertes. Delante de mí, a un paso de distancia, una mano palpa la cascada de arenisca, alumbrada por un rayo de sol que se filtra por las fisuras del suelo. Una mano gruesa y pálida como la masa cruda de un pan surcada de cicatrices.

«Por favor, Dios mío, haz que se vayan».

Espero que a continuación aparezca un brazo y tal vez un rostro pálido. Cierro los ojos negándome a ver. Finalmente oigo:

—*Né vieo nado.*

El sonido de los pasos se aleja. Me doy cuenta de mi soledad, y es algo vacío y triste.

Renuncio a moverme, temerosa de que sea una trampa, de que estén haciendo guardia en la entrada, esperando que me descubra yo misma. Ojalá tuviera hojas de duerma; de ese modo podría dormir durante esta pesadilla. Luego, en unos días, me despertaría, o bien prisionera o bien libre. O estaría muerta y ya no me despertaría. De cualquier modo, escaparía al terror de no saber lo que me va a pasar, de ignorar si mi enemigo me espera justo al doblar la esquina.

El estómago vacío me duele. Tengo que hacer pis. Pero no me atrevo ni a mover un dedo, ni siquiera a respirar hondo. También me duele la zona baja de la espalda por la necesidad de relajarse y por tener las piernas tan apretadas contra el torso. Pese a todo, consigo dormirme, invadida por la tibieza de las plegarias más fervientes de mi vida. «Por favor, cuida de Humberto y de Cosmé, y de Jacián y de Belén. Permíteles escapar. Permíteles seguir viviendo».

Cuando me despierto, tengo la espalda rígida como una piedra y mi estómago es un agujero que ruge de hambre. La oscuridad es impenetrable, por lo que deduzco que he dormido al menos hasta bien entrada la tarde, tal vez más. Con toda la calma acerco mi hatillo y manipulo las ataduras, sorprendida de lo fácil que les resulta a mis dedos deshacer los nudos, y busco en el interior el paquete de cecina. La carne —tiras

secas de cordero curadas con sal y endulzadas con miel— resulta reconfortante, por más que se me pegue a los dientes cuando arranco algunas fibras. Después echo un trago del pellejo del agua, preguntándome si debo conservarla y haciendo cálculos de cuánto tiempo aguantaré en este agujero. Hurgo en el hatillo para comprobar lo que me dejó Humberto. Otro paquete de comida, otro pellejo de agua, una vela, un cuchillo y la caja de la yesca. Nunca encendí un fuego, si bien observé cómo lo hacían otros. No puede ser tan difícil.

Enfundo el cuchillo en el cuero de una de mis botas, metiéndolo bajo la capa de pelo de camello. Antes que ninguna otra cosa, tengo que descargar la vejiga. Pienso en cavar un agujero justamente aquí en mi diminuta oquedad, pero entonces me vería obligada a sentarme sobre mi propia orina. Es mejor deslizarme ahora hacia abajo por la pendiente y trepar antes de que se haga de día.

Poco a poco, en silencio, coloco una pierna sobre la lengua de piedra y me sujeto con ambas manos mientras hago el mismo movimiento con la otra. Me deslizo boca abajo por la pendiente y me dejo ir hasta el fondo. Cuando mis botas entran en contacto con el suelo arenoso, lanzo un suspiro de alivio un tanto ruidoso. Me pongo de pie y escucho unos instantes. Nada. Doy algunos pasos experimentales. Sigo sin oír nada.

No me atrevo a alejarme mucho, porque no estoy segura de encontrar el camino de vuelta en la oscuridad. Apoyada en los talones alivio un poco la presión que siento en el abdomen. Hago un pozo en la arena, parando a intervalos para escuchar. Luego palpo el suelo, buscando el agujero, y marco el punto más profundo con la puntera de la bota mientras me subo la ropa y doy con el ajustador de mis calzones. La urgencia es apabullante, y a duras penas me da tiempo a agacharme.

Escucho voces y pasos que se arrastran.

No tengo tiempo de acabar. Me subo los calzones y voy gateando hacia la pendiente mientras siento la tibieza de la orina que me corre por las piernas. La caliza es demasiado resbaladiza, demasiado blanda. Trepo con dificultad, arañando la piedra, ignorando el escozor de las puntas de los dedos, pero mis pies se enredan en los pantalones medio bajados que no llegué a atar. Las voces se acercan. Mi gateo se vuelve frenético; pero, cada vez que mis dedos logran afirmarse, mis pies resbalan. Lágrimas de miedo me ruedan por las mejillas. Entonces, la Piedra Divina se vuelve de hielo, y ahogo una exclamación. Se me congelan los dedos. Pierdo mi capacidad de aferrarme y me deslizo hacia abajo. Aterrizo de espaldas en el suelo de la caverna; el impacto hace que mis pulmones se queden sin aire.

La luz de una antorcha me quema los ojos. Unas manos rudas se me clavan en los hombros. Me ponen de pie y me dan vuelta. Veo rostros pálidos, mechones de pelo apelmazados, ojos airados.

Uno de ellos se aparta con gesto de asco, arrugando la nariz. En ese instante percibo el olor de mi orina, realmente acre. Por un momento, la humillación se impone al miedo. Hasta que uno de ellos dice en Lengua Antigua:

—Llévasela al Gato.

Un hombre fornido de estatura más baja me pone una daga al cuello y me empuja hacia adelante. Pienso en mi cuchillo, enfundado en una bota, a pesar de encontrarme totalmente rodeada de inviernitas. Por primera vez, me permito recordar al Extraviado que maté, la forma en que el cuchillo chocó contra el hueso, cómo se coló entre sus costillas del mismo modo que una aguja atraviesa un grueso tapiz. La sangre que empapó mi falda se enfrió enseguida. ¿Podría volver a matar?

—Ésta no es un guerrero —apunta uno.

Desde luego, tiene razón. Cuando maté al Extraviado fue más que nada un accidente.

—¿Dónde están tus compañeros? —pregunta otro.

Abro la boca para decir «¿Qué compañeros?». Pero en ese instante recuerdo que la mayoría de la gente de las colinas no habla la Lengua Antigua. En cambio, respondo en Lengua Vulgar:

—No te entiendo.

El golpe es tan imprevisto que ni siquiera tengo tiempo de sentir miedo. El labio partido me escuece de dolor mientras él se me acerca más, los ojos intensamente anaranjados a la luz de la antorcha.

—Los bárbaros sois todos unos cerdos —escupe—. Os meáis encima, habláis una lengua de mierda.

Se vuelve hacia los demás. Ahora mis ojos se han adaptado a la luz, y puedo contar cinco inviernitas, todos ellos hombres vestidos con ropa de cuero sin teñir y con adornos de piel.

—Llevadla montaña abajo —ordena—. Si no resiste, tiradla por la ladera.

Me arrastran por la caverna hasta la entrada y me obligan a sentarme con las piernas sobre el borde. Está demasiado oscuro para ver dónde pongo los pies y las manos, pero una lanza apoyada en mi cara me inspira. Me deslizo hacia adelante buscando arbustos o huecos. No resulta tan difícil como parecía durante el día. Pegado el cuerpo al suelo, compruebo que no es totalmente vertical. Considero la posibilidad de dejarme resbalar y alejarme de mis captores. Correría el riesgo de romperme una pierna, o algo todavía peor, pero produciría sorpresa. Una rápida mirada hacia abajo me hace cambiar de idea. Las hogueras del ejército de Invierno están por todas partes. Una vez en el suelo, no habrá escapatoria. Así que me tomo mi tiempo —tanto como me permite la lanza dirigida a mis ojos— y voy descendiendo con sumo cuidado.

Me arden los brazos cuando por fin tocamos el suelo del valle, pero siento una extraña energía en todo el cuerpo. Pienso en echar a correr, pero no soy lo suficientemente rápida ni fuerte para deshacerme de mis captores. Imagino qué sentiría si esa lanza se clavase en mi espalda. De momento, sea por la razón que sea, estoy viva. Mientras me conducen hacia una tienda descolorida de grandes dimensiones, el único signo destacado de resistencia que me permito es llevar la

cabeza bien alta.

Algunos me observan desde sus hogueras cuando pasamos, los ojos muy abiertos por la curiosidad. Una figura se inclina sobre un conejo ensartado en un palo, y su postura hace resaltar la línea del busto contenido por un chaleco de cuero adornado con piel. Me vuelvo para mirarla cuando mis guardianes me empujan hacia adelante. Me doy cuenta de que a una cierta distancia no puedo distinguir a las mujeres de los hombres. Todos visten las mismas prendas, tienen el mismo pelo apelmazado y la misma piel pálida.

De la pared de la tienda pende una pequeña campana de bronce. Un inviernita la hace sonar.

—Pasad —autoriza alguien, y otra vez el hielo se hace notar en mi abdomen.

Rezo por conseguir calor y seguridad cuando uno de mis captos levanta la puerta de lona de la tienda y me empuja al interior.

Volutas de picante olor a incienso me envuelven la cabeza, y atraen mi atención hacia un altar de piedra cubierto de velas, todas ellas de distinto tamaño por haberse derretido en mayor o menor grado. Parpadeo para despejar los ojos del humo y adaptarlos a la luz.

—Me habéis traído otro bárbaro —suelta con enojo la misma voz, con un tono profundo y tan helado como el frío que siento en mi estómago—. ¿Por qué no lo habéis matado?

El hombre achaparrado que me conduce se inclina.

—Perdonadme, señor. Me pareció raro que alguien que no es claramente un guerrero se escondiera en la cueva situada por encima de nuestro campamento. Pero si queréis que me la lleve y que no os moleste más...

—No es un guerrero, ¿eh?

Una figura se acerca a mí. Es de altura media, como yo, y delgado como el tronco de un cocotero, vestido con ropajes tan blancos como el cuarzo. Su rostro es pálido y de rasgos perfectos, como si un escultor lo hubiera esculpido centrando su atención en la belleza. Una larga trenza de cabello blanco baja sinuosamente por su hombro como una serpiente. No, es de un amarillo muy tenue, como el borde interior del sol naciente. Lo más desconcertante de todo son sus ojos. Nunca había visto unos ojos como los suyos, porque son azules, tan azules como mi Piedra Divina. ¿Cómo puede ver?

Se inclina hasta que sus carnosos labios casi me rozan la frente.

—Eres una cosita muy suave, ¿verdad? ¿Eres un guerrero?

¿Es éste el Gato? ¿Un animago, tal vez? ¿Uno de los responsables de quemar la carne de mi gente? ¿De enviar a la guerra a los países de mi padre y de mi esposo? Cuando miro al fondo de sus ojos antinaturales, algo se enciende en mis entrañas. Algo totalmente diferente de la piedra incrustada en el ombligo. Mi cuerpo empieza a latir con ello, y siento que me arden las mejillas. Me doy cuenta de que es ira.

Entorno los ojos y digo alto y claro en Lengua Vulgar:

—Lo siento, pero no entiendo ni una palabra de lo que está diciendo.

Estudia mi cara por un momento; luego sus ojos centellean, salvajes y peligrosos. Se vuelve de espaldas y se aleja. Su modo de moverse me pone la carne de gallina. Es tan grácil como las volutas de humo que nos envuelven.

De un pedestal de madera próximo al reluciente altar, coge un pellejo de vino y escancia un chispeante líquido rojo oscuro —vino, supongo— en un cuenco de cerámica. Mientras bebe a sorbos, nos mira pensativo por encima del hombro.

—¿No habéis encontrado a los tres que escaparon? —pregunta.

—No, señor —dice el hombre achaparrado.

Toma otro sorbo. Extiende la mano libre y chasquea los dedos con fría despreocupación. Mis acompañantes se quedan paralizados. Observo sus ojos desorbitados de terror mientras se asfixian y resuellan, incapaces de moverse, y comprendo que esto es brujería, y como respuesta, mi Piedra Divina relumbra.

El hombre de los ojos azules clava en mí una mirada feroz.

—¡Todavía te mueves! —exclama.

Vuelve a chasquear los dedos frente a mí. Se suponía que no podría moverme, que estaría paralizada como los otros. De modo que me quedo quieta, muy quieta, por más que la ira sigue palpitando en mí. Escucho la voz de Alodia en mi cabeza: «A veces es mejor dejar que tu oponente piense que tiene el control», solía decir con aire de suficiencia.

—Si no los encontramos mañana, ya estarán fuera de nuestro alcance.

Mi mente vuelve a sus primeras palabras: «Los tres que escaparon...». Pero yo tengo cuatro compañeros. Tal vez uno de ellos esté prisionero en este campamento. O muerto. Es difícil mantener mi forzada parálisis mientras pienso en Humberto. Lo imagino boca abajo sobre las rocas, con el cuerpo atravesado por una lanza o tal vez por una flecha. Me tiembla en la mejilla.

—Buscad a los otros —ordena el hombre de los ojos azules, pero ahora su voz es tranquila, coloquial.

Vuelve a chasquear los dedos, y mis captores salen pitando. Se aproxima a mí.

Yo sigo aterrorizada, pero es más bien el pensamiento de que tengo miedo, y por mi cabeza pasan diferentes posibilidades en encarnizada competencia.

La luz de las velas se refleja en algo que le cuelga del cuello atado con una tira de cuero. Es una diminuta jaula que oscila en mitad de su pecho, lo suficientemente pequeña como para abarcarla con la palma de la mano, con unas barras negras que parecen de hierro y un diminuto pasador en la parte de arriba. Dentro hay algo brillante.

—Cosita dulce —susurra, acercándose más, mientras la jaulita se balancea contra su pecho—. Percibo que eres inteligente. Hay algo en tu cara. Algo extraño.

Escucho sus palabras, pero no tienen sentido. No puedo apartar la vista del amuleto, de la brillante piedra azul encerrada en la jaulita. He visto eso antes, en el estudio del padre Nicandro, en mi propio ombligo.

Es una Piedra Divina.

Me quedo pasmada, realmente helada, aunque no por la magia del animago. ¿Es posible que éste sea el tan mentado amuleto? ¿El que deja cicatrices ardientes y desiguales en los cuerpos de mi gente? En ese caso, ¿cómo es posible que Dios permita que algo tan sagrado se use de esa manera?

No puede ser la propia Piedra Divina del animago, a menos que la haya arrancado de su propio vientre. Lo más probable es que se haya hecho con ella por otros medios. El padre Nicandro sólo me dio tres, pero han pasado casi veinte siglos desde que Dios nos puso en este mundo. Casi veinte portadores. Y entonces se me ocurre el pensamiento más aterrador: «¿Es posible que Dios haya escogido portadores entre el enemigo?».

Me estudia mientras estos pensamientos bullen en mi mente. Espero que mi rostro no le haya dado demasiadas pistas.

Sonríe. Tiene unos dientes amarillos y horribles, nada acordes con las perfectas facciones de su cara.

—Has hecho que llegue tarde a la cena —dice con voz meliflua—, pero no te preocupes. Soy un hombre razonable. —Inclina la cabeza hacia un lado, luego la rota hacia el otro, y hace que me sienta como un pequeño roedor que se enfrenta a un puma—. No entiendes la lengua sagrada, ¿verdad? No te preocupes, no te preocupes. Cuando vuelva, la tierra absorberá algo de tu sangre y ya veremos. —Me acaricia la mejilla, y a duras penas puedo reprimir un escalofrío ante su contacto frío y seco, como la piel de una serpiente—. Te traeré algo de comer. Sé buena y no te muevas hasta que vuelva —añade, riéndose de su propia gracia.

Y me deja a solas en la tienda.

Miro frenéticamente a mi alrededor, preguntándome cuánto tiempo tendré. Ésta podría ser mi única ocasión de escapar, pero debo pensar con rapidez. Considero la posibilidad de salir corriendo, pero hay demasiados inviernitas que se interponen entre mí y las colinas. Puede que sea mejor esperar al regreso del animago. Matarlo. Quizá podría apropiarme de su Piedra Divina y sostenerla ante mí como un arma en mi huida. Por supuesto, no sé cómo se usa, pero tal vez me permita ganar algo de tiempo. O tal vez no. Al menos moriría sabiendo que había liberado al mundo de uno de los hechiceros de Invierno. Hitzedar el arquero mató a uno en una ocasión. Y también el abuelo de Humberto, Damián. Ahora me toca a mí.

Me siento ridícula echando mano del cuchillo que tengo en la bota, y más aún cuando siento la humedad de la orina en mis calzones, por debajo de la ropa. Decido no pensar más en ello.

No sé si podré volver a acuchillar a alguien. Matar con un cuchillo es algo tan personal, tan íntimo que nunca pensé que lo soportaría. Además, como acertadamente

señalaron mis captores, no soy un guerrero.

O sea que, para tener éxito, tengo que cogerlo por sorpresa. Escondo el cuchillo en mi fajín de modo que la empuñadura quede oculta a mi espalda. Tengo muchas probabilidades de clavármelo con un giro brusco del torso, porque lo único que se interpone entre la hoja y mi piel es el gastado tejido de mi ropa. Sin embargo, no se me ocurre ningún otro lugar donde ocultarlo y que sea de fácil acceso.

Echo una mirada en derredor, buscando cualquier otra cosa que pueda ayudarme. Contra una pared hay un grueso saco de dormir de lana amarillenta. El suelo está desgastado y liso, vacío salvo por el altar de piedra donde relucen las velas, el soporte de madera con un pellejo lleno de vino y unas cuantas plantas grisáceas atrofiadas por falta de sol. Me quedo mirando las plantas, pues su textura aterciopelada y sus bayas secas y parduscas me resultan familiares. Me acerco al pie del altar para observarles, y advierto que fue construido en torno a un pedrusco natural. Y claro que las plantas son conocidas. El color es engañoso, ya que dentro de la tienda no les da el sol ni circula el aire, pero no cabe duda de que son plantas de duerma.

No me puede quedar mucho tiempo. Recojo varias bayas en la palma de mi mano, desanimada al ver lo secas que están y lo fácilmente que se desprenden del tallo. Hago una mueca cuando el tapón del pellejo de vino se abre con un ruido seco. Dejo caer una baya dentro, luego vacilo y pienso. Las demás las abro con la uña para dejar al descubierto la parte interior antes de dejarlas caer dentro.

Oigo pasos y, tontamente, me vuelvo a mirar la solapa que cubre la entrada de la tienda. Debe encontrarme en la posición exacta en que me dejó. ¿Dónde estaba? ¿Tenía los brazos caídos a los lados del cuerpo o un poco echados hacia adelante? Corro al lugar donde me hallaba y me vuelvo hacia el altar. No, no era exactamente así. Sentía el calor de las velas más próximo a mi piel. Se abre la tienda justo cuando me vuelvo apenas hacia la izquierda. La empuñadura del cuchillo escondido se me clava en la espalda cuando el frío aire del exterior me arrebola la cara y hace oscilar la llama de las velas como el movimiento ampuloso de una mano invisible.

El animago entra riendo entre dientes.

—Ah, qué obediente eres. Ni siquiera te has movido. Ni siquiera has vuelto a mearte encima.

Trae dos cuencos de madera, y a pesar de mi precaria situación se me hace la boca agua con el delicioso olor del venado con ajo y albahaca.

—Ya verás que soy un hombre bondadoso. Te he traído algo fantástico de comer —dice, poniendo un cuenco delante de mí y sentándose con las piernas cruzadas—. Siéntate.

Me quedo mirándolo.

—Siéntate, siéntate —repite, moviendo la mano en el aire y dando a continuación unas palmaditas en el suelo, delante de él.

Obedezco lentamente, observándolo por si hace algún movimiento.

Se lleva un trozo de carne a la boca. La coge con los dientes de modo que unas



hebras de carne grisácea y fibrosa quedan colgando de sus gruesos labios. Mueve la cabeza a izquierda y derecha, sacudiendo la carne e impulsándola hacia la boca, para luego echar hacia afuera el mentón y tragar. Ni siquiera se ha tomado la molestia de masticar.

Miro a mi propio cuenco. Se me ha quitado el apetito.

—¡Come! —me ordena, señalando el cuenco.

Vacilo. ¿Y si me envenena?

—¡Come, come, come!

Mojo un dedo en la salsa y me lo llevo a los labios. Después de probarlo, lo chupo con avidez.

—Ahora, mientras cenamos... —Se mete otro trozo de carne en la boca y lo traga entero—. Me vas a contar sobre tus compañeros, los que huyeron de la cueva antes de que te encontráramos.

Lo miro fijo, tratando de parecer estúpida.

—Probemos de otra forma. —Y en la Lengua Vulgar me dice—: Háblame de tus compañeros.

Doy un grito ahogado.

—Para mí es desagradable hablar tu lengua —dice sonriendo—. La siento como tierra en la boca. Por lo tanto, me vas a decir lo que quiero saber y rápido, para que no tenga que mancillarme con demasiadas palabras bárbaras.

El corazón me late desbocado. Habría sido mucho más fácil fingir ignorancia. Ahora debo elegir mis palabras con el máximo cuidado.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunto, sin molestarme en disimular el temblor de mi voz.

Necesito entretenerlo el tiempo suficiente para que se beba un buen trago de vino. O para que se acerque lo bastante como para poder clavarle por fin el cuchillo.

—Voy a cenar contigo mientras me hablas de tus compañeros. Si no lo haces, daré a beber a la tierra un poco de tu sangre y me valdré de mi magia para abrirte la boca. Entonces, a ti te tocará decidir.

—¿A mí? —susurro—. ¿Decidir?

—Si vives o mueres.

Habrás un coste, una elección. No sé de qué se trata ni me importa. Si puedo matarlo, no importará nada.

—Quiero vivir —digo, simulando más miedo del que tengo.

De repente me doy cuenta de que ya no tengo frío. Ya no necesito estar en un estado de plegaria permanente para evitar que se me hielen los brazos y las piernas. ¿Se deberá tal vez a que, pase lo que pase a continuación, será mi acto de Servicio? ¿O será tal vez la presencia de la Piedra Divina ajena?

Ah, la Piedra Divina. Podría ser mi única ocasión de entender.

—Eso... que llevas al cuello —digo, señalando—. Mi gente le tiene mucho miedo.

—¡Come, come!

Vuelvo a meter un dedo en el cuenco mientras él se echa hacia atrás, con un brillo de arrogancia en sus azules ojos.

—Es algo a lo que hay que temer. Esta piedra y las de mis hermanos pondrán tu tierra en nuestras manos. Es la voluntad de Dios.

Ganas me dan de acuchillarlo ahí mismo. ¿Qué sabrá este hombre de la voluntad de Dios? Es un demente, apenas es humano con esos ojos de loco y su hambre depredadora. Me tiemblan las manos de rabia, aunque no sé muy bien contra quién va dirigida. Los Reformistas me mantuvieron en la ignorancia de acuerdo con la voluntad de Dios. El padre Nicandro me habló de mi herencia por la misma razón. Cosmé y Humberto me secuestraron para que se hiciera Su voluntad. Y, ahora, incluso mi enemigo presume de conocer la voluntad de Dios.

Alentín me aseguró que todos tienen dudas, pero al parecer yo soy la única que no tiene ni la menor idea de lo que Dios quiere de mí. Soy la portadora y no entiendo nada.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Creo que un poco de vino con la cena vendrá muy bien. ¿No te parece?

—Me mira con una sonrisa feroz y se pone de pie. Apenas puedo respirar al verlo acercarse al soporte donde está el pellejo de vino.

«Dios, por favor, haz que beba».

Se desliza por el interior de la tienda con gracia felina, y es como si hubiera algo más retorciéndose debajo de su piel. Una criatura dentro de otra criatura. Alodia parecería zafia y torpe a su lado.

Llena dos jarras.

No sé mucho sobre la hoja de duerma. No sé cuánto tarda el veneno en matar a alguien, y ni siquiera si las bayas sin procesar son eficaces. Me echo hacia atrás mientras él se acerca, buscando consuelo en la sensación de la punta del cuchillo contra mi espalda.

Vuelve a sentarse en su sitio.

—Háblame de tus compañeros —dice—, y te daré un poco de vino.

Como si el vino fuera algo tan valioso. Hay algo de simple y de ingenuo en él. O tal vez sea la demencia. Hago como si reflexionara.

—¿Qué quieres saber? —pregunto.

Casi no puedo respirar cuando lo veo beber.

—¿Por qué habéis venido?

*Belleza de la guerra* dice que los mejores engaños nacen de la verdad.

—Queríamos ver vuestro ejército —le digo.

—No creo que seáis tan tontos —replica, tomando otro sorbo.

Miro la otra jarra como si me apeteciera.

—Nos mandaron —le digo.

—¿Quién os mandó? —inquire, abriendo mucho los ojos.

—No puedo decírtelo.

Se inclina hacia adelante, lo bastante cerca como que pueda ver sus negras pupilas. Son oblongas, como las de un gato.

—Si no me lo dices, sangrarás.

Hago un minucioso estudio de la comida que hay en mi cuenco, como si estuviera dudando.

—Fue el conde —digo por fin—. El conde Treviño. —El hombre que proporciona alimento a nuestro enemigo, el traidor—. Hay muchos en la corte del conde que no creen que tu ejército sea tan grande. Necesitaba confirmarlo y nos mandó a nosotros a averiguarlo.

Se echa hacia atrás, pensando en lo que he dicho, y otra vez se lleva la jarra a los labios.

—No te creo.

«Oh, Dios, por favor, haz que el veneno haga efecto».

—¿Por qué no? —digo, tratando de parecer confundida.

—Porque tú no eres un guerrero. El conde es un gran necio, pero no enviaría a una niña que se mea encima a espiar a un ejército.

Tiene razón, por supuesto, y el corazón me grita la verdad. ¡Soy portadora de la Piedra Divina! Sin embargo, si alguna vez estuve segura de algo, es de que este animago nunca debe saber eso.

—No sé por qué me envió a mí —respondo, con la cabeza gacha como muestra de fingida vergüenza.

«Haz que siga hablando», me digo para mis adentros.

—Mientes muy mal.

Su movimiento es tan rápido que casi no lo veo. Sólo noto el dolor lacerante que se extiende por mi antebrazo. Miro la sangre que brota en dos surcos paralelos.

Me muestra dos dedos y veo los objetos punzantes que salen de debajo de sus uñas y que chorrean sangre mía.

El pulso martillea en mi brazo, y los rojos hilos de sangre caen al suelo. El aire brumoso vacila ante mí y siento que me balanceo.

Vuelve a beber.

—Ahora que la tierra ha probado tu sangre, tal vez sepamos la verdad de todo esto.

Las gotas brillantes caen sobre la tierra apisonada. Se expanden al hacer impacto, achatándose, y se emborronan en el suelo, adoptando un color pardo. La Piedra Divina se convierte en fuego, y a punto estoy de ahogarme cuando siento el ardor que se propaga por mi espina dorsal.

—A la tierra le encanta tu sangre —canta—. Oh, sí, la tuya en particular, la ama, ama, ama. Mi piedra ya se está calentando.

Sorbiendo, se lleva la jarra a los labios.

El amuleto que se balancea contra su pecho empieza a relumbrar, blanco azulado

como el cielo antes del amanecer. Va a quemarme. Va a extraer de mí la verdad chamuscándome la piel trocito a trocito. No soy una persona fuerte. Sé que voy a decir cualquier cosa con tal de que cese el dolor.

Él es mucho más rápido que yo, de modo que sé que debo hacer esto a la perfección. Mientras mi antebrazo izquierdo sigue aportando a la tierra mi sangre vital, con la mano derecha, lentamente, echo mano del cuchillo que hace presión sobre mi espalda. La mantengo allí, vacilando. Éste podría ser el momento de mi muerte. Él podría destrozarme con esas garras artificiales y abrirme la garganta si le diera la gana.

—No quiero morir —le digo con sinceridad.

Sonríe como un padre lisonjeando a su hija favorita, tal como mi padre solía mirar a mi hermana con cariñosa tolerancia.

—Sólo tienes que decirme...

No acaba la frase. Me mira de una manera extraña, entrecerrando esos ojos increíbles.

—No puedes evadirte de mí, niña —dice, volviendo a la Lengua Antigua—. Es demasiado tarde. La tierra ya te ha probado.

Mi mirada no se aparta de su rostro, demasiado hermoso, pero saco el cuchillo de mi fajín.

—Estoy cansado. Muy pero muy cansado. —Mira a su alrededor, sin poder enfocar. Entonces abre mucho los ojos como dándose cuenta—. ¿Qué me has hecho?

Quiero decirle que es un necio. Quiero mostrarle mi propia Piedra Divina, viva y real. No digo nada.

Echa mano de su Piedra Divina enjaulada y la impulsa hacia mí, pero el brillo se desvanece.

—¿Por qué no te quema? —pregunta con voz entrecortada—. ¿Por qué?

—Porque no es la voluntad de Dios —le respondo en la Lengua Antigua.

Sus ojos azules se agrandan. Abre la boca, pero no sale ningún sonido. Cae hacia atrás y queda allí tendido, con la cabeza en la base del altar y la oreja rozando las hojas de la marchita planta de duerma.

—Gracias, Dios —digo en voz alta—. Gracias.

Le apoyo una mano en el pecho para ver si está muerto de verdad. Capto una palpitación por debajo de sus costillas, débil pero perceptible. No está muerto. Tal vez las bayas de duerma pierdan potencia al secarse; pero, si mi propia experiencia con la hoja de duerma puede servir de indicación, dormirá mucho tiempo.

Uso el cuchillo para cortar una tira de su ropa y vendar con ella mi antebrazo herido.

Extrañamente, estoy viva. Tiene que haber una manera de escapar, de advertir a los otros, porque he averiguado muchas cosas. Los animagos pueden paralizar los músculos de una persona con sólo chasquear los dedos. Se arman con Piedras Divinas. Han encontrado una manera de hacer brotar fuego «alimentando la tierra»

con sangre. Mi insignificante ejército de niños, mi Maleficio, debe saber estas cosas.

Así pues, me acurruco con las rodillas contra el pecho y pienso.

Jamás conseguiré salir del perímetro del campamento vestida como estoy. Tengo que disfrazarme. Las prendas desteñidas del animago llaman mi atención y a punto estoy de reír en voz alta ante la idea. Podría apropiarme de su ropa. De su amuleto.

Le levanto la cabeza con repulsión. Su pelo blanco-amarillento se desliza por la palma de mi mano cuando le quito el amuleto por la cabeza. Cuando me lo cuelgo al cuello, la Piedra Divina de mi ombligo lo saluda gozosa.

—No hagas eso —musito.

Despojarlo de su ropa es más difícil. A pesar de su delgadez, es muy pesado. Lo vuelvo hacia un lado y hacia el otro, quitándole primero una manga y luego la otra y poniéndolo después boca abajo. Sin ropa parece frágil. Sus venas azuladas forman una telaraña en la carne pálida de sus piernas sin vello. Su larga trenza reluce a la luz de la vela como oro líquido. Llevada por un odio repentino, la agarro y la corto a la altura de la nuca.

El olor a incienso casi me da arcadas cuando me pongo la prenda por la cabeza. Está hecha de una piel que no he visto jamás, gruesa y pesada, pero flexible como la seda. La cierro con las cintas y hago que el amuleto asome y que su oscura jaula destaque sobre la blancura de la vestidura. La capucha se adapta perfectamente a mi cabeza. Enlazo el extremo cortado de la trenza en las cintas de la prenda y la dejo caer sobre el pecho. Bajo la ropa sujeto el cuchillo con firmeza.

Miro al animago, tan delicado, tan bello. Acabará por despertarse. Tal vez debería clavarle el cuchillo en el corazón mientras duerme para que no pueda hacer más daño, pero la idea de volver a usar el cuchillo me repugna.

Tengo una idea mejor.

Su lecho está pegado a un lateral de la tienda. Tiro de un extremo atrayéndolo hacia el centro. La lana es esponjosa y está muy seca. Echo mano de una vela del altar, con cuidado para que la cera caliente no me caiga sobre la piel. Cojo el extremo de una piel de oveja y la acerco a la llama hasta que se prende fuego. Aparto la cabeza para evitar el olor acre de la lana al ennegrecerse. Arde lentamente. Pasarán varios minutos antes de que las llamas alcancen las paredes de la tienda. Tiempo suficiente para que yo pueda llegar a la linde del campamento. Me niego a pensar en el hombre que yace a mis pies.

Estoy lista, pero no consigo que mis piernas se muevan hacia la entrada de la tienda. «Por favor, Dios, haz que esto funcione». Debo caminar con confianza. Con gracia. Con la cabeza gacha para que nadie advierta mi tez oscura. Respiro hondo y espero a que mi corazón recupere su ritmo normal. Detrás de mí, el lecho produce un pequeño estallido; una chispa reluciente cae a mis pies y se transforma en polvo negro.

Me impongo la calma mental: «No pienses, Elisa. Actúa». Aparto la solapa de la tienda y doy un paso en la noche iluminada por las hogueras. La solapa se cierra,

ocultando el fuego que va creciendo dentro. Echo a andar, colocando las piernas tal como Humberto me enseñó. Es lo más parecido a un movimiento gracioso que puedo conseguir, y espero que sea suficiente. Los inviernitas alzan la vista a mi paso, pero yo no les hago caso y avanzo con decisión. Siento sus ojos salvajes en mi espalda. La Piedra Divina se enfría.

—Señor —dice alguien a modo de saludo.

Le respondo con una ligerísima inclinación de cabeza, manteniendo bien cerrada la capucha, y sigo adelante. Seguramente se dará cuenta de que no soy ni delgada ni grácil.

Voy esquivando las hogueras y los petates hacia la reconfortante negrura de las colinas, esperando siempre oír un grito de alerta. Ya casi he llegado.

Algo extraño me llama la atención, a la izquierda. Algo que está fuera de lugar. Giro apenas la cabeza. Es un hombre que no va vestido con pieles, sino como la gente del desierto. Su pelo es negro y no lo lleva apelmazado. Tiene la piel oscura. Come de un cuenco y no puedo verle la cara, pero siento un ardor en el pecho al pensar en lo que puede significar un hombre de Joya comiendo con el enemigo. No se ven cuerdas ni cadenas. No hay ningún animago cerca que le provoque una parálisis mágica. Uno de los otros, un inviernita pálido de pelo mugriento, le da palmaditas en la espalda. Él alza la vista y le sonrío. Siento que las piernas no me responden y reprimo un sollozo.

Es Belén.

No nos descubrieron. Belén les dijo dónde nos encontrarían. Las palabras del animago resuenan en mi cabeza: «Los tres que escaparon». Y yo que me temía que alguno hubiera sido capturado o asesinado.

La mano que empuña el cuchillo tiembla de rabia. Si mato a alguien esta noche, ése debería ser Belén. Tal vez vestida así sería posible ir directamente hasta donde está él.

Sin embargo, rechazo la idea tan pronto como se me ocurre. Sin duda, él me reconocería, y yo no conseguiría huir. Tengo que compartir todo lo que he oído. No puedo darme el lujo de la venganza.

—Señor... —dice alguien a mi lado.

Me he demorado demasiado. Quizá han oído mi exclamación de sorpresa. Temblorosas aún las manos, me aparto del que habla, esperando que atribuya el gesto a la arrogancia de un animago.

Unos pocos pasos me separan de la oscuridad. Tendré que encontrar el sendero que sube la ladera; pero, después de haberlo bajado desde la cueva a punta de lanza, pienso que puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Debería deshacerme de la túnica porque será demasiado visible sobre el fondo de los peñascos. Tal vez debería volver a la cueva. Pienso con nostalgia en mi hatillo, con la comida y el agua que contiene. Pero es probable que la cueva esté vigilada ahora que la han descubierto, y no tengo manera alguna de encontrarla en medio de la noche. Habré de seguir adelante sin él.

Me alejo despacio de la luz de las hogueras. La ladera rocosa surge ante mí, con una ligera pendiente en la base; luego se empina y se pierde de vista en la oscuridad. Tropiezo con la rama de un enebro, siento sus sibilantes agujas en la mejilla, aspiro su penetrante aroma a pino. Me agacho detrás de él para quitarme la túnica.

Un tañido de campanas apresurado e imperioso, resuena en todo el valle. Trato de ver entre las ramas. A lo lejos, una de las hogueras arde con más intensidad, las llamas más altas que las demás. Es la tienda del animago. Los inviernitas más cercanos a mi escondite se ponen de pie y corren hacia ella.

Tengo que ponerme en marcha ahora.

Arrojo la túnica, pero lo último que deseo es dejar una pista de mi ruta de huida. Aun cuando logre trepar por las rocas sin que me vean, no tardarán en darse cuenta de lo ocurrido e iniciar la persecución. Me lleva bastante tiempo desenredar la trenza blanca de la túnica y meterla en mi fajín. Luego oculto la túnica lo mejor que puedo con tierra y agujas de pino.

Mientras el enemigo se afana por apagar el fuego, yo corro ladera arriba. Trepar me resulta fácil en los primeros momentos y apenas si tengo que ayudarme con las manos, pero la pendiente se empina, y muy pronto me veo forzada a subir a gatas,

palpando el terreno con los dedos, buscando asideros en la oscuridad. Una raíz aquí, un saliente allí. Me arde la piel de las piernas al rozarse con los pantalones empapados de orina. Tengo las uñas llenas de tierra, me arden los hombros, los dedos se me entumescen hasta que apenas puedo trepar. Algo pasa rozándome la mano, la retiro de un tirón. Un dolor agudo en un dedo me corta la respiración; un líquido tibio se me cuele entre los dedos y se escurre por la palma. Acabo de arrancarme una uña.

Trato de olvidarme del dolor, de seguir trepando. Está demasiado oscuro para poder comprobar cuánto me he alejado, y no me atrevo a perder el tiempo calculando mi avance. Ahora, la sangre reduce el agarre de mi mano, los músculos de los antebrazos se me acalambrian. Por encima de mi cabeza noto que la ladera se curva hacia afuera formando un saliente, y me da un vuelco el corazón. Remontar ese repecho es imposible, porque los músculos ya no me responden. Palpo hacia los lados, tratando de encontrar otro sendero de subida.

El saliente se extiende a lo largo de un buen trecho. A medida que lo exploro se me pegan a la cara las telarañas, pero resisto el impulso de apartarlas. Rezo mientras avanzo, en un intento desesperado de que el calor de la Piedra Divina insufla energía en mis agarrotadas extremidades.

Al fin encuentro una brecha en el saliente. Me cuelo por ella precipitadamente, temiendo que me localicen en cualquier momento. Mi antebrazo derecho se engancha a una amplia cornisa. No, es la cima del roquedo. Casi rompo a llorar de alivio cuando me tumbo sobre las rocas. Incapaz de confiar en mis temblorosas piernas, ruedo para alejarme del borde.

No debería descansar. Debería ponerme en camino hacia el oeste, dejando atrás el resplandor del enorme ejército de Invierno. Pero ni mis brazos ni mis piernas me responden. Permanezco tumbada boca arriba, recobrando el aliento, con la vista fija en el cielo estrellado. Lejos de las hogueras del campamento, las estrellas lucen brillantes. Como chispas blancas en un manto de negrura.

La belleza del cielo nocturno me proporciona un extraño bienestar. Es inmutable. Inmune a las guerras de este mundo. Algo digno de consideración. Me pongo de pie y echo a correr.

Tendría que haber pensado en robar algo de comida o, por lo menos, agua. Avanzo trabajosamente mientras el amanecer despunta a mi espalda, y al fin comprendo lo precaria que es mi situación. Me muero de sed, cansada para escapar de mis perseguidores. Estoy sedienta y no tengo idea de hacia dónde voy.

El miedo me empuja a continuar, sea como sea. Pero otra voz —con la que me he familiarizado en los últimos meses— razona que muy pronto será inútil sin agua ni descanso. Necesito beber y dormir. De lo contrario, es probable que vaya dando traspies por agotamiento extremo. Y en esta tierra inhóspita de rocas escarpadas y barrancos profundos, un tropezón podría significar la muerte, como le ocurrió a



Damián el pastor.

Decido seguir adelante hasta encontrar un río; luego buscaré un lugar para ocultarme y dormir. Pero ¿cómo hallar agua? Cierro los ojos y pienso en Humberto, deseando que estuviera aquí para guiarme. Evoco el beso que compartimos, imagino sus labios sobre los míos. La posibilidad de no volver a verlo me produce un dolor en el pecho.

Luego abro los ojos y me obligo a recordar los viajes que hicimos juntos. ¿Qué haría Humberto? Oteo el horizonte, buscando barrancos cuya vegetación sea más abundante y verde que la de los demás. Una zona que se avista a lo lejos, un poco más al sur, parece prometedora. Avanzo con energías renovadas.

Es un cauce seco, alisado por la última inundación repentina de la primavera, cuarteado por el calor. Sin embargo, está bordeado por una abundante vegetación, y eso me hace pensar que estoy en el buen camino. Subo a una suave colina para observar los alrededores, y sigo adelante.

Veo una depresión atestada de robustos pinos. Me desalienta que se encuentre al sur, pero necesito encontrar agua. Me tiemblan las piernas mientras voy en esa dirección; tengo la lengua espesa de tan seca. Cuando llego al borde, los árboles son tan tupidos que me tapan la visión, pero escucho un gorgoteo. O quizá es sólo el viento que silba en las ramas. Me agarro a los troncos, a las rocas, mientras me deslizo al azar por la ladera pedregosa hacia la polvorienta hondonada. Las ramas son menos espesas. En el fondo serpentea un diminuto regato, no más ancho que una pierna, pero transparente como el cristal. Jadeando, me tiendo boca abajo y bebo a lengüetazos hasta que no puedo más.

Lo único que deseo ahora es dormir. Pero me obligo a quitarme las botas y los pantalones y lavar la orina seca en el arroyo. Con el reborde de mi túnica del desierto me limpio las piernas. Están enrojecidas y llenas de rasguños, y el agua me escuece al tiempo que me refresca la piel. Pongo los pantalones a secar colgados de una rama, y echo una rápida mirada alrededor para asegurarme de que no será fácil que me localicen desde arriba. Me deslizo bajo las oscuras ramas de un achaparrado pino piñonero. El sueño me vence enseguida.

El sol ya está bajo cuando me despierto. A pesar de que me duelen la espalda y los brazos de tanto escalar, me levanto enseguida para aprovechar las últimas luces. No tengo nada para llevarme agua, pero he de seguir avanzando, alejándome todo lo posible del ejército de Invierno, así que no me atrevo a seguir el curso del arroyo hacia el sur. Bebo todo lo que puedo, lo cual contribuye a calmar un poco el hambre que siento. Con una mueca de dolor, arranco la ensangrentada venda del antebrazo, la lavo lo mejor que puedo y la envuelvo apretadamente. Los verdugones me pican, y soy consciente de que debo encontrar un pueblo antes de que se infecten. Examino con cuidado el dedo. Sólo me arranqué la mitad de la uña, y la parte tierna está

cicatrizando. Rasgo otra tira de la túnica y me vendo el dedo. Recordando nuestro viaje por el desierto desde Brisadulce, empapo la ropa en el arroyo antes de abandonar el lugar, con el fin de protegerme del calor.

Las lagartijas se apartan de mi camino a mi paso; un buitre gallipavo gira en amplios círculos hacia el norte, sobre un fondo de oscuras nubes. Avanzo con energía renovada. Los cortes del antebrazo me pican y el dedo me late con fuerza, pero no puedo evitar una sonrisa mientras viajo. Escapé del ejército de Invierno. Afronté la captura, la brujería e incluso una incipiente tortura, pero me fugué. Se debe en no pequeña parte a mi Piedra Divina. Tendría que haber quedado paralizada por el conjuro del animago, quemada por el amuleto que ahora pende de mi cuello. Pero esa magia no me afectó, y sólo puedo suponer que me protegió mi Piedra Divina. La *Inspiración* de Homero dice que el objetivo del portador es enfrentarse a la hechicería con hechicería. Puede que se refiera a esta extraña inmunidad a la magia.

Me gustaría debatirlo con Humberto. O con el padre Alentín. Una punzada me recuerda que mi mayor deseo es hablar de ello con Ximena. Estoy desesperada por volver a verla, por sentirme estrechada entre sus fuertes brazos. Espero que no haya recibido mi mensaje de que estoy bien, sólo para enterarse más tarde de que he muerto aquí en el árido desierto.

Corono una colina rocosa y echo un vistazo al accidentado páramo. Hacia el este serpentean las crestas afiladas de una cordillera, separadas por profundos cañones, moteadas de mezquites y enebros escuálidos y quebrados como ancianos tullidos. Me siento terriblemente pequeña aquí de pie, ante una extensión de tierra tan vasta y oscura. Mi soledad me golpea como un puñetazo en el estómago. Se me borra la sonrisa, y me estremezco por el frío. Por hábito, rezo para entrar en calor. Pero el frío no nace ya de la Piedra Divina. Un brillante resplandor procedente del norte llama mi atención. Una masa de nubes de un azul profundo se desplaza hacia mí, anunciadas por un viento gélido.

Me reprocho mi estupidez, por haber mojado mi ropa antes de ponerme en camino. Cosmé o Humberto lo habrían previsto. El viento se hace más fuerte, y la túnica húmeda flamea, azotándome la piel. Espero que llueva. El agua borraría mi rastro y la ropa mojada no sería demasiada molestia. Pero, al pensar en lo del rastro, me percato de otra incómoda circunstancia. Estoy en la cima de una elevación, a la vista de mis potenciales perseguidores.

Un descenso precipitado me lleva a un cauce seco. Pero ¿seco por cuánto tiempo? Recuerdo la advertencia de Humberto acerca de las correntadas repentinas y echo a correr por el lecho seco, mirando a ambos lados en busca de un lugar donde cobijarme. Ya se ha puesto el sol y los colores se han mutado en grises, antes de encontrar una voluminosa roca pulida con un ligero voladizo, protegida bajo un enebro de copa abundante. Me subo a ella, temblando de frío, y me acurruco sobre la suave piedra. Me gustaría tener mi caja de la yesca y el eslabón. Incluso la sopa de jerbo de Cosmé. Cuando caen los primeros goterones sobre el suelo, empiezo a

preguntarme si, a pesar de mi inverosímil fuga, estaré destinada finalmente a morir aquí.

Llueve toda la noche, alternando las cortinas de agua con una llovizna helada. Está demasiado oscuro para ver el fondo de la quebrada, pero el agua baja rugiendo, tan ensordecedora como el viento. No dejo de rezar, y la Piedra Divina me ayuda a superar los peores momentos de frío, pero estoy demasiado incómoda para dormir. Además temo que, si dormito, pueda resbalar de mi refugio y precipitarme a la corriente, cada vez más caudalosa, desde una altura que no conozco. Cuando por fin cesa la lluvia, decido esperar toda la noche en lugar de tratar de escalar en la oscuridad. Estoy mareada a causa del hambre, congelada y dolorida, y sé que nunca lo conseguiré. Es la noche más larga de mi vida.

El amanecer trae consigo una luz sonrosada, un mundo más nuevo y cristalino, y una renovada determinación. Es cierto que no soy un guerrero, que estoy mal preparada para sobrevivir en medio de la naturaleza. Pero puedo encontrar un modo de hacerlo. «Tenéis una mente potente», me dijo el traidor Belén. Pensar en Belén hace que me arme de valor. Tengo que volver al villorrio del padre Alentín para avisarles.

Ahora, el barranco está lleno de agua embarrada y de maleza. Evito mirar hacia allí mientras trato de escalar para dejar atrás ese inútil refugio y la crecida. Mi ropa está menos mojada de lo que podría estar, pero lo bastante húmeda para enfriarme a conciencia. Rezo mientras me alejo del barranco, sabiendo que estoy al descubierto, pero no me atrevo a viajar por donde un muro de agua me podría arrastrar. El hambre me roe el estómago. Por lo menos no me van a faltar fuentes de agua durante un tiempo.

El sol me calienta la espalda a medida que se eleva en el cielo, lo cual me proporciona una pizca de bienestar. Y una idea.

Hago un alto en el camino, dándole vueltas al pensamiento en mi cabeza. En el viaje hacia el campamento del ejército de Invierno, mi Piedra Divina se iba enfriando a medida que aumentaba el peligro. Ahora que me alejo, vuelve a calentarse de nuevo. Durante años siempre se ha calentado con mis plegarias, incluso por ciertas personas. Por eso, precisamente, puede ser mi faro de seguridad.

Apoyar los pies con todo cuidado mientras me preocupo por la piedra es difícil. Me dirijo hacia el oeste, en un descenso continuado, esperando sentir una pulsación de aumento de la temperatura o un pequeño tirón. Pasan horas hasta que me doy cuenta de algo, y, cuando lo hago, no es más que un suave picor. Tal vez una sensación fantasma creada por mi desesperada esperanza. Pero al desviarme un poco a mi derecha, se manifiesta con un cosquilleo. Aunque apenas es una levísima sensación de tibieza en el ombligo, estoy tan entusiasmada que me lanzo terraplén abajo. En el embarrado fondo vuelvo a hacer un alto y giro en derredor hasta que la

sensación se hace más intensa. Me tiemblan las manos por la excitación. Tal vez, sólo tal vez, salga de ésta.

Enderezo los hombros y avanzo con resolución, parando de vez en cuando para beber en los huecos de las rocas o para concentrarme en la Piedra Divina, corriendo al trote cuando noto una oleada de calor. En estas condiciones viajo durante horas. Pero el hambre acuciante y el creciente dolor de mi antebrazo se cobran un precio. Siento que me estoy debilitando. Las piernas me pesan con cada paso como si fueran de plomo; la visión se me emborrona como si estuviera a punto de desmayarme y tal vez por la fiebre. Mi cuerpo necesita desesperadamente descansar; pero, mientras no encuentre comida y tratamiento para la infección que avanza en mi brazo, no le voy a prestar atención. Sigo adelante.

Por fortuna el cosquilleo de la Piedra Divina se refuerza, porque de otro modo mi embotada mente no lo captaría. A medida que avanza la tarde y el sol me da de lleno, brillante y enceguedor, empiezo a dar traspiés. Camino por una cresta suave, un repliegue sinuoso de tierra ocre. Algo delgado y retorcido se enrosca a mi tobillo, y salgo disparada por los aires hacia adelante. Mi hombro se estrella sobre la gravilla, luego mi cadera. El impacto me deja sin aire mientras ruedo por el barranco, y se reduce mi visión. Luego se amortiguan los sonidos de la ladera pedregosa y de los huesos que se rompen. Todavía los oigo, pero de manera remota, casi sin curiosidad. Por último ya no oigo nada de nada.

Parpadeo. La luz y el dolor, punzantes como dagas, me atraviesan hasta los huesos. Grito, pero el aire de mis pulmones se difunde como fuego bajo mi seno derecho.

—Elisa, ¿estás despierta?

¡Esa voz! Esa preciosa voz.

—¿Humberto?

Él empieza a reír, atolondradamente, y no para de besarme en las mejillas y acariciarme la frente, repitiendo mi nombre una y otra vez.

—Volví a buscarte, pero no te encontré por ningún lado, y todo el ejército era presa del pánico por alguna razón. Luego llegó la lluvia y ni siquiera pude seguir tú rastro...

—Humberto, estoy hambrienta.

Cuando abro la boca, el dolor se me propaga desde la mandíbula hasta la nuca. No sé cómo lograré comer.

—¡Oh! Por supuesto. Tengo cecina y...

—Necesito... cosas blandas...

Oigo cómo revuelve en el hatillo. Luego el ruido del agua que sale del pellejo.

—Voy a hacer una sopa —anuncia—. La mía no es tan buena como la de Cosmé, pero igual la haré.

Cierro los ojos, contenta de que cuide de mí, feliz y sorprendida de estar viva.

Muevo los dedos y doblo los brazos para evaluar el dolor. Es general y constante, pero se agudiza en las costillas y en la sien izquierda. Estoy tumbada boca abajo, con el cuello apoyado sobre un fardo blando y el brazo derecho inmovilizado contra el costado por una tira de tela. Delante de mí chisporrotea una hoguera. Por primera vez en muchos días tengo el cuerpo agradablemente caliente.

—Humberto, mi brazo...

El fuego crepita mientras él reacomoda la leña.

—Creo que te rompiste un par de costillas cuando rodaste ladera abajo. Te inmovilicé el brazo para que no lo movieras mientras dormías.

—¿Me viste caer?

—Elisa, te precipitaste directamente sobre mi escondido campamento.

Mi inesperado sollozo me provoca un agudísimo dolor en las costillas. Las lágrimas corren por mis mejillas y se me acelera la respiración. Era el rastro de Humberto lo que seguía. Mi Piedra Divina me condujo hasta Humberto.

El dolor es insoportable cuando trato de no llorar. Se me nubla la vista.

—Humberto —digo en un susurro.

—¿Estás bien, Elisa?

Veo su sombra cernida sobre mí, cada vez más oscura.

—Mientras tú haces la sopa, yo... yo he decidido volver a desvanecerme.

Me sumerjo en un precioso lugar, oscuro y blando. Pero algo me retiene en el límite de la conciencia. Algo que tengo que decirle a Humberto enseguida. Sobre un traidor.

Me quedo dormida.

Está casi oscuro cuando me despierto. Abro los ojos y me estremezco ante la cara sonriente que veo sobre la mía.

—Me pareció oír que te despertabas. ¿Todavía tienes hambre?

Digo algo entre dientes. Humberto me levanta la cabeza y me acerca una cucharada de sopa a los labios. La pruebo. Está aguada y no sabe a nada. Me da la risa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Es exactamente como antes. Como cuando me secuestrasteis. Salvo que esta vez la sopa no es tan buena.

Se sienta sobre los talones. Su sonrisa ha desaparecido.

—Lo siento, Elisa.

—¡No, si la sopa está bien!

—Me refiero a lo del secuestro.

—Oh.

Respiro hondo, pero me contengo al sentir el dolor en el pecho.

—Fue una fea caída —dice, dándome más sopa—. Has tenido suerte. Podrías estar tosiendo sangre, o haberte roto una pierna, o...

—No me siento afortunada. Creo que va a peor.

—Las costillas rotas duelen más al segundo día. Después ya te irás sintiendo mejor.

—¡Humberto! —Me da vueltas la cabeza y me invade la náusea cuando trato de incorporarme—. Tenemos que irnos ahora mismo. Tenemos que avisarles a todos.

Me siento muy mareada, pero tengo que levantarme como sea.

—No vamos a ir a ninguna parte —responde, apoyándose una mano en el pecho para obligarme a echarme—. No deberías viajar al menos durante dos semanas.

—¡Dos semanas! Humberto, nos han traicionado. Debemos advertir al padre Alentín.

La cuchara queda inmovilizada en el aire, mientras Humberto entorna los ojos.

—¿Traicionado? —susurra—. ¿Qué quieres decir?

Miro la cuchara con avidez.

—Fue Belén. Lo vi en el campamento, comiendo con los inviernitas como si fueran amigos de toda la vida.

La cuchara se sacude. Trato de alcanzarla con la boca abierta, pues el hambre todavía me roe las tripas.

—Belén jamás habría...

Me dejo caer y lanzo un suspiro a pesar del dolor a la altura de las costillas.

—¿Cómo nos encontraron si no? Recuerda que no dieron con nosotros por

casualidad. No nos vieron desde abajo. Vinieron directos a buscarnos. Es indudable que ya lo sabían.

Se queda en silencio un buen rato, mientras me ruge el estómago.

—¿Estás segura de que fue Belén al que viste? ¿Totalmente segura? —pregunta por fin.

—Estoy segura. Pasé a su lado.

—¿Y él te vio?

—Puede ser. No creo que me reconociera.

Humberto tiene la mirada perdida en el vacío.

—Belén —murmura—, ¿por qué lo hiciste?

No puedo soportar el dolor que refleja su cara.

—Lo siento muchísimo —digo.

—Tienes razón. Tenemos que advertirles a todos.

—Puede que haya otra explicación. Tal vez haya ido a buscarme.

—Mmm. Tal vez. —Pero a su voz le falta sinceridad—. Aquí tienes, acábate la sopa.

La sorbo con avidez y a punto estoy de terminar cuando noto el picor en el fondo de la garganta, un leve sabor como a canela.

—Me has puesto hoja de duerma en la sopa.

—Sí. Apenas lo suficiente para que puedas dormir esta noche a pesar del dolor. Mañana me contarás lo que estabas haciendo en el campamento de Invierno, y planearemos qué hacer a continuación.

Los párpados empiezan a pesarme a medida que el mundo empieza a engullirme.

—Humberto, estoy muy contenta de que estés aquí.

—Yo también, princesa.

—¿O sea que saliste caminando de su tienda vestida con sus propios ropajes?

Su voz refleja incredulidad, y la risa le marca las arrugas en las comisuras de los ojos.

—Sí, me gustaría habérmelos traído conmigo, pero tenía miedo de que destacaran sobre el fondo del barranco.

—¿Trepaste por el barranco? ¿En medio de la oscuridad?

Le muestro la mano con el dedo vendado con un trozo de tela húmeda y de color pardo.

—No se lo recomiendo a nadie. Me arranqué una uña. Ah, y además...

Levanto el otro brazo y retiro la tela. Me arde donde el animago me clavó las garras, pero el dolor no es tan fuerte como el de las costillas, y ya casi lo había olvidado. El vendaje se ha secado contra mi piel y tengo que tirar de él para sacarlo.

—Creo que esto está infectado —digo.

Cogiéndome por la muñeca, gira el antebrazo y recorre con la vista los

verdugones paralelos.

—No está demasiado mal —dice—. Voy a tener que abrirlos y apretarlos para sacar la infección, y después dejarlos drenar uno o dos días. —Mira con más atención—. Te dolerá, pero la piel de alrededor parece sana. Si lo hacemos ahora, creo que curará debidamente.

—Hagámoslo —contesto, tragando saliva.

Somete la hoja de su cuchillo al calor de las llamas un momento y a continuación lo deja enfriar. Habla para distraerme mientras me abre las heridas, y me sorprende lo poco que duele. Sobre todo siento presión, como si estuviera cortando una capa de ropa muy gruesa, pero cuando empieza a apretar, veo puntos oscuros que se arremolinan detrás de mis párpados. Me atrevo a echar un vistazo, sólo uno. El líquido que supura es viscoso y verduzco, mezclado con sangre. Miro hacia otro lado y aprieto los dientes, mientras Humberto realiza la operación en todo el antebrazo. Cuando lo lava con agua helada, no puedo reprimir las lágrimas.

El fuego se aviva cuando arroja el vendaje sobre las ramas ardientes. Por un momento, el aire huele a carne podrida. Me quedo quieta, conteniendo la respiración.

—Debería hacerte esperar semanas antes de viajar —dice Humberto en voz alta—, pero tenemos que volver a la aldea lo antes posible.

Humberto podría ir sin mí, pero no me atrevo a sugerirlo. No quiero volver a estar sola jamás. En lugar de eso le pregunto qué fue de Cosmé y de Jacián.

—Mi hermana y yo encontramos a Jacián unas horas más tarde. O más bien fue él quien nos encontró a nosotros. Había estado vigilando el campamento y vio que nos perseguían. —Su cara refleja tensión—. Nos dividimos para evitarlos. No sé si alguno lo habrá conseguido. De ser así, ya estarán lejos a estas alturas.

—Pero tú regresaste.

—No podía abandonarte.

Nos miramos. Quiero que me vuelva a besar. Tal vez debería decir algo al respecto.

—Todavía estamos muy cerca del ejército —consigo articular por fin.

Su mirada se queda prendida de mis labios.

—Sí —responde.

—No deberías mantener el fuego encendido.

—Eh... no.

—Entonces apágalo, Humberto. No lo necesito. Mañana nos vamos.

Él sacude la cabeza como para aclarar las ideas.

—Es imposible que puedas caminar.

—Seguro que podré. Empezaré lentamente, te lo prometo. Puedes salir a explorar por la mañana, encontrar un lugar apartado para acampar a unas cuantas horas de aquí y después volver a buscarme. Si eso funciona, es posible que al día siguiente consiga ir un poco más lejos.

Se dispone a protestar, pero se calla. Sé que está desesperado por averiguar qué



fue de los otros y por poner en alerta a la aldea.

—Lo intentaremos —acepta. Sonríe levemente—. Y ya ves. Ya te decía yo que eras más valiente de lo que pensabas.

Su rostro está tan cerca del mío que tengo que desviar la mirada.

Cada paso envía un dolor lacerante a mis costillas y a mi espalda. Andar es peor que el reposo pero también mejor, ya que el movimiento hace desaparecer parte de la rigidez. Aunque me cuesta respirar, se me despeja la cabeza, siento el cuello más relajado y los cardenales de los brazos y las piernas pierden el tono púrpura y van adquiriendo una enfermiza tonalidad amarillenta. La Piedra Divina ya no lanza heladas advertencias, pero sigo rezando mientras camino.

Al día siguiente volvemos a viajar sólo unas horas. Al otro, el té del desayuno de nuevo me sabe picante en el fondo de la garganta.

—¿Le has puesto hoja de duerma?

Se queda allí, mirándome con aire de suficiencia.

Me dejo caer hacia atrás en el saco de dormir que me cedió. Los párpados me pesan demasiado como para mirarlo con furia.

—Te odio —le digo.

—Ya me lo dirás todo mañana.

Se inclina hacia adelante, y tengo una conciencia vaga de sus labios posándose en mi frente.

Mientras viajamos me encanta ver cómo desaparece la vegetación, cómo se va haciendo el aire más cálido, anunciando la cercanía del desierto. Cuando el suelo se vuelve rojo y los promontorios se alzan hacia el cielo en feroces hileras, siento incluso un acceso de nostalgia.

Un centinela nos sale al encuentro cuando todavía estamos a medio día de marcha de la aldea secreta y se adelanta para advertir a todos que no nos maten cuando nos avisten. Tras intercambiar una mirada inquisitiva, Humberto y yo apuramos el paso. Él va adelante escogiendo el camino con total seguridad, y yo doy gracias a Dios por haberme guiado hasta su lado. Esta región seca de las colinas es un laberinto de sinuosos barrancos y promontorios idénticos los unos a los otros, y yo jamás habría encontrado el camino sin ayuda.

Por fin nuestra montaña se alza ante nosotros, con el enorme saliente de la semicaverna rodeando la aldea a modo de refugio. Están todos allí para saludarnos, sonrientes, y se me llenan los ojos de lágrimas. ¡Es tan diferente de la primera acogida desconfiada que me ofrecieron! Alentín viene renqueando hacia mí tendiéndome su único brazo. Corro a su encuentro, olvidada del dolor residual de mis costillas, y abrazo su endeble estructura.

Decenas de rostros familiares, esta vez confiados y llenos de esperanza. Todos tratan de cogerme la manos y de abrazarme, pero Humberto los aparta.

—¡Está herida! —les grita—. No apretéis demasiado.

La humillación me enciende la cara. Por algún motivo odio sentirme mimada en este preciso momento. Entonces veo a Cosmé, que se abre camino a codazos entre la muchedumbre. Se detiene al ver a Humberto, con evidente alivio. Intercambian una mirada afectuosa; los dos se acercan a mí y reparo en que, inexplicablemente, se ha vuelto a cortar el pelo. Le tiembla un poco la mandíbula y abre mucho los ojos. Se inclina hacia adelante y por un momento pienso que va a abrazarme. Entonces, me da una palmada en el hombro y sonrío burlona.

—No creí que lo consiguieras.

—Yo tampoco —digo con un suspiro.

—Mató a un animago —anuncia Humberto.

Todos se quedan mirándome en silencio.

—Bueno, eso no lo sabemos a ciencia cierta —replico, nerviosa—. No llegué a ver el cadáver.

—Pero le diste bayas de duerma y le quemaste la tienda.

Me encojo de hombros.

Cosmé me mira de hito en hito.

—No te creo.

—¿Podríamos hablar de esto más tarde? Realmente necesito un baño. Y comer cualquier cosa menos tasajo y dátiles.

Pero ella no está dispuesta a soltar la presa.

—Mentir no va a convertirte en una heroína.

La furia que brota en mis entrañas se desvanece pronto, convertida en tristeza y agotamiento. No tengo nada que decir, de modo que me doy la vuelta, pensando sólo en el baño. Luego se me ocurre una idea y me detengo.

—Cosmé —digo por encima del hombro—, te he traído un regalo. Rebusco en mi fajín y saco la trenza blanco-amarillenta del animago. Se la arrojo a los pies—. Toma, por ser tan buena amiga.

Mientras entro a toda prisa en la caverna, siento que sus ojos me perforan la espalda.

Para cuando acabo mi baño, la historia de mi huida ya se ha difundido por toda la aldea. Todos me dan palmaditas en la espalda, me hacen preguntas, me felicitan. Y todos tienen su propia historia que contar. Mi Maleficio estuvo muy activo mientras estuvimos fuera.

Por la noche, mientras aguardamos a que preparen la cena, Alentín se sienta con las piernas cruzadas junto a mí en la arena de nuestra semicaverna. Me cuenta acerca de un grupo de cinco muchachos que sigilosamente cayeron sobre una partida de

exploradores enemigos mientras cazaban. Estuvieron siguiéndoles el rastro todo un día, esperando la oportunidad, y entonces, a primera hora de la mañana, los atacaron con arcos y flechas desde una cresta. La partida de exploración era mucho más numerosa, fácilmente quince hombres, de modo que cada uno de nuestros cazadores se conformó con matar sólo a uno y retirarse a continuación. Dos días más tarde volvieron a hacer lo mismo. Al resto los dejaron vivos para que difundiesen la noticia de su derrota. Desde entonces, el grito de guerra de la aldea ha sido: «Cada uno mata a uno».

—Es como vos dijisteis —me dice Alentín—. Golpeamos y seguimos vivos para seguir golpeando.

—Cada uno mata a uno —repito—. Es perfecto.

Hago a un lado la desazón que me produce la idea de que estamos alentando a niños todavía más jóvenes que yo a matar.

—Descubrimos a otro grupo al noreste de aquí. Probablemente, un enlace entre ejércitos. Estaban acampados junto a un riachuelo. Una niña cogió un montón de polvo de hoja de duerma y lo echó en el agua corriente arriba. La mitad de ellos murieron. El resto fue presa del pánico. —Su rostro se endurece cuando añade—: Los matamos mientras dormían; luego les quitamos la ropa y las armas y quemamos los cuerpos —concluye, apartando la mirada.

—Habéis hecho bien —apruebo, pero se me revuelven las tripas.

—Esta idea vuestra de infligir daño con la menor pérdida posible de vidas, sembrar el terror entre el enemigo, es una buena idea, la mejor, pero me pesa en el corazón. —Mira hacia el suelo y dibuja espirales en la arena con el dedo—. Sólo espero que su majestad, de cuyo glorioso nombre canten poemas épicos los trovadores, haga como vos decís y entregue esta tierra a su pueblo.

—Yo haré todo lo que esté en mis manos —digo en un susurro.

—Sé que lo haréis.

—Padre, necesito mostraros algo.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie esté observándonos y saco el amuleto del animago de debajo de mi camisa de lana. No sé muy bien cómo reaccionará Alentín al ver la causa de tanto sufrimiento, pero estoy desesperada por hablar de ello con alguien. Me inclino hacia adelante con la Piedra Divina enjaulada fría e inerte en la palma de mi mano.

Alentín abre los ojos desmesuradamente.

—¿Se lo habéis quitado al animago? —pregunta en voz queda.

—Sí.

Hace ademán de cogerlo, pero luego retira la mano.

—¿Estáis segura de que fue una buena idea traerlo aquí, Elisa? Es un instrumento del mal. Y si empieza a quemar...

—No lo hará.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

—No es malo. Es una Piedra Divina.

Se queda helado.

—Eso no es posible. Dios jamás permitiría semejante cosa.

—Yo tampoco lo entiendo, Alentín, pero reconozco una Piedra Divina cuando la veo. Ésta es la cuarta que he visto además de la mía. No hay duda.

La voz de Alentín se convierte en un susurro.

—¿Cómo puede haber conseguido una cosa así?

—No lo sé. Las Piedras Divinas se desprenden de sus portadores en el momento de la muerte. Es posible que los animagos las robaran. O tal vez...

—Tal vez ¿qué?

Me acerco más a él.

—Tal vez algunos portadores hayan sido elegidos entre los inviernitas.

—Los inviernitas son representantes del mal —dice, entornando los ojos—. No caminan por el sendero de Dios.

Me encojo de hombros.

—Pero tienen Piedras Divinas y hacen magia con ellas. Si pudiera aprender a usarlas como lo hacen ellos...

—Ése sería un juego muy peligroso —observa con tono sombrío y cortante.

Sonrío sin sombra de humor.

—No más peligroso que lo que ya hacemos. Fuisteis vos quien dijo que el portador tenía que combatir la magia con magia.

—Sí —admite con un suspiro—. Después de todo ése fue el motivo por el que os trajimos aquí, pero eso no significa que me haga feliz. Prometedle a este anciano que tendréis cuidado.

Dejándome llevar por un impulso le doy un abrazo.

—Lo prometo.

Nos interrumpe Mara, que aparece con platos humeantes de pierna de cordero condimentada y acompañada con espinacas salteadas. Aspiro el olor, saboreando la deliciosa salsa. Ni tasajo ni dátiles. Cogemos nuestros platos, y Mara me da un apretón en el hombro antes de irse.

Tomo el primer bocado, y saboreo el jugo de la carne. Casi me estremezco. Recuerdo nuestra última hogaza de pan la noche antes del encuentro con el ejército de Invierno, aquel pan aplastado de viajar en el petate de Belén. «Belén», pienso.

—Padre, debo deciros algo más. Belén... ¿ha regresado?

Traga un bocado.

—No. Jacián sí regresó (ahora está cazando), pero Belén no. Cosmé está preocupada por él.

—Es posible que nos haya traicionado —digo, respirando hondo.

Se inclina hacia adelante y me mira fijamente.

—¿Qué queréis decir?

Le cuento lo que sucedió, lo que vi en el campamento enemigo.

—¿Estáis segura?

—Cada hora de cada día me he estado preguntando si había una posibilidad de que pudiera estar equivocada, padre. No estaba retenido contra su voluntad. Se movía libremente por el campamento. Yo vi... camaradería entre él y los inviernitas. Y no hay ninguna otra explicación sobre la manera en que nos encontraron. Todos mis compañeros son muy avezados. Estoy segura de que no nos delatamos por accidente.

Se queda pensando, estudiando mi mirada.

—Si presentamos el caso ante la aldea, será vuestra palabra contra la suya.

—Sí.

—Es posible que la aldea os escuche, aunque Belén es uno de los suyos. Vos sois la portadora y habéis matado a un animago.

—En realidad, no vi el cadáver...

—Si vos lo pidierais, sería ejecutado.

—No quiero eso —digo, tragando saliva—. Lo que quiero es darle una oportunidad de ayudar. Que nos diga lo que sabe.

Alentín asiente.

—Entonces, yo empezaré a difundir, sin hacer mucha alharaca, la idea de que Belén debe someterse a un interrogatorio si regresa. Redoblabamos la vigilancia de nuestro perímetro. Estamos preparados para abandonar este lugar a la primera señal de ataque.

Es un plan tan bueno como cualquier otro. Me dedico plenamente a mi plato.

Todos trabajamos duro durante las semanas siguientes, porque no estamos seguros del tiempo de que disponemos antes de que Invierno inicie su marcha. Nuestros «correvediles» regresan de las aldeas con noticias de que los rumores del Maleficio están funcionando a pleno rendimiento. Algunos traen consigo a amigos y familiares de confianza. Una aldea cercana es arrasada por los animagos, y corremos a rescatar a los supervivientes. Nuestro número supera ahora los ochenta y, para mi gran alivio, hemos añadido un sólido contingente de adultos a nuestro grupo.

Entonces sucede algo que yo no había previsto: nos llegan noticias de ataques contra el enemigo no organizados por nuestro grupo. Otras aldeas, otros campos ocultos de refugiados, han adoptado nuestra estrategia. Acosan al ejército en toda su formidable extensión, atacando y retirándose para volver a atacar. La maldición del Maleficio se ha alimentado de sus acciones, empieza a tener vida propia.

A pesar de todo, sigue sin saberse nada de Belén. Humberto por fin me dice confidencialmente que Belén y Cosmé han prometido casarse en caso de sobrevivir a la guerra. Mi antigua doncella está más distante que nunca, y eso me produce una profunda pena.

Entonces, un día se oye un grito en el perímetro, y poco después un centinela trae a la aldea a un cautivo con los ojos vendados. Es un hombre joven, menudo, vestido a

la usanza del desierto a la que me he acostumbrado. Sin embargo, un examen más atento revela un tejido más delicado, un blanco más brillante y un fajín bordado con hilos de oro. Afirma ser portador de un mensaje para el jefe del Maleficio.

Lo arrastramos al fondo de la caverna, donde no puede ver ni la aldea ni sus alrededores. Un pequeño grupo de curiosos nos rodea, para impedir cualquier intento de fuga. Mientras Jacián y el centinela lo sujetan por los hombros, yo le quito la venda de los ojos.

—¿Traes un mensaje? —pregunto.

Mi voz ha adquirido un tono peligroso, fruto de la responsabilidad y la preocupación. No sé muy bien si me gusta esta voz.

—Debo entregarlo sólo al jefe del Maleficio —contesta, y debo reconocer que no baja la mirada y mantiene la cabeza alta.

—No tienes el acento de la gente del desierto —digo.

—No soy del desierto.

—¿Cómo has llegado aquí?

Se viene un poco abajo. Entiendo perfectamente la sensación de agotamiento total apenas contenida.

—Llevo casi tres semanas viajando, preguntando por el Maleficio. Oí en las aldeas que debía buscar hacia el sur, más cerca del desierto. Por favor, decidme que he llegado por fin. Pensé que tal vez, con los ojos vendados...

—Has llegado al Maleficio.

—Oh, gracias a Dios. ¡No me digas que tú eres su jefe! —exclama, echándome una mirada de descreimiento.

—Lo soy.

Jacián lanza un gruñido de alerta cuando el mensajero busca bajo su fajín.

—No es un arma —asegura con una sonrisa vacilante.

Saca una bolsa aplastada de cuero y desata las cintas nerviosamente. Extrae un rollo de pergamino, también aplastado pero cerrado con un sello de brillante cera roja.

Los que me rodean ahogan un grito al reconocer el sello. Me tiemblan los dedos cuando meto la uña bajo la cera y desenrollo el pergamino. Lo leo y vuelvo a leerlo para asegurarme. Mi corazón late desbocado cuando alzo la vista.

—Es del conde Treviño —les digo. El traidor, el padre de la condesa Ariña—. Quiere hablar de una alianza.

—Es una trampa —afirma Humberto con voz ronca y los ojos fijos en el suelo de tierra.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dice Jacián.

Estamos reunidos en mi choza de adobe con Cosmé y el padre Alentín para hablar de la misteriosa convocatoria del conde. Esta noche, Mara ha preparado mi plato favorito: pierna de cordero asada a las brasas y cortada muy fina, y rebozada luego con una mezcla de pan y cebollas, ajo y piñones. Como lentamente.

—El conde ha demostrado que es traicionero —dice— el padre Alentín—. Pone el fruto del trabajo de su pueblo en manos de los inviernitas. Se niega a defender las aldeas. Tal vez ha prometido entregaros al enemigo.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué puede ganar con eso?

—¿Quién sabe? —exclama Humberto, alzando las manos al cielo—. Una promesa de amnistía. Quizá un puesto en el nuevo gobierno.

Entorno los ojos mientras pienso.

—Pero es posible, digo sólo que es posible que realmente quiera discutir una alianza.

Cuando miro a mi alrededor en busca de confirmación, Cosmé es la única que rehúye mi mirada.

Humberto pone cara de preocupación.

—Elisa, por favor, no vayas.

—Si hay una oportunidad de que el conde esté dispuesto a ayudarnos, ¿no crees que el riesgo vale la pena?

También me gustaría ir a Basajuán por otros motivos. En una ciudad de esa importancia tendrán noticias de Brisadulce y de Alejandro, tal vez incluso haya una respuesta de Ximena. Pero estas razones me las callo.

—El conde piensa que está haciendo lo correcto —dice Cosmé en un susurro. Ha estado callada casi toda la noche—. Cree que al tratar con el enemigo está salvando la vida de su gente.

A la luz de las velas su mirada es inexpresiva. La miramos todos, pero sus delicadas facciones siguen sin reflejar la menor emoción.

Humberto estira la mano y coge la de su hermana. Siento que una punzada de envidia me atraviesa el pecho y me deja una sensación de vacío.

—Cosmé —dice Humberto con delicadeza—, ¿crees que el conde sería capaz de traicionar a Elisa si pensara que eso ayudaría a su pueblo?

—Por supuesto.

Jacián se balancea hacia atrás y suspira.

—Me preocupa que su mensajero nos haya encontrado con tanta facilidad.

—El mensajero dice que él es uno de los muchos que se enviaron —señala Alentín—. Es posible que tuviera más suerte que los demás.

—O alguien le dijo dónde encontrarnos —sugiere Jacián.

—¿Qué quieres decir con eso de «alguien»? —inquire Cosmé con tono sombrío y cortante.

Jacián se inclina hacia ella sin dejarse intimidar.

—Quiero decir Belén. Todavía anda por ahí. Puede que le haya contado todo lo que sabe a nuestro conde. Dos traidores que trabajan juntos.

—Belén jamás haría...

—Ya lo ha hecho.

Se quedan largo rato mirándose con odio. No alcanzo a imaginar cómo se sienten. Aunque su traición estuvo a punto de causar mi muerte, Belén no fue mi compañero de juegos de la infancia ni es mi futuro esposo. Por enésima vez confío en haberme equivocado. Apoyo la punta de los dedos en la Piedra Divina y ruego haber malinterpretado algo y que Belén, esté donde esté, siga siendo fiel a sus amigos y a nuestra causa.

El padre Alentín rompe el tenso silencio.

—Necesitamos aumentar nuestras fuerzas. Tal como estamos ahora, sólo podemos hostigar a un ejército. Para tener éxito, debemos hacer notar nuestra presencia en ambos frentes.

—¿Creéis que el conde puede ayudarnos? ¿Qué se puede influir sobre él? —pregunto.

Se frota el muñón del hombro mientras piensa y después menea la cabeza.

—No lo sé, Elisa, pero su majestad, cuya magnífica espada ruego sea capaz de atravesar el pecho de sus enemigos, debe encontrar dos ejércitos debilitados para tener posibilidades de salir victorioso.

Muerdo un trozo de cordero y medito sobre sus palabras, mientras Cosmé y Jacián sostienen su duelo de miradas.

Cuando se me ocurre la idea, a punto estoy de atragantarme.

—Y si... —Alzo una mano para que nadie hable, mientras mastico y trago lo más rápido que puedo—. ¿Y si imponemos una alianza al conde?

El bocado que tragué se me ha quedado atragantado y me doy golpes con el puño en el esternón para que baje.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Humberto.

—Quiero decir que podemos obligarlo a aliarse con nosotros. Si Invierno llega a creer que ha violado su acuerdo, no tendrá elección.

Cosmé entorna los negros ojos, y una enorme sonrisa ilumina la cara de Jacián.

—La caravana de suministros —dice Cosmé.

—La caravana de suministros —digo, asintiendo—. Si vamos a Basajuán y calculamos cómo y cuándo paga el conde Treviño su tributo, podemos interferir. Envenenaremos la comida, contaminaremos el agua con hojas de duerma, lo que se



nos ocurra. Los inviernitas pensarán que los ha traicionado. Cuando el conde Treviño esté en el paroxismo de la desesperación, el Maleficio se ofrecerá a ayudarlo.

—Estás loca —dice Humberto, pero veo una admiración resignada en su rostro—. Hasta podría funcionar.

—Oigo muchos condicionales en ese plan —dice el sacerdote—. Si podéis averiguar los detalles de la caravana de suministros. Si podéis infiltraros. Si no os cogen. Si Invierno le da al conde la ocasión de buscar ayuda, en lugar de destruirlo sin más al primer indicio de traición.

Sus palabras me traen a la realidad. Ya no estamos jugando a juegos de guerra y esto no es una simple travesura. Cientos de inviernitas podrían morir. Tal vez más. Y no hay manera de prever las represalias a las que podría enfrentarse nuestra gente.

—Esto es una guerra, padre —dice Jacián con su voz calma y su aire sombrío. Me alegro de no contarlo entre mis enemigos—. La información que hemos reunido nos indica que Invierno iniciará la marcha de un momento a otro. Cuando eso suceda, miles de personas morirán. Es inevitable. El plan de Elisa nos da una oportunidad de influir sobre el curso de esta guerra.

Lo que dice es cierto, pero no me hace sentir mejor. ¿Cómo puedo intercambiar un grupo de vidas por otro? ¿Cómo puedo apoyar un plan sin tener la certeza de que funcionará? Éstas son las decisiones que han estado tomando toda la vida mi padre y mi hermana, las decisiones que Alejandro ha estado evitando. Tal vez debería distanciarme, pensar en todos como si fueran piezas en un tablero. Es demasiado difícil pensar en ellos como personas.

El padre Alentín menea la cabeza.

—Esto va a ser increíblemente peligroso —musita—. Cosmé, ¿crees que el conde te admitiría de vuelta?

—O sea, ¿queréis decir que nos presentemos abiertamente en lugar de viajar con sigilo? —pregunto.

Asiente con la cabeza.

—Por lo que al conde respecta, Cosmé desapareció del palacio al mismo tiempo que vos.

—Debemos suponer que la condesa se habrá puesto en contacto con él a raíz de nuestra desaparición —añade Cosmé—. Sería muy extraño que me presentase ante su puerta, pero me recibiría. Siempre lo hace.

Observo las emociones encontradas que se reflejan en su cara, tratando de averiguar qué es lo que se me escapa. Por primera vez desde que la conozco rehúye mi mirada.

No es importante para mí comprender la historia entre Cosmé y el conde, siempre y cuando pueda ayudarnos.

—Entonces, ¿crees que puedes conseguir la información que necesitamos sobre la caravana de suministros? —le pregunto.

Me mira con sorpresa —o tal vez con gratitud— al ver que he optado por no

hurgar.

—Del conde no, pero si mis contactos están donde solían, si todavía quieren hablar conmigo, sí. Lo difícil será conseguir la información antes de que el conde pueda preparar su propia trampa.

—En ese caso, tenemos que llegar por sorpresa —dice Humberto—. Tomarnos unos cuantos días para hacer averiguaciones antes de presentarnos ante Treviño.

—Saldremos dentro de dos días —decido—. ¿Cuánta hoja de duerma hemos reunido?

Humberto esboza una sonrisa burlona. Otra vez parece contento, y le devuelvo la sonrisa sin pensarlo.

—Suficiente para envenenar a un ejército —responde.

—Si viajamos siguiendo la linde del desierto —dice Jacián—, no necesitamos hacerlo sigilosamente. Podemos llevar los camellos.

Asiento con fingido entusiasmo. Es el mejor plan que tenemos, pero me aterra la idea de otro penoso viaje con perspectivas inciertas.

Acordamos que será un contingente pequeño. Si las cosas se tuercen, si es una trampa, la mayoría del Maleficio podrá seguir adelante. Tras muchas discusiones, nos decidimos por un grupo de diez. Dos veces el número de la perfección.

El padre Alentín decide no sumarse a nosotros.

—Me temo que los sacerdotes del Monasterio de Basajuán no estarán muy dispuestos a recibirme —me dice.

—¿Por qué? —le pregunto, más por curiosidad que por decepción, ya que no hay nadie mejor que él para confiarle el Maleficio en mi ausencia.

—Hemos tenido algunas marcadas diferencias doctrinales. Sobre todo en lo tocante al portador. Ellos son partidarios de la Piedra Divina. Yo soy partidario del portador. De haberte encontrado ellos, te habrían arrancado la piedra del ombligo.

Lo miro con aire inquisitivo.

—¿Tenéis miedo de volver a verlos por una diferencia doctrinal?

—Bueno, además está el detallito de haberme escapado con el ejemplar más antiguo de la *Inspiración*...

Me río y le doy una palmada en la espalda. Cuando me vuelvo para abandonar la caverna e ir en busca de voluntarios, una figura alta y delgada se interpone en mi camino.

—Llevadme con vos —dice Mara en voz baja pero insistente.

Al mirarla noto las manchas de hollín de la mejilla, los mechones de pelo negro todavía desiguales que se escapan de la cinta de cuero con que lo sujeta en la nuca. La cara se le ha curado bien, aunque una cicatriz brillante de una herida mucho más antigua hace que no pueda abrir bien el ojo izquierdo. Ese efecto del párpado caído hace que parezca siempre triste. Mara siempre viene acompañada de un leve olor a

ajo y a carne asada. Supongo que está cansada de preparar comida para ochenta personas.

—Siempre he querido ver una gran ciudad —continúa, hablando de prisa—. Mi familia, todos se han... ido, de modo que, ya veis, no dejo a nadie detrás de mí... — Su voz suena temblorosa mientras me mira implorante.

—¿Estarías dispuesta a cocinar para nosotros?

—Sí.

—¿Harás sopa de jerbo todas las noches mientras dure nuestro viaje?

Arruga la nariz.

—Preferiría no tener que hacerlo, pero sí...

—Por favor, ven con nosotros.

Sonríe aliviada y abre la boca para decir algo; después la cierra de golpe y sale corriendo. Sonríe tristemente al ver que se aleja. Ojalá le haya hecho un favor permitiéndole ir.

Oigo gritos. Una conmoción a la entrada de la caverna llama mi atención.

«¡Buscad a Elisa!», grita alguien. Salgo corriendo, entrecerrando los ojos para protegerme de la luz del día. Abajo, donde los edificios de adobe empiezan a trepar por la ladera hacia nuestras cuevas, un grupo de muchachos trae a rastras hacia mí a una criatura sucia y harapienta. Entre la maraña de brazos en movimiento y ropa ondeante, distingo un pelo engrasado, dedos esqueléticos y carne quemada.

Bajo por el sendero empinado, con el corazón palpitante, aunque no sé muy bien por qué. Al acercarme, se me agarrota la garganta. El hombre está demacrado, con las rodillas en carne viva por haber sido arrastrado por nuestra gente. Su ropa hecha jirones deja ver en el hombro descubierto unas quemaduras inflamadas, apenas cicatrizadas. La cabeza le cuelga flojamente, y no puedo evitar una mueca de disgusto al ver las pálidas calvas de cuero cabelludo a través del pelo apelmazado. Alza la cabeza y puedo ver el hueco reseco de una de sus cuencas. Me echa una mirada de lado con el ojo que le queda, y ahogo un grito.

Es Belén.

—Oh, Dios —susurro, llevándome una mano a la boca—. Belén, ¿qué te ha pasado?

Respira entrecortadamente.

—Elisa... —Sus hombros se sacuden, como si estuviera sollozando—. Elisa, he venido a advertiros. —Su ojo se cierra con fuerza, en un gesto de dolor o de concentración. Respira hondo y vuelve a intentarlo—. A advertiros. Volved junto al rey. Dejad este lugar antes de que os encuentren los animago.

La Piedra Divina se calienta al oír sus palabras. ¿Será que dice la verdad?

—Belén, necesitas agua y comer algo. Haré que Cosmé te atienda...

—¡No! Cosmé no. Oh, Dios, cualquiera menos ella. —Sigue farfullando, pero sus palabras ya no tienen sentido.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me muerdo el labio y aprieto un puño hasta

tranquilizarme. Les hago un gesto a los que lo sostienen por los brazos.

—Llévadlo adentro. Sed cuidadosos. Necesitamos que esté en condiciones de decirnos lo que sabe. —Se ponen en marcha de inmediato, levantando entre los dos al consumido hombre. Me vuelvo hacia los otros tres—. ¿Creéis que lo habrán seguido?

Se miran entre sí, se encogen de hombros y luego vuelven la vista hacia mí.

—Exploraremos, alteza —dice un muchacho de ojos brillantes.

—Gracias. Me temo que pueda haber traído a los inviernitas hasta nuestras puertas.

—Deberíamos ampliar el perímetro de vigilancia durante unos días —sugiere—, por si acaso.

—Bien pensado. ¿Cómo te llamas? Lo siento, pero se me ha olvidado.

—Adán —contesta con expresión radiante—. Era trampero como mi padre antes de incorporarme al Maleficio.

Espero que no repare en lo renuente que es mi sonrisa; no puede tener más de trece años.

—Te encomiendo que explores en busca de posibles perseguidores, Adán.

Asiente solemnemente.

—Volveremos para informar a la puesta del sol.

Salen a toda carrera, ansiosos de jugarse la vida.

Pero no puedo preocuparme por ellos. Trago saliva y respiro hondo antes de dirigirme a la semicaverna. Encuentro a Belén desplomado contra la pared curva. Cosmé ya está allí, limpiándole la cara. Ninguno de los dos habla. Cuando ella le levanta el mentón para buscar heridas, él desvía el ojo para evitar su mirada. Los dos muchachos que lo trajeron observan desde una distancia prudente.

—Cosmé...

—No es ningún traidor —me suelta sin volverse.

—Es posible. ¿Cuándo podré hablar con él?

Limpia con un paño húmedo una herida encostrada que tiene a lo largo del nacimiento del pelo.

—La fiebre lo hace delirar. Necesita descanso y agua. Puedes hablar con él dentro de un día, más o menos.

—Habló de una advertencia. Parecía presa de una gran desesperación.

—Necesita descansar.

Suspiro, recordando la forma en que papá y Alodia solían hablar por encima de mi cabeza.

—Belén...

Cosmé se vuelve y se pone de pie. Tiene lágrimas en los ojos.

—He dicho que necesita descansar antes que ninguna otra cosa. Si no, tal vez no se recupere nunca.

No le hago el menor caso.

—Belén, cuando te sientas dispuesto a hablar, haz que Cosmé o uno de los

guardias me manden llamar.

—Elisa... —La voz es tan cascada y débil que no estoy del todo segura de que realmente haya hablado—. ¡Elisa!

Corro hacia él y me agacho a su lado. Su olor es nauseabundo, pero de todos modos me inclino hacia su cara.

—Estoy aquí, Belén.

Puede que sea un traidor, pero antes de eso fue mi amigo, y se me parte el alma de verlo así.

—Tenéis que huir. Vos y la Piedra Divina. Ellos lo saben, Elisa.

—¿Qué saben?

Cosmé se agacha a mi lado, dispuesta a defender a Belén en caso necesario.

—Saben que sois la portadora. Quieren vuestra Piedra Divina. —Saca la mano de entre los jirones de su ropa y me coge la muñeca con una fuerza desesperada—. No tienen que conseguir vuestra piedra, Elisa. Todo Joya será destruido si lo hacen. Debéis huir. Ahora. ¡Hoy mismo!

Da un grito ahogado, y su mirada se extravía. Cosmé se apresura a sujetarle la cabeza antes de que se golpee contra la piedra.

Me pongo de pie lentamente, sopesando sus palabras, mientras Cosmé lo acuesta con cuidado. Él trata de hablar, pero ella lo hace callar y sigue limpiándole las heridas. Sus movimientos son cuidadosos y lentos, como si Belén estuviera hecho de un cristal precioso. No deja de hablarle en voz baja mientras le pasa los dedos por el pelo y le acaricia la cara.

—Averiguaré lo que pueda —dice Cosmé en tono resignado.

—Gracias.

Los miro en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho para resistir una punzada gélida. Después salgo corriendo de la caverna en busca de Humberto. He de verlo imperiosamente. Necesito ver su alegre sonrisa, sus ojos reidores. Necesito su consejo infalible.

Retrasamos nuestro viaje a Basajuán para saber todo lo que podamos de Belén. El primer día farfulla pensamientos inconexos entrecortados por el pánico, y no logramos relacionarlos para que cobren sentido. Lo único que está claro está claro es que teme por mi vida y por el destino de Joya del Desierto. Me siento extrañamente desvinculada de sus delirios. El miedo ha sido mi compañero permanente durante mucho tiempo. ¿Qué es una advertencia más? Sólo las palabras de un loco, inofensivas y tan efímeras como un fuego fatuo.

Sin embargo, Humberto no puede compartir mi calma. Nunca está lejos, y cada vez que miro en dirección a él, veo sus enormes ojos marrones fijos en mí, rebosantes de sentimiento. Me tiene presente de un modo en que Alejandro nunca me tuvo, y siento un ligero escalofrío siempre que advierto que repara en mí. Me pregunto si piensa en nuestro beso con tanta frecuencia como yo.

No lo disuado de que me siga cuidando. Es la persona con más determinación y capacidad que conozco, igualmente hábil para atrapar conejos que para encontrar agua o para hacer reír a la gente. Sé que hará todo lo que esté en su mano para mantenerme a salvo.

Por la tarde del día siguiente, me siento sobre un montículo de cantos rodados y apoyo la espalda contra la rocosa pared entibiada por el sol. Abro la *Inspiración* de Homero sobre mi regazo y vuelvo a leer sus páginas, esperando encontrar algo que me pueda ayudar, algo que los eruditos hayan pasado por alto durante siglos. La aldea está a unos pocos pasos de aquí, pero fuera de la vista. En toda mi vida nunca se había buscado tanto mi opinión, mi aprobación, mi presencia, como en los últimos días. Tengo poder sobre esta gente, un poder que me dan libremente. Es estremecedor, y extraño y, en cierta manera, maravilloso. También es agotador, y me alivia estar sola.

Escucho el crujido de pisadas y suspiro. Pero mi desazón deja paso al placer cuando la cabeza de Humberto asoma por encima del montículo. Le sonrío dándole la bienvenida.

—No deberías estar sola —me advierte.

Se me ensancha la sonrisa.

—Ya no estoy sola, ¿no?

Nuestros hombros se tocan cuando se sienta a mi lado. Apoya los brazos sobre las rodillas dobladas y fija la vista en el desierto.

—Tengo que hablarte de algo.

Se me desvanece la sonrisa. Trago saliva.

—¿Sobre qué?

Evita mirarme a la cara, y escarba en el esquisto con el tacón de la bota.

—Ese día, en la cueva. Antes de que te capturaran.

Se me suben los colores con el recuerdo de su beso. Yo había empezado a componer esta conversación en mi cabeza una docena de veces pero nunca la había continuado, como si hablar de ello —incluso pensar en ello— lo convirtiera en algo ordinario y definitivo. Es un beso que nunca podrá tener un final feliz, y preferiría conservarlo como un sueño en mi memoria, lleno de posibilidades.

—Elisa, lo siento.

Giro rápidamente la cabeza para estudiar su expresión.

—¿Por qué?

—Pensé... —Mira al cielo y respira hondo—. Pensé que no te volvería a ver. Estaba avergonzado y triste, y... y había estado deseando tanto besarte... Eso me convirtió en un estúpido. Prometo que no volveré a comportarme... de manera inapropiada contigo.

No era así como había imaginado yo que terminaría nuestro intercambio. Apreté los labios, decidida a no llorar.

—Entonces, ¿te arrepientes? —susurro.

En sus labios se dibuja una media sonrisa.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir...

—No estoy segura de querer estar casada con Alejandro.

Vuelve la cabeza con brusquedad, y yo me sobresalto, sorprendida tanto por mis propias palabras como por su repentino movimiento. Me doy cuenta de que es verdad, y mi corazón late con fuerza debido al susto. Alejandro es el hombre más apuesto que yo haya conocido. Pero no es suficiente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con suavidad, y la esperanza que aflora a sus ojos hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Tengo que seguir casada con él. Hice promesas al Maleficio y debo ser la esposa de Alejandro para mantenerlas, pero...

—Pero ¿qué?

La verdad es enorme y pesada.

—Él no me ama. Pensé que podría llegar a amarme, pero ahora que me he ido... Creo que no lo respeto mucho. —«No de la manera que te respeto a ti»—. Es apuesto, muy atractivo, pero también indeciso. —Pienso en su negativa a presentarme como su esposa, en su despreocupación por Rosario, e incluso en la indiferencia hacia su amante, y añado—: Y a veces es cruel, desconsiderado.

Humberto me mira a los ojos. Amo los rasgos de este rostro, tan orgulloso y tan fuerte. Ansío recorrer la curva de su mejilla con la punta de los dedos. Entrebros los labios.

—Elisa —susurra.

Me acerco más. Mis labios tiemblan; mi corazón se desboca.

—No volveré a besarte —dice.

Cierro de golpe la boca.

—No es que no quiere, entiéndelo —se justifica con una media sonrisa; clava la vista en el desértico paisaje y permanece en silencio unos instantes—. Eres la persona más valiente que conozco. Además eres inteligente y... Y hermosa. El rey es un idiota si no te ama.

Mi siguiente suspiro se parece más a un sollozo. Debería tomar a risa sus palabras o agradecerse las, pero tengo la garganta agarrotada.

En cambio, me uno a él en el cuidadoso estudio del seco pedregal y de algún que otro lagarto. Permanecemos sentados uno al lado del otro durante largo tiempo, los hombros apenas en contacto, contemplando cómo el sol pinta la tierra de rosa y coral a medida que desaparece en el dentado horizonte.

El aire es sutil y frío cuando Cosmé nos encuentra.

—Belén está listo para hablar —dice.

Nos ponemos en pie y nos apresuramos a seguirla. Humberto no me habla, ni siquiera mira hacia mí. Pero a medida que avanzamos siento que su brazo roza el mío, luego son sus dedos. Coge mi mano y la aprieta, brevemente, antes de soltarla. Cuando entramos en la aldea, tengo la mano insoportablemente fría.

Antes de nada, Belén repite su advertencia.

—Elisa, abandonad, por favor. Volved a Brisadulce. O, mejor aún, id más lejos. A algún lugar en el que nadie pueda encontraros.

Humberto y el padre Alentín intercambian una incómoda mirada, pero hago caso omiso de ellos.

—Empieza por el principio, Belén —lo invito, tratando de mantener un tono de voz amable—. Dinos cómo sabían dónde estaba nuestra cueva.

Lleva puesto un parche en el ojo, de modo que me evita la visión de su cuenca vacía. Tiene la cabeza agachada.

—Yo se lo dije.

Cosmé aparta la mirada. Jacián frunce el ceño.

—¿Por qué? —pregunto.

Se balancea atrás y adelante.

—Me dijeron que no atacarían mi aldea.

Mueve nerviosamente el ojo sano, tal vez por la fatiga. O quizás oculta algo. Niego con la cabeza.

—Eso no es propio de ti, Belén. No traicionarías de ese modo a Cosmé.

Tengo la sensación de que la joven clava la mirada en mi espalda cuando me agacho y me inclino sobre la cara destrozada de Belén.

—¿Por qué lo hiciste?

Él sigue balanceándose.

—Belén.

—¡Os llevé hasta las puertas del enemigo! —grita—. ¡Pensé que hacía lo



correcto!

Me siento sobre los talones, asombrada.

—¿Pensaste que estabas cumpliendo la profecía de Homero?

Asiente, pero evita mirarme a la cara.

—Sabía que los demás podrían escapar. Pensé que vos necesitabais ir al campamento enemigo. Creí que era la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios. ¿Cuántas veces habré oído a alguien declarar su comprensión de este asunto que yo encuentro tan indefinible?

Humberto da un paso adelante.

—Pero algo te hizo cambiar de parecer —dice.

Su rostro no manifiesta ni el menor atisbo de la desesperación que contrae el de su hermana. En cambio, parece estar furioso.

Belén deja de balancearse.

—Ella escapó —responde lacónicamente—. Y todo el ejército de Invierno se entregó a una celebración desenfundada. Uno de los suyos, un animago, había muerto, pero ellos festejaban.

—No lo entiendo —digo.

—Festejaban el haberos encontrado, Elisa. La portadora. Sólo la portadora podía haber escapado de un animago. Podía haber usado el fuego contra él. Hacía años que os estaban buscando, y habíais ido a caer directamente en su campamento.

—¿Qué querían de ella? —pregunta Alentín.

—Querían su Piedra Divina. Ya tienen nueve. Casi dos veces el número de la perfección. Sólo necesitaban una más, que estuviera viva.

—Necesitan otras dos —digo con vehemencia, y saco el amuleto de debajo de mi túnica y se lo muestro a todos—. Le quité ésta al animago.

Pero Alentín parece no oírme.

—¿Cómo, en el nombre de Dios, han conseguido nueve Piedras Divinas?

—Puede que hayan robado las tumbas de los portadores muertos —sugiere Humberto, con un encogimiento de hombros.

Cosmé lanza a su hermano una mirada de enfado.

—Muchos portadores no cumplieron su Servicio —señala Jacián—. O nunca se los reconoció. Tal vez fue así porque los inviernitas los mataron y se quedaron con sus Piedras Divinas.

Alentín enarca una ceja.

—Si eso fuera cierto, debe de hacer siglos que coleccionan Piedras Divinas.

—También puede ser —intervengo yo, recalcando las palabras— que algunos de los portadores elegidos hayan sido inviernitas.

Me miran con cara de risueño escepticismo. Incluso Belén arruga la nariz despreciando la idea. Pero no lo entienden. Yo creo más bien que las Piedras Divinas les llegaron sin más. De otro modo, tendríamos que llegar a la conclusión de que los inviernitas se han paseado entre nosotros, nos han robado, y ahora están a punto de

concretar un complot que tiene siglos de antigüedad.

Pero ¿qué complot?

—¿Qué pueden hacer con diez Piedras Divinas? —pregunto con voz temblorosa.

Por fin, Belén me mira a la cara, muerto de fatiga.

—Brujería. Actualmente usan sus amuletos para canalizar una porción de la magia que fluye bajo la tierra. Con diez Piedras Divinas pueden liberarla por completo.

—¿Por qué?

La *Sagrada Escritura* prohíbe el uso de la magia. Debe de haber una razón.

—No estoy seguro —responde Belén—. No hablo con fluidez la Lengua Antigua. Y, además, ellos la hablaban con un acento muy extraño. Después, la quemazón era muy intensa, y cuando me arrancaron el ojo no pude pensar en nada más...

Inclina otra vez la cabeza hacia un lado y le tiembla la mejilla mientras se pierde en sus recuerdos.

—Belén... —susurra Cosmé.

Él parpadea y vuelve a centrar la atención.

—Querían averiguar todo lo posible sobre ella. Sobre la portadora.

Humberto se echa hacia adelante y aferra a Belén por la barbilla de Belén.

—¿Qué les dijiste?

Belén gira la cabeza, con una mueca.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

—¿Les hablaste de este lugar? ¿Sobre el Maleficio?

Del ojo de Belén se desprende una lágrima.

—¡No lo sé, Humberto! No creo haber dicho nada. Todo lo que podía pensar era que había cometido un error. Un horrible error.

—Y luego escapaste milagrosamente —interviene Jacián con voz profunda y cortante.

Expresa mi propio temor de que Belén haya conducido hasta nosotros a los inviernitas, incluso con toda la intención.

—Oh, no fue ningún milagro —responde Belén—. Me permitieron escapar. Trataban de seguirme hasta aquí.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que no lo hicieron? —inquiero.

Belén cierra su ojo y se apoya contra la pared de la caverna.

—Caminé en círculos durante días. No vine hacia aquí hasta que estuve seguro de que me habían perdido la pista.

—Estabas malherido —señala Jacián—. Me cuesta creer que hayas sido capaz de despistarlos.

—No fue un viaje placentero —responde Belén, con el ojo todavía cerrado—. Pero conseguí sacármelos de encima.

Yo me inclino a creerle, porque el joven Adán y sus amigos no han encontrado señal alguna de merodeadores inviernitas. Yo conseguí evitar la persecución, a pesar

de lo inexperta y torpe que soy, de modo que sé que es posible. Y el mío tampoco fue un viaje agradable.

—Esas piedras de las que hablas ¿crees realmente que Invierno puede usarlas para desatar la magia sobre el mundo? —pregunta Alentín.

—Los inviernitas lo creen. Lo creen con todas sus fuerzas. Ahora todos están buscando a Elisa.

Seguimos haciéndole preguntas mientras Cosmé nos ronda como una gata madre, pero Belén tiene poco más que ofrecernos. Llegamos a la conclusión de que su traición no tiene nada que ver con la convocatoria del conde, y salimos de allí decididos a dormir algo antes de emprender el viaje al día siguiente.

Me entretengo un momento, incapaz de apartar de la mente la imagen de Belén con las mejillas descarnadas, las quemaduras del cuello y hombros, las extremidades temblorosas. Nunca lo conocí tan bien como a Humberto o a Cosmé. Sin embargo, añoro su sonrisa fácil y la manera en que atravesaba el desierto con firmes y rápidas zancadas. Hago un esfuerzo por no dejarme llevar por la piedad. El propio Belén reconoció que es un traidor, pese a su renuencia. Si Alodia estuviera aquí, lo haría ejecutar por traición.

Pero yo no soy mi hermana.

Agradezco a Cosmé que se esté ocupando de él y le deseo a Belén un buen descanso, antes de dirigirme dando tumbos a mi petate. Me quedo despierta un largo rato, pensando en Humberto, en Belén, cavilando sobre el misterioso objetivo de Invierno. Poco antes de hundirme en el sueño, me doy cuenta de que no he cenado.

Todavía es de noche y la temperatura es muy baja cuando Humberto me despierta. Enrollo el petate y me echo al hombro mi hatillo antes de seguirlo fuera de la cabaña y exponerme al frío de las horas previas al amanecer. Hacia el este, el cielo azul-negro cede paso al resplandor amarillento que asoma sobre los oscuros y distantes picos de Sierra Sangre. Observo las montañas, pensando en el vasto ejército que se oculta a su amparo.

Caminamos sin hacer ruido entre las cabañas de adobe. Nuestro plan para sabotear el diezmo de Invierno depende de nuestra llegada por sorpresa. El mensajero que trajo el aviso del conde no sabe nada de nuestra partida, no sea que lleve la noticia a Basajuán. Adán y los demás han recibido instrucciones de mantenerlo ocupado y distraído —aun cuando eso requiera mantenerlo prisionero— para darnos una ventaja de varios días.

Cuando rodeamos el peñasco, un suave relincho nos da la bienvenida. Jacián nos está esperando con dos caballos de gran alzada. Retrocedo cuando uno de ellos sacude la cabeza, haciendo sonar las piezas metálicas del cabezal.

—¿Caballos? —susurro al oído de Humberto, aunque suena más bien como un chillido—. Pensé que íbamos a llevar camellos.

Me sonrojo cuando ríe entre dientes.

—Los caballos son más rápidos. Y no nos vamos a internar tanto en el desierto como para necesitar camellos. No te preocupes. No te obligaremos a montar en uno.

Suspiro con alivio y decido mantener las distancias.

Los demás llegan en parejas o de tres en tres sin hacer ruido, y momentos después ya está completo nuestro grupo de viaje. Conducidos por Jacián, nos dirigimos hacia el oeste a paso vivo. Somos un grupo perfecto de diez, incluidos la imperturbable Cosmé y la alta Mara. Apoyo los dedos en la Piedra Divina y rezo para que este viaje no resulte tan desventurado como el último que hice.

Nos desviamos hacia el norte y aprovechamos el terreno llano para avanzar con mayor rapidez. Para mi consuelo, ando sin el menor esfuerzo. No me duelen las pantorrillas ni me arden los pulmones, ni se me hacen rozaduras en la piel de las piernas. Los caballos nos permiten transportar alimentos más variados que en nuestro último viaje, y todas las noches Mara cocina para nosotros, alternando el pan de pita y la cecina ligeramente estofada con conejo o pavo silvestre recién cazado. Incluso ha traído su propio hatillo de especias, que dosifica con gran sabiduría.

Mientras viajamos, Cosmé se mantiene distante y tranquila, como si sus delicados rasgos estuvieran esculpidos en acero. Humberto me dice que era reacia a dejar atrás a Belén, y que sólo la intervención combinada de él mismo, Jacián y el padre Alentín logró que se sumara a este viaje. Me explica que es un comportamiento habitual en ella, que se encierra en un aislado silencio durante días cuando no hace las cosas a su manera. Humberto la conoce mucho mejor que yo, pero no puedo desentenderme de ella tan fácilmente. Temo que su retraimiento tenga raíces más profundas de lo que él cree.

Después de una semana de viajar sin descanso, Jacián nos lleva hacia el este, de vuelta a las colinas. El sol está alto y quema, y el sudor me empapa el cuello de la túnica, cuando de pronto huelo humo. En un primer momento pienso que debe de ser la hoguera de algún otro viajero. Pero, a medida que avanzamos, el olor se hace más intenso y por último se vuelve insoportablemente acre. Nos miramos unos a otros con desazón. Toco la Piedra Divina, tratando de percibir una señal de su gélido aviso o una pulsación de calor, cualquier actividad que me dé una pista de lo que nos espera más adelante. Pero permanece tan inerte como una piedra común.

Coronamos una cumbre y finalmente divisamos, al frente y algo hacia el norte, una nube de humo en el horizonte. No es una hoguera de campamento, sino una amplia franja que tiene el horrible color marrón de la devastación.

Jacián se da la vuelta hacia nosotros.

—La aldea de Cerrolindo está en llamas —informa—. Tenía pensado dar un rodeo para evitarla, pero...

—Puede que haya supervivientes —interviene Cosmé.

Intercambiamos miradas y, por las caras de determinación de mis compañeros, sé cuál será nuestra decisión.

—Elisa, ¿te está diciendo algo tu Piedra Divina? —pregunta Humberto.

—Nada.

—Eso significa que el enemigo se ha ido —deduce Jacián, y no necesitamos más estímulo para lanzarnos colina abajo tras él.

Cuando llegamos a la aldea, casi me echo a llorar a causa del espeso humo y también por mi propio terror. Apenas puedo mantener los ojos abiertos debido al picor, pero alcanzo a ver los renegridos esqueletos de los edificios aun a través de la densa bruma de las lágrimas y de la niebla caliente. Postes de madera con los bordes dentados y carbonizados, paredes de piedra cubiertas de hollín, restos de mesas y sillas hundidas que emiten un resplandor rojizo.

—¡Buscad supervivientes! —grita Humberto.

Se cubre la cabeza con la capucha y se ata el chal sobre la nariz y la boca, y yo me apresuro a hacerlo propio.

—¡Y tened cuidado! —vuelve a gritar—. Cualquiera de las estructuras que están en pie podría desplomarse.

Recorro a toda prisa calles en llamas y angostos callejones, parpadeando para mantener los ojos húmedos, desesperada por encontrar a alguien vivo. Casi tropiezo en el chamuscado cuerpo de un animal —no acierto a saber si es una oveja o un perro— y estoy a punto de vomitar por el hedor de la carne chamuscada y a la vista de los jugos rojizos que rezuman de las grietas de la carbonizada piel.

—¡Aquí!

No logro distinguir quién ha gritado ni de dónde procedía la voz, pero me llena de esperanza.

—¿Dónde estás? —grito a mi vez.

—¡Al norte! —responde la voz de Humberto.

Me interno en el humo, con el brazo levantado para protegerme los ojos de la humareda, y me dirijo hacia donde creo que es el norte. A mi izquierda veo una figura alta. Es Mara. Se apresura a unirse a mí, y ambas avanzamos deprisa.

Me arden los pulmones cuando llegamos junto a ellos, unas figuras apretujadas con la piel cubierta de hollín y sacudidas por la tos, una familia de cuatro personas. Humberto está agachado cerca del más pequeño, consolándolo. Nos mira a Mara y a mí y yo me acerco, los ojos inundados de lágrimas.

—Estaban encerrados en aquel edificio —nos informa con la voz quebrada—. Los dejaron para que ardieran.

—¡Oh, Dios! —La crueldad de esto es incomprensible—. ¿Quién os hizo esto? —pregunto, como si no lo supiera.

La Piedra Divina envía a mi pecho oleadas de furioso calor en respuesta a mi rabia.

Un rostro su vuelve hacia mí, cubierto de ampollas, con los ojos muy abiertos. Es

una mujer.

—Los animagos —susurra—. Dijeron que se estaban vengando en nosotros. Dijeron que van a destruir una aldea cada vez que ataque el Maleficio.

Se dobla sobre sí misma mientras tose, pero apenas me doy cuenta. La tierra bajo mis pies oscila demasiado.

Sólo cabe esperar que la mayor parte de los habitantes haya conseguido escapar, ya que no encontramos más supervivientes y sólo unos pocos cuerpos calcinados. Me acurruco a una distancia segura en una elevación yerma, con las rodillas pegadas al pecho. Mis compañeros deambulan entre las ruinas humeantes para salvar lo que se pueda. Debería estar ayudándolos, pero tengo un nudo en el estómago y los ojos llenos de lágrimas, y me siento terriblemente cansada.

Estas semanas pasadas he tenido la sensación de ser útil. He atesorado en el corazón el éxito del Maleficio, me ha llenado de orgullo ver que mi pequeñísimo grupo de rebeldes aprecia mi guía y mi inspiración. Me he permitido considerarme realizada, adulta, pero no he sido más que una tonta.

Jacián no hace más que repetirme que en todas las guerras hay bajas. Humberto insiste en que nada de esto es culpa mía. Tal vez tengan razón, pero en este momento cierro los ojos y siento el peso de la muerte sobre mis hombros.

—¡Elisa!

Abro los ojos de golpe. Humberto viene corriendo hacia mí.

—¿Ya respiras mejor? —pregunta, mirándome fijamente.

Asiento con la cabeza.

—¿Y la familia? —inquiero.

Se deja caer a mi lado.

—Tienen primos por aquí. Cosmé les ofreció que nos acompañaran hasta Basajuán, pero prefieren quedarse en la zona y buscar supervivientes. Les dimos comida y agua.

No digo nada. Me pasa un brazo cariñoso sobre los hombros y me atrae hacia él.

—No es culpa tuya —murmura con la boca pegada a mi pelo.

—Ya lo sé.

Pero nuevas y ardientes lágrimas afloran a mis ojos.

—Lo que me preocupa es que estamos muy al oeste. No pensaba que Invierno hubiera llegado tan cerca del desierto. Al menos no todavía.

—Tal vez marchen sobre Alejandro antes de lo que pensábamos.

Froto la nariz contra la tela de su ropa, dedicando un pensamiento fugaz a lo inapropiado de nuestras acciones. Debería distanciarme de Humberto. Debería prepararme para ser la esposa de un rey.

—Eso es lo que dijo Jacián. No podemos demorarnos. Debemos partir de inmediato para Basajuán.

—Si están dispuestos a quemar una aldea por una de nuestras ridículas incursiones, ¿qué harán si les envenenamos la comida?

Siento que su pecho sube y baja al ritmo de un suspiro.

—Precisamente por eso estamos haciendo esto, Elisa —dice con dulzura—. ¿Lo recuerdas? Queremos que Invierno tome represalias contra el conde.

—Vamos a conseguir que maten a la gente.

—Sí.

Hay algo en su análisis sincero de la situación que me despeja la cabeza. Él ha aceptado nuestra elección. Cree en ella. A pesar de todo, no puede ocultar la tristeza que trasunta su voz.

Me pongo de pie y me estiro, poniendo distancia entre ambos.

—Vamos, pues —digo.

El clima distendido de la primera etapa de nuestro viaje ha dado paso a un silencio ominoso. Ni siquiera tengo ganas de hablar, de modo que me dedico a experimentar con mis Piedras Divinas.

La mía nunca ha parecido mágica. Viva sí, por supuesto. Tal vez un medio de comunicación, un vínculo entre Dios y yo. Sin embargo, los animagos usan las Piedras Divinas que ya no laten en los cuerpos de sus portadores para invocar la magia oculta bajo la superficie de la tierra. Recuerdo la forma en que el mago blandió su amuleto para paralizarnos, cómo éste lanzó un intenso destello azul cuando intentó quemarme.

Pensando en las muchas advertencias de la *Sagrada Escritura* contra la hechicería, busco bajo el cuello de mi túnica y echo mano de la jaula del amuleto. «Dios, por favor mantenme a salvo», rezo. Mi propia piedra lanza un destello a modo de respuesta.

Con la piedra enjaulada en la mano, me concentro en la magia que hay bajo la superficie del mundo. Busco en mi mente, ahondando con mis pensamientos en la tierra seca. Imagino que la piedra se calienta en mi mano; imagino el fuego que brota hasta quemar el retorcido enebro que hay a mi izquierda. Me lo imagino con tal intensidad que tropiezo en una piedra y caigo de rodillas.

—¡Elisa! —Humberto me ayuda a ponerme de pie y a recuperar el equilibrio—. ¿Estás herida?

Me coge con demasiada fuerza por la axila, pero no me importa. Me inclino hacia él.

—Gracias —le susurro al oído.

Al percibir su reacción ante mi proximidad —los ojos cerrados, la respiración entrecortada—, mi cuerpo todo responde con un calor doloroso. Tengo ganas de echarle los brazos al cuello, de enredar los dedos en su sedoso pelo.

Sin embargo, no puedo permitirme pensar esas cosas.

—Estoy bien —digo entre dientes, sacudiendo el polvo de mi túnica para dar algo que hacer a mis manos.

Se me encoge el corazón al ver el dolor en su cara, pero reanudo la marcha con



resolución.

Nos lleva dos días llegar a Basajuán, dos días durante los cuales no obtengo ni la menor respuesta de la extraña Piedra Divina.

La ciudad del conde Treviño se asienta en la horquilla que forman dos cadenas montañosas al encontrarse: la Sierra Sangre al este y las boscosas montañas Infranqueables al norte. El clima es más fresco aquí y hay suficiente humedad como para sentirla como una capa pegada sobre la piel. Humberto se ríe cuando se lo digo y me asegura que el aire de mi país me daría más o menos la misma impresión ahora que estoy acostumbrada al desierto puro.

Deambulamos entre pintorescas construcciones de dos alturas con amplias ventanas y arriates de flores. Me encantan las paredes pintadas de colores brillantes, entre los que predominan el rosa y el amarillo con toques de azul claro y lavanda. Las ventanas y las puertas tienen volutas de hierro forjado, y las arcadas y los umbrales están recubiertos con relucientes azulejos —el mismo diseño de flores amarillas y azules de mi patio en el palacio de Alejandro—. Es un lugar acogedor, luminoso, y siento una punzada en el pecho al darme cuenta de que me recuerda a mi casa en Amalur.

Jacián alquila cubículos para los caballos en la cuadra y luego nos lleva a un ancho edificio de tres plantas situado frente a un acogedor merendero. Hay mesas largas tendidas debajo de un alero de tejas rojas y un mostrador en el fondo pintado con coloridas promesas de pastel de carne y sabrosos estofados. Detrás del mostrador, los cocineros se afanan para atender los pedidos. Nuestro grupo ocupa dos de las mesas, mientras Jacián pide la comida en el mostrador.

En caso de que nos pregunten diremos que somos refugiados de Cerrolindo, que hemos venido para vender las pertenencias que nos quedan y después huir de este lugar antes de que comience la guerra. Fue idea de Mara y todos estuvimos de acuerdo. Es una historia creíble y además habla a las claras de la incapacidad —o tal vez falta de voluntad— del conde para proteger a su gente.

Jacián regresa y se sienta con nosotros a esperar.

—Arriba tienen habitaciones para huéspedes —dice—. He reservado dos. —Baja la voz y continúa—: Nos quedaremos aquí hasta conseguir la información que necesitamos. Está a suficiente distancia del palacio del conde como para no llamar mucho la atención.

Se vuelve hacia mí.

—Elisa, he preguntado por lo tuyo en el correo de palomas mensajeras. Todavía no hay respuesta de tu aya.

—¡Ah! —Me digo que es demasiado pronto, pero al menos ahora sabe que estoy a salvo—. Gracias.

Las distantes campanas del monasterio tocan los repiques de mediodía cuando un

niño descalzo nos trae dos fuentes de carne de vaca en dados con acompañamiento de pan de pita. Nos quedamos mirando a Jacián sorprendidos.

Nos sonrío con picardía y lo que más me sorprende es la alegría que reflejan sus ojos, habitualmente serios.

—He hecho un derroche —confiesa—. Sé que tenemos poco dinero, pero hemos estado demasiado tiempo en el desierto y hace un año o más que no pruebo la carne de vaca.

No necesitamos que nadie nos anime a servirnos. Comemos ruidosa y ávidamente, sonriendo con la boca llena, riéndonos por la que organizamos al tratar de meter la jugosa carne en el pan de pita. Sin embargo, veo una sombra en los ojos de Cosmé y de Humberto y me pregunto si habrán tenido la misma sospecha que yo sobre el auténtico motivo por el que Jacián ha decidido brindarnos una última y memorable comida.

Nuestras habitaciones son sencillas pero limpias, y el dueño de la casa de huéspedes nos ayuda a transportar varios camastros desde el almacén para suplementar los escasos catres. Cosmé, Mara y yo somos las únicas chicas del grupo de diez, de modo que Jacián y Humberto comparten nuestra habitación. He dormido innumerables noches al lado de Humberto, incluso se ha tendido en el umbral de mi choza para hacerme de guardaespaldas en la aldea de Alentín. No obstante, este espacio cerrado tiene algo que lo hace más íntimo, y su presencia se me hace más palpable cuando descargamos nuestros petates y extendemos los catres.

Una vez acomodados, Cosmé y Jacián se marchan para deambular por la ciudad en busca de antiguos conocidos. Me ofrezco a acompañarlos, pero Cosmé se limita a sonreír.

—Sólo conseguirás retrasarme —dice—. Tengo mucha práctica en esto de reunir información. Quédate aquí. Volveré pronto.

Cuando cierran la puerta, pregunto sin dirigirme a nadie en particular.

—¿Cómo es posible que alguien tan joven sepa tantas cosas?

—¿Qué queréis decir? —pregunta Mara.

—Cosmé fue mi doncella en Brisadulce, durante algún tiempo. Después me enteré de que es escolta de viaje, y sanadora y, por supuesto, espía. —Me vuelvo hacia Humberto—. ¿Son todos tan polifacéticos en este lado del desierto?

—Sólo las hijas inoportunas de condes veleidosos.

Me quedo con la boca abierta. De modo que era eso. Ésa era la pieza que faltaba entre Cosmé y Treviño.

—Pero ¿no era tu hermana?

—Lo es. Por parte de madre, pero de padre diferente.

Mara da un paso atrás.

—No creo que deba oír...

—A Cosmé no le importará que lo sepas —la tranquiliza Humberto—. Ahora no. Aunque no es algo de lo que hablemos muy a menudo. Mi padre fue un verdadero padre para ella, y Cosmé tiene la sensación de que alardear de su parentesco con el conde sería deshonorar su memoria.

—Cosmé me dijo que los inviernitas mataron a sus padres —digo.

—Así es —responde Humberto—. Hace cinco años. Fue un momento difícil para nosotros. —Se sienta en un catre y se pasa la mano por la suave pelusilla del mentón—. Cosmé acudió al conde en busca de ayuda. Quería venganza, pero...

—Treviño no tenía la menor intención de luchar contra Invierno.

—No desde que empezaron a reunirse los ejércitos. Mi hermana fue muy insistente y el conde no hizo nada, por supuesto, pero decidió acogerla en su casa. Al principio sólo quería tenerla estrechamente vigilada, pero le tomó cariño. Demasiado cariño, hasta que empezó a sentirse muy incómoda.

»Hizo que le enseñaran habilidades de todo tipo y le dio un puesto como dama de honor de su hermanastra mayor, Ariña. Supongo que las dos se llevaban bastante bien. Incluso llegaron a un acuerdo. Ariña le prometió a Cosmé que, si ella conseguía casarse con el rey Alejandro, permitiría que Cosmé heredara las tierras del conde.

No salgo de mi asombro.

—Podría haberse quedado en Brisadulce —señalo—. Podría haber ayudado a Ariña a convertirse en reina y ella misma habría llegado a condesa.

Humberto asiente.

—Podría haberlo hecho, pero llegó a la convicción de que su padre y su hermana serían capaces de vender el alma a Invierno para conseguir sus fines. Y tal vez lo hicieran. —Con los ojos empañados y el entrecejo fruncido añade—: Vimos las caras de mamá y papá consumidas en el fuego de un animago. Ella jamás lo olvidó. Así que, cuando el tío Alentín huyó del monasterio y puso en marcha su pequeña rebelión, lo apoyamos en secreto y prometimos buscar al portador.

Me dejo caer al lado de Humberto para asimilar todo lo que ha dicho.

—Si esto funciona, Humberto, si puedo cumplir mi promesa y liberar esta tierra de Joya, entonces Cosmé podrá ser condesa después de todo. Tal vez reina incluso.

Me da un empujón en el hombro con el suyo y sonrío burlonamente.

—¿Por qué crees que te lo he contado?

Mara está evidentemente incómoda al otro extremo de la habitación, con la expresión de un animal cogido en una trampa.

—Voy a buscar agua —dice—. Tengo que lavarme el pelo.

Cuando se va, Humberto y yo nos miramos sintiéndonos violentos.

—Llevas dos días evitándome —dice en un tono muy medido.

—Sí —respondo, mirándome las manos.

Se inclina hacia adelante y apoya los codos en las rodillas.

—Está bien. Lo entiendo.

Nuestros muslos están muy próximos. Bastaría con que uno de los dos se moviera

un poco para que nos tocáramos sin querer.

—Lo siento, Humberto, pero tengo que estar casada con Alejandro para que esto funcione.

—Jamás compartiste el lecho con él. —No es una pregunta, sino una afirmación. Trago saliva. No sé si debo hablar con él de estas cosas.

—No lo hice.

Se vuelve hacia mí entornando los ojos.

—Elisa, si hubiera una forma, la que fuere, de que pudieras rehuir el matrimonio con el rey, ¿lo harías?

—¿Una forma?

—Quiero decir, nada de lo que tuvieras que avergonzarte.

Trato de recordar el rostro de mi esposo. Solía verlo con gran claridad, pero el tiempo y la distancia emborronan mis recuerdos.

Alzo los ojos y miro a Humberto, sus pómulos marcados que atestiguan su origen desértico, la expresión decidida de su mandíbula, los labios siempre al borde de una sonrisa. Me doy cuenta de que mi recuerdo de Alejandro no está emborronado ni por el tiempo ni por la distancia, sino por esta otra cara mejor, más querida, que ahora llena mis pensamientos.

En los ojos de Humberto brilla una loca esperanza y yo ardo en deseos de pasar los dedos por su pelo ensortijado y decirle que las cosas podrían salir bien entre nosotros. Le ofrezco lo que puedo.

—Si hubiera una forma, entonces sí. Elegiría liberarme de la promesa hecha a Alejandro.

—Me alegra saberlo —dice sonriendo.

Nos quedamos sentados uno junto al otro, en medio de un silencio amigable, poniendo cuidado en no tocarnos. Clavo la vista en mi falda para evitar su mirada y observo mis muslos aplastados contra la firme superficie del catre. Mi piel se mofa de esta nueva delgadez y se mantiene flácida a la espera de que vuelva a rellenarla. Miro a Humberto de soslayo, maravillándome ante la certeza de que él seguiría queriéndome aunque empezara otra vez a atiborrarme de pasteles todo el día.

—¿De qué te ríes? —inquire.

Me libro de responder por la llegada de Mara, que nos anuncia que ha cambiado una piel de oveja por jabón y servicio de agua caliente.

Mara me está trenzando el pelo, todavía húmedo, cuando vuelven Jacián y Cosmé. Sé que algo va mal por la expresión de Cosmé y por la sombría mirada de Jacián.

—¿Qué pasa? ¿Nadie ha querido hablar con vosotros? —pregunto.

—Hemos averiguado lo que queríamos saber —nos dice Cosmé escuetamente y echa a caminar de un lado a otro de la habitación.

Miro a Humberto alarmada. Se limita a encogerse de hombros, como diciendo:

dale un momento.

Cosmé frunce los labios y luego rompe a hablar.

—La caravana de provisiones sale a primera hora de mañana. Debemos actuar esta noche.

¡Esta noche! Yo esperaba ir haciéndome a la idea, dedicar algún tiempo a la oración, hacer acopio de valor.

—El tributo lo recaudan los sacerdotes —continúa—, y se mantiene en custodia en el monasterio.

Se me hace un nudo en el estómago al oír sus palabras. Es inimaginable que los sacerdotes puedan aprobar semejante acción. No me extraña que Cosmé y Jacián estén tan demudados.

—¿Se os ocurre alguna forma de meternos dentro? —inquiero.

Jacián asiente.

—Esta noche celebran el sacramento del dolor. Iremos los diez y después de la ceremonia, mientras la multitud se marcha, nos colaremos en las cocinas. Todos llevaremos el veneno de duerma. Espero que al menos dos o tres de nosotros consigamos encontrar el cargamento.

—¿Y si nos capturan? —pregunta Mara con un hilo de voz.

—Si capturan a alguien, dependerá de Elisa que nos liberen —dice Cosmé sin rodeos.

—¿De mí?

—Ése es el momento en que revelas que eres el jefe del Maleficio y sólo accedes a negociar si liberan a tu gente.

Entorno los ojos.

—Ésa podría ser una forma también de que os mataran —digo—. No sabemos con certeza cuál es el propósito del conde.

Cosmé alza el mentón desafiante.

—Nadie dijo que la empresa no tendría riesgos.

—En otras palabras —digo, suspirando—, no tenemos un verdadero plan de huida.

Entonces interviene Mara en un susurro.

—Si podemos obligar al conde a defenderse, valdrá la pena. Sus recursos son mucho más grandes que los de nuestro insignificante Maleficio.

—Podría representar la ventaja que tu esposo necesita para ganar esta guerra —añade Humberto, haciendo hincapié en la referencia a mi esposo.

—Cosmé —digo con una mueca de desagrado—, ¿podrías valerte de tu conexión con el conde para sacarnos del atolladero?

La joven me mira con un gesto de extrañeza.

—Se lo he contado todo —dice Humberto como disculpándose.

—Lo intentaría —responde con voz forzada—, aunque no me parece bien aprovechar mi relación con él para cualquier cosa. Nada bien. Pedirle favores es...

desagradable. Siempre tienen un precio.

La miro con aire pensativo.

—Entonces trataremos de evitarlo. Informemos a nuestros compañeros del plan y pongámonos en marcha.

El monasterio es una versión reducida del que presidía el padre Nicandro en Brisadulce. Las mismas paredes de adobe, las mismas velas de oración y largos bancos de madera. También a semejanza de Brisadulce, el número de fieles es realmente escaso y los bancos no están llenos ni mucho menos. Yo había contado con una gran multitud que nos permitiera pasar desapercibidos.

Nuestras túnicas del desierto son muy poco llamativas, apropiadas para penitentes que buscan recibir una bendición mediante el sacramento del dolor. Cosmé y Humberto se cubren con las capuchas para evitar que los reconozcan mientras desfilamos con piadoso decoro. Nos dispersamos para no despertar sospechas, y el suave murmullo de las plegarias empieza a llenar la estancia con su dulce cadencia. Mi Piedra Divina emite un cálido zumbido.

Cerca del altar, un sacerdote que permanecía con la cabeza gacha la alza de repente y empieza a buscar entre los asistentes cada vez más numerosos.

Bajo la cabeza y me oculto detrás de Cosmé mientras avanzamos, maldiciéndome por haber olvidado algo tan importante. Esconderme detrás de Cosmé es un gesto inútil, porque ella es menuda y yo no, pero el sacerdote sigue buscando, incapaz de localizarme. Con un movimiento lo más disimulado posible, cojo a Cosmé por el codo y la obligo a sentarse en el banco más próximo. Nos sentamos muy juntas.

—Se supone que debemos separarnos y...

—El sacerdote puede percibir la Piedra Divina, igual que Alentín y Nicandro. No me atrevo a acercarme más.

Ahoga una exclamación.

—Deberías irte —dice luego—. Márchate tan pronto como la gente se ponga de pie para aceptar la invitación.

Me dispongo a hacer lo que dice, pero entonces tengo una idea mejor.

—Podríamos usar mi Piedra Divina como distracción.

—¿Crees que lo conseguirás? —me pregunta en un susurro.

—Sí. Al final de la ceremonia, tú y los demás id hacia las cocinas. Yo saldré por la puerta trasera hacia los dormitorios y me pondré a rezar para atraer su atención.

Cosmé se inclina hacia mí y susurra:

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí. Os esperaré en la casa de huéspedes.

Estoy casi segura de poder encontrar sola el camino.

—Sabrán que la portadora está aquí.

—Ya es demasiado tarde para ocultarles ese hecho.

Eso nos da que pensar, y esperamos en un nervioso silencio mientras se realizan los rituales previos al servicio. El sacerdote nos guía en el *Glorifica*, y tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no dejar que mi alma se eleve ante la belleza lírica de la oración. El menor indicio de plegaria hará que la piedra que llevo dentro se encienda en gozosa respuesta, de modo que me dedico a pensar en panecillos de coco rellenos de nata, tratando de recordar exactamente su sabor y su textura.

Tamborileo sobre el banco con los dedos, en tanto que el sacerdote alza por encima de su cabeza una rosa sagrada, con sus enormes espinas, y se entrega a un himno de liberación. Al fin, invita a acercarse a todos los que desean participar en el sacramento del dolor. Unos cuantos bancos por delante de mí, Mara se pone de pie. Reconozco a algunos otros de nuestro grupo. Cosmé y Humberto siguen sentados por temor a que los reconozcan. En este momento vacío de rezos me siento huérfana y misteriosamente equivocada.

Por fin, la ceremonia concluye. Les curan los dedos sangrantes a los suplicantes que quedan, mientras el sacerdote principal —que sigue buscando entre la gente con evidente agitación— ofrece plegarias y consejos extra a los necesitados. Algunos de los integrantes de nuestro grupo avanzan para entretener al sacerdote con peticiones falaces, al tiempo que otros se encaminan hacia la puerta lateral que lleva a las cocinas y los establos.

Me pongo de pie, sin apartar la mente de los pasteles, y me dirijo hacia los dormitorios. Por el rabillo del ojo veo la alta silueta de Mara, que acapara al sacerdote más próximo con su fingida ansiedad. No puedo menos que sonreír al adentrarme en un pasadizo abovedado fresco y oscuro.

No obstante, la sonrisa desaparece de mis labios cuando veo una ramificación del corredor. Dos direcciones para elegir, ambas sombrías. Con el corazón desbocado me decido por la que hace un recodo hacia la entrada. Aunque no le dije nada de esto a Cosmé, que me sorprendieran aquí podría representar mi muerte. El padre Alentín me dijo que los sacerdotes de este monasterio son más partidarios de la Piedra Divina que del portador, y es posible que intentaran arrancármela de presentarseles la oportunidad.

Marcho corredor abajo, tratando de ver algo en la oscuridad. Oigo pasos en la distancia; espero que sean sólo suplicantes que salen del atrio, pero no es posible saberlo. Por fin llego a una puerta de gruesos maderos con bisagras de hierro y rematada en un arco. Al apoyar la mano en el picaporte lo siento frío y empiezo a rezar.

«Por favor, Dios, ayúdame a distraer a los sacerdotes».

La Piedra Divina responde emitiendo descargas de calor. Tiro de la puerta para abrirla.

«Por favor, mantén a mis amigos a salvo. Permite que tengan éxito».

Una corriente de aire puro y cálido me baña el rostro. Salgo a una calle de

ladrillo. Las lámparas de gas vierten una luz bronceada sobre la calzada a intervalos regulares. Por delante de mí veo a un grupo de suplicantes vestidos con túnicas que ríen con ese ánimo familiar de liberación que tan a menudo sobreviene al sacramento del dolor. Estoy todavía más cerca de lo que pensaba de la entrada al monasterio.

«Gracias, Dios, por esta encantadora ciudad. Si es tu voluntad, por favor sálvala de la destrucción».

—¡La siento otra vez! —grita una voz masculina a lo lejos—. ¡Por aquí!

Me agacho detrás de un arbusto bajo pegado a la pared —hibisco en flor, me dice mi olfato— y trato otra vez de pensar en panecillos, pero la Piedra Divina sigue latiendo como si estuviera rezando.

Pienso en el animago, en su pelo blanco amarillento y sus ojos azules, en su forma felina de andar en torno a su altar iluminado por las velas.

La Piedra Divina se queda helada.

Se oye el chirrido de las bisagras al abrirse la puerta que acabo de cruzar. Pasan a mi lado al menos dos personas, aunque no me atrevo a levantar la cabeza para mirar.

—La sentí —dice uno—. Lo juro.

«Ojos como el hielo, el amuleto en su larga y elegante mano, reluciendo con fuego maligno...».

—Te creo. Yo también la sentí. —Más pisadas—. Sin embargo, ahora nada.

—¿Es posible que viniéramos en la dirección equivocada?

«Vestiduras blancas como el cuarzo, el rostro más terso que el de un niño...».

—Puede ser. —Pero en su voz resuena la duda—. Veamos en los dormitorios.

Los pasos se alejan, la puerta se cierra y sigo agachada detrás del arbusto de hibisco. Me pica la nariz y espero que no sea por una telaraña. A punto estoy de elevar una plegaria de alivio.

Permanezco agachada hasta que no siento los arcos de los pies y me duele el cuello. Entonces me pongo de pie, lenta y cuidadosamente, y camino calle abajo con fingida despreocupación hacia la casa de huéspedes. Es el paseo más largo de mi vida.

Llego la primera. Me paso la hora siguiente enfrascada en fervorosa plegaria por la seguridad de mis compañeros. Van llegando poco a poco: Mara, la primera; después los dos jóvenes arqueros; Jacián, nervioso pero contento; Carlo, el trampero y su hermano Benito. Esperamos un buen rato, tensos, antes de que asome por la puerta el rostro sonriente de Bertín. Y finalmente, cuando empezábamos a perder la esperanza, entran en tromba Cosmé y Humberto, exhaustos pero sonrientes.

Todos estamos a salvo. Los diez. Y, a juzgar por las expresiones de triunfo, hemos tenido éxito. Es mucho más de lo que yo esperaba. Abrumados por la sensación de alivio, estallamos en risas y llanto.

Pero esto no ha terminado ni mucho menos. La caravana de suministros debe llegar a Invierno con éxito. Debe envenenar a un número suficiente de guerreros como para que relacionen la enfermedad con el tributo del conde y eso dé lugar a



represalias. Tenemos que parlamentar con Treviño.

Además, los sacerdotes de Basajuán han percibido la presencia de la portadora.

A pesar de todo, esta noche festejamos nuestro pequeño éxito.

Esperamos tres días antes de ir a ver al conde, tiempo suficiente para que el tributo llegue al grueso del ejército de Invierno. Discutimos sobre la mejor manera de presentarnos ante Treviño.

—¿Y si lo hiciéramos públicamente? —sugiere Mara.

Cosmé asiente con aire pensativo.

—Si nos anunciamos públicamente, para él sería muy embarazoso matarnos o capturarnos.

—Sólo en un primer momento —digo—. Siempre podría hacerlo más tarde, en un momento en que su corte no estuviera presente.

Cosmé sonrío con suficiencia.

—En un primer momento es todo lo que necesitamos. En cuanto le lleguen noticias del cargamento envenenado, será demasiado tarde para él.

—Entonces lo sorprendemos en el momento de las audiencias —dice Jacián con una mueca—. Debemos hacerlo de un modo que atraiga simpatía para nuestra causa.

Humberto frunce el entrecejo.

—Ése no es mi campo de experiencia —dice—. Soy hijo de un pastor.

—Y yo no soy más que una cocinera de pueblo —añade Mara.

—En momentos como éste —señala Cosmé— es cuando viene bien una princesa.

Se vuelven hacia mí todos a una. Esbozo apenas una sonrisa recordando los tiempos en los que esquivaba las funciones de la corte, segura de que Alodia se encargaría de todo.

—Mmm... bueno, creo que es importante hacer una demostración de confianza y de fuerza.

Es una observación general que no entraña riesgo.

—¿Os referís a ir bien vestidos? —pregunta Mara.

¿Por qué no había pensado en eso?

—Así es.

—Es imprescindible que os arregle el pelo para que no parezca tan... —Mara hace un gesto impreciso con las manos.

La atravieso con la mirada.

—Y tenemos que conseguir algo que ponerte —contribuye Cosmé.

También a ella la fulmino con los ojos.

—Detesto los corsés —digo entre dientes.

—Nada de corsé —dice Cosmé—. Prendas de cuero como las de los guardias. Tal vez una capa. No podemos entrar armados, pero un carcaj vacío a la espalda sería muy elocuente. Un cinto para la espada.

Me quedo mirándola.

—Debes parecer un guerrero, Elisa —explica Cosmé, pero le tiembla el labio por el esfuerzo de mantenerse seria—. Debes dar la impresión de que al conde le va a costar mucho trabajo hacerte desaparecer.

El resto de nuestros compañeros observa guardando un tímido silencio.

—Está bien, haced lo que os parezca mejor —digo, alzando las manos.

El palacio del conde es mucho más pequeño que el de Alejandro, pero bellamente edificado en piedra caliza de tono pastel y con el familiar dibujo de las baldosas con flores amarillas y azules. Hemos venido todos, salvo Carlo, que volverá al Maleficio si no tiene noticias nuestras antes de una semana. Vamos vestidos con los mejores tejidos que pudimos comprar con las pieles de cordero y el dinero que hemos traído con nosotros. Mis prendas de montar de cuero crujen a cada paso. Se ajustan al pecho, a la curva de la cintura y a los muslos. Sólo llevo descubierta la piel del cuello y de los brazos y, sin embargo, me siento expuesta y vulnerable sin mis amplias túnicas.

Los suplicantes que nos rodean guardan una cautelosa distancia. Miro a mis compañeros intentando verlos con los ojos de un extraño. Aunque somos todos jóvenes, tenemos la piel curtida y bronceada y el pelo descolorido por el sol, con mechones rojizos. Andamos erguidos y resueltos y con la fuerza que da el hábito de caminar días enteros. Envalentonados todavía por nuestra reciente victoria en el monasterio, mis amigos devuelven con expresión inmutable las miradas subrepticias que nos dirigen.

—¿Qué es lo que te hace sonreír? —me susurra Humberto al oído.

—Míranos. Parecemos mucho más temibles de lo que somos realmente.

—Cosmé y Mara han hecho un excelente trabajo de equipamiento del grupo —dice con sonrisa burlona—, pero bien pensado... es que realmente somos temibles. Somos el Maleficio.

El movimiento de la multitud nos impulsa hacia adelante unos cuantos pasos.

—Me alegro de que la fila avance rápidamente —le digo.

—Y yo me alegro de que la multitud que tenemos a la espalda no me deje escapar —responde en total sintonía.

—Contigo aquí es más fácil —le digo.

No contesta nada. Se limita a estudiar mis ojos, mis labios, mi cuello. Con la ruidosa muchedumbre a nuestro alrededor, es casi como estar solos.

—Elisa —murmura, acariciándome el hombro con un dedo—, creo que hay una forma.

—¿Qué quieres decir?

Podría quedarme aquí con él para siempre.

—Dijiste que si hubiera una forma de liberarte de él, lo harías.

Su pulgar recorre mi clavícula y se detiene en el hoyuelo de mi garganta.

Siento un leve mareo. ¿Es posible? ¿Podría liberarme de Alejandro? La fila de suplicantes nos empuja hacia adelante.

—¡Ahora no puedo pensar en esto! —digo, apoyando la palma de la mano en su cara durante un instante brevísimo—. Pero hablaremos de ello. Lo prometo.

Me obsequia con esa sonrisa suya tan fácil y que a estas alturas me resulta tan familiar, tan querida. Algo se despliega en mi interior, como una rosa sacramental que se abre, y me doy cuenta de que lo amo.

—¿Qué? —me pregunta en un susurro—. ¿De qué se trata?

Tengo el corazón tan henchido de gozo que me duele.

—¡Te lo diré más tarde!

Les doy la espalda a él y a la cuestión, pero en el pecho me bulle una plácida esperanza. Es así que, cuando por fin nos llega el turno de entrar en el salón de audiencias y el aburrido heraldo pregunta a quién ha de anunciar a continuación, mi voz suena alta y firme.

—Soy *lady* Elisa, del Maleficio, y estoy aquí por invitación de su excelencia.

Los ojos del heraldo relumbran con repentino interés. Llama a la puerta de dos hojas con su bastón. Se abren hacia adentro, y penetramos en un gran salón de audiencias mientras él repite mis palabras ante la corte allí reunida.

Por todas partes suenan exclamaciones de asombro y siento los ojos de los presentes clavados en mí. Mi confianza se debilita al sentir sobre mí la presión de tanta gente. ¿Cómo es posible que en un espacio tan reducido puedan caber tantos? Mi olfato lo capta todo con agudeza, los perfumes florales, el aire viciado. He estado demasiado tiempo en el desierto.

—O sea que *lady* Elisa del Maleficio —dice una voz alta y clara.

La Piedra Divina se enfría.

Miro en la dirección de donde surgió el sonido. Al final de la sala, varios guardas se hacen a un lado y dejan ver a un hombre pequeño, de piel clara, sentado en un trono. Lleva el pelo negro brillante pegado al cráneo, con rizos planos, como esculpidos, que se enroscan alrededor de las orejas y forman espirales contra la frente. Tiene ojos oscuros y penetrantes, y un mentón delicado como el de una muchacha. Como el de Cosmé. Parece mucho más joven de lo que yo suponía.

De su cuello pende un llamativo colgante de oro, tan grande como mi mano abierta. Es un diseño peculiar y grotesco, una especie de flor en descomposición; sin embargo, me resulta familiar.

—Excelencia —digo en voz alta, recordando a último momento una reverencia.

Me pregunto si el conde reconocerá a Cosmé, pero su mirada está enfocada en mí y ella lleva capucha. Saco su pergamino enrollado de mi cinturón de cuero y lo muestro a todos.

—Hemos acudido a vuestra llamada, excelencia —prosigo—. Para hablar de una alianza, tal como solicitasteis.

En su cara aparece un rictus y las manos se le ponen blancas al aferrarse a los

reposabrazos.

—No sería apropiado hablar aquí de semejantes cosas, por supuesto. Haré que los guardias os acompañen a las habitaciones de invitados. —Chasquea los dedos para llamar a uno de los guardias de expresión impasible, y a continuación nos obsequia con una sonrisa empalagosa—. Os ruego que descanséis y os pongáis cómodos. Pedid comida y bebida a las cocinas si os apetece. Enviaré a buscaros después de la hora del almuerzo.

Estoy a punto de protestar, pero los guardias nos rodean y nos conducen fuera del salón. Por el rabillo del ojo veo al conde Treviño susurrar algo a un asistente; después el gentío se abre dejando ver una puerta lateral. Entramos en un pasillo oscuro, mientras la multitud que dejamos atrás se lanza a todo tipo de especulaciones.

Siento un nudo de preocupación en el pecho mientras nos conducen pasillo abajo por un tramo de escaleras de crujientes maderos. El guardia abre la puerta que da a una gran estancia de paredes de adobe color crema y vigas de madera. No tiene ventanas ni adornos, pero es adecuada para cuatro o cinco personas, con una chimenea redondeada y anchas camas. Sin embargo, el guardia nos mete a los nueve dentro y cierra la puerta. Entonces oímos el golpe y el chirrido que hace el cerrojo al cerrarse.

Nos quedamos allí de pie, atónitos, hasta que Cosmé se baja la capucha y vemos que se está riendo.

La miramos boquiabiertos.

—¿Qué esperabais? —pregunta—. Decididamente, lo hemos sorprendido. Jamás le había vuelto a ver esa cara desde el día en que le informé de nuestro desafortunado parentesco.

Se desploma sobre la cama más próxima con una sonrisa petulante.

—No te reconocí —dice Humberto.

—Mantuve la cabeza gacha y cubierta. Y él sólo tenía ojos para nuestra princesa.

—¿Qué hará a continuación? —pregunta el joven Benito en tono tenso.

—En cuanto haya tenido ocasión de aclarar sus ideas, enviará a buscar a Elisa y a uno o dos de los demás. Os interrogará, primero en grupo, luego por separado. A los demás se nos mantendrá como medio de presión.

—Lo conoces bien —comento.

—Sí —responde, rehuendo mi mirada.

Así pues, nos disponemos a esperar, tratando de que nuestra repentina cautividad no nos haga presas del pánico. Espero que Cosmé tenga razón, y se me presente la oportunidad de hablar con el conde antes de que nos entregue a Invierno.

Dormitamos por turnos. Los guardias apostados fuera no hacen caso de nuestras reiteradas solicitudes de comida, de modo que no puedo más de hambre cuando oímos el chirrido del cerrojo que se abre. Los que están echados se colocan de pie de

un salto. Todos juntos miramos de frente hacia la puerta. Cosmé se pone detrás, con la capucha echada.

Entran dos tipos corpulentos. Llevan una espada corta colgada a la cadera y una daga sujeta a las botas, envainada en una funda de cuero con hebillas.

—¿*Lady* Elisa del Maleficio? —dice uno.

—Yo soy *lady* Elisa —respondo, dando un paso adelante.

—Venid con nosotros. Y vosotros también —dice, señalando a Humberto y a Benito.

Un guardia se nos coloca detrás y oigo el sonido característico del acero contra la piedra cuando desenvaina la espada. Humberto me coge de la mano mientras nos conducen por varios pasillos. Yo aprieto la suya agradecida.

Para cuando llegamos ante una puerta de caoba ricamente tallada, voy rezando, con vehemencia. La puerta se abre, y nos meten dentro con un empujón. Es una especie de estudio, con una mesa pulida y una enorme chimenea. Me produce una leve náusea la suntuosidad de la habitación, con sus dorados brillantes, su mullida alfombra y sus cortinas festoneadas. Hay un intenso olor a incienso, como en la tienda del animago. A duras penas puedo contener la tos. Los guardias nos conducen a uno de los varios sofás situados ante el escritorio y nos empujan para que nos sentemos.

Se abre una puerta más pequeña detrás del escritorio. Entra un hombre arrugado vestido con una túnica sencilla, al que sigue el conde Treviño. El conde parece diminuto junto al de la túnica, pero tiene unas facciones muy aguzadas y es rápido de movimientos.

—*Lady* Elisa —dice el conde con voz musical—, estoy encantado de que hayáis venido.

—¿Por qué nos habéis tomado prisioneros? —pregunto. Y luego añado—: Excelencia.

Su sonrisa es fácil y encantadora.

—Por vuestra propia protección, por supuesto.

Acepto su mentira.

—Eso fue muy bondadoso por vuestra parte, entonces —digo, pero Humberto se pone tenso a mi lado y su callada furia me da fuerzas para añadir—: Fue un placer recibir vuestro mensaje, excelencia. Creo que una alianza entre mi gente y la vuestra sería muy ventajosa.

—¿Ah sí?

Curva los labios como si aquello le resultara muy gracioso y enarca una ceja, un gesto sorprendentemente familiar. A Cosmé no le debe de haber costado mucho convencerlo de su paternidad.

El hombre arrugado que permanece junto a él sigue impasible.

—Por supuesto —afirmo, cada vez más desconfiada—. La habilidad de mi gente, combinada con vuestros recursos, daría a su majestad la ventaja que necesita para

ganar la guerra contra Invierno.

Suspira ostensiblemente.

—Me temo que no habrá alianza porque no habrá guerra.

Benito da un respingo.

—¿Qué queréis decir? —pregunto en un susurro, apretando los puños.

—He actuado como intermediario para un tratado de paz —dice, con un retintín de orgullo en la voz—. Se salvarán miles de vidas.

Humberto niega con la cabeza.

—Invierno arrasará vuestra ciudad hasta los cimientos —le espeta—. No importa lo que os hayan prometido.

—No, no, estáis equivocado —dice Treviño, avanzando hacia nosotros. El llamativo amuleto que lleva al cuello se desliza sobre su cadena, como un susurro, y me sobresalto ante la ardiente respuesta de la Piedra Divina—. He descubierto que son de lo más razonables. Es un placer tratar con ellos. Ayer, sin ir más lejos, recibí noticias de su embajador acerca de un veneno que se estaba extendiendo por su campamento. Pensaban que yo había promovido este atroz acto de guerra. Por supuesto, les aseguré que no había sido yo. Entonces, el embajador sugirió que tal vez fuera cosa del Maleficio. ¡Imaginad mi sorpresa al encontraros esta mañana ante mi puerta! —Ahora se pasea por la habitación. La túnica roja y dorada que le llega a los tobillos permite ver, al moverse, las dagas que lleva sujetas a las botas—. Todo lo que tengo que hacer para proteger a mi ciudad y a mi pueblo es entregaros a ellos. A todos vosotros. Lo siento, realmente lo lamento, pero todo sea en aras de la paz. ¿No os parece? —Se vuelve hacia mí y se inclina hasta que su nariz queda a un palmo de la mía—. Así pues, señora mía, tendréis que decirme exactamente dónde está escondido vuestro campamento.

Trago saliva, buscando denodadamente alguna brillante estrategia, algún recurso retórico que nos salve o, al menos, que nos permita ganar tiempo.

—Jamás os lo diré —es todo lo que se me ocurre.

El conde da un paso atrás y se encoge de hombros.

—Sí que lo haréis, y luego os enviaré al campamento de Invierno como muestra de buena fe. Por alguna razón están desesperados por apoderarse de vos.

Chasquea los dedos, y uno de los guardias me apoya una manaza en el hombro y me clava los dedos debajo de la clavícula.

—¡No! —Humberto se arroja a sus pies—. Tomadme a mí. Yo soy el jefe del Maleficio. La chica es sólo un señuelo.

Siento que el aire toma la consistencia de la piedra en mis pulmones. «No, Humberto. Por favor, no lo hagas». Digo que no con la cabeza, tratando de llamar su atención, pero él sigue con los ojos fijos en el conde.

Treviño se vuelve hacia el hombre arrugado con mirada inquisitiva.

—Miente —dice el viejo con voz ronca—. Ella es el jefe. Y la portadora. Ya sentí antes su Piedra Divina. Este chico no es nada.

¡Un sacerdote! El conde y el sacerdote se quedan mirando a Humberto como dos coyotes saboreando por anticipado un jugoso conejo.

El terror me retuerce las entrañas.

La cara de Humberto es una escultura helada de miedo, pero luego se relaja transformándose en resignación. Se vuelve hacia mí y me mira con fijeza, con una mirada profundamente cálida y valiente.

—Elisa mía —susurra—, sin duda sabes cuánto...

—Matadlo —dice Treviño.

—¡No!

Me tiro del sofá para proteger su cuerpo con el mío, pero la mano del guardia coge a Humberto por el pelo y le echa la cabeza hacia atrás.

Trato de llegar a él cuando el acero centellea, frío y veloz, contra su garganta. La carne se abre sin oponer resistencia, formando una sonrisa carmesí.

Cae hacia adelante y yo lo sujeto. A pesar de su estremecimiento, a pesar de su aliento líquido, me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia sí. Ahogadamente emite un sonido gutural. Mi nombre. Está tratando de decir mi nombre.

Las piernas de Humberto se doblan, y los dos caemos sobre la alfombra. Entierro la cara en su cabello mientras él se ahoga contra mi pecho. Los brazos con que me rodea la cintura quedan inertes.

—Te amo —le digo cuando ya es demasiado tarde.

Podría estrecharlo contra mí para siempre, pero unas manos se apoderan de él y lo arrancan de mis brazos. Acuclillada, temblando, miro su cuerpo sin vida mientras se lo llevan a rastras. Sus ojos siguen abiertos de par en par, pero el joven que yo conocí ya no vive en ellos.

Oigo un lamento. Agudo, salvaje. Me doy cuenta de que sale de mis labios.

Me agarran por debajo de los brazos y me ponen de pie. El conde está erguido delante de mí, y me arrojo sobre él. Me lanzo a por él. El guardia tira de mí hacia atrás y me vuelvo también contra él, pero soy débil. Un momento después tengo los brazos sujetos a los lados del cuerpo y una vez más estoy frente al conde. Treviño tiene una mancha de sangre en la mejilla, una línea de gotas que forman un arco hasta llegarle a la frente. Me doy cuenta de que han caído de mi pelo cuando me di la vuelta.

—Me lo diréis todo sobre el Maleficio —susurra—. Cada día que paséis en silencio, uno de vuestros compañeros morirá. Volveré a mandar por vos mañana por la tarde. Si no me reveláis la ubicación del campamento del Maleficio, este chico morirá.

Benito. Me había olvidado de su presencia.

Los guardias nos arrastran por los corredores, de vuelta a nuestra prisión. No me quedan fuerzas, ni determinación, ni siquiera rabia. Sólo dolor, un dolor tan inmenso que creo que me voy a ahogar en él.

Los demás lo entienden todo tan pronto como el guardia abre la puerta. Les basta



con observar la ausencia de Humberto, con ver mi pelo y mi ropa de montar llenos de sangre ya coagulada y fría.

Todos salvo Cosmé.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Dónde está Humberto?

La puerta se cierra de golpe, dejándonos otra vez encerrados.

No puedo hablar. No hago más que temblar. Los rostros de mis compañeros se desdibujan al tiempo que un dolor lacerante me atraviesa las sienes. «Oh, Dios, oh, Dios...». La Piedra Divina se calienta ante mi dolor.

«La Piedra Divina».

Eso es lo que quiere Invierno. No a mí, no al Maleficio. Sólo la piedra que llevo dentro para completar su número perfecto de diez.

—Necesito un cuchillo —digo.

Me miran boquiabiertos.

—¡Un cuchillo! —grito—. ¿Es que nadie tiene un cuchillo?

Jacián avanza hacia mí, con el rostro más sombrío que nunca. Busca en el interior de su bota y saca una hoja diminuta, no mayor que mi dedo índice; luego la hace girar y me la ofrece por el mango. Da un paso atrás y se cruza de brazos, con los ojos cargados de mudas preguntas.

Me arranco el chaleco de cuero y tiro de la camisa para dejar al descubierto mi vientre, ahora plano, que lanza destellos de fuego azul.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta alguien.

Me introduzco la punta de la hoja en el ombligo, justo donde la piel se superpone a la piedra incrustada. Escarbo dentro, rodeando los bordes de la piedra. Un dolor espantoso me atraviesa el abdomen, y llega hasta las nalgas, cortándome la respiración. Es como un rayo, rápido y feroz. Sin embargo, no es tan malo como la pena, de modo que escarbo y hago palanca. La sangre chorrea hasta mis pantalones, mezclándose con la de Humberto, pero la piedra no se mueve. Trato de usar los dedos, pero no puedo asirla debidamente. Intento usar el cuchillo a modo de pala desde otro ángulo. El dolor es insoportable. Estoy perdiendo fuerzas y ya no siento las piernas.

Desisto de arrancar la piedra y decido cortar alrededor. Tendré que hacer un corte profundo. «No pienses, Elisa, hazlo simplemente». Levanto el cuchillo.

Una mano me coge de la muñeca, una mano pequeña y fuerte. Los dedos se me clavan en la base de la palma de la mano. El cuchillo cae al suelo.

—Ya está bien, Elisa —es la voz de Cosmé.

Sus brazos me rodean y su pelo negro me roza la mejilla.

—Pero no la quiero —le susurro al oído—. Esto ha acabado. Dios no debería haberme elegido a mí. Él estaba equivocado y yo ya he acabado con esto.

—Pero es posible que él no haya acabado contigo.

Ambas caemos de rodillas. Ella me abraza tan fuerte que creo que podría matarme.

—Pero, Cosmé...

—Ya lo sé. —Su cuerpo tiembla contra el mío, y siento en la mejilla la humedad de sus lágrimas—. Ya lo sé.

Cosmé y Mara me ayudan como pueden a limpiarme en el cuarto de baño. Me quitan las prendas de cuero ensangrentadas y las arrojan a un rincón. Nuestro austero alojamiento no tiene agua corriente, de modo que me enjugan la herida con el borde cortado de una sábana. Siento que el vientre me palpita, y las heridas que me infligí siguen sangrando, aunque me siento un poco menos pegajosa, y tengo menos frío cuando Mara me envuelve con el trozo de sábana que queda y me lo ata por encima del hombro.

—Cuando vuelvan los guardias, les pediré cubos de agua —dice.

Nos reunimos en el dormitorio y nos sentamos en el borde de las camas con los pies colgando. Sólo Jacián y Mara se quedan de pie. Ahora que somos uno menos tenemos espacio suficiente.

Jacián es el que rompe el silencio.

—Podemos dominar a los guardias. Somos ocho y tenemos mi cuchillo.

Cosmé menea la cabeza.

—Es una puerta demasiado estrecha. Nosotros tendríamos que aplastarlos, mientras que a ellos les basta con no dejarnos salir. Y sin armas, además...

Su voz es firme y en sus ojos no hay lágrimas. Aprieto los dientes ante un comportamiento tan anormal. ¿Cómo es capaz de olvidar con tanta facilidad la pérdida de su hermano cuando yo a duras penas consigo respirar?

—¿Y si pudiéramos convencer a uno de los guardias para que entrara? —sugiere Benito.

Jacián asiente.

—O a dos incluso. No creo que haya más de cuatro vigilándonos a la vez. Así, mientras la mitad de nosotros hace entrar a los guardias, la otra mitad asalta la entrada.

—Tendríamos bajas —dice Cosmé—. Ellos tienen armas y nosotros no.

Nos miramos los unos a los otros, apenados. Tiene razón, por supuesto, y de hoy en adelante la perspectiva de bajas es una realidad aplastante.

—Ya es hora de descubrirme ante el conde —susurra Cosmé.

Tiene la cabeza gacha y aprieta con fuerza el cobertor de la cama. Me doy cuenta de que lo odia. Lo que despierta en ella no es antipatía ni malestar ni vergüenza, sino un odio feroz con una pizca de miedo.

—Eso podría empeorar las cosas —dice Jacián—. ¿Qué hará cuando se entere de que su hija lo ha traicionado y se ha unido al Maleficio?

—No lo hagas, Cosmé —le pido con un hilo de voz. Aunque tengo los ojos bajos, puedo sentir las miradas de todos fijas en mí—. Treviño se está tirando un farol. Invierno se lanzará sobre él por lo del veneno. Estoy segura. Espera salvarse

entregando al Maleficio, pero eso a ellos no les interesa. Lo único que quieren es mi Piedra Divina.

Cosmé se agacha delante de mí y me mira a los ojos.

—No puedes entregarte a ellos.

Casi me da la risa.

—Al principio, cuando me secuestrasteis, no estabas segura de que pudiera ser útil para vuestra causa. Querías arrancarme la piedra con tus propias manos, ¿recuerdas?

Cosmé lanza una exclamación ahogada.

—Humberto te defendió, ¿recuerdas? —dice en un susurro—. No permitas que haya sido por nada.

Por un momento, el dolor vuelve a adueñarse de mí. Es como una nube negra y arrolladora que amenaza con llevarme consigo. Se me nubla la vista.

—¡Elisa!

Me sobresalto y, poniéndome de pie, empiezo a pasear. La quietud es peligrosa. El movimiento de andar es como un golpeteo en mi vientre dolorido, y siento la Piedra Divina más pesada y más dura que nunca, pero el dolor me despeja la cabeza.

—No me voy a entregar —les aseguro.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunta el tímido Bertín.

No tiene más que trece años, y todavía es desgarrado, con unas manos demasiado grandes.

—Benito y yo nos presentaremos mañana ante el conde según lo previsto.

Es extraño que yo, que era tan reacia a volver a usar un cuchillo contra un ser humano ahora considere con entusiasmo la perspectiva de hacerlo.

—Mañana mataré a Treviño —anuncio.

El conde nos envía un magro desayuno de copos de avena y vino flojo. Como con los demás, consciente de que voy a necesitar fuerzas. Un momento después lo vomito todo en el cuarto de baño.

El conde nos requiere antes de lo que esperábamos.

Nuestra solicitud de agua da como resultado tres cubos. Usamos uno para limpiar la sangre de mi chaleco y pantalones. Así pues, una vez más estoy vestida con mis prendas de cuero cuando los guardias vienen a buscarnos a mí y al aterrorizado Benito. No levanto la vista de mi chaleco mientras nos llevan corredor abajo. El cuero húmedo es repugnante, con su desagradable olor y tan impenetrable como una segunda piel. Pero las manchas, ahora de un color negro pardusco, me recuerdan mi determinación y me preparan para lo que tengo que hacer.

El conde ya está en su estudio cuando llegamos, sentado en su suntuoso escritorio. Hoy va vestido de terciopelo verde con aplicaciones doradas. Los colores dan un tinte amarillento a su piel, pero el pelo negro es tan abundante y lustroso como

siempre. Al cuello lleva el mismo amuleto llamativo. Siento que mi Piedra Divina le responde con calidez.

—*Lady Elisa*, ¿habéis traído a vuestro amigo a la muerte?

Tengo que hacer que se aparte del escritorio y se coloque en un lugar despejado.

—No, claro que no.

Dejo caer la cabeza como muestra de rendición. Lo que veo es una mancha en la alfombra, una marca entre ocre y marrón que señala el punto en el que Humberto murió en mis brazos.

—Excelente —dice, levantándose de la silla. El corazón me late desbocado—. Sé que envié a buscaros temprano y pido disculpas. Prefiero cumplir mi palabra.

Evito mirarlo a los ojos por miedo a que lea en ellos lo que me propongo.

—Me preocupaba que hubierais cambiado de idea, excelencia.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de no matar a mis compañeros si os revelaba la ubicación del campamento del Maleficio.

Se acerca a mí con una sonrisa paternal en su agraciado rostro.

—Como ya dije, prefiero ser un hombre de palabra. Os mandé venir antes porque espero a un huésped muy especial y espero haber acabado nuestro asuntito para entonces. Vos seréis mi prueba, ¿sabéis? La prueba de que he negociado la paz. —Su sonrisa se ensancha; sus ojos negros brillan de gusto—. ¿No es la voluntad de Dios que todos los hombres vivan en paz? ¡Eso es lo que dice la *Sagrada Escritura*!

Todo esto es otro acto más del servicio a Dios. Me estremezco y otra vez miro la alfombra para ocultar mi reacción. Me pregunto qué habrán hecho con el cuerpo. Se me llenan los ojos de lágrimas y las dejo correr libremente. Tengo que parecer trastornada. Débil.

El conde da otro paso adelante.

—Por lo tanto, ahora me diréis dónde os habéis estado escondiendo todos estos meses.

Pienso en la diminuta daga de Jacián que llevo oculta en mi bota. Treviño está casi a la altura necesaria.

—*Lady Elisa*, si no decís nada, vuestro amigo morirá.

Me doy cuenta para mi mal de que no se va a acercar más, de modo que me lanzo hacia adelante y me dejo caer de rodillas a sus pies. A mis espaldas oigo el ruido de una espada que se desenvaina.

—¡Oh, excelencia! —digo entre sollozos. Las lágrimas brotan con gran facilidad—. Necesito oírlo de vuestros labios.

—¿Oír qué de mis labios?

Por lo menos no se aparta.

En este momento reparo en las dagas que lleva envainadas en los laterales de sus botas. Unas hojas más largas que las mías.

—Decidme que, si averiguáis lo que necesitáis saber, perdonaréis la vida a mis

amigos.

Me aferro a sus tobillos con desesperación y deslizo el pie derecho hacia adelante como apoyo.

Alguien llama a la puerta. El guardia le dice algo al conde Treviño, pero yo no estoy escuchando. Estoy levantando los brazos hacia sus pantorrillas, hacia las empuñaduras de sus dagas.

—Sí, sí —dice el conde alegremente—. Haced que pase. Seguro que querrá ser testigo de este momento.

Arranco las dagas de sus vainas y me pongo de pie de un salto. En un abrir y cerrar de ojos las tiene apoyadas en su garganta, por debajo del airoso mentón.

—No os mováis —le digo con voz ronca—. Ni penséis siquiera en moveros. Decidles a vuestros guardias que se aparten de Benito si no queréis que os raje la garganta.

Su enorme colgante me hace un guiño. Oro macizo y burda artesanía. Me resulta difícil apartar de él la mirada.

—No sois un guerrero —dice, pero veo el miedo en sus ojos, ya que lo tengo aprisionado contra su escritorio.

—¿Recordáis cómo se desangró mi amigo encima de vuestra alfombra? ¿Recordáis cómo se pusieron sus ojos vidriosos, cual una piedra preciosa defectuosa?

Treviño es de mediana altura, igual que yo, y delgado.

Yo no soy delgada. Le clavo la rodilla en la ingle y aumento la presión de las dagas sobre su piel.

Abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Haced lo que dice. Apartaos del muchacho.

El labio superior le tiembla y abre mucho los ojos. Debería estar contenta al verlo flaquear, pero lo único que siento es indignación.

—Ordenad a los guardias que liberen a mis amigos.

—Hacedlo —bisbisea—. ¡Hacedlo ahora!

Oigo pasos, y al menos uno de los guardias sale del estudio.

Sé que el guardia realmente no va a liberar a mis compañeros, y sé que no dispongo de mucho tiempo; pronto volverá con ayuda y una flecha se me clavará en la espalda, o tal vez una espada.

—Los inviernitas ya saben que estáis aquí —dice el conde con voz meliflua—. Yo podría ayudaros a escapar.

Tal vez podría hacer como que lo escucho, al menos hasta pensar en una manera de liberar a los demás antes de morir.

Oigo otra voz a mis espaldas.

—Eso no va a ser necesario.

Doy un respingo y me tiemblan las manos que sostienen las dagas. Conozco esa voz. Profunda y segura. Tan familiar...

—¿Es éste el jefe rebelde del que hablabais? —dice la voz.

No me atrevo a soltar al conde para enfrentarme a esta nueva amenaza.

Treviño traga saliva y su nuez se estremece bajo las dagas.

—Sí.

Oigo el zumbido de una hoja afilada al salir de su vaina. Es el momento, pienso. Debería matar al conde ahora o perderé la oportunidad.

—Yo me hago cargo a partir de ahora, alteza —dice la voz.

La punta de una espada se coloca encima de mis dagas con un ligero tintineo. Una gota diminuta de color carmesí brota en el punto en que la espada toca la piel del conde.

Siento el corazón a punto de salirseme por la boca y mi respiración es agitada, pero trato de relajar las manos, de bajar las dagas. Alguien me está salvando. Alguien que me ha llamado «alteza».

Retrocedo, con las dagas a los lados del cuerpo, y me vuelvo hacia mi salvador.

—Hola, Elisa —dice lord Héctor, y su mirada, fija en Treviño, es implacable—. Llevo años buscando una excusa para poner la punta de mi espada contra la garganta de su excelencia, de modo que estoy en deuda con vos.

Toda la rabia, el dolor y el miedo me abandonan, y me quedo sin fuerzas. Doy un paso tambaleante hacia lord Héctor y lo abrazo.

—Cuidado con las dagas, alteza —dice mientras torpemente me da palmaditas en la espalda con su mano libre.

—¿Por qué hacéis esto? —exclama el conde—. ¡La chica es una traidora!

La mano de lord Héctor ha llegado a mi trenza medio desecha. Se detiene al notar la sangre seca pegada en ella.

—Elisa no es ninguna traidora —dice—. De hecho, creo que a su majestad le costará entender que hayáis tenido cautiva a su esposa. Habéis oído bien: su esposa.

Es entonces cuando se me ocurre preguntarme por qué está aquí, tan lejos de Brisadulce, el guardia personal de mi esposo.

Mi idea es encerrar al conde Treviño en su propia prisión. Lord Héctor me explica pacientemente que sería mejor ponerlo bajo arresto en sus propios aposentos.

—Aunque actuamos bajo la autoridad de su majestad, necesitamos la cooperación de la gente de Treviño.

—Entonces lo trataremos con respeto —añade Benito, que mira a lord Héctor con la admiración que se dispensa a un héroe.

Sé que tienen razón, pero en el momento en que la puerta se cierra sobre la pálida cara del conde siento un deseo casi irrefrenable de acuchillarlo después de todo. Me conformo con arrancar de su cuello el feo amuleto.

Héctor me mira con extrañeza.

—Este amuleto me resulta familiar —le explico—. Mi Piedra Divina se calienta cada vez que lo miro.

—Es feo —dice Benito.

—Sí. No puedo imaginar por qué lo eligió nuestro vanidoso conde.

Me pesa en la mano y los cuatro bordes ondulados tienen un tacto áspero, inacabado. Siento un cosquilleo.

Lord Héctor da instrucciones a los guardias y luego me ofrece su brazo mientras Benito se queda atrás. Me viene a la memoria aquel día, hace tiempo, cuando nos llevó a Ximena y a mí a recorrer el palacio de mi esposo.

—Entonces, alteza, tenéis que decirme exactamente cómo vinisteis a parar aquí —me pide—. Y cómo es que actuasteis de forma tan... valiente con el conde.

Ha pasado tiempo desde que hablamos por última vez, y no sabría decir si hay o no admiración en el tono de su voz.

Vacilo en un primer momento, porque no quiero que castiguen a mis compañeros por mi secuestro. Sin embargo, me siento vacía y exhausta y sé que tarde o temprano llegará a saber la verdad. Es así que le cuento lo del secuestro, lo del viaje por el desierto y mi descubrimiento de que la guerra ya había empezado. Le explico cómo llegué a confiar en mis compañeros y a respetarlos, cómo estudié la *Inspiración* de Homero y formé el Maleficio con refugiados heridos y niños huérfanos. Me mira estupefacto cuando le cuento lo de mi captura por los inviernos. Lo deja boquiabierto mi relato de cómo maté al animago, robé su amuleto, trepé por el barranco para escapar y me valí de la Piedra Divina para llegar a un lugar seguro. Y cuando empiezo a explicarle nuestro plan para envenenar el tributo del traidor Treviño, se para en seco en medio del pasillo.

—Pero ¿fuisteis vos?

Realizo un minucioso estudio de los motivos geométricos del suelo.

—Elisa...

—Fui yo —digo con un suspiro—. Esperábamos obligar a Treviño a reunir a las tropas. No salió como lo planeamos. Nos hicieron prisioneros. Humb... mi amigo fue asesinado.

Mi voz es demasiado apagada para engañar a nadie. Lo miro a la cara, buscando el brillo de inteligencia que recuerdo. Por supuesto, en sus ojos veo que está considerando todo lo que digo, sacando conclusiones.

Reanudamos la marcha.

—Ximena y Nicandro nunca se dieron por vencidos, ¿sabéis? —dice con suavidad. Es un detalle por su parte cambiar de tema, pero al oír el nombre de mi aya a duras penas puedo contener las lágrimas—. Insistían en que estabais viva. Ximena tenía el convencimiento de que Ariña tenía algo que ver con vuestra desaparición.

¡Oh, tengo tantas preguntas! Quiero saberlo todo sobre Ximena y el padre Nicandro y el pequeño Rosario. Incluso sobre Alejandro, pero hemos llegado a la estancia donde permanecen cautivos mis compañeros. Los guardias nos miran con desconfianza hasta que reparan en el sello de la corona que sujeta los pliegues de la capa roja de Héctor sobre su hombro. Se ponen firmes de inmediato al oír la orden



del guardia real:

—¡Liberad a los prisioneros por orden de su majestad, el rey Alejandro de Vega!

Se atropellan tratando de cumplir la orden. La puerta se abre. Al vernos a Benito y a mí, la aprensión de las caras de mis compañeros se transforma en cauta esperanza.

Hago las presentaciones rápidamente. Todos se muestran muy correctos a pesar de las preguntas obvias que adivino en sus miradas, aunque Cosmé parece dispuesta a salir corriendo por la puerta en cualquier momento. Después de todo, fue ella quien me secuestró. Héctor se limita a sonreírle.

—Me alegro de volver a verte, Cosmé —dice.

Ella se relaja, evidentemente aliviada, y farfulla una respuesta.

Héctor echa una mirada a nuestro adusto alojamiento y a continuación se asoma a la puerta.

—Buscad habitaciones adecuadas para todos en el ala de huéspedes —ordena—. Quiero que los alojéis lo más cerca posible de mis propios aposentos. —Luego se vuelve hacia nosotros—. Nos reuniremos cuando todos os hayáis acomodado y refrescado. Hay mucho que hablar y planear.

Héctor me escolta personalmente.

—Ya he elegido una habitación para vos —dice.

Me encojo de hombros. Después de atravesar el desierto, cualquier habitación servirá.

—Héctor, cuando estábamos en el estudio del conde le dijisteis que yo era la esposa de Alejandro.

—Sí.

—¿Ya ha dejado de ser un secreto?

—El rey ha hecho un anuncio. En cuanto pasó la estación de las tormentas y se reanudó el comercio con Orovalle, no le quedó más remedio.

Tendría que sentirme contenta de que finalmente haya reconocido nuestro matrimonio, pero no siento nada.

—Y... ¿cómo está él? —preguntó en voz baja.

Parece lo adecuado que una mujer pregunte por su esposo.

Nos detenemos ante una puerta maciza. Héctor me mira con compasión.

—Está bien, Elisa. Ocupado planeando una guerra. Preocupado por vos, estoy seguro, pero está bien —responde antes de llamar a la puerta.

Extrañada, me pregunto por qué llama a la puerta de la habitación que eligió para mí.

—Insistió en venir —me explica sonriendo—. Estaba totalmente segura de que Ariña y su padre tenían algo que ver con vuestra desaparición.

Apenas empiezo a asimilar sus palabras, cuando se abre la puerta y se asoma Ximena.

Mi corazón se conmueve y se me llenan los ojos de lágrimas mientras mi aya me mira boquiabierta. Su pelo gris se ha blanqueado en las sienes, está más demacrada y se han acentuado las líneas alrededor de sus ojos. Se lleva la mano a los labios mientras empieza a llorar.

—Oh, Elisa —dice con un hilo de voz—. Oh, cielo mío.

Me envuelve en sus brazos y tira de mí hacia adentro.

Me había olvidado de lo que era sentirse tan mimada. Es algo apabullante lo que se siente al inclinarse en una calidez que te impregna los músculos mientras alguien te masajea los hombros, te enjabona el cuero cabelludo, te acaricia la piel con hierbas aromáticas. Me seca y me envuelve en un albornoz suave antes de sentarme en el borde de la cama para arreglarme el pelo.

Cierro los ojos, disfrutando de cada ocasión en que el cepillo me roza el cuello.

—¿Recibiste mi mensaje? —le pregunto.

—¿Qué mensaje?

Siento un tirón mientras me unta las puntas del pelo con aceite de girasol.

—Hace algunas semanas te envié una nota para hacerte saber que estaba a salvo.

—Hace más de un mes que salí de Brisadulce.

—Ah.

—La ropa que llevabas puesta estaba llena de sangre —dice Ximena con calma sin dejar de cepillarme el pelo.

No me atrevo a abrir los ojos y pasa un momento antes de que pueda hablar.

—Sí —consigo articular por fin—. Ximena, ¿podría contártelo en algún otro momento?

—Por supuesto, cielo mío. —Me cepilla con tanta suavidad como si estuviera disfrutando del tacto de mi pelo en sus manos—. Estás diferente —dice, pero en su tono no hay ni sombra de recriminación.

Sí. En muchos sentidos. Decido centrarme en lo evidente.

—El desierto se quedó con parte de mis carnes.

—No —dice, dejando de cepillarme—. Quiero decir, sí, pero no es de eso de lo que hablo. Me refiero a tu forma de mantenerte erguida. Tu forma de moverte.

Me trenza el pelo rápidamente y luego me pone un vestido verde pálido que ha hecho traer del guardarropa. Me queda un poco grande en la cintura, un poco ajustado en el pecho, y lo siento frío al lado de la ropa que llevaba en el desierto o de las prendas de montar. Sin embargo, la cara de Ximena cuando me lo ve puesto hace que olvide cualquier queja.

Un guardia viene para escoltarme hasta los aposentos de lord Héctor. Antes de que pueda caminar hacia la puerta, Ximena me atrae hacia sí y me aprieta contra su pecho. Le sonrío aunque no pueda verme.

—Tenemos toda la noche para ponernos al día, y también mañana —digo en un

susurro.

Me suelta y se echa atrás, con la cabeza bien alta.

—Y quiero oírlo todo, sin perder detalle. Mientras estés fuera buscaré más ropa para ti.

Echo una mirada a mi petate, arrumbado contra la chimenea. Todo lo que necesito está ahí dentro: una túnica de reemplazo, un cuchillo, el eslabón y la yesca, algunas prendas interiores. Claro que supongo que tendré que volver a ser una princesa.

—Gracias, Ximena, hasta luego.

La habitación de Héctor está apenas a dos puertas de la mía. Mis compañeros del desierto y varios de sus propios guardias ya están allí cuando llego, sentados sobre cojines por toda la estancia. Se quedan mirándome boquiabiertos cuando asomo por la puerta, pues soy la única que lleva ropa de corte. Los demás optaron por versiones más nuevas y más limpias de su habitual vestimenta del desierto. Mara pone los ojos en blanco; Jacián baja la vista. Entro y siento una especie de punzada que no estoy segura de entender.

Héctor me saluda con una inclinación de cabeza.

—Ahora que la princesa está aquí, podemos comenzar.

Me acomodo en un cojín al lado de Cosmé antes de hablar.

—Lord Héctor, ¿podrías empezar por explicar por qué estáis aquí, en Basajuán? Pensaba que el guardia personal del rey jamás se separaba de su lado.

—Así suele ser. Su majestad ordenó la evacuación de las propiedades de Treviño inmediatamente después de vuestra desaparición —dice con rostro grave—. Ofreció refugio tras las murallas de Brisadulce a todos los habitantes de las colinas, pero el conde lo rechazó.

—Treviño creía que había negociado la paz —dice Cosmé.

Héctor asiente.

—Eso decía en el mensaje que recibimos. La condesa Ariña trabajó mucho para convencer al rey de que sus palabras eran sinceras. Su majestad estuvo dudando mucho tiempo antes de actuar. Al fin hizo caso de otros consejos y me envió aquí para supervisar directamente la evacuación. Tenía que enviar a un miembro del quórum, alguien que tuviera autoridad para confiscar las tierras del conde en caso necesario. Ariña y yo éramos los únicos miembros disponibles. Llegué ayer apenas.

—Y ayer precisamente el conde os dijo que había encontrado una forma para forzar la paz, de una vez y para siempre —le digo.

—Sí. Dijo que había capturado al jefe de un grupo traidor rebelde. —Una repentina sonrisa le eleva los extremos del bigote—. Alguien a quien los animagos estaban desesperados por apresar. Pensaba que si os ofrecía a Invierno como gesto de buena voluntad, podrían reanudar el comercio y las negociaciones. Al parecer, había habido un incidente que anulaba su anterior acuerdo. Algo acerca de provisiones envenenadas.

Mis compañeros se miran incómodos, sin comprender el regocijo que expresan

los ojos de Héctor.

—Un plan brillante y brillantemente ejecutado —reconoce por fin, con un gesto de aprobación y respeto—. Creo que después de todo nos va a dar ventaja.

—¿Y ahora qué? —pregunta Cosmé—. Creo que deberíamos enviar un mensaje a Alentín y al Maleficio para decirles...

Alguien llama a la puerta.

—¡Lord Héctor! —llama una voz apagada—. Soy el capitán Lucio.

Con el entrecejo fruncido, lord Héctor va hacia la puerta y la abre.

—¿Qué ocurre capitán?

No alcanzo a ver al recién llegado, pero oigo la voz del capitán alta y clara cuando anuncia:

—Milord, acabamos de recibir la noticia de que el ejército de Invierno marcha contra Joya del Desierto.

## Parte III

Héctor me pide que vuelva con él a Brisadulce. Mi cabeza es un mar de dudas; es difícil saber cuál es el camino correcto. «El Maleficio me necesita», me digo, aunque no es cierto. Mi gente es perfectamente capaz de seguir adelante sin mí. Puede que sea yo quien los necesita a ellos. Yo los creé, son míos, totalmente independientes de mi hermana y de mi marido. Es algo de lo que estoy orgullosa. Si los dejo, volveré a ser Elisa a secas.

Trato de imaginar cómo sería ver a Alejandro después de tanto tiempo. Si cierro los ojos, recuerdo su cabello ensortijado en la nuca, sus ojos con ese brillo marrón rojizo, pero aún no soy capaz de representarme los rasgos exactos de su cara. Cuanto más lo intento, tanto más se pierde en una bruma su recuerdo. Entonces se materializan diferentes rasgos, un espectro de piel morena y ojos reidores, una barbilla enérgica sombreada por el atisbo de una barba.

Ya no lloro. Estoy demasiado cansada. Ximena se da cuenta de que algo acongoja mi corazón, pero no puedo hablar de Humberto. Todavía no.

Cosmé es la que me convence de que me vaya.

—Si lo que dijo Belén era cierto... —Traga saliva antes de seguir adelante; está claro que sufre por Belén, porque se haya convertido en lo que es—. Si lo que él dice es cierto, los animagos quieren tu Piedra Divina. —Habla ahora con su habitual control, el rostro serio, la voz sin inflexiones—. Ni siquiera podemos concebir qué brujería serían capaces de hacer si tuvieran en su poder una Piedra Divina viva. Tenéis que marcharos de aquí. Dale a tu marido una oportunidad de defenderte.

Sus palabras son contundentes. Tendría que haber pasión en ellas, pero Cosmé es como el hierro. O como el hielo. Me digo que ha perdido más de lo que puedo imaginarme. Yo nunca tuve padres que perder —mi madre murió cuando yo nací y mi padre estaba demasiado ocupado para hacerme caso—, por lo que soy incapaz de llegar a comprender su dolor. Luego perdió a Belén, así como a un número indefinido de amigos y parientes. Y ahora a su hermano.

Cosmé tiene razón. Lo sé en lo más íntimo de mi ser. No se puede permitir que Invierno se apodere de mi Piedra Divina. Tampoco se les puede permitir que descubran el amuleto que llevo colgado al cuello ni las Piedras Divinas enterradas en la maceta de mi palmera en Brisadulce.

Dejamos a Cosmé al mando de Basajuán, apoyada por Jacián y la mayor parte de los hombres de lord Héctor. Ella evacuará a todos los que pueda, y luego usará las tropas del conde para acosar por la retaguardia al ejército inviernita del norte mientras avanza hacia la costa. Carlo volverá al Maleficio con noticias de lo que ha ocurrido.

Quiero tener conmigo un recuerdo de la vida y de los objetivos que yo misma puse en marcha. Así pues, Mara acepta ocupar el puesto de dama de compañía, que

sigue vacío desde la muerte de Aneaxi. Benito también decide acompañarnos cuando Héctor le promete un puesto en la guardia de palacio.

Partimos al día siguiente, de madrugada, cuando la luz del amanecer es apenas grisácea. Pese a la hora, todos acuden a los establos para vernos salir. La separación de mis compañeros del desierto me hace sentir como si me estuvieran amputando un miembro. ¿Cómo se puede decir adiós a un brazo? Supongo que no se puede. Uno finge que no está pasando. Me armo de valor, endurezco mi corazón. Mis amigos parecen desconcertados de que no haga más alboroto. Sobre todo Carlo, que me mira con mucho dolor, anegados los ojos en lágrimas y expectante. Le estrecho la mano brevemente y me doy la vuelta.

Alguien me agarra. Es Cosmé, que me abraza el tiempo suficiente para decirme:

—No seas tan fría, Elisa. No intentes parecerte a mí.

—Pero... ayuda —digo, apuntándome un poco.

Mueve negativamente la cabeza.

—No. Crees que lo hace, pero no es así.

Soy escéptica al respecto, pero asiento.

Luego, Héctor me ayuda a subir a mi carruaje. Ximena y Mara ya están dentro, quietas tranquilas e inmutables, las manos apoyadas en el regazo. Alguien empieza a dar órdenes, restallan los látigos, y nos ponemos en movimiento.

Sin embargo, pensando en las palabras de Cosmé, descorro la cortinilla trasera y saludo con la mano una vez más.

Los ejércitos se mueven lentamente, me informa Héctor. Pese a todo, la gente siente una urgencia tácita. Debemos llegar a Brisadulce mucho antes de que lo haga Invierno.

No podemos cruzar el profundo desierto con caballos y carruajes, de modo que vadeamos hacia el norte, a una distancia constante del lindero de la selva de las montañas Infranqueables para evitar emboscadas de los Extraviados. El carruaje cabecea y se bambolea a nuestro lento paso, de modo que paso una parte del día trotando a la par de él. Me resulta difícil creer que alguna vez haya preferido un carruaje bamboleante a mis propios pies.

Por suerte, nadie intenta obligarme a montar a caballo.

Ni siquiera hacemos un alto para descansar cuando llegamos a la ruta que nos llevaría a las Infranqueables y de vuelta a mi tierra natal. Cuando pasamos por el lugar en que Aneaxi murió de infección, Ximena ya ha adoptado por completo a mi nueva dama de compañía en nuestra extraña familia. Sonrío al verlas reír juntas, una canosa y maciza, y la otra joven, marcada con cicatrices y alta como una palmera. Su facilidad para entablar amistad me relaja. Poco a poco, durante varios cepillados de pelo y jornadas en carruaje, les hablo de Humberto. En el primer momento no es mucho lo que puedo decir, pues mis recuerdos de él todavía son demasiado preciosos.

Pero ninguna de las dos me presiona, y lentamente su historia brota de mi interior.

La noche me trae horripilantes sueños de brujos con ojos de hielo y relucientes amuletos. Algunas veces salgo huyendo de las manos con garras que me atenazan por el ombligo. Otras veces estoy buscando algo, y lo hago con desesperación porque todos los que están a mi cargo morirán si no lo encuentro. Cuando me despierto, no puedo recordar qué estaba buscando. Pero en esos primeros instantes de somnolencia sé que hay cosas que todavía no comprendo. Aprieto fuertemente mis amuletos —la Piedra Divina enjaulada del animago y la espantosa flor de oro del conde— para recordarme que he salido victoriosa dos veces.

Sé que con eso no basta. Todavía se me escapa algo.

En mi desesperación, cierro los ojos. «Reza cuando tengas dudas», me dijo el padre Alentín. Y eso hago.

Aceleramos la marcha, y nuestra caravana hace el viaje entre Basajuán y Brisadulce en poco más de un mes. Como la vez anterior, traspasamos una línea de palmeras y de repente un muro gigantesco se eleva hacia el cielo, un compañero perfecto de la arena amarillo-anaranjada de la que surge. Y, tal como que ocurrió cuando contemplé por primera vez la ciudad, se me hace un nudo en la garganta. ¿Cuánto tiempo he estado lejos? ¿Cinco meses? ¿Más? He perdido la cuenta.

Héctor ordena un alto y cabalga hacia mí. Dirijo la vista hacia él poniéndome una mano como visera para protegerme del sol del desierto.

—¿Cómo queréis entrar en la ciudad, Elisa? ¿Anunciada en la entrada principal? ¿O preferís atravesar la avenida de los mercaderes otra vez?

Su caballo, un alazán rojizo, sacude la cabeza e hincha los ollares. Me aparto del animal diciendo:

—La puerta principal, no, por favor.

—Entonces, la avenida de los mercaderes —dice lord Héctor con un asentimiento de cabeza.

Nos conduce hacia el sur, bordeando la muralla. Enseguida veo los cambios que se han producido en mi ausencia. Pequeñas fortificaciones se extienden a lo largo de la muralla formando un segundo perímetro: pozos negros en la arena, muros de ladrillo y arcilla contruidos a toda prisa y dotados de saeteras, montículos de arena cubiertos con lonas y pieles. En lo alto distingo figuras que van y vienen a lo largo de las almenas, guardias que parecen de juguete con lanzas y arcos.

En el interior, los preparativos para la guerra son todavía más notorios. A lo largo de todo el perímetro de la muralla interior hay ordenadas pilas de flechas, y los primeros edificios que encontramos están vacíos y silenciosos: una barrera sin vida que rodea la ciudad. Me invade la tristeza cuando al fin topamos con ciudadanos de Brisadulce. Caminan apresuradamente, la cabeza baja, la cara seria. Hay una gran diferencia con la sociedad llena de vida que dejé atrás.

Cuando llegamos a los establos de Alejandro, llevo a Héctor aparte.

—¿Estás seguro de que nadie nos espera? —le pregunto.



—No nos atrevimos a mandar ningún mensaje —me confirma—, por temor a que los Extraviados de la selva nos prepararan una emboscada. Sois un objetivo claro ahora que se sabe que sois la esposa de Alejandro.

Yo era ya un objetivo por el mero hecho de ser portadora de la Piedra Divina, pero no me molesto en corregirlo.

—¿Y Alejandro no sabe lo que ha sido de mí?

—No lo sabe.

De pronto estoy contenta de que Ximena no haya recibido nunca mi nota en clave. Ahora cuento con la ventaja de la sorpresa.

—Por favor, no nos anuncies todavía. Me gustaría hacer una entrada teatral.

—¿Qué queréis decir? —inquire, achicando los ojos.

—Quiero que me anuncien como... como la señora del Maleficio. En público.

Él se toma unos instantes para considerarlo.

—En ese caso, no puedo llevaros hasta vuestras estancias. Tendremos que encontrar otro lugar para que os refresquéis. Tal vez las habitaciones de los criados.

—Eso sería perfecto.

Mientras Héctor hace los preparativos, nos ocultamos en el carruaje con las cortinas echadas. No pasa mucho tiempo antes de que Ximena, Mara y yo estemos instaladas en una sencilla habitación pintada de blanco con una litera. Mara se presta voluntaria para dormir en el suelo.

El rey Alejandro no celebrará audiencias hasta mañana por la tarde. Pedimos comida y permanecemos dentro de la habitación intercambiando historias, y paseando arriba y abajo. Son momentos extraños, porque no dejo de hacerme preguntas sobre mi esposo, sobre cuántas paredes nos separan. Este castillo debería serme familiar y hogareño. Aquí vuelvo a ser una princesa, una futura reina. Pero lo siento distante y frío. Echo de menos el aire libre, la combinación de luces y sombras de nuestra aldea, fruto del peñasco que le corona.

Echo de menos a Humberto.

Al día siguiente, Ximena me arregla con mano experta. Trenza un grueso mechón de cabello y lo envuelve alrededor de mi cabeza como un aro. El resto cae en ondas hasta por debajo de mi cintura. El día que abandonamos Basajuán, tiró mis zahones empapados de sangre y exploró los almacenes buscando vestidos apropiados. Hoy los saca todos de nuestro baúl de viaje uno por uno para que yo los apruebe. El primero es de un lino verde suave con tablas transparentes que caen desde la cintura fruncida.

—Demasiado femenino —le digo—. Necesito dar la impresión de alguien que dirigió el Maleficio durante los últimos meses.

El siguiente que me muestra es un vestido de terciopelo grueso con líneas geométricas y ribeteado en negro. Sin embargo, el color, un rojo intenso del desierto, parece sangre iluminado por determinada luz. Le digo que el vestido puede servir si no encontramos nada más apropiado.

Ximena deja a un lado una falda de montar para echar mano del siguiente vestido.

—Espera —le digo—. ¿Qué es eso?

Coge la falda de montar, que se abre por la mitad, y la tela es tupida, un velarte de lana negra. Tiene un corsé a juego y un chaleco de color verde selva con botones negros y ribeteado. Es fuerte y ambicioso. Parece demasiado pequeño.

—Me gusta —opina Mara.

Se me ajusta a las caderas con sorprendente gracia. Ximena me aprieta el corsé, entre advertencias mías de lo que le va a ocurrir si aprieta demasiado. Luego, mi aya me pone un poco de carmín en los labios y en los pómulos, y me aplica kohl en las pestañas. Mara observa el proceso atentamente, fascinada.

Lord Héctor viene a nuestro encuentro y nos conduce hacia el centro del castillo.

—El rey Alejandro sabe que voy a presentar al líder del Maleficio —me dice—. Pero no sabe que sois vos. ¿Os dais cuenta, por supuesto, de que este leve engaño podría disgustarlo?

Sonrío sin alegría.

—Yo te protegeré —lo tranquilizo, pero todavía está por ver si tengo alguna influencia sobre mi esposo.

Me vuelvo hacia mis damas.

—Mientras me presentan, necesito que observéis la reacción de los reunidos. Quiero entender el sentimiento que existe aquí con respecto al Maleficio. De igual modo, cuando se den cuenta de quién soy, quiero saber si ese sentimiento cambia.

Asienten mientras lord Héctor está sumido en hondas reflexiones.

Llegamos enseguida. Contemplo las dobles puertas y me siento muy pequeña. La última vez que entré en el salón del trono, permanecí de pie en el estrado mientras un niño declaraba mi corpulencia a los cuatro vientos.

Las puertas dan acceso a un largo pasillo flanqueado por una apretada multitud. Las arañas cuelgan pesadamente del elevado techo formando una línea recta que conduce hasta el estrado y el trono. Mi esposo, el rey Alejandro de Vega, está arrellanado en una pose de soberano aburrimiento, la espada torcida, una pierna estirada sobre el escalón del estrado, su hermoso rostro apenas consciente de mi presencia.

—Majestad —dice con voz solemne lord Héctor—, os presento a la señora del Maleficio, que recientemente dio muerte a un animago con sus propias manos.

Lo miro con aire severo. No le había pedido que dijera eso.

Los cortesanos me miran con indisimulado interés. Alejandro se endereza un tanto en el trono y entorna los ojos. Me resulta difícil respirar mientras me mira con semejante intensidad. Héctor me da un ligero empujón en el codo. Avanzo con cierta torpeza, con mis damas pegadas a mi espalda.

Distingo mejor la cara del rey a medida que me acerco al estrado. Está extrañamente inexpresiva, sólo con un atisbo de curiosidad. Ya he recorrido la mitad del trayecto cuando veo que su expresión cambia. Sus ojos recorren de arriba abajo mi cuerpo, de los pies a la cabeza, deteniéndose en mi pecho. Esboza una ligera

sonrisa. La curiosidad se mantiene, y en cierto modo se intensifica. Atractivo. Es el rostro de un extraño.

Se me arrebolan las mejillas. Me invade el placer, agudo como una flecha. No, no es placer, es poder, algo que no había sentido nunca hasta ahora.

Alejandro se pone de pie, sonriente.

—Bienvenida, señora del Maleficio —me saluda con tono solemne y una mirada de admiración.

El pánico se apodera de mí. El sentimiento de placer o poder se esfuma, reemplazado por la humillación. Es evidente que mi esposo no reconoce a su propia esposa. Sin embargo, ni siquiera en este espacio público se molesta en esconder su admiración por una mujer a la que encuentra atractiva.

Solía mirarme con gran atención, como si fuera lo único que había en el mundo. ¿Tanto he cambiado? O tal vez esa mirada cautivadora no era más que un arma de su arsenal de encantos. Puede que nunca mire realmente.

El enfado me acompaña durante los últimos pasos. Él es el que debería sentirse avergonzado, no yo. Llego al estrado y hago una reverencia.

—Majestad —digo, fija la mirada en el suelo.

Entonces, una voccecita que sale desde la izquierda de Alejandro exclama:

—¿Elisa, quiero decir, alteza?

Levanto la mirada, sorprendida. Un niño pequeño me observa con los ojos abiertos de par en par desde atrás de la amplia falda de alguien. Cabello negro ensortijado, ojos color canela. Es el príncipe Rosario, que sonrío abiertamente.

—¡Eres tú! —dice.

Yo alargo los brazos en el momento en que sale disparado hacia mí. Se abraza a mi cintura al tiempo que yo me inclino sobre él y lo beso en la cabeza. Trato de reprimir las lágrimas, desconcertada por lo mucho que esa entusiasta acogida significa para mí.

—Oh, Dios mío —exclama Alejandro, bajando los escalones en dirección a nosotros—. No te rec... Creíamos que habrías...

Es realmente imperdonable. Rosario no tuvo ningún problema para reconocermé, pese al hecho de que apenas habíamos pasado algunas horas juntos. Y la presencia de Ximena detrás de mí tendría que haber sido una pista suficiente. Pero decido ser amable.

—Me alegro de volver a verte, Alejandro.

—Sí, sí, también yo a ti. —Me besa en la frente y luego estudia mi rostro; parece tan perplejo que casi me echo a reír—. ¿Qué es eso de señora del Maleficio? —pregunta.

—Tenemos muchas cosas de que hablar.

Parpadea repetidamente. Luego se vuelve hacia los presentes y anuncia:

—La audiencia se suspende por el día de hoy.

Sonríe, con esa sonrisa infantil que me derretía, y añade en voz más suave:

—Mi esposa ha vuelto.

Me pasa un brazo sobre los hombros y, atrayéndome hacia él, me conduce por el salón del trono, mientras los cortesanos se arremolinan y cuchichean detrás de nosotros. A él se lo ve encantado, ahora que se ha disipado la conmoción inicial.

Me gustaría saber cómo me siento yo.

Le cuento algo sobre mi vida en el desierto, sobre nuestra captura por parte del conde. Pero seguir a su lado resulta complicado. Aunque mis damas y yo hemos estado recluidas en la zona de los criados, tan pronto como puedo alego hambre y cansancio para comunicar a Alejandro que me retiro.

Está de acuerdo en concederme unas horas a solas.

—Cenaremos juntos esta noche —declara—. En mis aposentos. Entonces puedes terminar tu relato.

Murmuro una especie de aceptación y dejo que me guíe a mis antiguas habitaciones. Las habitaciones de la reina. Mientras caminamos por los pasillos de piedra y yeso —con Ximena y Mara siguiéndonos los pasos— me doy cuenta de que el castillo tiene un aspecto diferente. Más luminoso o más fresco. Atisbo los pasadizos y rincones, tratando de identificar el cambio. Cuando doblamos una esquina, mi mano se topa con hojas de palmeras.

¡Plantas! Ésa es la diferencia. Las hay por todas partes. Palmeras y helechos, sobre todo, con atisbos de flores silvestres.

—¿Qué te causa tanta gracia? —pregunta Alejandro.

—¡Las plantas en macetas!

—Sí —contesta riendo—. Todo empezó después de tu desaparición. Se corrió la voz de que habías pedido plantas para tus aposentos. A partir de ahí todo el mundo quiso una.

Llegamos a la puerta. Al igual que la primera vez que Alejandro me acompañó, me siento como un huésped que va a pasar la noche.

Se inclina y roza mis labios con los suyos.

—Hasta la cena de esta noche —susurra.

Trago saliva una vez que se ha ido. Ximena y Mara se apresuran a entrar en la habitación antes que yo.

—¡Oh, es preciosa! —exclama Mara.

Cierro la puerta.

—Las Piedras Divinas —digo—. Tenemos que encontrarlas antes que nada.

Exploro la habitación buscando una palmera joven.

—¿Qué estás buscando? —pregunta Ximena.

—El padre Nicandro me dio algunas Piedras Divinas antiguas. Las enterré en las raíces de una palmera.

Mi aya parece estupefacta. No está acostumbrada a hablar de manera tan abierta

de esos asuntos. Pero ya no me da miedo y, sin hacerle caso, voy hasta el balcón y descorro la cortina. El balcón está vacío.

—Aquí hay una palmera —informa Mara desde el patio.

Me acerco corriendo y miro hacia donde señala.

—No es ésa —digo—. Es demasiado pequeña, demasiado tupida. Mi palmera era más alta.

Doy la vuelta y me dirijo al dormitorio, pero algo me llama la atención. Los azulejos que rodean la bañera, las florecillas pintadas en ellos. Extrañas flores de cuatro pétalos tachonadas de azul. Mi Piedra Divina da un salto en respuesta.

—Cielo mío ésta es la única planta que hay en los aposentos —dice Ximena—. ¿Estás segura de que no es ésa?

Mi corazón empieza a palpar debido a la gravedad de la situación.

—Ay, Ximena, no están aquí. Las Piedras Divinas han desaparecido.

Alguien debe de haber hecho una incursión en mis aposentos para cumplir con la nueva exigencia de plantas decorativas.

—Estoy segura de que acabaremos encontrándolas —me consuela Ximena, que parece perpleja al ver mi pánico.

—No lo entiendes. Tenemos que encontrarlas ya, y tal vez destruirlas, antes de que el ejército esté a nuestras puertas. Si los animagos les ponen las manos encima antes que nosotros, perderemos la guerra.

Horas más tarde me veo obligada a abandonar la búsqueda para cenar con el rey.

Los aposentos de Alejandro son exactamente como los imaginaba: tenuemente iluminados con tonalidades profundas de rojo y de marrón, una cama y un tocador de madera oscura sin tratar. El aire huele a hierbas aromáticas y es cálido. Me siento con las piernas cruzadas frente a él en un enorme cojín con flecos. Las fuentes de alimentos humeantes que hay sobre la alfombra constituyen una tranquilizadora barrera entre ambos.

Empiezo por el pollo pibil —el favorito de Alejandro, como bien recuerdo— y riego el primer bocado con un sorbo de vino helado. Estudio las fuentes con cuidado, planeando mi siguiente elección como si el destino de Joya dependiera de lo sabia que sea mi decisión. Es mejor que reparar en la forma en que él me observa con infatigable interés.

La infantil sonrisa de deleite que lucía antes ha desaparecido, reemplazada por la fatiga y la preocupación.

—Hoy he hablado con el quórum —dice, sopesando las palabras, mientras cojo un champiñón caliente aderezado con mantequilla de ajo.

—¿Ah sí?

—Creen que deberíamos celebrar tu coronación lo antes posible. Con la guerra... —Deja la frase sin terminar y se queda pensativo; luego parpadea y empieza otra vez—. Con la perspectiva de la guerra creen que tener a una reina recién coronada elevaría la moral.

—¿Y qué piensas tú? —digo con la boca llena.

—Estoy de acuerdo.

Mastico con parsimonia y trago para poder ordenar mis pensamientos.

—Cuando llegué aquí, me pediste que mantuviera nuestro matrimonio en secreto. Ahora pareces ansioso de reconocerme como tu esposa y transformarme en tu reina. ¿Por qué?

Levanta su copa antes de responder.

—Antes representaba una ventaja política el que todos pensarán que aún había un trono vacante que ocupar —responde sin mirarme, y se bebe el vino como si fuera un tónico vitalizante.

—Y, ahora que todos lo saben, creen que debería ser coronada de inmediato.

—Sí.

—¿También Ariña lo cree?

A la condesa le debe de haber dado una apoplejía cuando se enteró de nuestro matrimonio, y finalmente se me ocurre que, aunque tal vez las ventajas políticas fueron un factor, el motivo real por el cual Alejandro mantuvo en secreto nuestro

matrimonio fue que no podía soportar darle la noticia a su amante.

La mano con que sostiene la copa se ha puesto blanca, pero su voz sigue siendo firme cuando responde.

—Ariña también. Especialmente si tenemos en cuenta que has sido tú la que ha estado dirigiendo el misterioso Maleficio todo este tiempo. Será un gran aliciente para el pueblo de Joya saber que su reina no sólo es la portadora, sino también una heroína legendaria por derecho propio.

¿Heroína? Suena ridículo.

—Yo tenía algunas ideas. Eso fue todo. El resto lo hizo tu pueblo. —Entonces lo miro frunciendo el ceño—. Alejandro, debes entender que la condesa Ariña es una traidora.

Entorna los ojos.

—No estará en mi cama, si es eso lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa es algo tan trivial como la traición —le suelto.

Esto no está saliendo como yo imaginaba. No puedo creer que le esté hablando de esta manera...

Se encoge de hombros y vuelve a parecer vulnerable.

—No podemos estar seguros...

—Ella sabía lo que su padre estaba haciendo. Sabía que negociaba con Invierno. Y no obstante, no dijo nada. Piensa en todos esos consejos de guerra, Alejandro, en todas esas reuniones del quórum en que podría haberte dicho la verdad.

Hay una sombra de duda en su rostro.

—Si eso te deja más tranquila, la haré vigilar.

Lo que quiero es verla en la cárcel, fuera de mi camino, y del de Cosmé, en caso de que sobrevivamos a esta guerra.

—Eso ayudaría. Gracias.

—O sea, que el quórum querría celebrar la coronación dentro de dos días.

¡Tan pronto! Recuerdo una época —parece que fuera hace un siglo— cuando yo estaba en la cama de la habitación de al lado, con los dedos apoyados en mi Piedra Divina, rezando por convertirme en reina algún día. Ahora tengo que seguir el juego, aunque sólo sea para cumplir una promesa que le hice a un valiente grupo de gente que quiere que se instaure la libertad.

Mientras el vino circula cálido en mi sangre y me hace sentir valiente, y mientras siento sobre mí la mirada suavemente anhelante de Alejandro que me da una especie de poder, hago mi primera jugada.

—Tenías razón acerca de una cosa —digo, volviendo al tono respetuoso, casi halagador—. Las personas del Maleficio son héroes. Son los guerreros más valientes que he conocido, y darían con gusto la vida si de ello dependiera tu victoria.

—Tienes razón al estar orgullosa de ellos.

—Si sobrevivimos a esta guerra —digo, y mis palabras hacen que el miedo se refleje por un fugaz instante en su cara—, consideraría como un favor personal que

les concedieras honores.

—Por supuesto —concede rápidamente, pero de inmediato aparece el gesto de preocupación y su mirada se vuelve distante.

—¿Qué sucede, Alejandro?

—¿Puedo decirte algo en confianza, Elisa? —dice con un suspiro.

—Claro.

Apura el resto de su vino y deja la copa.

—Le tengo miedo a esta guerra —confiesa avergonzado—. A mi padre lo mató una flecha de Invierno, ante mis propios ojos. Todavía tengo pesadillas con ello. Y la siguiente experiencia auténtica del campo de batalla que tuve acabó con graves heridas.

—Los Extraviados —digo en un susurro.

¿Es ése el motivo por el que siempre está tan indeciso? ¿A causa del miedo?

—Sí, los Extraviados. Ya ves lo poco heroico que soy. Ese día fuiste tú quien me salvó la vida, ¿te acuerdas?

No me había dado cuenta de que el hecho de que le salven a uno la vida pueda ser tan humillante. A duras penas me abstengo de poner los ojos en blanco.

—Prometo ahorrarte futuros bochornos. La próxima vez dejaré que te maten.

Hace una mueca, y deseo no haber dicho lo que dije. ¿De dónde sale esta nueva Elisa, tan cruel?

—Te entiendo muy bien —digo como ofrenda de paz—. Durante los últimos meses varias veces tuve tanto miedo que pensé que iba a morir de terror. Pero pasaron los días, se tomaron decisiones y se actuó en consecuencia, y durante un tiempo ya no tuve que sentir miedo.

—¿Eso facilita las cosas?

Sonrío con tristeza.

—Tengo más miedo que nunca. He visto morir a gente. —«Morir en mis brazos», pienso, y tengo que tragar saliva antes de continuar—. Sé lo duro que será... seguir adelante. Después. Aunque ganemos.

Se estremece al oír mis palabras, y comprendo que probablemente he empeorado las cosas.

Me pongo de pie y me aliso la ropa. Se me ha ido el apetito, y de repente ansío estar con Ximena y Mara.

—Espero que me disculpes por retirarme temprano, Alejandro, pero si vamos a tener una coronación en dos días, debo empezar los preparativos.

—Es una mentira, pues nada me importa menos que la ceremonia de la coronación.

Se levanta y me coge las manos.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Otra vez esa expresión absorta, la que solía inspirarme ganas de abrazarlo y decirle al oído palabras de consuelo.



Su mirada baja hasta mis pechos. El corsé y el chaleco de montar me los empujan de tal modo hacia arriba que casi tengo la sensación de que, si bajara la cabeza lo suficiente, podría apoyarla en ellos como en una cómoda almohada.

Sus brazos me rodean la cintura y me atrae hacia sí hasta que siento el busto aplastado contra su pecho.

—Elisa —susurra, con los ojos fijos en mis labios.

Deseo que me bese, aunque en el fondo algo me dice que no está bien. Quiero sentir la victoria de ser deseada por alguien a quien una vez consideré deseable. Por la forma en que me mira, sé que esta noche podría estar con un hombre por primera vez, si yo quisiera.

Se inclina hacia mí y sus labios rozan los míos. Con suavidad al principio, luego con insistencia. Enreda los dedos en mi pelo, apresa mi labio inferior con los suyos y su lengua se desliza por mis dientes. Su boca de caballero palaciego es muy suave. Más que la de Humberto.

Con una exclamación, me aparto de él.

La confusión de su cara es reemplazada al punto por una sonrisa apaciguadora.

—Lo entiendo, Elisa. Todavía no estás preparada para esto. Tenemos mucho tiempo para llegar a conocernos.

Es el mismo tono que utilizaría con el pequeño Rosario. Tranquilizador, paternalista.

—Gracias por tu comprensión.

Le sonrío dulcemente y recuerdo que, el día en que murió, Humberto habló de una manera de liberarme de Alejandro. ¿Qué habría descubierto?

Claro que eso ahora no tiene importancia. Debo convertirme en reina para ayudar a la gente a la que quiero. Sólo espero que dentro de algunos meses quede algo sobre lo cual reinar.

Entro en mi habitación por la puerta que conecta nuestros aposentos. Ximena está leyendo la *Sagrada Escritura* y Mara arregla su túnica. Las dos alzan la vista, sorprendidas.

—No te esperaba tan pronto —dice Ximena.

—¿Has encontrado la maceta con la palmera?

—No —contesta Ximena con un suspiro—. No estaba en el monasterio. Mara estuvo mirando en las habitaciones de los sirvientes.

—El cocinero mayor me pilló escarbando en una maceta llena de tierra —dice Mara con voz risueña.

Me dejo caer en la cama, frustrada.

—Es probable que esté decorando la habitación de alguna mujer de la nobleza. Tengo que encontrar una manera de inspeccionar todas las habitaciones de palacio. Tal vez Héctor quiera ayudarme.

—Le preguntaremos mañana —dice Ximena.

Buscar las Piedras Sagradas es algo que va contra su firme creencia reformista, según la cual esas cosas deben dejarse libradas a su suerte. Sólo accedió a ayudarme cuando le hice ver que sería mucho peor que los hechiceros de Invierno las encontraran antes. Supongo que, una vez que sea coronada reina, podría ordenar una búsqueda en todo el palacio. La idea me produce un escalofrío. Vaya modo de ganarme el afecto de mis nuevos súbditos.

—Seré coronada reina dentro de dos días —anuncio, respirando hondo.

Me miran de hito en hito.

—Eso es estupendo, Elisa —dice Mara.

Alguien llama delicadamente a la puerta. Doy un salto pensando que pueda ser Alejandro otra vez. Ximena entreabre la puerta, coge algo y vuelve a cerrar.

—Un mensaje para ti, por paloma mensajera —dice, tendiéndome una cánula minúscula.

La recojo, desenrosco la tapa y desenrollo el pequeño pergamino.

—¡Es de Cosmé! —digo con un grito ahogado y los ojos llenos de lágrimas—. Basajuán ha sido arrasada y el ejército del conde ha huido hacia las montañas Infranqueables. Han incendiado todas las aldeas cercanas. Ella está organizando un grupo para acosar la retaguardia de los inviernitas ahora que marchan sobre Brisadulce. —Alzo la vista hacia ellas—. Dice que debemos esperar la llegada de refugiados. Tal vez miles de ellos.

—Eso es bueno, ¿verdad? —dice Mara—. Significa que consiguió evacuar a mucha gente.

—Es bueno —digo, asintiendo con la cabeza.

«Reza cuando tengas dudas». Me dejo caer de rodillas sobre el duro suelo de piedra. Allí, prosternada, rezo por Cosmé, por Jacián e incluso por el traidor Belén. Ruego por las vidas de Alentín y de la gente de su aldea oculta. Le ruego a Dios que me muestre la manera de combatir la magia de los animagos. Con tanto como hay en juego, sin duda atenderá mis plegarias.

Para cuando caigo rendida en la cama, la ardiente respuesta de la Piedra Divina me ha dejado el cuerpo empapado en sudor.

El día siguiente no tengo respiro. Todos requieren mi opinión, pero sólo en cuestiones de escasa importancia: «¿Cómo os gustaría hacer la entrada, alteza? ¿Qué platos preferiríais para el banquete que se servirá a continuación? ¿Queréis lirios reales o trompetas de oro? ¿La orquesta debería tocar el *Glorifica* o la *Entrada Triunfal*?».

¿No se dan cuenta de que se avecina una guerra?

—Precisamente es el hecho de que se avecine una guerra lo que hace que ansíen tan desesperadamente concentrarse en los detalles de esta celebración —explica Ximena—. De modo que tienes que ser una buena futura reina, sonreír mucho y dejar

que tengan su dosis de felicidad.

Tiene razón, y la culpa me oprime el pecho. Se me ha estado olvidando ser bondadosa.

—Ahora dime —me plantea—, ¿cuál de estos vestidos te gusta más?

Nos decidimos por un vestido de seda con una sobrefalda. Es de un alegre color vino dorado, con delicadas hojas amarillas de vid bordadas en el ruedo. Junto a la tela reluciente, mi piel bronceada por el sol casi resplandece. Solían subirles el ruedo a todos mis vestidos, pero ahora estoy un poco más alta que antes de que me llevaran al desierto. Seguramente éste será mi último estirón.

—Quedará perfecto cuando lo suelte un poco en el busto —dice Ximena—. Alejandro te encontrará hermosa cuando te vea —asegura con ojos brillantes.

Es la madre que nunca tuve y, como una madre, no se va a perder detalle del día de mi coronación y atesorará cada momento en su corazón. Me acerco y le doy un abrazo.

—Gracias, Ximena.

A la mañana siguiente, mi aya me despierta temprano abriendo las cortinas del balcón para que la cobriza luz del sol me dé en la cara. Mara me ayuda a bajar las resbaladizas baldosas de la piscina, mientras Ximena prepara un baño de hierbas.

—Mara, mira estas baldosas.

Paso los dedos por la superficie vidriada. Cada una está pintada individualmente, pero todas representan lo mismo: un ramillete, con cuatro pétalos amarillos por flor y cada pétalo con un único punto azul, como una mancha de tinta o un ojo, tal vez. Mi Piedra Divina responde de una manera muy extraña cuando las contemplo de cerca, como si saludara a un viejo amigo.

—¿Podrías hacer alguna pregunta por ahí, a ver si averiguas algo? —le pido.

—Claro que sí.

Me enjabona el pelo, y yo me echo hacia atrás y cierro los ojos.

Horas más tarde estoy de pie ante las puertas del salón de audiencias por segunda vez en tres días. Oigo el murmullo detrás de la puerta mientras espero, sofocada dentro de mi vestido de seda color crema. Otra ceremonia precipitada, como mi boda. Y, una vez más, Alejandro me espera al final de un largo paseo. La diferencia es que esta vez mi padre no está aquí para escoltarme. Ese honor le ha cabido a lord Héctor a petición mía.

Miro su rostro agraciado, curtido. Es todavía más alto que Alejandro, una presencia sólida, reconfortante.

Me estudia con aire pensativo.

—Sois una reina hermosa, Elisa —me dice en voz baja.

Jamás esperé que fuera a decir semejante cosa.

—Uno o dos meses de pasteles remediarán eso —digo con una sonrisa para que sepa que hablo en broma.

Su expresión no cambia.

—Aun así.

Es muy amable por su parte decir eso.

—Gracias por hacer esto, Héctor. Me alegro de que estéis aquí.

—Siempre —dice, apretándome el brazo.

Ahora mira hacia las puertas, con rostro impasible, pero a estas alturas lo conozco un poco mejor. Al igual que Cosmé, se mantiene inmutable para no sentir demasiado.

Cuando nos llegan las primeras notas del *Glorifica*, Héctor y yo nos erguimos. La música asciende en arpegios regulares y las puertas se abren hacia adentro. Mantengo la cabeza alta mientras Héctor me escolta por la nave recién alfombrada. Alejandro parece pasmado al verme, y Rosario es una sombra delgaducha a su lado.

Todo sucede con gran rapidez. Alejandro me besa en la mejilla; el padre Nicandro entona un juramento sobre el honor y la responsabilidad, que yo repito. El sacerdote coge la corona de un pedestal cubierto con un cojín, un pesado objeto de oro macizo cuyo solo aspecto me hace doler la cabeza, y me la coloca solemnemente con una mirada de simpatía.

Con un gesto me indica que me coloque de frente a la corte y luego anuncia:

—¡La reina Lucero-Elisa de Vega né Riqueza!

La nobleza en pleno se pone de rodillas. Alejandro me toma de la mano y juntos nos sentamos en nuestros tronos, uno al lado del otro. Observo con envidia cuando un aya se lleva a Rosario. Las posaderas se me quedan frías y entumecidas mientras cada uno de los nobles presentes en el salón del trono pasa por delante de mí en el ritual besamanos. Recordando lo que me dijo Ximena sobre permitirles la dosis de felicidad que desean con tanta vehemencia, saludo a todos con una sonrisa confiada y susurro palabras de aliento cada vez que alguno menciona el tema de la guerra.

Pero es todo una representación, porque a medida que transcurre la tarde, empiezo a sentir un frío revelador en el ombligo. Es leve, nada que no pueda borrarse con una rápida plegaria, pero significa que Invierno viene en mi busca, que están todavía más cerca de lo que pensábamos.

Confiaba en que, al acabar la coronación, tendría tiempo para volver a ocuparme de la grave cuestión de la preparación de la guerra. Sin embargo, es como si la mitad de los ciudadanos de Joya del Desierto necesitaran consultar a la reina o demandarle una gracia. La otra mitad está ansiosa por dejarme en deuda con ellos, y me agobian con sabios consejos sobre determinadas cuestiones pertinentes, me inundan de regalos, me presentan a gente de crucial importancia. Me paso los dos primeros días de mi reinado meneando la cabeza como un pollo y diciendo «Gracias».

La tarde del segundo día, cuando la menuda y poco agraciada *lady* Jada me entretiene en mis aposentos con su charla, siento crecer la frustración en mis entrañas. ¡Son tantas las cosas que podría estar haciendo! Necesito buscar las Piedras Divinas, revisar estrategias bélicas con el general Luz-Manuel, hacer preparativos para recibir a los refugiados, tener una conversación con la condesa Ariña, puede que pasar algo de tiempo con Rosario.

Rosario. Nadie repara en él. A nadie le importa lo que hace.

Interrumpo con un gesto la perorata de *lady* Jada sobre prácticas insatisfactorias de lavandería.

—Acabo de darme cuenta de que he olvidado atender a algo muy importante —le digo con una sonrisa poco convincente—. Espero que sepáis perdonarme.

Ella arruga la naricita, confundida, pero no tarda en recuperarse.

—Volveremos a hablar pronto —dice, con una reverencia.

—Lo espero con impaciencia.

En cuanto se marcha, me vuelvo hacia Ximena.

—Rosario se va a quedar en nuestros aposentos algunos días. Necesito que traigan una cama extra, algo de ropa cómoda, para poder jugar, y tal vez algunos juguetes. Dile a su aya que tiene unos días libres. Dile mejor que no tiene que volver hasta que haya terminado la guerra.

—Voy enseguida —responde con una ancha sonrisa.

Envío a Mara para que traiga al niño personalmente y luego dedico algunos minutos a pasear por mis habitaciones, pensando. Cada vez que echo una mirada a las baldosas que recubren la piscina, la Piedra Divina emite un zumbido de respuesta.

Vuelve Mara trayendo a Rosario a remolque. El niño me mira con sorpresa, casi como si sospechara algo.

—Pensé que te gustaría pasar algo de tiempo con nosotras —le digo sonriendo.

Entorna los ojos.

—¿Y eso por qué?

Abro la boca para decirle algo reconfortante e inocuo, como «Deseo que nos conozcamos mejor» o «Necesito un compañero para salir por ahí», pero recuerdo

haber crecido en la hacienda palacio de mi padre mientras los adultos hablaban por encima de mi cabeza y entonces le digo:

—Necesito tu ayuda.

Frunce los labios con expresión pensativa.

—Le dije a papá que podía ayudar. Con eso de la guerra. Pero dijo que tenía que esperar a tener más años.

—Bueno, pues yo necesito tu ayuda ahora mismo. Con la guerra. ¿Qué te parecería hacer algo de espionaje?

Curva los labios en una tímida sonrisa.

A última hora de la tarde llega la primera oleada de refugiados. La mayoría de ellos son jóvenes y sanos: son los que pudieron viajar rápidamente. Alojamos a varios cientos en el palacio y a un centenar más en las fincas circundantes. Me paso la primera parte de la noche instalándolos lo más cómodamente posible y escuchando el relato de las penurias que han pasado en la huida, por si mencionan a alguno de los amigos que dejé atrás. Así me entero de que el Maleficio sigue haciendo notar su presencia, de que miles de personas, en su mayoría refugiados, colaboran actualmente con la causa. Sin embargo, mi Piedra Divina se sigue enfriando, y me preocupo por aquellos que no lograrán llegar hasta nosotros antes que el ejército de Invierno.

Esa noche en el comedor comparto una cena privada con mi esposo y con el general Luz-Manuel. Estamos acabando una fuente de pavo salvaje glaseado con miel y cáscara rallada de naranja, cuando irrumpe un explorador desfallecido con lord Héctor pisándole los talones. Nos informa que ha avistado un enorme contingente de caballería a menos de un día de distancia.

—¿Sólo caballería? —pregunta Alejandro.

El explorador lo confirma, y se le permite retirarse.

—Eso no tiene sentido —dice entre dientes, mientras lord Héctor se deja caer a su lado.

—Es sólo una avanzadilla —opina Luz-Manuel—. Están aquí para cortarnos el paso. El grueso del ejército irá llegando a lo largo del mes que viene.

Alejandro suspira.

—Entonces debemos tapar los pozos y cerrar las puertas.

—Los refugiados seguirán llegando durante la noche. ¿Puedes mantener las puertas abiertas al menos hasta entonces?

Vacila hasta que lord Héctor asiente.

—Todas las personas serán necesarias en las murallas —señala el guardia.

—Cierto. Entonces, las puertas se mantendrán abiertas.

Alejandro me besa en la frente y se marcha, acompañado de lord Héctor.

El general y yo nos quedamos mirándonos un momento. Observo la tensión de los últimos meses en sus ojos hundidos, en sus facciones demacradas. Además de Héctor

y Alejandro, es el único miembro del quórum con quien me he encontrado desde mi regreso. El conde Eduardo se marchó hace meses para defender sus tierras contra el ejército meridional de Invierno, y Ariña no ha salido de sus habitaciones.

—Me alegro de que estéis aquí, majestad —dice con el ceño levemente fruncido.

Lo miro asombrada. Luz-Manuel nunca me ha brindado una buena acogida.

—Tal vez necesite vuestra ayuda —explica—. Su majestad no es... bueno, no es un hombre que tome decisiones rápidas. Esto es muy conveniente cuando se trata de cuestiones de Estado, pero en una guerra...

«Eso es porque el rey tiene miedo», pienso.

—Os ayudaré en todo lo que pueda —digo, asintiendo con la cabeza.

Se pasa la mano por la calva.

—Gracias. Puede que sólo necesite otra voz al oído para alentarlo.

—Debéis saber, general, que a Invierno le encantaría apoderarse de la piedra de la que soy portadora. Es probable que llegue un momento en que deba dosificar muy bien mis apariciones.

—Sí —asiente—. Héctor ya me contó cómo creen que pueden aprovechar su poder.

Me quedo callada.

—Os protegeremos por todos los medios —continúa—. Pero, si toman Brisadulce, ganarán la guerra, con vuestra Piedra Divina o sin ella.

—Se abrirán camino con fuego y entrarán.

Su expresión adquiere mayor gravedad.

—Los refugiados hablaron de un fuego extraño. Algunos incluso tenían quemaduras. Hemos estado acumulando agua en las murallas, pero nuestras puertas son fuertes. Macizas.

—General, he sido testigo de la devastación causada por este fuego y os aseguro que los animagos son perfectamente capaces de derribar las puertas con su fuego.

—El rastrillo exterior resistirá —me asegura.

—Si la puerta se prende fuego, ¿qué otra cosa puede quemarse? Las torres de asedio, sin duda. —Hemos construido varias a lo largo de la muralla a intervalos regulares, la mayoría de las cuales se usan para guardar armas en lugares de fácil acceso—. Y seguramente habrá estructuras de madera en el interior de las propias murallas. ¿Qué me decís de los edificios próximos?

—¿A qué distancia deben acercarse para usar este... fuego?

—No lo sé. Lo siento, pero no lo sé. Tal vez alguno de los refugiados...

—Preguntaré —dice—. Y apostaremos a nuestros arqueros más fuertes en la puerta. Esperemos lo mejor.

—Ah, y decidles a esos arqueros que se mantengan ocultos. Que no se asomen por encima de las murallas.

—¿Por qué?

—Los animagos pueden dejar a un hombre paralizado en su sitio con sólo

mirarlo.

Mara casi se arroja en mis brazos cuando regreso a mis aposentos.

—He preguntado a cuantas personas he encontrado, pero nadie sabía nada. Quiero decir que todos conocían las baldosas de las que hablaba, pero nadie sabía nada sobre ellas.

Parece a punto de bailar de tan entusiasmada.

Rosario está acurrucado en mi cama, jugando con los dedos de los pies, y observa con cauta curiosidad la excitación de mi doncella.

—¿Es que has descubierto algo? —le pregunto.

—Rosario tenía información sobre ellas —responde sonriendo.

—¿Ah sí? —digo, volviéndome hacia el principito.

—Me lo contó el padre Nicandro. Durante la lección de historia —añade con una mueca.

Casi no puedo respirar. Esto va a ser algo importante. Las palpitaciones de mi Piedra Divina así lo anuncian.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo el padre Nicandro?

—Dijo que las baldosas las había hecho alguien muy importante. Una persona que ya no le interesa a nadie, pero el padre Nicandro piensa que la gente podría volver pronto a interesarse por ella.

No tiene sentido.

—¿Es todo? ¿No dijo nada más?

Rosario vuelve a acurrucarse, transformándose en una bola.

—No recuerdo —dice con su vocecita.

Lo estoy asustando. Respiro hondo para relajarme.

—Rosario, has sido de gran ayuda. Gracias.

Está radiante.

No le pregunto si trató de encontrar las Piedras Divinas. Una rápida mirada a sus manos, a la media luna de tierra que tiene debajo de las uñas, me dice todo lo que necesito saber. Me disculpo y salgo para visitar el monasterio.

El padre Nicandro se muestra encantado de verme. Reprimo una sonrisa cuando me abraza, porque apenas me llega a la barbilla y es tan menudo como un niño. Provisto de una vela me lleva al estudio de los escribientes y nos sentamos en taburetes junto a la mesa.

—Majestad, me alegra mucho que hayáis venido. No hemos tenido ocasión de conversar debidamente desde vuestro regreso. Decidme... —Se inclina hacia adelante, frunciendo la nariz—. ¿Es cierto que os llevaron hasta las puertas del enemigo?



Me encojo de hombros.

—No lo sé, padre. Estuve en el campamento enemigo un rato, pero no en el país de Invierno propiamente dicho.

—Muy interesante. ¿Y es cierto que...?

—Padre, lamento tener prisa, pero necesito saber algo sobre las baldosas de mi patio.

—¿Qué baldosas?

—El príncipe Rosario me dijo que sabíais algo sobre ellas. Pequeñas flores amarillas con puntos azules. En realidad no son nada bonitas...

—¡Ah, sí! Tendría que haberme dado cuenta de que queríais saber sobre ellas.

—¿Qué queréis decir?

—Casi todas las baldosas con ese diseño fueron pintadas por la propia señora Jacoma. Su padre tenía una fábrica de baldosas. Desde que aprendió a andar, se entretenía pintando las baldosas de su padre. —Al ver mi mirada inquisitiva, añade—: Era portadora de la Piedra Divina, majestad.

Doy un grito ahogado. Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía.

—Murió cuando tenía más o menos vuestra edad: apenas diecisiete años. Las crónicas cuentan que nunca completó su Servicio, pero pintó más de dos mil baldosas con esas odiosas flores amarillas. Los artistas copiaron el diseño generación tras generación. Se pueden encontrar en todos los castillos y monasterios de Joya del Desierto. Por desgracia, ahora sólo se acuerdan de ella unos cuantos sacerdotes y artistas.

—La señora Jacoma —repito con asombro—. Una portadora.

El sacerdote me estudia con sus ojillos negros y redondos.

—¿Recordáis cuando os enseñé aquel pasaje de la *Inspiración*?

—Lo recuerdo.

—Tengo una teoría al respecto. ¿Os acordáis de que habla de portadores individuales en un punto y que luego parece cambiar y referirse a todos los portadores en general?

Digo que sí con la cabeza, rememorando las horas que dediqué a estudiar el ejemplar de Alentín, preguntándome si sería yo la que tendría que enfrentarse a las puertas del enemigo.

—Pues bien, pienso que lo hemos estado interpretando de una manera equivocada. ¿Y si se refiriera a cada portador y a todos al mismo tiempo? ¿Y si este acto de Servicio es algo que todos los que fueron portadores a lo largo de los siglos tuvieran que realizar juntos?

—¿Qué estáis diciendo?

—No lo sé —dice, moviendo la cabeza con cansancio—. No sé lo que estoy diciendo. Es sólo el germen de una idea. Siento que aquí hay algo más grande y que apenas consigo arañar el significado.

—Voy a reflexionar sobre la idea. Gracias, padre Nicandro. Es posible que

necesite haceros más preguntas.

—Claro —sonríe—. Me alegro de que estéis de vuelta y a salvo, mi reina.  
Me abstengo de señalar que no me siento a salvo en absoluto.

A la mañana siguiente, Alejandro ordena cerrar las puertas a cal y canto, dejando sin asilo a los refugiados que aún no han llegado. Es lo correcto. El capitán de Héctor informa de la presencia de nubes de humo a lo largo del horizonte oriental, un anuncio del ejército que se aproxima. Sin embargo, me duele el alma por los miles de personas que no lograron entrar.

Me paso buena parte de la tarde contemplando las baldosas de mi patio. Allí hay un mensaje, estoy segura. Estudio el color y la forma de las flores, sigo con los dedos los bordes de los pétalos curvos. Siento una afinidad con esta antigua pintora de baldosas. Otra chica, como yo. «Jacoma ¿qué estás tratando de decirme?». Ella no me responde, por supuesto, pero Dios me susurra su calor desde mis entrañas, como si estuviera hablando con él directamente. Para asegurar el éxito necesito que me brinde algo más que calor.

Todavía sigo en el patio cuando oigo los gritos. Se oyen pasos precipitados en el pasillo, y por el balcón llegan alaridos de pánico. Entonces, las campanas del monasterio tocan a rebato.

Dejo a Rosario al cuidado de Ximena y salgo de mis habitaciones a todo correr. Alejandro ya está en el pasillo. En cuanto me ve, me coge de la mano y tira de mí corredor abajo, más allá de las cocinas, hacia las cuadras.

Me quedo helada al ver las enormes cabezas de los caballos que asoman por encima de las puertas de los establos.

—Alejandro —digo con voz entrecortada—, no sé montar.

Me mira frunciendo el entrecejo.

—Es sólo hasta la muralla y volver. —Los mozos de cuadra ya están preparando un gran semental pardo—. Andando nos llevará mucho tiempo.

—Yo la llevaré.

Me doy la vuelta al oír la voz de lord Héctor.

—Vuestro ejército os necesita, señor —continúa el guardia—. Yo escoltaré a su majestad hasta la muralla. Nos reuniremos con vos enseguida.

Alejandro asiente. Luego monta en su caballo y se marcha.

Las calles están llenas de gente ansiosa de echarle una mirada al enemigo. Lord Héctor y yo vamos rodeando los edificios y sorteando a los ciudadanos presas del pánico y llegamos a uno de los muchos andamios toscamente contruidos contra el muro interior. Héctor me ayuda a subir por una escalera desvencijada hasta la cima. De inmediato el viento me agita el pelo y la arena me hace arder los ojos. Llega a mis fosas nasales la seca pureza del desierto, y siento una punzada de añoranza al recordar a mis rebeldes de las arenas.

Un movimiento atrae mi atención desde abajo. Una línea de caballería se extiende en ambas direcciones hasta donde abarca la vista, y el sol del atardecer arranca destellos a los bocados y las pieles sudorosas, a las puntas de flecha de obsidiana y la pintura blanca de las caras.

«Caras pintadas de blanco».

Me pregunto cómo han podido traer tantos caballos por el desierto. Aunque hayan tomado la ruta larga, siguiendo la línea más verde de las montañas Infranqueables, se las tienen que haber visto en figurillas para alimentar a los animales durante un viaje tan largo. No pueden esperar que sobrevivan a un largo asedio en este yermo.

Un grupo se desprende del resto y galopa hacia adelante. Forman un anillo y cabalgan en círculo, blandiendo lanzas, gritando como fieras. Incluso a esta distancia, el diseño negro y blanco pintado en sus extremidades me hace estremecer.

—¡Héctor! —digo con súbito nerviosismo.

Los caballos no han venido hasta aquí desde Invierno. Él se agacha para que pueda susurrarle al oído.

—Ésos no son inviernitas —afirmo—. Son Extraviados.

Él asiente con expresión solemne.

—Sí. Hace tiempo que sospechamos de la existencia de una alianza entre ellos.

—Están aquí para empezar a matarnos de hambre antes de que llegue el verdadero ejército de Invierno.

—Eso me temo.

Nos quedamos allí un buen rato. Los ojos de lord Héctor adquieren una dureza peligrosa y su rostro se transforma en una escultura de resolución. Es como si estuviera haciendo acopio de firmeza y almacenándola en su interior. Yo me limito a rezar.

Los Extraviados nos tienen atrapados en nuestra propia ciudad. Alejandro, Héctor y el general Luz-Manuel se pasan los días siguientes planteando estrategias para el racionamiento de los alimentos y almacenando agua para combatir el fuego de los inviernitas. Mientras ellos están ocupados, Rosario y yo vamos a la caza de las Piedras Divinas.

Me llega rumor de que su alteza sufre una obsesión por la tierra que no es natural. Por lo menos una vez al día, alguien lo sorprende junto a una planta volcada y un reguero de tierra húmeda. Recibo cada queja con la seriedad que corresponde y a continuación, en cuanto la puerta se cierra, prodigo a mi pequeño príncipe todo tipo de halagos. Sin embargo, su entusiasmo por la tarea empieza a decaer. Estoy a punto de ordenar una búsqueda en todo el palacio, pero el recuerdo de la traición de Belén me contiene. Todavía no sé en quién confiar. No puedo permitir que la información sobre las piedras extraviadas llegue a la persona equivocada.

Las tropas que mi padre prometió como condición de mi boda llegan en tres

grandes barcos. Héctor y el capitán Lucio los guían por grupos a través de la red de alcantarillado que conduce desde los acantilados al interior de la ciudad. Ese día recorro los barracones en busca de rostros familiares. Son muchas las cosas que me recuerdan a Orovalle: el penetrante olor del cuero aceitado, el sol de Riqueza bordado en los fajines, la holgada camisa que llevan todos los soldados de Orovalle cuando no van vestidos para la batalla. Pero no reconozco a ninguno ni ellos me reconocen a mí. Después de un rato tengo que admitir que estoy buscando a papá, o incluso a Alodia, y me alejo sintiéndome como una tonta.

Su llegada no podía ser más oportuna, pues al día siguiente aparece la primera oleada del enorme ejército de Invierno, recortada contra el reverberante horizonte del desierto. Los Extraviados los saludan con muestras feroces de entusiasmo, cabalgando y gritando en círculos, disparando flechas al cielo. Estoy de pie junto a Héctor en lo alto de la muralla para observar su llegada. En esos primeros momentos, las fuerzas combinadas de Orovalle y Joya del Desierto guardan un asombrado silencio. Los enemigos, tan numerosos, van descalzos y pintados de colores. No parecen humanos.

También yo guardo silencio, pero por un motivo diferente. Recuerdo la primera vez que vi el enorme ejército de Invierno, la forma en que sus hogueras iluminaban las oscuras colinas en todas direcciones hasta donde abarcaba la vista. Por eso sé que esta primera oleada no es más que una fracción de las fuerzas que van a venir.

Junto a mí, Héctor golpea la piedra con el puño.

—Ojalá supiéramos lo que quieren.

—Creen que esto es la voluntad de Dios —digo yo en voz baja.

—¿Hacerse con una salida al mar? ¿Invadir otro país? ¿Matar a personas inocentes? ¿Exactamente de cuál de sus acciones van a culpar a Dios?

Hay algo en su tono crispado que me gusta.

—Me quieren a mí, o la piedra de la que soy portadora.

—Sí, pero ¿por qué?

—Ojalá lo supiera.

Me mira fijamente.

—No os van a tener, Elisa. No mientras yo viva.

Se da media vuelta y se aleja por la muralla hasta que desaparece detrás de un grupo de arqueros.

Me llega otro mensaje de Cosmé por paloma mensajera. Me tiemblan los dedos al abrirlo, y Mara observa por encima de mi hombro mientras lo leo.

*Elisa:*

*Una parte del ejército de Invierno se separó del grueso de las fuerzas y se unió a la*

*marcha hacia Brisadulce. Cinco animagos van en dirección a ti; enviaron sólo a tres contra los territorios del sur. Creo que saben que tú estás ahí.*

*Seguimos hostigando a la retaguardia del ejército, pero los Extraviados nos están dificultando la tarea. Han empezado a derribar palomas. Éste será mi último mensaje.*

*Cuídate,  
Cosmé*

A medida que los inviernitas van llegando, la línea de enemigos se engruesa poco a poco, transformándose primero en una cinta oscura de lado a lado del desierto y después en un gran río. El río se expande hasta que, desde el aventajado punto de observación de la torre más alta de la muralla, parece un océano de pulgas trajinando en la arena.

Yo me agacho detrás de la muralla junto con los arqueros, helada por el efecto de la Piedra Divina, incapaz de apartar la vista de la extraña escena que tiene lugar allá abajo. Las saeteras abiertas entre los ladrillos se amplían hacia el interior, permitiendo un enorme ángulo de observación. Como todos los demás, miro a través de la saetera hasta que los ojos me lloran por efecto del calor y el resplandor, a la espera de cualquier cambio sutil que pueda darnos la pista de cuál será su plan de ataque.

Por fin aparecen los animagos. Lo primero que veo es el increíble color blanco dorado de su cabeza cuando avanzan entre las filas de los inviernitas. Se apartan del grueso del ejército y se colocan frente a nuestra puerta principal. Son cinco, tal como dijo Cosmé, todos vestidos con una amplia túnica blancuzca, y con su amuleto colgado al cuello. Cuando alzan los ojos hacia la muralla —esos ojos del mismo color que la Piedra Divina—, un dolor gélido me dobla en dos.

—¡Majestad!

Miro el atezado rostro del capitán Lucio.

—Estoy bien, gracias.

Consigo sonreír y enderezarme cuando las entrañas empiezan a calentarse gracias a la plegaria que ha brotado de mi corazón de forma instintiva. Ahora puedo rezar en cualquier circunstancia.

Recordando las palabras del general sobre brindar al rey una palabra de aliento, me despido del capitán y bajo hasta la calle donde mi esposo está supervisando la acumulación de toneles de agua.

Alejandro siente alivio al verme. Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia sí, pero no tanto para darme consuelo como para recibirlo.

—El rastrillo exterior resistirá —me asegura—, aun cuando lleguen a quemar la puerta.

Los soldados que pasan a nuestro lado no se molestan en ocultar sus sonrisas burlonas. No saben que todavía no hemos compartido el lecho y les gusta ver a su rey y a su reina abrazándose, de modo que le devuelvo el abrazo, aunque no puedo responder a sus palabras de aliento.

Jamás en mi vida he deseado tanto que se demostrase mi error, pero a la mañana siguiente, cuando nuestra puerta empapada empieza a despedir vapor ante el asalto del sol naciente del desierto, los animagos atacan tal como yo había predicho. Se colocan juntos codo con codo, juncales como las palmeras, justo fuera del alcance de nuestras armas. Rezo con más vehemencia que nunca para infundir vida a mis heladas extremidades.

Cinco inviernitas, de pelo apelmazado y descalzos, se apartan de la multitud y se colocan cada uno enfrente de un animago. Se arrodillan en el suelo y echan la cabeza hacia atrás. Una trompeta emite un sonido agudo y fantasmagórico que no se parece al de ningún instrumento que conozca. Todos a una, los animagos sacan una daga de debajo de su túnica. No consigo ver el restallar de las hojas contra la carne, pero los cuerpos caen y la sangre, carmesí y reluciente bajo el sol, forma un charco que al momento desaparece tragado por la arena.

Con el sacrificio de su propia gente, el amuleto que llevan al cuello empieza a relucir.

La Piedra Divina es un cuchillo de rabia helada.

Otros cinco inviernitas se adelantan y se ofrecen a los animagos. Y cinco más después de éstos. Así continúa el desapasionado proceso de cortar gargantas hasta que veinticinco cuerpos yacen en el suelo como muñecos rotos, alimentando con su sangre la magia que reptaba bajo la superficie de la tierra.

Cinco veces cinco.

Y los amuletos brillan todavía más.

—¡Más agua! —grito, superando el sabor amargo que me viene a la boca. No sé si mi voz se transmite dentro de la atestada muralla, así que vuelvo a gritar—: ¡Más agua en la puerta! ¡Ahora mismo!

No me molesto en comprobar si alguien obedece mi orden. Otra vez vuelvo a mirar por la saetera hacia las piedras divinas enjauladas, que emiten su luz enceguecedora a lo lejos. Los animagos alzan la cabeza hacia el cielo, con la boca abierta por el esfuerzo o el éxtasis. Clavo las uñas en la piedra arenisca que tengo delante cuando un torrente de luz blanco-azulada, brillante y directa como una flecha, brota de los amuletos e impacta contra la puerta.

Me llega un acre olor a humo. Las murallas se estremecen a mi alrededor.

—¡Agua! —grita alguien—. ¡Agua! ¡Más agua! —se repite el grito por toda la muralla.

Pasamos momentos de agonía en medio de una bruma de heladas advertencias y plegarias para calentarme, mientras vaciamos nuestros cubos, cacharros y cazos para combatir la hechicería de los animagos. Por fin el torrente de luz se esfuma. Los animagos retroceden tambaleantes y son absorbidos por la ondulante masa de inviernitas.

En nuestra muralla resuena una aclamación atronadora que la sacude tanto como antes hizo la magia de los animagos. Me sumo a la ovación porque eso es lo que necesita nuestra gente.

Lord Héctor viene a mi encuentro.

—¿Creéis que volverán a intentarlo? —me pregunta al oído.

—Sí. Después de descansar, buscarán a otros veinticinco dispuestos al sacrificio y volverán a atacarnos.

Me coge con tanta fuerza por el brazo que doy un grito ahogado.

—Elisa, no deberíais estar aquí. Del otro lado de la puerta debe de haber un agujero del tamaño del estandarte de Alejandro. Podremos aguantar tres ataques más a lo sumo.

—¡Soy la reina! —protesto—. Tengo que estar aquí para...

—Vos misma dijisteis que no deben encontrar vuestra Piedra Divina. ¿Habéis visto lo que han hecho con sólo cinco?

Trago saliva y hago un gesto afirmativo.

—Bien. Voy a buscar a alguien que os escolte de vuelta. Estad lista para huir a través de los túneles en caso de que caiga la muralla.

—¿Y... Alejandro?

—Trataré de convencerlo de que vuelva, así que estad atenta a su regreso. De todos modos aquí es más un estorbo que otra cosa.

Sólo la tensión de la batalla podría hacerle decir algo así en voz alta. Su mirada expresa arrepentimiento y sorpresa, pero le apoyo una mano en el hombro agradeciéndole su sinceridad.

—Héctor, cuidaos.

En lugar de volver a mis habitaciones, voy corriendo al monasterio a ver al padre Nicandro.

Está en la desierta sala de reuniones, de rodillas ante el altar iluminado por las velas. Me arrodillo a su lado.

—Oh, querida niña. Deberían ser muchos más los aquí congregados —dice con un suspiro. Se me encoge el corazón al oír la tristeza de su voz—. ¿Tanto se ha apartado el pueblo de Joya del Desierto del camino de Dios que ni siquiera recurre a él en momentos como éstos?

—Tal vez la cosa no sea tan desesperada —digo—. Tal vez vengan pronto.

—Tal vez.

—Padre, yo tampoco he venido a rezar.

Alza la vista, sobresaltado. Le cuento lo del torrente de fuego que atacó nuestra puerta.

—¿Veis, Nicandro? Es la sangre. Algo que tiene que ver con la sangre que alimenta la tierra es lo que les permite utilizar sus amuletos.

Me lanza una mirada a modo de advertencia. Sus ojos oscuros me atraviesan como una daga.



—Queréis intentar algo con el amuleto del que os apoderasteis.

—Sí, padre. Tengo que intentar algo.

Se deja caer contra el altar.

—¿Qué tenéis en mente?

Sólo nos lleva un momento prepararlo todo. Saco el amuleto de debajo de mi chaleco y lo observo mientras el padre Nicandro va a buscar una rosa ceremonial. Con un gesto me indica que me acerque al altar.

—No —le digo—. Deberíamos hacerlo en el jardín, donde no corramos el riesgo de que alguien nos vea.

Sólo duda un momento antes de conducirme por detrás del altar hasta una puerta por la que salimos al diminuto jardín del monasterio, donde hay una fuente de mármol de tres platos y un banco donde no caben más de dos. Nos sentamos juntos bajo un enrejado en el que se entrelazan las ramas de un rosal trepador de rosas sacramentales. Las rosas no están en flor, lo cual permite ver con toda claridad las largas espinas.

A dúo cantamos el *Glorifica*. Apoyo los dedos de la mano derecha en la Piedra Divina y los de la mano izquierda en el amuleto, que también es una Piedra Divina, me digo. Me pregunto, y no por primera vez, quién habrá sido su portador. ¿Se habrá desprendido de su cuerpo en el momento de su muerte? ¿Se habrá separado de ella voluntariamente, o se la habrá arrancado un animago del vientre mientras daba gritos de agonía?

Nicandro me empuja la cabeza hacia adelante hasta que nuestras frentes prácticamente se tocan.

—¿Qué es lo que buscáis, querida niña?

Respiro hondo y luego vierto todo el anhelo de mi alma en mi petición:

—Busco la victoria sobre mis enemigos.

El pinchazo es profundo y doloroso, y la primera gota se forma rápidamente sobre la espina. Cuando el sacerdote la arranca de mi dedo, otras tres le siguen de inmediato. Caen como cuentas contra la tierra endurecida.

Mientras la tierra seca se bebe mi sangre, rezo. Penetro con la mente en la corteza de la tierra. Imagino el amuleto de mi pecho encendido por la magia. Me concentro tanto que pierdo la noción de lo que me rodea. El jardín, el padre Nicandro, el luminoso cielo del desierto sobre nuestras cabezas; todo se diluye en una sensación de urgencia y de calor inducido por la plegaria.

Pero no sucede nada.

Abro un ojo para mirar al sacerdote.

—Tal vez necesitéis más sangre —dice con escepticismo.

Dejo escapar todo el aire de los pulmones, decepcionada.

—Si éste fuera el camino, habría sentido algo. ¡Sé que no soy una hechicera, pero

tengo una Piedra Divina viva dentro de mí! Debería ser capaz de hacer algo, por pequeño que fuera.

Me rodea los hombros con un brazo.

—Tal vez la profecía no se refiere a que vos hagáis algo —susurra—. Tal vez hable de todos los portadores.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Os referís a esa extraña idea de la que me hablasteis? ¿La que no podíais explicar?

—Sí, a eso me refiero —responde.

Soy presa de la desesperanza cuando vuelvo corriendo a mis habitaciones. Los pasillos están vacíos y silenciosos, y mis pasos resuenan como nunca. Lo que dijo Héctor es verdad: no podemos arriesgarnos a que Invierno encuentre mi Piedra Divina. Pero odio sentirme inútil. Quiero estar en la muralla con todos los demás, cargando cubos de agua, haciendo preparativos para la atención de los heridos.

¿Cuánto tiempo tardarán los animagos en recuperar fuerzas y volver a atacar? ¿Una hora? ¿Un día? De una cosa estoy segura: el asedio durará poco. Se me encoge el corazón al pensar en la valiente gente de mi Maleficio, en los riesgos que corrieron, en las vidas que perdimos. Y todo para nada, ya que mi brillante estrategia se basaba en un largo asedio que hiciera vulnerable a nuestro enemigo.

No puedo soportar la idea de que Humberto muriera por nada.

Rosario y Mara están acurrucados en mi cama cuando entro. Ximena está junto a la chimenea vacía, cosiendo una falda.

—¿Qué ha pasado, Elisa? —pregunta Mara sin rodeos en cuanto ve mi cara.

—Los animagos atacaron. Los rechazamos.

—Papá los va a matar a todos —dice Rosario.

Ximena y yo intercambiamos una mirada de tristeza. Después me dejo caer junto a él y lo abrazo con fuerza, pero él se escabulle y me mira disgustado.

Toco mis amuletos —la Piedra Divina muerta y el feo colgante— y pienso en las victorias vacías que simbolizan. No conseguí nada con el Maleficio. No conseguí usar mi Piedra Divina contra el enemigo, tal como predijo Homero. Es posible que dentro de algunos siglos un sacerdote muestre la lista de elegidos de Dios a otro joven portador. Quizá señale mi nombre y diga: «Ah, sí, Lucero-Elisa. Otra portadora fallida».

Me quedo mirando al hijito de Alejandro. Tal vez, y sólo tal vez, tenga una última oportunidad de hacer algo bien. Cuando los animagos consigan atravesar la puerta, alguien debe poner al príncipe a salvo. Puede que haya fracasado en lo de salvar a Joya del Desierto, pero todavía es posible que pueda salvar a su heredero.

—¡Ximena! No, espera. Mara. —Mara sabrá qué traer y cómo envasarlo—. Ve a las cocinas y a la despensa y trae comida para un viaje. Suficiente para nosotros

cuatro y para dos semanas. ¡Rápido!

Tiene que haber abundancia de alimentos secos entre los cuales elegir; los sirvientes de Alejandro llevan meses haciendo acopio de comida.

—¿Nos vamos de viaje? —pregunta Rosario.

—Lo antes posible, pero todavía tengo que quedarme un poco más.

—Porque todavía no has encontrado tus Piedras Divinas —dice con un suspiro.

—Sí.

—Pienso que las tiene la condesa.

—¿Qué? —exclamo.

Ximena alza la cabeza como movida por un resorte.

—He tratado de entrar en sus habitaciones tres veces, pero su dama de compañía dice que necesita descansar. ¿Qué es el mal mensil?

—Ehh... es cuando una mujer no se siente muy bien durante unos días —digo, tras una leve vacilación.

—Ah, pues la condesa Ariña lleva mucho tiempo con él.

Ariña se ha prodigado poco, es cierto. Hizo una breve aparición durante mi coronación, pero no la he visto desde entonces. Me pregunto si Alejandro habrá cumplido su promesa de hacerla vigilar.

—¿Y por qué crees que las tiene ella?

—He mirado en todas partes menos ahí.

Tiene sentido. Cuando Cosmé y yo desaparecimos, Ariña sin duda aprovechó la ocasión para registrar mis aposentos. Lo que me pregunto es si se llevó la palmera por resentimiento o si sabía que las piedras estaban escondidas allí.

—Bueno, alteza, creo que deberíamos hacer ahora mismo una visita a la condesa —digo, inclinándome hacia él con aire de complicidad—. Yo la mantendré distraída para que puedas escarbar.

Una mujer de piel cetrina y pelo entre gris y castaño nos abre la puerta.

—La condesa no recibe visitas en est... Oh, majestad.

Su reverencia es torpe y rápida.

—¿Podemos pasar?

Le doy a Rosario un apretón en el hombro para tranquilizarlo. O tal vez sea para tranquilizarme yo.

La mujer tiene el cuerpo bien encajado en la puerta, impidiéndome ver el interior.

—Bueno, majestad, por desgracia la condesa realmente se siente...

No tenemos tiempo para esto. Miro a la doncella a la cara.

—Insisto —digo.

Da un paso atrás y baja la cabeza.

—Sí, majestad.

Entro con un empujón. Los aposentos de Ariña son muy similares a los míos, con

un gran dormitorio y una zona de baño adjunta. Sin embargo, ella prefiere tonos más oscuros y suntuosos, lo cual me sorprende. La imaginaba rodeada de blancos y tonos pastel.

Ariña está recostada en su cama con dosel, vestida con una camisa de dormir púrpura y abrazada a un cojín esmeralda. Cuando entro, me saluda levantando una copa de vino.

—¡Majestad!

Suena como un impropio en su boca, a pesar de su voz juvenil.

—Hola, Ariña.

Está menos hermosa de lo que recordaba. Los mismos miembros esbeltos, los mismos ojos sorprendentes color miel dorada. Pero parece una vieja mazorca de maíz seca y vacía.

—¿Habéis venido a regodearos? —pregunta.

La verdad es que no he pensado en regodearme, interesada como estoy en recuperar las piedras. Le sonrío con dulzura.

—Sólo he venido a ver a una vieja amiga.

Suelta una risita, y finalmente me doy cuenta de que está bebida.

—Me gustaría hablar con vos de algo. A solas —añado.

Necesito que la doncella salga de la habitación para que Rosario pueda empezar a buscar.

Ariña chasquea los dedos, y la mujer abandona la estancia.

—No os importará que el príncipe use vuestro cuarto de baño, ¿verdad? —le pregunto.

No le doy ocasión de responder y, con un empujoncito y un guiño envío a Rosario al baño. Sin esperar una invitación, me siento en la cama junto a la condesa.

—Tengo algunas preguntas que haceros sobre vuestro padre. Necesito saber por qué el conde Treviño...

Abre mucho los ojos y se queda mirando mi pecho, pestañeando sorprendida.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Eso. ¿De dónde sacasteis eso? —dice, señalando con la copa.

Un poco de vino dorado salta y le mancha los dedos, pero no parece darse cuenta. Me llevo la mano al pecho y toco los amuletos que me cuelgan del cuello.

—¿A cuál os...?

—Al amuleto de Roldán. Es de mi padre. No deberíais llevarlo vos.

—Pasó a ser mío cuando vuestro padre trató de venderme al enemigo.

—Ah, sí. Porque sois portadora de la Piedra Divina. Dicho sea de paso, fue muy astuto mantenerlo en secreto cuando llegasteis aquí.

—Contadme sobre el amuleto.

Hace un gesto de indiferencia. Veo que le resulta difícil centrarse, y chasqueo los dedos delante de su nariz.

—¡Ariña!

Parpadea.

—El amuleto de Roldán. Fue la primera pieza que confeccionó. Roldán se hizo famoso como orfebre, y los coleccionistas pagan precios muy altos por su obra temprana. Esa pieza —dice, señalando otra vez con la copa— es tosca pero no tiene precio. Ha pertenecido a mi familia desde hace siglos.

Apoyo la mano en el amuleto. No es fácil asirlo, con sus bordes irregulares y sus raros relieves; pero, en cuanto mi piel roza el frío metal, la Piedra Divina se calienta y brilla.

—Este orfebre, Roldán, ¿era un portador?

Me resulta difícil hablar sin que me tiemble la voz.

—Por supuesto —dice, mirándome con evidente desdén.

Me siento acalorada y agobiada, como si se me vinieran encima las paredes. Pero no, es la historia de la Piedra Divina la que me presiona con tan constante insistencia. Es una historia rica, vital, que me sorprende a cada giro.

«Todos los portadores a lo largo del tiempo», dijo el padre Nicandro. ¡Todos los portadores!

Una mano pequeñita y sucia se coge de la mía y tira de mí.

—¿Podemos irnos ya?

Bajo la vista a la cara de Rosario, que me hace señas moviendo las cejas de forma bastante obvia. Espero que Ariña esté demasiado borracha para darse cuenta.

—Os vamos a dejar que descanséis un rato, condesa. Espero que pronto os sintáis mejor.

Cuando me vuelvo para marcharme, seguida por Rosario, Ariña me llama.

—¿No teníais preguntas que hacerme? ¿No queréis una copa de vino?

—Tal vez más tarde —respondo, abriendo la puerta.

—Él tampoco quiere hablar conmigo, ¿sabéis? Desde vuestro regreso. Y, ahora, alguien me sigue a todas partes y... y... ¿qué le ha pasado a mi palmera?

En ese preciso momento, las campanas del monasterio empiezan a tocar a rebato. No es hora de ningún servicio, y las campanas sólo pueden significar una cosa: que han derribado la puerta.

Cerramos de un portazo y corremos pasillo abajo.

Entramos corriendo en mis aposentos. Rosario busca en su bolsillo y saca la bolsa de cuero marrón, que ahora es casi negra y empieza a llenar de tierra el suelo. Bato palmas y lo abrazo y le doy un beso en la mejilla.

—Nos las llevamos con nosotros —digo en voz baja—. Invierno no las tendrá jamás.

—¿Ahora nos vamos de viaje? —pregunta Rosario.

—Sí.

Si Mara no vuelve pronto, tendremos que irnos sin ella. Si han hecho una brecha en las murallas, no nos quedan más que minutos.

—¿Y papá? ¿Vendrá con nosotros?

¡Me había olvidado de Alejandro!

—Recuerda que a tu papá pueden necesitarlo en la muralla.

La verdad es más lo contrario, pero no es necesario que Rosario lo sepa.

La puerta se abre de golpe y Alejandro entra en tromba. Tiene los ojos desorbitados y toda la cara manchada de hollín.

—Han derribado la puerta —dice con un hilo de voz—. Sólo dos ataques y la atravesaron con el fuego.

—¿Vienen de camino? —inquiero.

Traga saliva.

—Es cuestión de minutos, Elisa. ¿Qué hacemos?

Rosario sale de detrás de mí para abrazarse a las piernas de su padre.

—Tenemos que huir —digo—. Mara volverá en cualquier momento con provisiones. Nos marcharemos por los túneles del alcantarillado. Esperemos que la marea no esté demasiado alta.

—Pero los acantilados... Tendremos que trepar parte del camino, y Rosario no sabe nadar muy bien, y...

—Podemos conseguirlo —aseguro, mirándolo con expresión desafiante—. Yo me marcho, y me llevo conmigo al heredero de Joya del Desierto para que al menos uno de vosotros sobreviva.

Mi tono es más áspero de lo que pretendo, pero me trago mi sentimiento de culpa. Cosmé fue dura conmigo una o dos veces, y eso me fortaleció.

Mis palabras lo sacuden como una bofetada, y asiente con un gesto.

Ximena ha estado callada todo este tiempo, cosiendo mi falda nueva como si al día siguiente todo fuera a volver a la normalidad. Alza la vista de la costura.

—Alguien tiene que guardaros las espaldas mientras os marcháis —dice con dulzura—. Alguien tiene que quedarse.

En su rostro hay tristeza, calma y belleza, y comprendo lo que intenta hacer.

—No —digo en un susurro mientras niego con la cabeza, incapaz de hacerme a la idea—. No, Ximena.

—Podría daros algunos minutos de ventaja. Un tiempo precioso. Sé qué es lo que hay que hacer. Es la única manera.

—No puedo perderte a ti también.

—Yo te encontraré más tarde —afirma sonriendo, pero sabe tan bien como yo que no es cierto.

Ximena puede darnos algo de tiempo, pero no sobrevivirá a un enfrentamiento con un hechicero. No dejaré que suceda. Ella todavía no sabe lo empecinada que me he vuelto.

Corro hacia el patio, donde hemos apilado las cosas de Rosario. Necesitaré unos zapatos sólidos para el viaje, ropa de recambio, el anillo de sello que lleva en una cuerda alrededor del cuello y que siempre probará su identidad.

Al pasar junto a la piscina, la Piedra Divina irradia tanto calor que me marea. Las baldosas con sus flores de cuatro pétalos parecen devolverme la mirada.

Llevo en la mano el amuleto de Roldán. Cuatro protuberancias, igual que las flores. Me sacó la cadena por la cabeza y le doy la vuelta para mirarla. ¿Se supone que es una flor?

Oigo ruido de pasos. Chirrían las bisagras al abrirse la puerta. Alguien llega jadeando.

—¿Es ésta la habitación correcta?

Agachada como estoy junto a la piscina no puedo ver al que habla, pero la voz hace que me estremezca.

Gateando me asomo para ver lo que pasa en el dormitorio y enseguida retiro la cabeza.

El corazón me late desbocado ante la certeza de que no hay escapatoria. Hay tres animagos a la entrada, con su pelo blanquecino reluciente y su amuleto de la Piedra Divina encendido por el reciente derramamiento de sangre. La condesa Ariña está con ellos.

—Ésta es la habitación. Lo juro —dice.

Los ha conducido hasta mí. Tendría que haberme dado cuenta de que me iba a traicionar a la menor ocasión. Debería haber...

—¿Dónde está la que lleva la marca de la hechicería?

Nadie responde.

—¡Si no nos decís quién lleva la marca de la hechicería, arderéis! —grita otra voz.

La Piedra Divina late en mi ombligo con furioso calor.

Calor. Debería estar fría. Helada. Miro el amuleto que tengo en la mano y luego las baldosas que hay junto a mí. «Todos los portadores...». Florecitas amarillas con puntos azules, una mancha azul, como de tinta, en cada pétalo. Un azul brillante, glorioso, azul de Piedra Divina.

«Dios, dime qué he de hacer».

Los pétalos del amuleto son curvos. Cóncavos. Del tamaño de la Piedra Divina. La piedra de mi ombligo parece sacudirse cuando mi mente establece la conexión. A tientas busco la piedra enjaulada que llevo colgada al cuello y trato de levantar el pestillo, pero me tiemblan los dedos.

—Yo soy la portadora —suenan las voces de Mara desde el otro lado. Debe de haber llegado detrás de ellos—. Yo soy la que buscáis.

«Oh, Mara, no». Saco el amuleto por la cabeza y, abriendo el seguro con la uña, lo vuelco. La antigua Piedra Divina cae en la palma de mi mano.

Preguntas airadas, demasiado amortiguadas para entenderlas. Sollozos. *Né es ella.*

Meto la piedra muerta en uno de los pétalos cóncavos del feo amuleto. «¿Es esto lo que se supone que debo hacer, Dios?». Se oye el chasquido de algo que encaja, el colgante vibra y retiro los dedos. La Piedra Divina está ahora engarzada en el amuleto en forma de flor, como si un orfebre la hubiera soldado allí. El corazón me late lleno de miedo y de esperanza. Necesito las tres piedras que tiene Rosario.

Ocultando el amuleto en mi fajín, me pongo de pie y salgo de mi escondite. He de llamar de algún modo la atención de Rosario, comunicarle lo que necesito. Si está paralizado en su sitio, tendré que encontrar una manera de acercarme a él.

La Piedra Divina me envía sus impulsos de cálido aliento, pero siento que el corazón va a salirse por la boca y tengo los dedos helados. Entro en la habitación.

Mara está de rodillas a los pies de un animago, con la cabeza gacha. Él la tiene cogida por el pelo.

Sus amuletos destellan. La condesa Ariña yace a un lado en medio de un charco de sangre, con las piernas dobladas de una manera que no es natural. Van a usar la sangre de la condesa para arrancar con fuego a mi dama de honor las respuestas que buscan.

—Un momento —digo, dando un paso adelante.

Ximena es la más próxima a la puerta, paralizada cuando se disponía a dar un paso hacia Rosario. El pequeño me mira implorante.

—Yo soy la que queréis —declaro, con voz más firme ahora.

Estoy haciendo lo que corresponde. Aun cuando no pueda acceder a las piedras, existe la posibilidad de que, si me entrego, liberen a mis amigos.

Un animago pasa junto a Mara.

—¿Llevas la marca?

—Si lo que queréis saber es si tengo una piedra como ésa —señalo su amuleto— alojada en mis entrañas, entonces sí. Llevo la marca.

Los inhumanos ojos del animago me miran desorbitados. Sin hacerle el menor caso, paseo la vista alrededor en busca de Alejandro, preguntándome si ha logrado escapar de alguna manera. Pero no, su cabeza asoma al otro lado de mi cama. Está en el suelo, al lado de Ariña, paralizado y forzado a contemplar su cuerpo mutilado.

Los amuletos relucen a medida que la sangre penetra en la piedra. No queda



mucho tiempo antes de que nos calcinen a todos.

—Liberad a mis compañeros y os permitiré vivir —digo.

El animago que tengo más cerca sonrío. Me estremezco al ver sus dientes puntiagudos y ennegrecidos.

—Bah, no constituyes amenaza alguna —responde en tono agradable.

Me tiemblan las piernas con el deseo de salir corriendo.

—Tengo una Piedra Divina viva dentro de mí. Esa cosa muerta que lleváis al cuello no es adversario para ella.

Es un farol ridículo que no engaña a nadie.

Pero él vacila, entornando los ojos.

—Tal vez debería apropiarme de las vuestras —continúo desafiante, a la vez que miro a Rosario de forma elocuente.

Rosario se mueve, alzando levemente el mentón hacia mí. Después de todo no está paralizado. Sólo estaba simulando, tal como hice yo hace meses en la tienda del animago. ¡Qué tesoro de niño! ¡Qué listo! Sin duda que las Piedras Divinas lo han protegido.

El animago no se deja convencer por mis palabras.

—Mientes —me suelta—. Si fueras capaz de invocar el fuego de la tierra, lo habrías hecho hace mucho tiempo.

Trato de encontrar una respuesta convincente. Controlando el temblor de mis manos, doy un paso al frente, hacia donde se encuentran el animago y Rosario. Mantengo la cabeza alta, la mirada firme. «El campeón no debe temer», decía Homero en su profecía.

—He estado esperando —digo—. Esperando hasta poder reunir más de una sola piedra. ¡Y mira por dónde! Aquí estáis y sois tres.

Con un paso más me pongo justo delante de Rosario. El animago que está frente a mí no cede terreno, pero espero poder taparle la visión del niño que tengo detrás.

—Seguramente has oído lo que le pasó a tu hermano —continúo—. El que estaba acampado con vuestro ejército del norte. —Mientras hablo llevo hacia atrás la mano derecha y giro la muñeca para poner la palma hacia arriba—. Yo lo quemé. Usé su propio amuleto contra él y lo quemé.

Hay un atisbo de preocupación en las facciones de porcelana del mago, pero casi de inmediato es reemplazado por una sonrisa feroz.

—Creo que quieres demasiado a tus amigos, jovencita —bisbisea antes de volverse a los otros dos—. Quemad a la mujer alta.

—¡No!

No alcanzo a ver la cara de Mara, pero puedo imaginarla: la cicatriz que le impide alzar del todo el párpado, los labios apretados por la determinación.

Rosario deposita las Piedras Divinas en mi mano.

Ahora los amuletos de los animagos centellean tanto que casi no puedo mirarlos. El que sujeta a Mara por el pelo tira de ella y la pone de pie.

«El campeón no debe flaquear».

Saco la flor dorada de mi fajín y meto las Piedras Divinas en las cavidades de los pétalos. Encajan perfectamente y quedan allí engarzadas por efecto de la magia. El haz de luz del amuleto del animago apunta al torso de Mara, mientras yo alzo mi propio amuleto contra él.

«Ayúdame, por favor». Dios no ha intervenido jamás para salvar la vida de una persona que me importara, pero aun así rezo, tratando de obligar al amuleto a hacer algo, cualquier cosa, por esta única vez.

No pasa nada. El amuleto ni siquiera se calienta en mi mano.

Los gritos de Mara hienden el aire. Siento que algo se quiebra en mi interior.

—¡Esperad! ¡Deteneos! —grito—. Os daré mi Piedra Divina, pero parad.

El animago arroja a Mara a un lado. Cae al suelo, desmadejada, con la ropa humeante. «Oh, Mara. Ya has sufrido tanto...».

Los tres magos avanzan a una hacia mí, con los ojos azules fijos en el extraño objeto que tengo en la mano y los dedos extendidos como patas de araña. Las lágrimas me resbalan por las mejillas. He fracasado rotundamente. Rosario no escapará. Los animagos tendrán sus diez piedras divinas, y todavía más. Dejo caer los brazos y la cabeza. Cuatro piedras divinas deberían haber conseguido algo.

Gritos, fuertes pisadas, ruido de aceros. Los soldados de Joya del Desierto irrumpen en la habitación. Los animagos se vuelven, sorprendidos. Retrocedo rápidamente sin soltar mi fallido amuleto.

Un animago agarra a Ximena por los hombros y la usa como escudo. Los otros dos hacen lo mismo con Rosario y Alejandro. La presencia de los soldados no representa diferencia alguna. A pesar de todo, los hechiceros de Invierno obtendrán de mí lo que quieren.

—Soltadlos —ordena una voz profunda.

¡Lord Héctor! Siento nacer en mi interior una esperanza sin sentido. No, es la Piedra Divina que irradia calor.

—Salid de esta habitación o calcinamos a vuestros reyes —replica un animago.

La Piedra Divina palpita presa de una excitación desbordada, como si estuviera por salir despedida de mi vientre. Miro hacia abajo, como si la fuera a ver relumbrando a través de mi fajín, y me doy cuenta de que he apoyado el amuleto contra mi estómago.

Una oleada de calor y certidumbre me llena la mente, y mi cuerpo se inunda de un poder abrasador.

Cuatro piedras divinas no bastan. Cinco es el número perfecto, el número divino.

Le doy la vuelta al amuleto. Allí, en el reverso, casi escondida, hay otra cavidad, perfectamente centrada.

Por supuesto. Una Piedra Divina viva debe completar el divino conjunto. Y no es otra que la mía.

De un tirón me quito el fajín de la cintura y, cogiendo el borde de mi blusa, lo

sujeto con los dientes. La Piedra Divina me responde con un destello y doy un grito ahogado. Una luz se arremolina en su interior; no, miles de luces diminutas de diferentes colores, desde el blanco hasta el azul de medianoche, que giran en un torbellino lento y relumbrante.

Aprieto el feo amuleto de Roldán contra mi estómago. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan cuando encaja en su sitio. El hechicero que sujeta a Ximena la deja caer al suelo y viene hacia mí con los ojos fijos en el amuleto. Alarga la mano para cogerlo.

—¡No! —grita Alejandro.

Se libera del animago que lo aferra y, desprendiendo una daga de su bota, se lanza contra el que se me echa encima y se la clava en la espalda.

El animago se queda paralizado, con los ojos de hielo desorbitados, y cae de rodillas echando sangre por la boca.

Los otros dos alzan su amuleto hacia Alejandro, y la luz que emana de ellos se concentra en el cuerpo del rey. Alejandro cae al suelo entre gritos de dolor.

—¡Papá! —chilla Rosario.

Y entonces, mi amuleto empieza a girar como un molinete sobre el eje de mi ombligo.

Todo se estremece. El torbellino de luz de mi Piedra Divina me envuelve, arrollador, hermoso y terrorífico. Mi piel se impregna de la energía de la tierra, del aire que me rodea, y alimenta mi Piedra Divina viva.

¡Cuánto poder! Respiro entrecortadamente, estremecida. Todo es demasiado grande para mi piel, no puedo contener tanto. Estallaré si no hago algo y pronto. Mi amuleto gira cada vez más veloz.

Instintivamente, hago lo que he estado practicando durante meses: rezo, con más vehemencia y desesperación que nunca.

«¡Dios todopoderoso, por favor, pon a mis enemigos en mis manos!».

La vorágine de luz se concentra en una bola apretada, un pequeño sol azul suspendido sobre mi ombligo. Para mi sorpresa el aire restalla a mi alrededor, lo siento frío en las palmas de las manos. Sorprendentemente, lo hago ascender hacia los animagos.

Empiezan a brotar las palabras de mis labios.

—Mi Dios está conmigo; no flaquearé. Mi Dios está conmigo. Su poder es mío.

Los animagos me miran horrorizados, y advierto que estoy citando la escritura en la Lengua Antigua. Las palabras parecen fluir solas de mi boca, y mi voz adquiere más fuerza.

—¡Saldré triunfante de la lucha contra mis enemigos! ¡Se dispersarán a los últimos confines de la tierra, y la recta mano derecha de Dios perdurará por siempre!

La bola de luz gira vertiginosamente, mientras mi cuerpo se estremece con el hormigueo del poder. Ahora estoy gritando.

—¡Yo soy la recta mano derecha de Dios! ¡Y no vacilaré!

Me planto con las piernas abiertas y lanzo mi pequeño sol giratorio hacia arriba, por encima de mi cabeza.

Por un momento queda suspendido cerca del techo abovedado, girando más y más rápido, haciendo saltar chispas en todas direcciones.

Un estruendo descomunal sacude el mundo cuando la bola explota con una oleada de calor y aire reverberante que me echa el pelo hacia atrás y me pega la falda a las piernas. Los cristales de las ventanas estallan y caen hechos añicos.

Los animagos gritan. Observo con horror y alivio que el cuerpo se les contrae, se marchita y se deshace convirtiéndose en polvo ennegrecido.

Y, de repente, estoy vacía. Impotente. La cáscara agotada de una muchacha.

Las rodillas ya no pueden soportar mi peso. Me desplomo, y el amuleto se desprende de mi estómago, cae al suelo y rueda hasta debajo de mi cama.

Tumbada de lado, con la mejilla contra la alfombra de piel de cordero, siento que se me cierran los ojos. El amuleto lanza un último destello y se apaga. Me sumo con él en la bendita oscuridad.

Me despierta la luz del sol que atraviesa inclemente mis párpados.

—¿Elisa?

Una cabeza se inclina sobre mí. Parpadeo, pero mi mente se aferra al sueño.

—¡Elisa! Estás despierta.

—¿Rosario?

—¡Ximena, se ha despertado!

Otra cabeza. Ahora mi visión es más clara. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran apaleado con espadas de madera.

—Ximena, ¿qué ha sucedido? —digo con voz ronca, ahogándome casi por la sequedad de mi garganta.

Me pone una mano fresca sobre la frente y ríe bajito.

—Elisa, cielo mío, has destruido a los animagos.

Reprimo un sollozo de alivio al recordar.

—Sí, sí, lo hice.

—Ese amuleto tuyo envió una oleada de luz o de calor que se propagó a toda la ciudad. Todos los espejos y ventanas de Brisadulce se hicieron añicos. Entonces los animagos, bueno..., envejecieron ante nuestros ojos. Fue lo más extraño que haya visto jamás. Dicen que lo mismo les sucedió a los dos que quedaban en el campo de batalla.

Es apabullante. Los animagos están muertos. Los ojos se me llenan de lágrimas. Por hábito, toco con los dedos mi Piedra Divina y le envío una plegaria de agradecimiento. Me responde con un suave calor.

—Mi piedra. Está viva.

—Sí, supongo que Dios no ha terminado contigo todavía.

No estoy segura de apreciar el tono divertido de su voz. La posibilidad de que Dios tenga pensada alguna otra aplicación para mi piedra podría ponerme enferma si lo pensara demasiado.

—Me temo que a tu amuleto no le cupo tan buena suerte —dice—. Cuando se desprendió de tu cuerpo, se ennegreció y se hizo trizas.

—¿Y el ejército de Invierno? —pregunto con voz temblorosa.

Ximena me acaricia el pelo.

—Lord Héctor y el general se han lanzado a su persecución. Lord Héctor dice que el ejército ya estaba desmoronándose, desmoralizado por tu Maleficio. Ahora, sin los animagos, los inviernitas no pueden mantener un frente de combate.

Trago saliva.

—¿Y en las tierras del sur?

—Invierno también está en retirada allí. Tu extraña oleada se extendió por todo el

territorio hasta la costa sur. Sin embargo... —Deja de acariciarme y respira hondo—. Hay algo más.

Me incorporo de golpe. Recuerdo haber oído gritos, recuerdo el olor a carne quemada.

—¿Qué? ¿Es Mara? ¿O Cosmé? ¿Has sabido algo de ella?

La tristeza se refleja en su cara.

—Mara y Cosmé se encuentran bastante bien. Mara reposa mientras se curan sus quemaduras.

—Entonces...

—Papá está enfermo —dice Rosario.

«Alejandro». Descuelgo las piernas por el borde de la cama. Ximena me alarga la bata que cuelga de unos de los postes de la cama.

—¿Enfermo? —le pregunto en voz baja con el corazón palpitante de miedo.

Todo me viene a la mente. Me salvó la vida tal como yo salvé la suya hace meses. Mató a un animago con una daga y lo quemaron por ello.

—Está malherido —me responde Ximena en un susurro.

Su expresión habla a las claras de la gravedad de sus heridas.

—No tardaré —digo.

Me duelen los huesos mientras me acerco renqueando a la puerta que conecta nuestras habitaciones. Hago una pausa para respirar hondo y calmarme. Llamo vacilante a la puerta, y me responde el capitán Lucio.

—Majestad —dice, saludándome con una reverencia.

—¿Cómo se encuentra?

Se frota los ojos fatigados con un puño.

—El animago le produjo graves quemaduras y se cortó con vuestra ventana. Hemos parado la hemorragia, pero ahora está débil y...

Paso junto a él, recordando cómo se rompió mi ventana. ¿Cuántos ciudadanos más de Brisadulce habrán resultado heridos cuando estalló mi onda de choque? ¿Cuántos habrán muerto?

Alejandro está tendido de espaldas. Las vendas de lino le cubren la mitad del agraciado rostro, incluida la boca. El resto del cuerpo está oculto bajo las mantas, y me alegro de ello porque no podría soportar el espectáculo de su cuerpo herido. El ojo que le queda descubierto se entrecierra al verme.

—Elisa —dice con un susurro amortiguado que suena muy dolorido.

Me inclino sobre él y lo beso en la frente.

—¡Lo siento tanto, Alejandro!

Un suspiro ronco se cuela a través de la venda.

—No lo sientas, fue mi elección.

Le paso los dedos por la frente, los enredo en su pelo tal como solía imaginar.

—¿Qué quieres decir?

Se entrega a mi caricia.

—El animago que me tenía sujeto estaba distraído —dice con voz entrecortada—. No tuve tiempo para pensarlo. Tú eras más importante.

En este momento siento por él más afecto que nunca.

—Eres un héroe —digo con convicción—. Gracias.

Su ojo se cierra y las líneas de su cara se relajan. Me dispongo a retirarme de puntillas cuando dice:

—Elisa, nos hemos hecho amigos, ¿verdad?

No estoy segura, pero me gustaría que así fuera.

—Por supuesto, tal como dijiste que lo seríamos la noche de nuestra boda.

—Qué bien. —Suspira y luego continúa—: Ariña está muerta, ¿no es cierto?

—No estoy segura, Alejandro, pero creo que sí.

—Yo la amaba —dice con tristeza, y luego parece ensimismarse. Lo siento extrañamente lejano cuando añade—: Cuida de Rosario.

—Tú mismo cuidarás de él.

—Prométemelo. Él te quiere.

Debería tranquilizarlo insistiendo en la negación, debería decirle algo para darle esperanzas. Pero también puedo ser sincera.

—Lo prometo.

—Elisa, también podría haber llegado a quererte de haber tenido un poco más de tiempo.

Durante sus últimos momentos de lucidez, Alejandro nos manda llamar a mí, al padre Nicandro y al general Luz-Manuel a su lecho de muerte. Con mano temblorosa firma un edicto en el que me declara su heredera y reina regente de Joya del Desierto hasta la mayoría de edad de su hijo.

—Cuando me haya ido —me explica en voz tan baja que tengo que inclinarme para oírlo—, nadie podrá disputarte el derecho a gobernar, aunque no hayas nacido aquí.

Yo habría puesto a Rosario en el trono, incluso sin su ayuda. Eso es algo que a estas alturas he aprendido sobre mí. De todos modos, me conmueve su gesto. Tengo que parpadear y aclarar la voz antes de decirle:

—Gracias, amigo mío. Rosario crecerá sabiendo que su padre actuó con nobleza hasta el fin.

Mis palabras parecen apaciguarlo. A la mañana siguiente entra en un coma del que ya no despierta.

Lord Héctor persigue al enorme pero desmoralizado ejército de Invierno hasta obligarlos a adentrarse en los escarpados picos de la Sierra Sangre, antes de regresar a casa. Se presenta para informarme en mi nuevo estudio, una estancia suntuosa con mullidas alfombras y lustrosas estanterías en la que todavía no me siento cómoda, y pone sobre mi mesa una carta de renuncia.

Alzo los ojos hacia él, confundida.

—¿Qué es esto?

—Majestad, soy guardia personal y guardaespaldas del rey. Mi rey ha muerto y, por lo tanto, no tengo trabajo. Esta carta sólo lo hace oficial.

El corazón amenaza con salirseme por la boca. No puedo soportar la idea de perder a Héctor. En algún momento, sin que me diera cuenta, le he tomado tanto afecto que la idea de perderlo se me hace insoportable.

Estudio su rostro, pero sus agraciadas facciones parecen tan impenetrables como la piedra.

—Entonces, ¿estáis ansioso de retiraros? —le pregunto—. ¿Realmente os queréis marchar?

Abre la boca y la vuelve a cerrar. Desplaza el peso del cuerpo primero a un pie, luego al otro.

—A menos que estéis decidido a escapar de mí, me gustaría que lo reconsiderarais. Yo... bueno... tenéis que perdonarme... —Me arden las mejillas y me sudan las manos—. Yo había dado por sentado que seríais guardia de la reina.

Espero una eternidad su respuesta.

Entonces su rostro se relaja y su bigote se retuerce por influjo de una leve sonrisa.

—Sería un gran honor para mí, majestad.

Suspiro aliviada.

—Oh, gracias a Dios.

Tres meses después de la muerte de Alejandro, el día que se retiran los estandartes de duelo en Brisadulce, coronó a Cosmé reina de Basajuán, el nuevo país que se extiende desde los confines orientales del desierto hasta las estribaciones de la Sierra Sangre. Jacián está presente, y el padre Alentín. Hasta el conde Eduardo, de las tierras meridionales, hace el viaje para dar la bienvenida a la nueva reina.

Sólo papá y Alodia declinan mi invitación, aunque envían cartas de felicitación.

En la misma ceremonia hago entrega al príncipe Rosario de la Estrella de la Reina por actos de arrojo y heroísmo en circunstancias de extremo peligro. Permanece muy erguido y le tiembla el labio mientras le prendo la medalla en el fajín.

Son muchos los que merecen el mismo honor. Centenares tal vez. Pero él es el perfecto representante de los niños de mi Maleficio: huérfano como ellos, e igualmente valiente. También representa una esperanza para nosotros. La esperanza de un gran futuro y un gran rey. Cuando me hago a un lado y lo presento a la corte, el aplauso es ensordecedor.

El comedor no puede acoger a tanta gente, de modo que el personal de cocina lleva bandejas con comida al salón del trono. Ya estoy razonablemente satisfecha de tanto pollo dorado picante, sopa cremosa de patatas y pastelillos de naranja, cuando Cosmé se me acerca tocada con su nueva corona. Se inclina y me besa en la mejilla.



—Gracias, amiga mía —me dice—. Me alegro de haberme equivocado contigo. Se la ve incómoda, pues estas declaraciones no se le dan bien. Se aleja rápidamente antes de que yo tenga ocasión de responder y desaparece entre la multitud de invitados.

Ximena me rodea la cintura con un brazo. Juntas pasamos revista a la sonriente y abigarrada multitud.

—¿Ves, mi cielo? —susurra Ximena—. Dios tuvo razón al elegirte.

—Sí —le digo con una sonrisa—. Dios tuvo razón al elegirme. Tenía un plan desde el principio, tal como dijo Aneaxi.

Me aprieta contra sí.

—Yo sabía que algún día demostrarías lo que vales. Todo lo que vales.

Niego con la cabeza.

—Oh, Ximena, tuvo razón al elegirme, pero no por lo que valgo. —Miro con alegría a mis amigos, que se pasean por el salón comiendo y charlando—. Tú, Cosmé, Héctor, incluso el pequeño Rosario, ya teníais inclinación a ser héroes. —«Y Humberto», dice una vocecita en mi cabeza—. No necesitabais ser elegidos. Yo, en cambio, no habría hecho nada, no habría llegado a nada, de no ser por esto que llevo dentro. O sea que ya ves: Dios me eligió porque no valgo para nada.

—Pero te hiciste digna de su elección. Diste esperanza a tu pueblo. Resolviste un enigma divino que persistía desde hace siglos. Venciste a nuestros enemigos.

La comprensión me llega de golpe y sofoco una exclamación. Sé que Dios me eligió porque yo necesitaba un empujón, pero Ximena también tiene razón: me hice digna de su elección. No era tanto fe en Dios lo que me hacía falta, sino más bien fe en mí misma.

—Sí, hice todo eso, ¿verdad?

Suspiro asombrada. Amé, perdí y sobreviví. Fui yo, no la piedra de mi ombligo. Apoyo mis dedos temblorosos sobre la Piedra Divina.

Palpita con determinación.

Dios todavía no ha acabado conmigo, y quizá corra más peligro que nunca ahora que todo el mundo sabe que soy portadora de su piedra. Sin embargo, en este momento prefiero celebrar nuestra victoria con la satisfacción de haberme hecho un lugar en el mundo, rodeada de amigos. Por primera vez desde hace mucho tiempo, no tengo miedo.



RAE CARSON (California, EE. UU., 1973) es una escritora estadounidense de novelas para jóvenes. Desde la infancia le entusiasmaba explicar historias. Estudió ciencias sociales en la universidad y tuvo empleos muy diversos (cajera de banco, dependienta, secretaria, profesora suplente, etc.), ninguno de los cuales le gustó.

En 2004 decidió dedicarse en serio a la escritura, cosa que siempre había soñado. Se unió a la Online Writing Workshop for Science Fiction, Fantasy, and Horror, una agrupación *on-line* para escritores noveles. Allí conoció a su futuro marido y mejoró su escritura. En 2008 publicó su primera novela, *La chica de fuego y espino*, el primer libro de la trilogía de fantasía para jóvenes *Fuego y espino*. Este debut fue un éxito de venta y críticas.

Según sus propias palabras, escribe sobre adolescentes que hacen cosas valientes. Sus libros contienen muchas aventuras, un poco de magia y romance, y chicas inteligentes que toman (mayoritariamente) decisiones inteligentes. Le gusta especialmente escribir acerca de preguntas que no sabe cómo responder.

Actualmente vive en Arizona con su marido, también escritor, y dos gatos.